



# El Cuarto Mono

J. D. Barker



Lectulandia

El detective de la policía de Chicago Sam Porter investiga el caso de un hombre atropellado, pues los indicios en la escena del crimen apuntan a que se trata de El Cuarto Mono, un asesino en serie que ha estado aterrorizando la ciudad. Su *modus operandi* consistía en enviar tres cajas blancas a los padres de las víctimas que secuestra y mata: una primera con una oreja, una segunda con los dos ojos, y otra con la lengua; y finalmente dejar abandonado el cuerpo sin vida en algún lugar.

El hombre atropellado llevaba una de esas cajas blancas. Se inicia así una frenética carrera contrarreloj para averiguar dónde se encuentra encerrada la próxima víctima.

**Lectulandia**

J. D. Barker

# **El Cuarto Mono**

**Detective Porter - 1**

ePub r1.0

Titivillus 05.10.2018

Título original: *The Fourth Monkey*

J. D. Barker, 2018

Traducción: Lorenzo Luengo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para madre*

No dejes de leer. Es necesario que entiendas lo que he hecho.

DIARIO

# 1

Porter

Día 1 – 6:14

Ahí estaba otra vez, ese pitido incesante.

*Le he quitado el sonido. ¿Por qué oigo las notificaciones de los mensajes? ¿Por qué suena siquiera?*

*Apple se ha ido a la mierda sin Steve Jobs.*

Sam Porter se dio la vuelta hacia la derecha y tanteó a ciegas con la mano en la mesilla de noche, en busca del teléfono.

El despertador se estampó contra el suelo con ese ruido sordo característico de la electrónica china barata.

—A tomar por culo.

Cuando los dedos encontraron el móvil, forcejeó con el aparato para liberarlo del cable del cargador y se lo llevó a la cara, entornando los ojos frente a la pantalla, pequeña y luminosa.

LLÁMAME – URGENTE

Un mensaje de Nash.

Porter miró hacia el lado de su mujer en la cama, vacío salvo por una nota:

*He ido por leche, vuelvo enseguida.*

*Besos,*

*Heather*

Soltó un gruñido y echó un nuevo vistazo al teléfono.

6:15 de la mañana.

A tomar viento lo de amanecer tranquilo.

Porter se incorporó y marcó el número de su compañero. Lo cogió al segundo tono.

—¿Sam?

—Qué hay, Nash.

El otro hombre guardó silencio un instante.

—Lo siento, Porter. Le he dado vueltas a si te llamaba o no. He debido de marcar tu número una docena de veces, y no he sido capaz de llegar a hacer la llamada. Al final he decidido que lo mejor sería enviarte un mensaje, darte la oportunidad de no hacerme caso, ya sabes, ¿no?

—Está bien, Nash. ¿Qué tienes?

Otra pausa.

—Vas a querer verlo tú mismo.

—¿Ver qué?

—Ha habido un accidente.

Porter se rascó la sien.

—¿Un accidente? Somos de Homicidios. ¿Por qué acudimos a un accidente?

—Tienes que confiar en mí en esto. Querrás verlo —le repitió Nash. Había inquietud en su tono de voz.

Porter suspiró.

—¿Dónde?

—Cerca de Hyde Park, en la Cincuenta y cinco. Te acabo de enviar un mensaje con la dirección.

El teléfono le soltó un pitido muy alto en la oreja, y él se lo apartó de golpe.

*Puto iPhone.*

Bajó la mirada a la pantalla, se fijó en la dirección y continuó con la charla.

—Puedo estar ahí en unos treinta minutos. ¿Te parece?

—Claro —respondió Nash—. No nos vamos a ir a ninguna parte en un buen rato.

Porter colgó el teléfono, sacó las piernas por un lado de la cama y oyó los diversos crujidos que hizo su cuerpo de cincuenta y dos años en señal de protesta.

El sol ya había comenzado su ascenso, y la luz se asomaba al interior entre las persianas cerradas de la ventana del dormitorio. Qué curioso, lo callado y sombrío que parecía el apartamento sin Heather por allí.

*He ido por leche.*

Desde el suelo de parqué, el despertador parpadeaba boca arriba, y la pantalla rajada mostraba unos caracteres que ya no parecían números.

Hoy iba a ser uno de esos días.

Había habido un montón de esos días últimamente.

Porter salió del apartamento diez minutos después, vestido con sus mejores galas

—un traje azul marino arrugado que compró en Men's Wearhouse hace casi una década—, y bajó los cuatro tramos de escalera hasta el apretado vestíbulo de su edificio. Se detuvo ante los buzones, sacó el móvil y marcó el número de su mujer.

*Te has puesto en contacto con Heather Porter. Como esto es el buzón de voz, lo más probable es que haya visto que eras tú quien llamaba y haya decidido que no quiero hablar contigo. Si estás dispuesto a rendirme un homenaje en forma de tarta de chocolate u otra ofrenda que consista en un surtido de delicias culinarias, envíame un mensaje de texto con los detalles, reconsideraré tu puesto en mi lista de amistades y quizá te responda más tarde. Si eres un comercial que pretende que me cambie de compañía telefónica, ya puedes ir colgando. AT&T será mi dueña durante al menos otro año. Los demás, por favor, dejadme un mensaje. Recordad que mi amoroso marido es un poli con problemas para controlar la ira y lleva una buena pistola.*

Porter sonrió. Su voz siempre le hacía sonreír.

—Hola, Cariño, soy yo. Me ha llamado Nash. Ha pasado algo cerca de Hyde Park y he quedado con él allí. Luego te doy un toque, cuando sepa a qué hora estaré en casa. —Y añadió—: Ah, y creo que le pasa algo raro al despertador.

Guardó el teléfono en el bolsillo, empujó la puerta para cruzarla, y el aire fresco de Chicago le recordó que el otoño se estaba preparando para dejar paso al invierno.

## 2

### Porter

#### Día 1 – 6:45

Porter cogió la avenida de Lake Park, se dio bastante prisa y llegó a las siete menos cuarto. La Metropolitana de Chicago tenía completamente cortado el cruce de Woodlawn con la Cincuenta y cinco. Pudo ver las luces desde varias manzanas de distancia: una docena de unidades, por lo menos, una ambulancia y dos camiones de bomberos. Veinte agentes, tal vez más. Y también la prensa.

Redujo la velocidad de su Dodge Charger último modelo al aproximarse al caos y mostró la placa por la ventanilla. Un agente joven, poco más que un chaval, se agachó para pasar por debajo de la cinta amarilla de la escena y se acercó corriendo.

—¿Detective Porter? Nash me ha dicho que le espere. Aparque donde sea..., hemos acordonado la manzana entera.

Porter asintió, aparcó al lado de uno de los camiones de bomberos y se bajó del coche.

—¿Dónde está Nash?

El chico le dio un vaso de café.

—Ahí, cerca de la ambulancia.

Localizó el corpachón de Nash charlando con Tom Eisley, de la oficina del forense. Con su estatura cercana al metro noventa, parecía gigantesco al lado del otro hombre, mucho más bajo. Tenía pinta de haber cogido unos cuantos kilos en las semanas que habían pasado desde la última vez que Porter lo había visto; la reveladora barriga de policía le colgaba prominente sobre el cinturón.

Nash le hizo un gesto con la mano para que se acercase.

Eisley saludó a Porter con un leve gesto de la barbilla y se subió las gafas por el puente de la nariz.

—¿Cómo lo llevas, Sam?

Sujataba un portapapeles cargado con al menos un paquete entero de folios. En el

mundo de hoy en día, con sus tabletas y sus teléfonos inteligentes, aquel hombre siempre parecía llevar un portapapeles en la mano. Los dedos iban pasando nerviosos las hojas.

—Imagino que estará cansado de que la gente le pregunte cómo lo lleva, cómo está, cómo le va o cualquier otra variante de reafirmación de su bienestar —refunfuñó Nash.

—Fenomenal, lo llevo fenomenal. —Forzó una sonrisa—. Gracias por preguntar, Tom.

—Lo que necesites, solo tienes que pedirlo. —Eisley lanzó una mirada a Nash.

—Te lo agradezco. —Porter se volvió hacia Nash—. Así que... ¿un accidente?

Nash hizo un gesto con la barbilla para señalar un autobús urbano aparcado cerca del bordillo de la acera, a unos quince metros.

—El hombre contra la máquina. Vamos.

Porter le siguió, con Eisley unos pasos por detrás, con el portapapeles a cuestas.

Un técnico del Laboratorio de Criminalística fotografiaba el morro del autobús. La calandra abollada. La pintura agrietada unos dos centímetros y medio por encima del faro delantero derecho. Otro inspector tiraba de algo que estaba metido en la banda de rodadura del neumático delantero derecho.

Cuando se aproximaron, vio la bolsa negra del cadáver entre la marea de uniformes que se encontraban ante un gentío cada vez más numeroso.

—El autobús se desplazaba a una buena velocidad; tiene su siguiente parada más o menos a un kilómetro y medio calle abajo —les contó Nash.

—¡Que no iba corriendo, joder! Comprueben el GPS. ¡Y no se dediquen a ir por ahí lanzando acusaciones de esa manera!

Porter se volvió hacia su izquierda para toparse con el conductor del autobús. Era un hombre grande, de ciento cuarenta kilos, no menos. Llevaba la chaquetilla negra de la empresa municipal de transportes de Chicago en tensión para sujetar la mole que le habían encomendado. Tenía el pelo cano e hirsuto, apelmazado en la izquierda y de punta en la derecha. Su mirada nerviosa saltaba de Porter a Nash, después a Eisley y vuelta a empezar.

—Ese loco hijo de puta se ha tirado justo delante de mí. Esto no ha sido un accidente. Se ha matado él.

—Nadie está diciendo que usted haya hecho nada malo —le tranquilizó Nash.

Sonó el teléfono de Eisley. Miró la pantalla, sostuvo un dedo en alto y se apartó unos pasos hacia un lado para coger la llamada.

El conductor prosiguió:

—Empiezan ustedes a correr la voz de que iba disparado, y se acabó mi trabajo, mi pensión... ¿Creen que me apetece ponerme a buscar trabajo a mi edad? ¿Con esta crisis de mierda?

Porter captó de un vistazo el nombre de la chapa del conductor.

—Señor Nelson, ¿qué tal si respira hondo e intenta tranquilizarse?

Al hombre le goteaba el sudor por la cara enrojecida.

—Me va a tocar ponerme por ahí con una escoba, y todo porque ese capullo ha escogido mi autobús. Tengo treinta y un años en mis espaldas sin un solo incidente, y ahora, esta mierda.

Porter le puso la mano en el hombro.

—¿Cree que va a ser capaz de contarme lo que ha pasado?

—Lo que tengo que hacer es tener la boca cerrada hasta que llegue mi representante sindical, eso es lo que tengo que hacer.

—No podré ayudarlo si no habla conmigo.

El conductor frunció el ceño.

—¿Y qué va a hacer por mí?

—Para empezar, puedo hablarle bien de usted a Manny Polanski, de Tráfico. Si usted no ha hecho nada malo, si coopera con nosotros, no hay motivo para que le suspendan.

—Mierda. ¿Cree que me van a suspender por esto? —Se quitó el sudor de la frente—. Dios mío, eso no me lo puedo permitir.

—No creo que lo hagan si saben que ha colaborado con nosotros, que ha intentado ayudar. Es posible que ni siquiera sea necesario que comparezca —le aseguró Porter.

—¿Comparecer?

—¿Por qué no me cuenta lo que ha pasado? Entonces le podré hablar bien de usted a Manny y, quizá, ahorrarle todas esas molestias.

—¿Conoce a Manny?

—Trabajé con Tráfico en mis dos primeros años de uniforme. Él me escuchará. Usted nos ayuda, y yo hablo bien de usted, se lo prometo.

El conductor se lo pensó, y por fin respiró hondo y asintió.

—Ha sido justo como se lo he contado aquí, a su amigo. He hecho la parada en Ellis, puntual, he recogido a dos y he dejado a uno. He ido al este por la Cincuenta y cinco, he girado en el cruce. El semáforo de Woodlawn estaba en verde, así que no había ninguna necesidad de frenar..., pero no iba tan rápido. Compruebe el GPS.

—Estoy seguro de que no lo iba.

—Es que no lo iba, solo avanzaba con el resto del tráfico. Tal vez unos pocos kilómetros por encima del límite, pero no iba corriendo —dijo.

Porter hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Se dirigía hacia el este por la Cincuenta y cinco...

El conductor asintió.

—Sí, claro. He visto a unas cuantas personas en la esquina, no muchas. Tres, a lo mejor cuatro. Después, justo al acercarme, va ese tío y salta delante de mi autobús. Sin aviso de ninguna clase. Estaba ahí de pie y, un segundo después, está en medio de la calzada. He pisado el freno, pero este trasto tampoco es que se detenga en una baldosa, precisamente. Le he dado de lleno, y lo he lanzado a diez buenos metros.

—¿Cómo estaba el semáforo? —le preguntó Porter.

—En verde.

—¿No en ámbar?

El conductor lo negó con la cabeza.

—No, en verde. Lo sé porque lo he visto ponerse verde. No se ha puesto en ámbar hasta unos veinte segundos después o así. Ya me había bajado del autobús cuando lo he visto cambiar. —Señaló el poste—. Comprueben la cámara.

Porter alzó la mirada. A lo largo de la última década habían colocado cámaras de vigilancia en prácticamente todos los cruces de la ciudad. Le recordaría a Nash que se hiciera con la grabación cuando regresaran a la comisaría. Lo más probable era que su compañero ya hubiese entregado la orden.

—No estaba cruzando la calle; ese tío se ha tirado. Lo verán cuando pongan el vídeo.

Porter le entregó una tarjeta.

—¿Puede quedarse un rato por aquí, por si acaso tengo más preguntas?

El hombre se encogió de hombros.

—Va a hablar con Manny, ¿verdad?

Porter asintió.

—¿Nos disculpa un segundo? —Se llevó a Nash aparte y bajó la voz—. No lo ha matado a propósito. Aunque esto fuera un suicidio, aquí no pintamos nada. ¿Por qué me has llamado?

Nash le puso la mano en el hombro a su compañero.

—¿Seguro que estás bien para hacer esto? Si necesitas más tiempo, lo entenderé...

—Estoy bien —dijo Porter—. Cuéntame qué está pasando.

—Si necesitas hablar...

—Nash, que no soy un puto crío. Déjate ya de paños calientes.

—Muy bien —transigió por fin—. Pero si resulta que se te hace muy grande, demasiado pronto, tienes que prometerme que lo vas a dejar, ¿vale? Nadie le va a dar más vueltas si tienes que hacerlo.

—Creo que me vendrá bien trabajar. Me he estado volviendo loco sentado en casa —admitió.

—Esto es algo muy gordo, Porter —le dijo en voz baja—. Te merecías estar aquí.

—Cielo santo, Nash. ¿Piensas soltarlo ya?

—Es muy posible que nuestra víctima se dirigiese a ese buzón de correos de ahí. —Miró hacia un buzón postal de color azul frente a un edificio de apartamentos de ladrillo.

—¿Cómo lo sabes?

Su compañero sonrió de oreja a oreja.

—Llevaba una cajita blanca atada con un cordel negro.

A Porter se le pusieron los ojos como platos.

—Nooo.  
—Ajá.

# 3

## Porter

### Día 1 – 6:53

Porter se vio allí, con los ojos clavados en el cadáver, aquel bulto bajo el sudario negro de plástico.

Se había quedado sin palabras.

Nash pidió a los demás agentes y técnicos de criminalística que retrocediesen y le dejaran un poco de espacio a Porter, que le concediesen un momento a solas con la víctima. Se apartaron con paso lento y se situaron detrás de la cinta amarilla que delimitaba la escena, hablando en voz baja mientras observaban. Para Porter, eran invisibles. Tan solo veía la bolsa negra del cadáver y el pequeño paquete que descansaba junto a ella. Los de criminalística lo habían etiquetado como NÚMERO 1, y sin duda lo habrían fotografiado docenas de veces, desde todos los ángulos posibles. Sin embargo, se habían guardado de abrirlo. Eso se lo habían dejado a él.

¿Cuántas cajas exactamente iguales que esta van ya?

¿Una docena? No, más bien cerca de dos docenas.

Hizo la cuenta.

Siete víctimas. Tres cajas cada una.

Veintiuna.

Veintiuna cajas a lo largo de casi cinco años.

Había estado jugando con ellos. Jamás dejaba una pista. Solo las cajas.

Un fantasma.

A cuántos agentes había visto Porter ir y venir del operativo. Con cada nueva víctima, el equipo se ampliaba. La prensa se enteraba entonces de la existencia de una nueva caja, y se arremolinaban como buitres. La ciudad entera se unía en una cacería impresionante. Pero entonces acabaría llegando la tercera cajita, se encontraría el cadáver, y el tío volvería a desaparecer. Perdido entre las sombras del misterio. Pasarían los meses, dejaría de salir en los periódicos. El operativo se iría reduciendo

conforme se desmontaba el equipo por otros asuntos más acuciantes.

Porter era el único que lo había soportado desde el principio. Allí estaba él cuando llegó la primera cajita, y la reconoció como lo que era: el inicio del arrebato perturbado de un asesino en serie. Cuando llegó la segunda cajita, después la tercera y, por fin, el cadáver, otros también lo vieron.

Era el comienzo de algo horrible. Algo planificado.

Algo maligno.

Allí estaba él al principio. ¿Se encontraba ahora ante el final?

—¿Qué hay en la caja?

—Aún no la hemos abierto —respondió Nash—, pero creo que ya lo sabes.

Era un paquete pequeño, con una base de unos diez centímetros cuadrados y ocho centímetros de alto.

Como las otras.

Envuelta en papel blanco y sujeta con un cordel negro. La etiqueta del destinatario estaba manuscrita con una letra muy cuidada. No habría ninguna huella, nunca las había. Los sellos eran autoadhesivos, no encontrarían saliva ninguna.

Volvió a mirar hacia la bolsa del cadáver.

—¿De verdad crees que es él? ¿Tenéis el nombre?

Nash lo negó con la cabeza.

—No llevaba encima la cartera ni carné de ninguna clase. Se ha dejado la cara contra el pavimento y contra la rejilla del radiador del autobús. Hemos pasado sus huellas, pero no hemos localizado ninguna coincidencia. No es nadie.

—Sí que es alguien —dijo Porter—. ¿Tienes unos guantes?

Nash se sacó del bolsillo un par de guantes de látex y se los entregó a Porter, que se los puso e hizo un gesto con la barbilla hacia la cajita.

—¿Te importa?

—Te hemos esperado —dijo Nash—. Es tu caso, Sam. Siempre lo ha sido.

Cuando Porter se agachó y alargó el brazo hacia la cajita, uno de los técnicos se acercó a toda prisa toqueteando una cámara de vídeo pequeña.

—Disculpe, señor, pero tengo órdenes de documentar esto.

—Está bien, hijo. Pero solo tú. ¿Estás listo?

Una luz roja parpadeó y cobró vida en el frontal de la cámara, y el técnico asintió.

—Adelante, señor.

Porter giró la caja para poder leer la etiqueta del destinatario y evitó con mucho cuidado las salpicaduras de color carmesí.

—Arthur Talbot, 1.547 de Dearborn Parkway.

Nash soltó un silbido.

—Barrio lujoso. Dinero de familia. Aunque el nombre no me suena.

—Talbot es un banquero de inversiones —respondió el técnico de criminalística—. Muy metido también en el negocio inmobiliario. En los últimos tiempos se ha estado dedicando a convertir en *lofts* las naves de los almacenes de la orilla del lago,

y ha hecho de las suyas para obligar a marcharse a las familias con menos ingresos y sustituirlas con la gente que se puede permitir los alquileres altos y los cafés del Starbucks a diario.

Porter sabía perfectamente quién era Arthur Talbot. Alzó la mirada hacia el técnico.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Paul Watson, señor.

Porter no pudo evitar la sonrisa.

—Algún día será usted un excelente detective, doctor Watson.

—No me he doctorado aún, señor. Estoy con la tesis, pero me quedan por lo menos dos años para terminar.

Porter se carcajeó.

—¿Es que ya nadie lee?

—Sam, ¿la caja?

—Cierto, la caja.

Tiró del cordel y observó cómo se desbarataba el nudo y se deshacía. El papel blanco de debajo estaba doblado con precisión en las esquinas, rematado en unos triangulitos perfectos.

*Como un regalo. La ha envuelto como si fuera un regalo.*

El papel se desprendió con facilidad y reveló una caja negra. Porter dejó a un lado el papel y el cordel, miró a Nash y a Watson y, a continuación, levantó muy despacio la tapa.

Habían lavado bien la sangre de la oreja, y la habían posado sobre una capa de algodón.

*Exactamente igual que las otras.*

## 4

Porter

Día 1 – 7:05

—Tengo que ver el cadáver.

Nash miró intranquilo a la muchedumbre, cada vez más numerosa.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo aquí? Ahora mismo eres el centro de muchas miradas.

—Montemos una carpa.

Nash hizo un gesto a uno de los agentes.

Quince minutos más tarde, y para consternación del tráfico que afluía a la zona, habían plantado una carpa de tres y medio por tres y medio en la calle Cincuenta y cinco que bloqueaba uno de los dos carriles en dirección este. Nash y Porter cruzaron la portezuela seguidos de cerca por Easley y Watson. Un agente uniformado se situó ante la puerta por si acaso se colaba alguien más allá de las barreras del perímetro de la escena e intentaba entrar.

Seis focos halógenos de mil doscientos vatios se alzaban sobre unos trípodes amarillos de metal en un semicírculo alrededor del cadáver e inundaban aquel espacio tan reducido con una luz intensa y deslumbrante.

Easley se inclinó hacia delante y retiró la parte superior de la bolsa.

Porter se arrodilló.

—¿Lo han movido?

Easley hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo hemos fotografiado, y después me he encargado de que lo tapasen lo antes posible. Así es como ha caído.

Estaba boca abajo sobre el asfalto. Tenía un pequeño charco de sangre cerca de la cabeza, con un hilillo que caía hacia el borde de la carpa. Llevaba muy corto el pelo, de color oscuro con un moteado gris.

Porter se puso otro par de guantes de látex que cogió de una caja a su izquierda y

levantó con cuidado la cabeza del hombre, que se separó del asfalto con el sonido de un sorbetón no muy distinto del de las golosinas de fruta al quitarles el celofán. Le rugió el estómago, y se dio cuenta de que no había comido nada aún. Quizá fuese bueno.

—¿Podéis ayudarme a darle la vuelta?

Eisley cogió el hombro de la víctima, y Nash se situó a sus pies.

—A la de tres. Uno, dos...

Era demasiado pronto para el *rigor mortis*; el cuerpo seguía suelto. Parecía que la pierna derecha estaba fracturada al menos por tres sitios; también el brazo izquierdo, puede que más.

—Dios. Qué repugnante. —Nash tenía los ojos clavados en el rostro del hombre. Para ser más exactos, allí donde debería haber estado su rostro. Los pómulos habían desaparecido, solo quedaban unos desgarrones. La mandíbula era claramente visible, pero estaba rota: la boca abierta de par en par como si alguien hubiese agarrado ambos maxilares y los hubiera desquijarado hasta dejarlos como una trampa para osos. Tenía un ojo reventado que supuraba humor vítreo. El otro, verde bajo aquella luz tan intensa, los observaba con una mirada vacía.

Porter se inclinó para acercarse más.

—¿Crees que podrás reconstruir esto?

Eisley asintió.

—Pondré a alguien en ello en cuanto nos lo llevemos al laboratorio.

—Es difícil asegurarlo, pero, basándonos en su complexión y en las canas dispersas, yo diría que tiene unos cuarenta y muchos o cincuenta y pocos, como máximo.

—También debería poder darte una edad más precisa —dijo Eisley. Estaba examinando los ojos del hombre con una linterna de bolsillo—. La córnea sigue intacta.

Porter sabía que podían calcular la edad datando con carbono la materia ocular; el «método Lynnerup», lo llamaban. El proceso podría reducir a uno o dos años el margen de error en la edad.

Aquel hombre vestía un traje azul marino de raya diplomática. La manga izquierda estaba hecha jirones; un hueso quebrado asomaba a la altura del codo.

—¿Ha encontrado alguien el otro zapato?

Le faltaba el derecho. El calcetín, oscuro, lo tenía empapado de sangre.

—Lo ha recogido un agente. Está encima de aquella mesa. —Nash señaló hacia el fondo, a la derecha—. También llevaba un sombrero tipo fedora.

—¿Un fedora? ¿Es que se han vuelto a poner de moda?

—Solo en las pelis.

—En este bolsillo hay algo. —Watson estaba señalando el bolsillo del pecho en la parte derecha de la chaqueta del hombre—. Es cuadrado. ¿Otra cajita?

—No, demasiado fino. —Porter le desabrochó la chaqueta con mucho cuidado,

metió la mano y extrajo un cuaderno Tops pequeño, de esos que llevaban los alumnos antes de las tabletas y los móviles: de once y medio por nueve, con la cubierta en blanco y negro y páginas pautadas con raya ancha. Estaba prácticamente lleno, cada página repleta de una letra tan menuda y precisa que dos líneas ocupaban el espacio destinado a una sola en condiciones normales—. Aquí podríamos tener algo. Parece una especie de diario. Buena captura, Doc.

—No soy...

Porter le hizo un gesto con la mano.

—Que sí, que sí. —Se volvió hacia Nash—. Creí haberte oído decir que le habíais mirado en los bolsillos, ¿no?

—Solo hemos buscado la cartera en los pantalones. Quería esperarte antes de ocuparnos del cuerpo.

—Entonces deberíamos comprobar el resto.

Empezó por el bolsillo delantero derecho de los pantalones. Los volvió a mirar por si acaso habían pasado algo por alto, y a continuación repasó el resto del cuerpo. Conforme iban apareciendo los objetos, los fue dejando a su lado con delicadeza. Nash los etiquetaba y Watson los fotografiaba.

—Ya está. No hay mucho en lo que basarnos.

Porter examinó los objetos:

El recibo de una tintorería

Un reloj de bolsillo

Setenta y cinco centavos en distintos tipos de monedas

El recibo era genérico. Aparte del número 54873, no contenía ninguna información identificativa, ni siquiera el nombre o dirección del negocio.

—Buscad huellas en todo esto —indicó Porter.

Nash frunció el ceño.

—¿Para qué? Si ya lo tenemos a él, y sus huellas han dado negativo.

—Será que tengo la esperanza de que suene la flauta. A lo mejor encontramos alguna coincidencia que nos conduzca a alguien que lo pueda identificar. ¿Qué opinas del reloj?

Nash lo sostuvo a la luz.

—No conozco a nadie que lleve ya un reloj de bolsillo. Pienso que es posible que este hombre sea más mayor de lo que crees, ¿no?

—El sombrero tipo fedora también lo sugeriría.

—A menos que le vaya el *vintage*, simplemente —señaló Watson—. Conozco a muchos así.

Nash pulsó la corona, y la tapa del reloj se abrió de golpe.

—Vaya.

—¿Qué?

—Está parado en las tres y catorce. Esa no es la hora a la que este hombre se ha

llevado el golpe.

—¿Lo habrá sacudido el impacto, quizá? —pensó Porter en voz alta.

—Aun así no tiene un rasguño, ni rastro de daños.

—Podría ser algo interno, o quizá no le hayan dado cuerda. ¿Puedo echarle un vistazo?

Nash le entregó a Porter el reloj de bolsillo.

Hizo girar la corona.

—Está suelta. El muelle no engancha. Pero es una pieza asombrosa, hecha a mano, diría yo. De coleccionista, seguro.

—Tengo un tío —anunció Watson.

—Vale, pues enhorabuena, chaval —respondió Porter.

—Tiene un comercio de antigüedades en el centro. Seguro que nos puede dar alguna idea sobre esto.

—De verdad estás intentando ganarte hoy la medalla, ¿eh? Vale, tú te encargas del reloj. Cuando todo esto quede registrado en el inventario, llévatelo para allá a ver qué puedes averiguar.

Watson asintió con una enorme sonrisa en la cara.

—¿Alguien ha visto algo extraño en la ropa que lleva?

Nash examinó el cuerpo una vez más y negó con la cabeza.

—Los zapatos están bien —dijo Eisley.

Porter sonrió.

—¿Verdad que sí? Son unos John Lobb. Salen a unos mil quinientos el par. Sin embargo, el traje es barato, puede que de unos grandes almacenes o un centro comercial. No más de doscientos o trescientos en el mejor de los casos.

—¿Y entonces qué crees? —preguntó Nash—. ¿Que trabaja en el sector del calzado?

—No estoy seguro. No quiero sacar conclusiones precipitadas. Es solo que parece raro que alguien se gaste tanto en unos zapatos sin gastar el equivalente en el traje.

—A menos que se dedique a vender zapatos y tenga algún tipo de descuento, ¿no? Eso sí tiene sentido —dijo Watson.

—Me alegro de que coincidas. Si haces comentarios estúpidos, te retiramos la medalla.

—Perdón.

—No pasa nada, Doc. Solo te estoy tocando las pelotas. Me metería con Nash, pero a estas alturas ya está demasiado acostumbrado a mis gilipolleces, y ya no tiene gracia. —La atención de Porter se centró de nuevo en el cuadernillo—. ¿Te importa darme eso?

Watson se lo entregó, y Porter lo abrió por la primera página. Entrecerró los ojos mientras repasaba el texto.

Hola, amigo mío:

Soy un ladrón, un asesino, un secuestrador. He matado por diversión. He matado porque era necesario. He matado por odio. He matado simplemente para satisfacer esa necesidad que suele crecer dentro de mí con el paso del tiempo, una necesidad muy similar a un hambre que solo puede saciar la tentación de la sangre o el canto que hay en el grito del tormento.

No le cuento esto para atemorizarle ni para impresionarle, sino con la simple intención de hacer constar los hechos, poner mis cartas sobre la mesa.

Tengo un C. I. de 156, el de un genio, según parece. Dijo un sabio una vez: «Medir tu propio cociente intelectual, tratar de etiquetar tu inteligencia, es un signo de tu propia ignorancia». Yo no pedí que me sometieran a test alguno, me lo hicieron sin más. Interpretelo como quiera.

Nada de esto determina quién soy, solo qué soy. Por eso he decidido ponerme ante el papel, compartir lo que estoy a punto de compartir. Sin compartir el conocimiento, no puede haber crecimiento. No aprenderán, como sociedad, de sus numerosos errores, y tienen mucho que aprender.

¿Quién soy? Decir mi nombre le quitaría la diversión a todo esto, sin más, ¿no le parece?

Lo más probable es que me conozcan como el Cuarto Mono. ¿Por qué no lo dejamos ahí? ¿El CM, quizá, para aquellos de ustedes tan propensos a abreviar? Lo más sencillo, que no hay por qué excluir a nadie.

Cuánto nos vamos a divertir, usted y yo.

—Me cago en la puta —masculló Porter.

## 5

### Diario

Desearía poner cada cosa en su sitio desde el primer momento.

Esto no es culpa de mis padres.

Crecí en un hogar lleno de cariño que habría llamado la atención de Norman Rockwell.

Mi madre, que Dios la bendiga, abandonó una prometedora carrera editorial para quedarse en casa después de mi nacimiento, y no creo que sintiera nunca ganas de volver. Todas las mañanas nos ponía el desayuno en la mesa a mi padre y a mí, y la cena estaba puntual a las seis. Valorábamos aquellos ratos en familia, que pasábamos de la más jovial de las maneras.

Madre narraba sus proezas de la jornada mientras padre y yo escuchábamos atentos. Era angelical el sonido de su voz, y hasta hoy no he dejado de anhelarlo.

Padre trabajaba en el sector financiero. Tengo la absoluta certeza de que gozaba de alta estima entre los suyos, aunque no comentaba su trabajo en casa. Tenía la firme convicción de que los sucesos del día a día laboral se debían quedar en el lugar de trabajo, y no llevarlos a casa y verterlos en el refugio del lugar de residencia como quien vuelca una cubeta de bazofia para que se atiborren los puercos. Se dejaba el trabajo en el trabajo, que era su sitio.

Llevaba un maletín negro reluciente, pero jamás le vi abrirlo, ni una sola vez. Cada noche lo dejaba junto a la puerta principal, y allí permanecía hasta que se marchaba a la oficina el siguiente día laborable. Recogía el maletín al salir, pero solo después de darle a madre un afectuoso beso, y a mí una palmadita en la cabeza.

«¡Cuida de tu madre, hijo mío! —me decía—. Eres el hombre de la casa hasta que yo regrese. En caso de que el cobrador llame a la puerta, envíalo a recaudar a la siguiente casa. No le prestes la menor atención, pues no tiene relevancia ninguna en el orden global del universo. Mejor será que lo aprendas ahora que inquietarte por tales cosas cuando tengas tu propia familia».

Fedora en la cabeza y maletín en ristre, salía por la puerta con una sonrisa y un gesto de despedida con la mano. Yo me dirigía al ventanal, y desde allí lo veía bajar por el paseo (con precaución por el hielo durante los inviernos fríos) y subirse a su pequeño descapotable negro. Padre conducía un Porsche del 69. Era una máquina maravillosa. Una obra de arte de un rugido gutural que arrancaba con estruendo al girar la llave y se hacía más ruidosa aún al salir a la calle y deslizarse por el pavimento con un deleite voraz.

Ah, cómo adoraba padre aquel coche.

Todos los domingos sacábamos del garaje un cubo azul grande con un montón de trapos y lo lavábamos de arriba abajo. Se pasaba horas acondicionando la capota blanda negra y aplicándole cera a aquellas curvas de metal, no una, sino dos veces. Me encargaba a mí la limpieza de los radios de las ruedas, una tarea que me tomaba muy en serio. Una vez que terminábamos, el coche relucía como si su paso por la exposición de la zona de ventas fuera un recuerdo reciente. Padre plegaba entonces la capota y nos llevaba a madre y a mí a dar una vuelta dominical. Aunque el Porsche solo tenía dos plazas, yo era un crío menudo y entraba a la perfección en el espacio que quedaba detrás de los asientos. Nos deteníamos en el Dairy Freeze de nuestra localidad a tomar un helado con soda, y acto seguido nos dirigíamos al parque a dar un paseo vespertino entre los grandes robles y las extensiones de césped.

Yo jugaba con los demás niños mientras padre y madre miraban desde un lugar a la sombra de un viejo árbol, con las manos entrelazadas y el amor en la mirada. Hacían bromas y se reían, y yo podía oírlos mientras corría detrás de un balón o perseguía un Frisbee. «¡Mírenme! ¡Mírenme!», gritaba yo. Y ellos lo hacían. Me miraban como deben hacer los padres. Me miraban con orgullo. Su hijo, su felicidad. Y yo miraría a aquel yo de tierna edad. Los miraría a ellos, bajo aquel árbol, todo sonrisas. Miraría y me los imaginaría con el cuello rajado de oreja a oreja, la sangre manando de las heridas y encharcándose en la hierba, a sus pies. Y me reiría, me palparía con fuerza el corazón, cuánto me reiría.

Por supuesto, eso fue hace años, pero es sin duda cuando comenzó.

## 6

### Porter

#### Día 1 – 7:31

Porter aparcó su Charger pegado al bordillo frente al 1.547 de Dearborn Parkway y alzó la vista hacia la gran mansión de piedra. A su lado, Nash ponía fin a una llamada de teléfono.

—Era el capitán. Quiere que vayamos para allá.

—Lo haremos.

—Ha sido bastante insistente.

—El CM estaba a punto de enviar aquí por correo la cajita. El tiempo corre, y no tenemos el suficiente para volver ahora mismo al cuartel general —dijo Porter—. No tardaremos mucho. Es importante que vayamos por delante en esto.

—¿CM? ¿De verdad lo vas a usar?

—El CM, el Hombre Mono, el Cuarto Mono... Me da igual cómo llamemos a ese chalado de los cojones.

Nash miraba por la ventanilla.

—Vaya pedazo de casa. ¿Aquí vive solo una familia?

Porter asintió.

—Arthur Talbot, su mujer, una hija adolescente de su primer matrimonio, probablemente uno o dos perros pequeños que no dejarán de ladrar, y una criada, o cinco.

—Lo he comprobado con Personas Desaparecidas, y Talbot no ha llamado para informar de nadie —dijo Nash. Se bajaron del coche y empezaron a subir los escalones de piedra—. ¿Cómo quieres que hagamos esto?

—Rápido —dijo Porter mientras tocaba el timbre.

Nash bajó la voz.

—¿Mujer o hija?

—¿Qué?

—La oreja. ¿Crees que es de la mujer o de la hija?

Porter estaba a punto de responder cuando se abrió la puerta un par de centímetros, sujeta por una cadena de seguridad. Una mujer hispana no más alta del metro cincuenta les lanzaba una fría mirada con sus ojos marrones.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Están el señor o la señora Talbot?

Los ojos de la mujer iban de Porter a Nash y vuelta a empezar.

—Un momento<sup>[1]</sup>.

Cerró la puerta.

—Me juego la pasta por la hija —dijo Nash.

Porter bajó la mirada a su móvil.

—Se llama Carnegie.

—¿Carnegie? ¿Estás de coña?

—Nunca entenderé a los ricos.

Cuando se volvió a abrir la puerta, una mujer rubia de cuarenta y pocos años se encontraba en el umbral. Vestía un jersey *beige* y unos pantalones de *sport* negros y ajustados. Llevaba el pelo recogido en una coleta suelta. *Atractiva*, pensó Porter.

—¿Señora Talbot?

La mujer sonrió con cortesía.

—Sí. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

La hispana apareció detrás de ella, observando desde el otro extremo del vestíbulo.

—Soy el detective Porter, y este es el detective Nash. Somos de la Metropolitana de Chicago. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Desapareció su sonrisa.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Disculpe?

—La puñetera hijita de mi marido. Me encantaría pasar una sola semana sin el drama de sus robos en las tiendas, sin que se lleve el coche de alguien sin pedírselo para darse una vuelta o sin emborracharse en el parque con esas amiguitas tuyas que son tan fulanas como ella. Ya puestos, podría ponerle un café gratis a todo agente de las fuerzas del orden que se deje caer por aquí, ya que la mitad de ustedes viene con regularidad también. —Retrocedió para apartarse de la puerta, que se abrió a su espalda y les dejó ver la entrada, escasamente amueblada—. Adelante, pasen.

Porter y Nash la siguieron al interior. Los techos abovedados eran altos, y en el centro había una lámpara de araña que despedía destellos de cristal. Sam combatió el impulso de quitarse los zapatos antes de pisar el mármol blanco y pulido.

La señora Talbot se volvió hacia la criada.

—Miranda, por favor, tenga la amabilidad de traernos un poco de té y unos *bagels*..., a menos que estos agentes prefieran unos donuts, ¿no? —Dijo esto último con el rastro de una sonrisa.

Ah, el sentido del humor de los ricos, pensó Porter.

—Estamos bien, señora.

No había nada que una mujer blanca y rica odiase más que oír que la llamasen...

—Por favor, llámeme Patricia.

La siguieron a través del vestíbulo, por el pasillo, y entraron en una biblioteca grande. Los suelos de madera encerada brillaban con la luz de primera hora de la mañana y estaban salpicados de pecas de sol que proyectaba el cristal de la lámpara de araña suspendida sobre una chimenea grande de piedra. La mujer señaló un sofá en el centro de la habitación. Porter y Nash tomaron asiento. Ella se acomodó en un sillón excesivamente mullido y de aspecto confortable con una otomana, frente a ellos, y alargó la mano hacia una taza de té que había en la mesilla a su lado. Un ejemplar de la edición matinal del *Tribune* aguardaba intacto.

—Justo la semana pasada se metió una sobredosis de algún disparate, y tuve que ir yo al centro a recogerla, a urgencias, en plena noche. Sus cariñosísimas amiguitas la habían dejado allí cuando se desmayó en alguna discoteca. La soltaron en un banco enfrente del hospital. ¿Se lo imaginan? Arty estaba fuera trabajando, y me tocó a mí traerla de vuelta antes de que él regresara a casa, porque nadie quiere contrariarlo. Mejor que la madrastra lo limpie todo y que haga como si no hubiera pasado nada.

La criada regresó con una bandeja grande de plata. La dejó sobre la mesa, delante de ellos, sirvió dos tazas de té de una botella de boca ancha y le entregó una a Nash y la otra a Porter. Había dos platos. Uno contenía un simple *bagel* tostado y el otro un donut de chocolate.

—Yo aún no he superado los estereotipos —dijo Nash al alargar la mano hacia el donut.

—No era necesario —dijo Porter.

—Bobadas. Disfrútenlo —respondió Patricia.

—¿Dónde está su marido ahora, señora Talbot? ¿Está en casa?

—Se ha ido esta mañana temprano a jugar al golf en Wheaton.

Nash se inclinó hacia delante.

—Eso está a una hora de aquí, más o menos.

Porter alargó la mano hacia una taza de té, tomó un sorbo lento y la volvió a dejar en la bandeja.

—¿Y su hija?

—Hijastra.

—Hijastra —corrigió Porter.

La señora Talbot frunció el ceño.

—¿Qué les parece si me cuentan en qué tipo de lío se ha metido? Entonces podré decidir si debo dejarles que hablen directamente con ella o si tengo que llamar a uno de nuestros abogados.

—¿Está aquí, entonces?

Se le abrieron los ojos de par en par por un instante. Se rellenó la taza, alcanzó

dos terrones de azúcar con la mano y los dejó caer en su té, lo removió y bebió. Retorcía los dedos en torno a la taza caliente.

—Estaba profundamente dormida en su cuarto. Lo ha estado toda la noche. La he visto hace unos minutos, preparándose para ir a clase.

Porter y Nash cruzaron una mirada.

—¿Podemos verla?

—¿Qué ha hecho?

—Estamos siguiendo una pista en una investigación, señora Talbot. Si su hijastra está aquí ahora mismo, no hay nada de lo que preocuparse. Nos marcharemos. Si no está... —Porter no quería aterrorizarla de manera innecesaria—. Si no está, podría haber algún motivo de preocupación.

—No es necesario encubrirela —le explicó Nash—. Solo necesitamos saber que está a salvo.

La mujer le daba vueltas a la taza en la mano.

—¿Miranda? ¿Le importaría ir a buscar a Carnegie, por favor?

La criada abrió la boca, valoró lo que estaba a punto de decir y se lo pensó mejor. Porter la observó mientras se daba la vuelta y salía de la biblioteca, cruzaba el pasillo y subía por la escalera que ascendía por la pared opuesta.

Nash le dio un toque con el codo, y Porter se dio la vuelta y siguió la mirada de su compañero hasta una fotografía enmarcada en la repisa de la chimenea. Una niña rubia vestida para montar junto a un caballo zaino. Se levantó y se acercó a la foto.

—¿Es esta su hijastra?

La señora Talbot asintió.

—Hace cuatro años. Cumplió los doce un mes antes de esa foto. Llegó la primera.

Porter estaba mirándole el pelo. El Cuarto Mono solo había matado a una rubia hasta entonces; todas las demás habían sido morenas.

—¿Patricia? ¿Qué está pasando?

Se dieron la vuelta.

De pie, en el umbral de la puerta, había una adolescente vestida con una camiseta de Mötley Crüe, una bata blanca y zapatillas de andar por casa. Llevaba el cabello rubio de punta.

—Por favor, no me llames Patricia —le dijo la señora Talbot con brusquedad.

—Perdón, madre.

—Carnegie, estos caballeros son de la Metropolitana de Chicago.

La chica se quedó pálida.

—¿Qué hace aquí la policía, Patricia?

Porter y Nash no les quitaban ojo a sus orejas. A *ambas* orejas. Justo donde debían estar.

## 7

### Porter

#### Día 1 – 7:48

Había empezado a caer una llovizna. Los escalones de losetas estaban húmedos y resbaladizos cuando Porter y Nash salieron a toda prisa de la residencia de los Talbot de regreso hacia su coche, en la acera. Ambos se lanzaron al interior del vehículo y cerraron las puertas a su espalda, mirando el cielo amenazante.

—Esta mierda no nos viene bien, hoy no —se quejó Porter—. Si empieza a llover, Talbot podría suspender su golf, y lo perderemos.

—Tenemos un problema mayor. —Nash iba tocando la pantalla de su iPhone.

—¿Otra vez el capitán Dalton?

—No, peor. Alguien lo ha tuiteado.

—¿Que alguien ha hecho qué?

—Poner un tuit.

—¿Qué cojones es un tuit?

Nash le pasó el móvil.

Porter leyó aquella letra minúscula.

@CMFOREVER ES EL CUARTO MONO?

La frase iba seguida de una fotografía de su víctima de aquella mañana con el autobús, boca abajo contra el asfalto. La arista del autobús urbano apenas se veía en un extremo.

Porter frunció el ceño.

—¿Quién le ha filtrado la foto a la prensa?

—Joder, Sam. De verdad, tienes que ponerte al día. Nadie ha filtrado nada. Alguien ha sacado una foto con el móvil y la ha subido ahí para que todo el mundo la vea —le explicó Nash—. Así es como funciona Twitter.

—¿Todo el mundo? ¿Cuánta gente es «todo el mundo»?

Nash estaba tocando de nuevo la pantalla.

—La postearon hace veinte minutos, y ya hay tres mil docientos doce que la han marcado como favorito. La han retuiteado más de quinientas veces.

—¿Postear? ¿Retuitear? Qué coño es eso, Nash. Habla en cristiano.

—Significa que ya está ahí subida, Porter. Que se ha hecho viral. El mundo ya sabe que está muerto.

Sonó el teléfono de Nash.

—Y ahora es el capitán. ¿Qué le digo?

Porter arrancó el motor, metió la marcha y bajó veloz por la Noroeste hacia la 294.

—Dile que estamos siguiendo una pista.

—¿Qué pista?

—La de los Talbot.

Nash parecía desconcertado.

—Pero si no son los Talbot... Están en casa.

—No son esos Talbot. Vamos a charlar con Arthur. Estoy dispuesto a jugármela a que la mujer y la hija no son las únicas mujeres que hay en su vida —dijo Porter.

Nash asintió y cogió la llamada. Porter oyó cómo gritaba el capitán por el altavoz minúsculo. Tras un minuto repitiendo «Sí, señor», Nash tapó el teléfono con la mano.

—Quiere hablar contigo.

—Dile que estoy conduciendo, que no es seguro hablar por el móvil al volante. —Pegó un volantazo hacia la izquierda para rodear una furgoneta que iba muy por debajo de sus ciento cuarenta por hora.

—Sí, capitán —dijo Nash—, le pongo en el manos libres.

La voz del capitán pasó de oírse bajito y con un sonido metálico a retumbar con un volumen muy fuerte cuando el iPhone se conectó al sistema de manos libres por Bluetooth del coche.

—... de vuelta en la comisaría en diez minutos para que podamos montar un equipo y ponernos al frente de esto. Tengo a todas las televisiones y a los reporteros de los periódicos colgados del cuello.

—Capitán, soy Porter. Usted conoce la secuencia temporal de ese tío tan bien como yo. Estaba a punto de enviar la oreja por correo esta mañana. Eso significa que se llevó a la mujer hace un día o dos. La buena noticia es que nunca la mata enseguida, así que podemos estar seguros de que sigue viva... en alguna parte. No sabemos cuánto tiempo le queda. Si tenía pensado salir corriendo a enviar el paquete, es muy probable que no le dejara agua ni comida. Un ser humano medio puede vivir tres días sin agua y tres semanas sin comida. El tiempo corre para ella, capitán. En el mejor de los casos, creo que tenemos tres días para encontrarla; quizá menos.

—Por eso os necesito aquí de vuelta.

—Tenemos que seguir esto primero. Hasta que descubramos a quién tiene,

estaremos dando vueltas sin ir a ninguna parte. Necesita tener algo: deme una hora y, con un poco de suerte, podré darle un nombre que ofrecer a la prensa. Usted póngales ahí una foto de la chica desaparecida y ellos darán un paso atrás —dijo Porter.

El capitán guardó silencio un instante.

—Una hora. No más.

—Eso es todo cuanto necesitamos.

—Mira con cuidado por dónde pisas cuando te acerques a Talbot. Tiene mucho trato con el alcalde —respondió el capitán.

—Entendido, con guante de seda.

—Vuelve a llamarme después de hablar con él. —El capitán colgó el teléfono.

Porter aceleró en la rampa de acceso a la 294. Nash metió Wheaton en el GPS.

—Estamos a cuarenta y cinco kilómetros.

El coche iba cogiendo velocidad conforme Porter pisaba el acelerador un poquito más.

Nash encendió la radio.

*... aunque la Metropolitana de Chicago no ha hecho todavía ningún comunicado, se especula con la posibilidad de que el peatón atropellado esta mañana por un autobús municipal en Hyde Park sea en realidad el Cuarto Mono. Una cajita fotografiada en el escenario cuadra con las que este asesino ya envió en el pasado. El apelativo de «el Cuarto Mono» se lo puso Samuel Porter, detective de la Metropolitana de Chicago y uno de los primeros en reconocer su conducta y su firma.*

—Eso no es verdad; no se me ocurrió a mí eso de...

—¡Shhh! —le interrumpió Nash.

*Los cuatro monos proceden del templo Toshogu de Nikko, en Japón, que cuenta con tres monos tallados sobre la entrada. El primero se tapa los oídos; el segundo, los ojos; el tercero, la boca, y representan el proverbio «No escuches el mal, no veas el mal, no pronuncies el mal». El cuarto representa «No hagas el mal». El patrón del asesino se ha mantenido constante desde su primera víctima, Calli Tremell, hace cinco años y medio. Dos días después de su secuestro, la familia Tremell recibió una oreja suya por correo. Dos días después de eso, recibieron sus ojos. Dos días más tarde llegó la lengua. Su cuerpo fue hallado en Bedford Park dos días después de la fecha del matasellos del último paquete, con una nota agarrada en la mano que simplemente decía «No hagas el mal». Más adelante se descubrió que Michael Tremell, padre de la víctima, había estado implicado en una trama de juego clandestino para enviar millones de dólares a cuentas en paraísos fiscales...*

Nash apagó la radio.

—Siempre se lleva a una hija o hermana para castigar al padre por algún tipo de delito. ¿Por qué esta vez no? ¿Por qué no se ha llevado a Carnegie?

—No lo sé.

—Deberíamos poner a alguien a revisar las finanzas de Talbot —sugirió Nash.

—Buena idea. ¿A quién tenemos?

—¿Matt Hosman?

Porter asintió.

—Haz esa llamada. —Se metió la mano en el bolsillo del pecho, sacó el diario y lo lanzó al regazo de Nash—. Después, lee esto en voz alta.

## 8

### Diario

Padre y madre tenían bastante relación con nuestros vecinos, Lisa y Simon Carter. Al niño de apenas once años que yo era en el verano en que ellos entraron a formar parte de nuestra maravillosa barriada, todos le parecían viejos a la luz de unos ojos que tan poco habían visto aún. Al echar la vista atrás, sin embargo, me percaté de que padre y madre estaban en plena treintena, y no se me ocurre que los Carter fueran más de uno o dos años más jóvenes que mis padres. Tres como mucho. Quizá cuatro, pero dudo de que fueran más de cinco. Se trasladaron a la casa al lado de la nuestra, la única que había en nuestro extremo de la apacible calle.

¿He mencionado lo increíblemente hermosa que era mi madre?

Qué burdo por mi parte haber obviado tal detalle. Lloriqueo sobre cuestiones insignificantes y paso por alto trazar un cuadro que ilustre como es menester la narración que con tanta gentileza ha accedido usted a seguir conmigo.

Si pudiese meter la mano en este mamotreto y abofetearme por imbécil, le instaría a hacerlo. A veces divago, y es necesario un firme manotazo que vuelva a enhebrar mi pobre hilo.

¿Por dónde iba?

Madre.

Madre era hermosa.

Su cabello era de seda. Rubio, con mucho cuerpo, y reluciente, con la cantidad justa y precisa de un saludable brillo. Le caía a media altura de la espalda, esbelta, en un ondulado generoso. ¡Ah, y sus ojos! Eran del verde más vivo, esmeraldas encastradas en la perfecta porcelana de su

piel.

No me avergüenza admitir que su figura atraía muchas miradas también. Corría a diario, y me aventuraría a decir que no tenía un gramo de grasa. Es probable que no pesara más de cincuenta kilos vestida, ni siquiera, y le llegaba a padre por el hombro, lo que le daría una estatura de metro sesenta y tres, o algo por el estilo.

Sentía pasión por los vestidos de verano con tirantes.

Madre se ponía aquellos vestidos en los días de mayor bochorno o en pleno invierno. No le daba la menor importancia al frío. Recuerdo un invierno en que la nieve acumulada por las ventiscas prácticamente llegaba hasta el alféizar de la ventana, y me la encontré tarareando feliz en la cocina con un vestido corto de tirantes, blanco y florido, que revoloteaba alrededor de su cuerpo. La señora Carter estaba sentada a la mesa de la cocina, feliz, con una taza caliente entre las manos, y madre le dijo que se ponía aquellos vestidos porque la hacían sentirse libre. Y prefería que fuesen cortos porque las piernas, le daba a ella la sensación, eran su mayor atractivo. Prosiguió contando lo mucho que le gustaban a padre, cómo las acariciaba, cómo disfrutaba con ellas sobre los hombros, o cuando le rodeaban...

Madre reparó en mí en ese instante y me dio permiso para marcharme.

## 9

### Porter

#### Día 1 – 8:49

Porter sabía poco de golf. No le atraía la idea de pasarse horas enteras dándole golpes a una pelotita blanca y persiguiéndola después. Aunque entendía su dificultad, no lo consideraba un deporte. El béisbol era un deporte. El fútbol americano era un deporte. Cualquier cosa a la que uno pudiese jugar con ochenta años, tirando de la botella de oxígeno y luciendo unos pantalones de pinzas en tonos pastel, jamás sería un deporte a su entender.

El restaurante, sin embargo, estaba bien. Dos años antes había llevado a Heather al Club de Golf de Chicago por su aniversario, y se pidió el filete más caro que jamás había probado. Heather pidió langosta, y se pasó varias semanas diciendo maravillas de ella. El sueldo de un policía no daba para mucho, pero cualquier cosa que la hiciera feliz era un gasto que merecía la pena.

Detuvo el Charger ante el edificio grande del club y le entregó las llaves al aparcacoches.

—No te lo lleves muy lejos. No tardaremos mucho.

Habían escapado de la climatología. A pesar de la apariencia neblinosa del cielo, las nubes negras de tormenta se habían detenido sobre la ciudad.

El vestíbulo era grande y estaba bien amueblado. Varios miembros se habían congregado alrededor de una chimenea en el extremo opuesto, con vistas al exuberante recorrido tras unas puertas acristaladas. Sus voces resonaban en el suelo de mármol y el revestimiento de caoba de las paredes.

Nash soltó un silbido tenue.

—Si te pilló pidiendo dinero, te hago esperar en el coche.

—Según avanza el día, más lamento no haberme puesto un traje mejor —reconoció Nash—. Esto es otro mundo comparado con los sitios adonde nosotros vamos a dar bolas.

—¿Es que juegas?

—La última vez que agarré un palo de golf no fui capaz de pasar del molino de viento. Esto de aquí es golf de verdad, y yo no tengo paciencia para eso —respondió Nash.

Había una joven sentada ante el mostrador en la zona central del vestíbulo. Levantó la vista de su portátil y sonrió.

—Buenos días, caballeros. Bienvenidos al Club de Golf de Chicago. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Detrás del blanco deslumbrante de su sonrisa, Porter pudo sentir cómo los evaluaba. No les había preguntado si tenían reserva, y dudaba de que hubiera sido un despiste. Sacó la placa y se la enseñó.

—Estamos buscando a Arthur Talbot. Su mujer nos ha dicho que ha venido hoy a jugar.

La sonrisa de la joven desapareció cuando sus ojos se desplazaron veloces desde la placa hacia Porter y después a Nash. Cogió el teléfono del mostrador y marcó una extensión, habló en voz baja y colgó.

—Por favor, tomen asiento. Estarán con ustedes en un segundo. —Hizo un gesto hacia un sofá en el rincón opuesto.

—Estamos perfectamente, gracias —le dijo Porter.

De nuevo la sonrisa. Volvió con el ordenador; sus dedos esbeltos, de manicura, brincaban de tecla en tecla.

Porter miró su reloj. Casi las nueve de la mañana.

Un hombre de cincuenta y tantos entró en el vestíbulo procedente de una puerta a su izquierda. Llevaba el pelo, moteado de canas, bien peinado hacia atrás, y el traje, azul oscuro, perfectamente planchado. Al acercarse, extendió la mano hacia Porter.

—Detective. Me dicen que ha venido a ver al señor Talbot, ¿correcto? —Una mano blanda. A ese apretón, el padre de Porter lo llamaba «un pez muerto»—. Soy Douglas Prescott, director gerente.

Porter le mostró fugazmente la placa.

—Yo soy el detective Porter, y este es el detective Nash, de la Metropolitana de Chicago. Es extremadamente urgente. ¿Sabe dónde podemos encontrar al señor Talbot?

La joven rubia los estaba observando. Cuando Prescott la miró, regresó con el ordenador. La mirada del gerente volvió sobre Porter.

—Creo que el grupo del señor Talbot tenía la salida del primer hoyo a las siete y media, así que están ahí fuera, en pleno recorrido. Serán ustedes muy bien recibidos si desean esperarle. Encontrarán un buen desayuno de cortesía en el comedor. Si les gustan los puros, nuestra cava es de primera.

—Esto no puede esperar.

Prescott frunció el ceño.

—No interrumpimos a nuestros invitados mientras juegan, caballeros.

—Ah, ¿no lo hacemos? —dijo Nash.

—No, no lo hacemos —insistió Prescott.

Porter puso los ojos en blanco. ¿Por qué parecía que todo el mundo se estuviese desviviendo con tal de ponerles las cosas difíciles?

—Señor Prescott, no tenemos tiempo ni paciencia para esto. Tal y como yo lo veo, tiene usted dos opciones. O nos lleva con el señor Talbot, o mi compañero le detendrá a usted por obstrucción, lo esposará a ese mostrador y se pondrá a llamar a Talbot a gritos hasta que él venga a nosotros. Le he visto hacerlo, y menudo vozarrón que tiene. Usted decide, pero yo, sinceramente, creo que la opción A acabará alterando menos su negocio.

La recepcionista reprimió una carcajada.

Prescott le lanzó una mirada de furia, se acercó más a ellos y bajó la voz.

—El señor Talbot es un donante destacado y amigo personal de su jefe, el alcalde. Jugaron juntos hace apenas dos semanas. No creo que a ninguno de los dos le haga feliz saber que dos agentes estaban dispuestos a emborronar el currículum de la Metropolitana de Chicago con amenazas a ciudadanos que se limitan a hacer su trabajo. Si le llamase ahora mismo y le contase que están ustedes aquí, listos para montar una escena, no dudaría en referirlos a su abogado antes de valorar siquiera la posibilidad de dedicar un instante a hablar con ustedes.

Nash sacó las esposas del cinto.

—Sam, voy a detener a este capullo. Quiero ver cómo se las arregla en el trullo rodeado de yonquis de *crack* y de pandilleros. Estoy seguro de que la señorita... —bajó la mirada a la chapa con el nombre de la joven rubia— Piper estará más que dispuesta a ayudarnos.

A Prescott se le enrojeció la cara.

—Respire hondo y piense bien en lo siguiente que va a decir, señor Prescott —le advirtió Porter.

Prescott elevó la mirada al techo y se volvió hacia la señorita Piper.

—¿Dónde está el grupo del señor Talbot ahora?

Señaló su monitor con un dedo lacado en rosa.

—Acaban de llegar al hoyo seis.

—¿Tienen cámaras? —preguntó Nash.

La joven hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nuestros carritos de golf están equipados con rastreadores GPS. Nos permite detectar los atascos y mantener un movimiento eficiente en todas las partidas.

—Así que, si alguien juega demasiado lento, ¿lo sacan del recorrido y lo ponen en las distancias para los críos?

—No es tan drástico. Podríamos enviarles a un profesional que les dé unos cuantos consejos, que los ayuden a avanzar al ritmo de los demás —le explicó.

—¿Puede llevarnos hasta allí?

La joven miró a Prescott, que levantó ambas manos en señal de derrota.

—Vete.

La señorita Piper cogió el bolso de debajo del mostrador y les señaló un pasillo en el extremo oeste del edificio.

—Por aquí, caballeros.

Un momento después, bajaban por un camino de adoquines montados en un carrito de golf. La señorita Piper iba al volante, con Porter a su lado y Nash en un pequeño banco detrás de ellos. Soltó una maldición cuando cogieron un bache que le hizo dar un bote en el asiento.

Porter se metió las manos en los bolsillos. Hacía frío allí fuera, a cielo abierto.

—Les pido disculpas por mi jefe. Puede ser un poquito... —Hizo una pausa, buscando la palabra exacta—. Un poquito zafio en ocasiones.

—¿Qué cuernos es ser zafio? —preguntó Nash.

—Alguien a quien no invitarías a tu despedida de soltero —dijo Porter.

Nash soltó una risita.

—No tengo pensado llevar a nadie al altar de manera inmediata, a menos que la señorita Piper tenga alguna amiga que busque un funcionario que gane un triste sueldo por llevarse un tiro de forma habitual. Tengo también por costumbre las jornadas laborales bien largas y empinar el codo un pelín más de lo que estoy dispuesto a admitir delante de alguien a quien acabo de conocer.

Porter se volvió hacia la señorita Piper.

—No le haga caso, señorita. No tiene usted ninguna obligación legal de juntar a los miembros de las fuerzas del orden con amigas atractivas.

La joven miró por el retrovisor.

—Tiene pinta de ser bastante buen partido, detective. Les daré un toque a mis compañeras de la hermandad en cuanto vuelva al mostrador de recepción.

—Se lo agradeceré mucho —dijo Nash.

Porter no pudo evitar maravillarse ante el paisaje. La hierba corta y lustrosa, ni una hoja, ni una brizna fuera de sitio. Unos estanques minúsculos salpicaban el recorrido a ambos lados del sendero del carrito. Grandes robles se alzaban y se asomaban a los costados de la calle del hoyo, y sus ramas protegían a los jugadores del sol y del viento.

—Ahí están. —La señorita Piper hizo un gesto con la barbilla para señalar a un grupo de cuatro hombres que se encontraban de pie alrededor de algo semejante a una fuente alta y delgada.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Nash.

—¿Qué cosa?

La señorita Piper sonrió.

—Eso, caballeros, es un limpiador de bolas.

Nash se dio un masaje en la sien y cerró los ojos.

—Son tantos los chistes que me acaban de venir a la cabeza que hasta me duele.

La señorita Piper se detuvo detrás del carrito de Talbot y bloqueó el freno.

—¿Quieren que los espere?

Porter sonrió.

—Eso estaría muy bien, gracias.

Nash se bajó de un salto de la parte de atrás.

—Me pido delante para la vuelta. El gallinero es todo tuyo.

Porter se acercó a los cuatro hombres que se estaban preparando para salir del *tee* y les mostró la placa.

—Buenos días, caballeros. Soy el detective Sam Porter de la Metropolitana de Chicago. Este es mi compañero, el detective Nash. Lamento interrumpir su partida, pero tenemos una situación que, simplemente, no podía esperar. ¿Quién de ustedes es Arthur Talbot?

Un hombre alto de cincuenta y pocos años, pelo corto y salpicado de canas ladeó la cabeza ligeramente y ofreció lo que a Nash le gustaba llamar «una sonrisa de político».

—Yo soy Arthur Talbot.

Porter bajó la voz.

—¿Podemos hablar un momento a solas con usted?

Talbot iba vestido con un cortavientos marrón sobre una camisa blanca de golf, cinturón marrón y pantalones caqui. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es necesario, detective. Estos señores son mis socios. No les oculto ningún secreto.

El hombre más mayor a su izquierda se subió por la nariz las gafas de montura metálica y mitigó los efectos de la leve brisa sobre lo que parecía un prometedor comienzo de una calva escondida bajo el cabello de un lado. La mirada inquieta no se apartaba de Porter.

—Podemos seguir jugando, Arty. Ya nos alcanzarás si necesitas un minuto.

Talbot alzó una mano y lo silenció.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, detective?

—Me suena mucho su cara —le dijo Nash al hombre que estaba a la derecha de Talbot.

Porter también lo había pensado, pero no era capaz de ubicarlo. Metro ochenta y tres, aproximadamente. Cabello denso y oscuro. En forma. Cuarenta y tantos.

—Louis Fischman. Nos conocimos hace unos años. Ustedes trabajaban en el caso de Elle Borton, y yo estaba en la oficina del fiscal del distrito. Ahora estoy en el sector privado.

Talbot frunció el ceño.

—Elle Borton. ¿De qué me suena ese nombre?

—Fue una de las víctimas del Cuarto Mono, ¿verdad? —intervino el tercer hombre. Se había puesto a toquetear el limpiador de bolas.

Porter asintió.

—La segunda.

—Exacto.

—Ese puto cabrón —masculló el hombre de las gafas—. ¿Alguna pista?

—Quizá se lo haya llevado por delante el transporte público esta mañana —dijo Nash.

—¿El transporte público? ¿Es que un taxista se lo ha entregado a la policía? —preguntó Fischman.

Porter lo negó con la cabeza y se lo explicó.

—¿Y ustedes creen que es el Cuarto Mono?

—Tiene pinta.

Arthur Talbot frunció el ceño.

—¿Por qué han venido hasta aquí a verme?

Porter respiró hondo. Odiaba aquella parte de su trabajo.

—Creemos que el hombre que ha muerto intentaba cruzar la calle para llegar a un buzón de correos.

—Oh.

—El paquete llevaba la dirección de su casa, señor Talbot.

Se quedó lívido. Igual que la mayoría de la gente en Chicago, estaba al tanto del *modus operandi* del Cuarto Mono.

Fischman le puso la mano en el hombro a Talbot.

—¿Qué había en el paquete, detective?

—Una oreja.

—Oh, no. Carnegie...

—No es de Carnegie, señor Talbot. Tampoco es de Patricia. Ambas están a salvo. Hemos pasado por su residencia antes de venir hasta aquí. Su mujer nos ha dicho dónde encontrarle. —Porter lo dijo tan rápido como pudo, y después bajó la voz en un intento de calmar al hombre—. Necesitamos su ayuda, señor Talbot. Tiene que ayudarnos a determinar a quién se ha llevado.

—Tengo que sentarme —dijo Talbot—. Me da la sensación de que voy a vomitar.

Fischman miró a Porter y, a continuación, apretó la mano sobre el hombro de Talbot.

—Arty, vamos al carrito.

Alejándose del *tee* de salida del hoyo, acompañó a un Talbot de rostro lívido hasta el carrito de golf y lo ayudó a sentarse en él. Porter hizo un gesto a Nash para que no se moviese de allí y siguió a los dos hombres de regreso al vehículo. Se sentó junto a Talbot para poder hablar en voz baja.

—Usted ya sabe cómo funciona, ¿verdad? Cuál es su patrón.

Talbot asintió.

—No hagas el mal —susurró.

—Eso es. Busca a alguien que haya hecho algo malo, algo que a él le parece malo, y se lleva a alguien cercano a esa persona, a alguien que le importa.

—Yo n-no... —tartamudeó Talbot.

Fischman se puso en modo abogado.

—Arty, creo que no debes decir una sola palabra más hasta que dispongamos de un momento para charlar.

Talbot tenía una respiración pesada.

—¿La dirección de mi casa? ¿Está seguro?

—Es el 1.547 de Dearborn Parkway —le dijo Porter—. Estamos seguros.

—Arty... —masculló Fischman entre dientes.

—Tenemos que averiguar quién es, a quién se ha llevado. —Porter vaciló un segundo antes de continuar—. ¿Tiene usted una amante, señor Talbot? —Se inclinó para acercarse más—. Si se trata de otra mujer, nos lo puede contar. Seremos discretos. Tiene usted mi palabra. Solo queremos encontrar a quien sea que se haya llevado.

—No es eso —dijo Talbot.

Porter le puso a Talbot una mano en el hombro.

—¿Sabe usted a quién tiene?

Talbot se lo sacudió y se puso en pie. Metió la mano en el bolsillo y sacó un móvil, cruzó al otro lado del sendero del carrito y marcó un número.

—Vamos, responde. Cógelo, por favor...

Porter se levantó y se aproximó a él despacio.

—¿A quién está llamando, señor Talbot?

Arthur Talbot soltó un juramento y colgó el teléfono.

Fischman se aproximó a él.

—Si se lo dices, es algo que no podrás deshacer. ¿Lo entiendes? Una vez salga de ti, podría llegar a la prensa. A tu mujer. A tus accionistas. Tienes compromisos. Esto va más allá de ti. Tienes que pensarlo detenidamente, hablar con otro de tus abogados, quizá, si es que no estás cómodo hablando de este tema conmigo.

Talbot le lanzó una mirada furiosa.

—No voy a quedarme esperando un análisis bursátil mientras un psicópata tiene a...

—¡Arty! —intervino Fischman—. Vamos a confirmarlo primero por nuestra cuenta, al menos. Para estar seguros.

—Eso parece una manera fantástica de lograr que maten a esa persona —dijo Porter.

Arthur Talbot le hizo un gesto de frustración con la mano y pulsó el botón de rellamada en su móvil con una expresión de creciente ansiedad en la cara. Al colgar, pulsó con tal fuerza en la pantalla que Porter se preguntó si la habría partido.

Porter le hizo una señal a Nash para que se acercase hasta ellos.

—Tiene otra hija, ¿verdad, señor Talbot? ¿Una hija fuera del matrimonio?

Cuando Porter pronunció aquellas palabras, Talbot apartó la mirada. Fue como si Fischman se desinflara y soltase un profundo suspiro.

Talbot miró a Porter, después a Fischman, y de nuevo a Porter. Se pasó los dedos

por el cabello.

—Patricia y Carnegie no saben nada de ella.

Porter se acercó más al hombre.

—¿Está aquí, en Chicago?

Talbot estaba tiritando, aturullado. Volvió a asentir.

—Edificio Flair Tower. Tiene el ático veintisiete con la persona que la cuida. Llamaré y les diré que van ustedes para que puedan pasar.

—¿Dónde está su madre?

—Falleció. Va a hacer doce años ya. Dios mío, si solo tiene quince años...

Nash les dio la espalda y telefoneó a Control. Podrían tener a alguien en Flair Tower en tan solo unos minutos.

Porter siguió a Talbot de vuelta al carrito de golf y se sentó a su lado.

—¿Quién se encarga de ella?

—Tenía cáncer, su madre. Le prometí que cuidaría de nuestra hija cuando ella no estuviera. El tumor creció muy rápido; todo terminó en apenas un mes. —Se tocó en un lado de la cabeza—. Lo tenía justo aquí, pero no pudieron operarla; estaba demasiado profundo. Habría pagado lo que fuese. Lo intenté, pero no quisieron operarla. Yo creo que llegamos a hablar con más de treinta médicos. La quería más que a nada en el mundo. Tuve que casarme con Patricia, tenía... compromisos. Había motivos que escapaban a mi control. Pero yo quería casarme con Catrina. Hay veces en que la vida se interpone, ¿sabe usted? A veces tienes que hacer cosas por un bien superior.

No, Porter no lo sabía. Es más, ni siquiera lo entendía. ¿Acaso estaban en plena Edad Media? Los matrimonios a la fuerza se acabaron hace mucho tiempo. A aquel tío le faltaba echarle un par de narices. En voz alta, le dijo:

—No hemos venido aquí a juzgarle, señor Talbot. ¿Cómo se llama?

—Emory —dijo—. Emory Connors.

—¿Tiene alguna foto?

Talbot vaciló un instante y lo negó con la cabeza.

—No la llevo encima. No podía arriesgarme a que Patricia la encontrase.

# 10

Porter

Día 1 – 9:23

—¿Carnegie y Emory? A esa familia le voy a regalar por Navidad un libro de nombres para bebés —dijo Nash—. ¿Y cómo demonios te las arreglas para ocultar a una hija y a tu novia en uno de los áticos más caros de la ciudad sin que tu mujer se entere?

Porter le lanzó las llaves y rodeó su Charger hasta la puerta del acompañante.

—Tú conduces; tengo que seguir leyendo este diario. Podría haber algo útil en él.

—Puto vago, cómo te gusta que te lleve tu chófer. Paseando a Miss Porter...

—Que te jodan.

—Voy a encender la manzana; tenemos que darnos prisa de la buena. —Nash pulsó un interruptor en el salpicadero.

Porter llevaba sin oír aquel término desde que era un novato. Solían llamar «manzana» a las sirenas magnéticas de los coches de policía camuflados. Hacía mucho que habían desaparecido del panorama, sustituidas por unas tiras de luces led en el borde del parabrisas, tan finas que ni las veías desde el interior.

Nash puso la palanca del cambio automático en la tercera posición sin levantar el pie del gas y giró hacia la verja de salida. El coche pegó un tirón y los neumáticos chillaron encantados al sentir la potencia.

—He dicho que podías conducir, no ponerte a jugar al Grand Theft Auto con mi buga. —Porter frunció el ceño.

—Conduzco un Ford Fiesta del 88. ¿Te haces una idea de lo que es eso? ¿De la humillación que siento cada vez que me subo, que oigo el chirrido de la puerta al cerrarla y arranco ese monstruoso motor de cuatro cilindros? Suena como un afilador eléctrico de lápices. Soy un hombre, necesito esto de vez en cuando. Dame ese placer.

Porter lo despachó con un gesto de la mano.

—Le hemos dicho al capitán que le llamaríamos después de hablar con Talbot.

Nash pegó un fuerte tirón del volante hacia la izquierda y adelantó veloz a un monovolumen pequeño que circulaba como es debido, dentro del límite de velocidad. Pasaron tan cerca que Porter vio los Angry Birds en la pantalla del iPad de la niña que iba bien sujeta en el asiento de atrás. La cría levantó la vista, sonrió al ver las sirenas y volvió a su juego.

—Le he enviado un mensaje desde Wheaton. Ya sabe que vamos a Flair Tower —dijo Nash.

Porter pensó en la niña del iPad.

—¿Cómo escondes a una hija durante quince años en el mundo actual? No puede ser fácil, ¿no crees? Registro civil aparte, ¿cómo mantienes algo así en secreto con internet? ¿Con todas las redes sociales? ¿La prensa? Talbot está en las noticias constantemente, sobre todo desde que puso en marcha ese proyecto nuevo a orillas del lago. Las cámaras le siguen a todas partes, a la espera de que vaya y la cague. Sería lógico pensar que alguien le hubiera sacado alguna foto, o algo similar.

—El dinero puede ocultar un montón de cosas —señaló Nash al doblar chirriando un recodo a la izquierda para reincorporarse a la autopista.

Porter suspiró y regresó con el diario.

# 11

## Diario

Los veranos en nuestro rinconcito del planeta podían ser bastante calurosos. Llegado el mes de junio ya me veía pasando la mayor parte del tiempo al aire libre. Detrás de nuestra casa había un bosque, y en las profundidades de aquel bosque había un pequeño lago. Se congelaba durante el invierno, pero en verano tenía el agua del azul más claro y una temperatura de lo más agradable.

Me gustaba ir al lago.

Le decía a madre que iba a pescar, pero, la verdad sea dicha, no era yo de los que pescan. No me atraía la idea de atravesar un gusano con un anzuelo y echar la criatura al agua tan solo para quedarme allí esperando a que algo se acercara a mordisquear al bicho. ¿Acaso los peces comían gusanos en la naturaleza? Tenía mis dudas. Aún estaba yo por ver un gusano metiéndose en el lago por voluntad propia. Tal y como lo veía, los peces se comían a otros peces más pequeños, no gusanos. Si uno fuera a pescar con peces más pequeños con la esperanza de capturar otro más grande, quizá tendría más éxito, ¿no? Al margen de eso, nunca tuve paciencia para tamaña tontería.

De todas formas, el lago me encantaba.

Y a la señora Carter también.

Recuerdo la primera vez que la vi.

Era un 20 de junio. Hacía siete gloriosos días que se habían acabado las clases, y el sol estaba en lo alto, sonriendo a nuestro pedacito de tierra con un afecto dorado y resplandeciente. Me di un paseo hasta el lago con la caña de pescar en la mano y el silbido de una elegante tonada en los labios. Qué niño tan alegre era, siempre. Más contento que unas pascuas,

así era yo.

Me dejé caer ante mi árbol preferido, un roble grande que se alzaba imponente, con ese tamaño que solo llega con los años. Me imaginaba que si le rajaba la panza al árbol y contaba los anillos habría muchos, un centenar quizá, o más. A lo largo de los años aquel roble se mantuvo firme, y miraba ya por encima del hombro al resto del bosque. Era un árbol magnífico, sin duda.

Conforme avanzaba el verano, me fui haciendo un huequecito en la base de aquel árbol. Siempre colocaba la caña de pescar a la izquierda y la bolsa del almuerzo (que contenía un sándwich de manteca de cacahuete con mermelada de uva, por supuesto) a mi derecha. A continuación me sacaba del bolsillo mi última lectura y me perdía en las páginas del libro.

Aquel día estaba investigando una teoría. Un mes antes, en clase de ciencias, habíamos aprendido que la Tierra tenía una edad de cuatro mil quinientos millones de años. Anteriormente habíamos aprendido que la raza humana tan solo tenía una antigüedad de doscientos mil años. Después de oír aquellos supuestos datos, una idea salió a la palestra desde el fondo de mi cabeza, y ahí residía el motivo de que hubiese escogido aquel libro en particular en la biblioteca el día antes: un libro sobre fósiles.

Ya ve usted, los objetos incrustados en la roca están «fossilizados», y así se quedan durante... durante... qué sé yo, pero es mucho tiempo, millones de años en el caso de los dinosaurios, y la mayoría de los animales ni siquiera llegan a convertirse en fósiles. Al fin y a la postre, un animal tendría que quedar antes atrapado en la roca para fosilizarse. Si los elementos se encargaban de acabar con él antes de que eso pudiera suceder, las pruebas desaparecerían sin dejar rastro.

Un mes antes había matado un gato y había dejado su cuerpo rígido a orillas del lago para ver qué sucedía.

No se preocupe, que no era la mascota de nadie, solo un gato callejero. Un gatito atigrado que vivía en el bosque. Al menos, allí fue donde lo encontré. Si aquel animal de verdad pertenecía a alguien, no llevaba chapa ninguna. Si era una mascota y la dejaban pasearse por ahí, en libertad y sin chapa, cualquier culpabilidad del deceso de la criatura debería recaer sobre los descuidados dueños.

El gato no tenía buen aspecto. No lo tuvo durante un tiempo.

Los restos tenían un olor horrible en los primeros días, pero eso se pasó enseguida. En primer lugar llegaron las moscas, después los

gusanos. Algo de mayor tamaño quizá lo mordisquease alguna noche durante aquellos primeros días. En aquel momento, no obstante, transcurrido tan solo un mes, nada quedaba salvo los huesos. El viento y la lluvia sin duda se los llevarían, y entonces habría desaparecido.

Me imaginé que una persona desaparecería con la misma rapidez.

Al principio me sobresaltó el ruido. En todo el tiempo que llevaba acudiendo al lago, aún estaba por tropezarme con otra persona. Nada es para siempre, sin embargo, y allí había alguien, de pie, a menos de treinta metros, junto a la orilla del lago, observando la superficie del agua.

Me deslicé hacia el lateral de mi árbol para que no me descubriese.

Aunque su ángulo me impedía verle la cara, de inmediato reconocí su cabello, aquellos rizos de chocolate en la espalda.

Miró en mi dirección, y me agaché. Acto seguido se giró hacia su derecha, escrutando los alrededores. Por fin satisfecha de estar a solas, metió la mano en un bolso grande, sacó una toalla y la extendió en la orilla.

Después de haber mirado una vez más en todas direcciones, se llevó la mano a la espalda del vestido y lo desató en el cuello, entonces cayó de su cuerpo y se le arremolinó en los pies, en un charco de tejido blanco con flores.

Me quedé boquiabierto.

No llevaba nada más.

Nunca había visto una mujer desnuda.

Cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza para volver el rostro al sol y sonrió.

Las piernas, qué largas eran.

¡Y los pechos!

Cielo santo. Sentí cómo se me sonrojaba la cara. Aún hoy se me sonroja.

Vi una minúscula mata de vello en aquel lugar, en ese lugar tan especial.

La señora Carter se acercó al agua y puso un pie dentro, vacilante al principio. Estaba fría, sin duda.

Se adentró más y fue desapareciendo paulatinamente con el aumento de la profundidad.

Cuando el agua ascendió por encima de las rodillas, se inclinó hacia

delante, la cogió con la mano y se salpicó el pecho. Se zambulló un instante después y nadó hacia el centro del lago.

Desde la seguridad de mi árbol, yo observaba.

Cayó la noche, pasó y resultó ser bastante inquieta.

Con el verano también llegó el calor, y mi habitación se volvió bastante calentita una vez que la primavera se quitó el abrigo.

Sin embargo, no era el calor lo que me mantenía en vilo; eran los pensamientos sobre la señora Carter. Me atrevo a decir que eran de lo más impuros, y muy novedosos para mí. Al cerrar los ojos, aún la veía allí de pie ante el lago, los destellos del agua sobre su piel, húmeda, bajo la intensa luz. Sus piernas tan largas..., tan largas y tan delicadas. Aquello hacía que la sangre se me fuese veloz a un sitio donde no había ido nunca, me hacía sentir...

Digamos que, siendo un muchacho tan joven, estaba ciegamente enamorado.

Me desperté a la mañana siguiente con el sonido de su voz.

Al principio pensé que no era más que otro sueño, y lo recibí de buena gana, deseando verla quitarse el vestido y caminar de nuevo hasta el lago, una y otra vez, en el escenario de mi mente. Su voz iba por el aire, a la deriva, a lomos de un suspiro, seguida de la carcajada de madre. Se me abrieron los ojos de golpe.

—Fue un poco pervertido —dijo—. Nunca me habían atado.

—¿Nunca? —respondió madre.

La señora Carter soltó una risita.

—¿Me convierte eso en una mojigata?

—Simplemente en una inexperta. Con el tiempo, te sorprenderá lo que se le puede llegar a ocurrir a tu marido por una buena corrida.

—¿En serio?

—Oh, sí. Justo la semana pasada... —La voz de madre descendió a un susurro.

Me incorporé en la cama. Las voces eran débiles ahora, estaban en algún otro lugar de la casa.

Me vestí con prisas y pegué la oreja a la puerta de mi cuarto, pero aun así no pude distinguir la conversación.

Con un suave giro del pomo, abrí la puerta y bajé por el pasillo sin hacer ruido gracias a los calcetines.

El pasillo terminaba en el salón, que a su vez daba a la cocina. Olí algo en el horno: el intenso aroma a pan y manzanas. ¿Un pastel, quizá? Adoro un buen pastel.

Madre y la señora Carter se echaron a reír de manera simultánea.

Me agaché, muy bajo, contra la pared cerca del extremo del pasillo. Aún era incapaz de oír, pero no me atrevía a entrar en el salón. Me tendría que conformar con aquella posición.

—Mi Simon no es tan atrevido —dijo la señora Carter—. Me temo que la chistera de la que saca sus trucos no tiene mucho fondo. Es más bien un bombín, la verdad. O quizá uno de esos gorritos de papel.

La puerta del frigorífico se abrió con el tintineo de las botellas.

—Pues todo lo contrario de mi marido —respondió madre—. A veces le pongo el partido para quitarle de la cabeza el dormitorio, o el cuarto de la colada, o la mesa de la cocina.

—¡No! —exclamó la señora Carter con una carcajada.

—Oh, sí —dijo madre—. Ese hombre es como un animal en celo. A veces no hay forma de pararlo.

—Pero si tenéis un crío.

—Ah, ese niño siempre anda por ahí fuera haciendo algo. Y cuando no, está en la cama durmiendo como un oso en pleno invierno. Ya se le podría abrir el suelo bajo la cama, que él seguiría durmiendo durante todo ese caos.

Asomé la cabeza por la esquina sin hacer el menor ruido, y de inmediato la retiré para no ser visto.

Madre estaba mezclando algo en la encimera. La señora Carter estaba sentada ante la mesa de la cocina, con una taza de café a mano.

—Quizá deberías probar algo para animar la cosa —prosiguió madre—. El misionero es para los misioneros, es lo que digo siempre. Utiliza algún juguete o llévate comida a la habitación. A todos los hombres les gusta la nata montada.

Yo no tenía permiso para llevar comida a mi cuarto, no desde que madre encontró una lata de galletas a medio comer debajo de mi cama.

La señora Carter se volvió a reír.

—No podría, nunca.

—Deberías.

—Pero ¿y si no le gusta, o si piensa que soy una especie de bicho raro? ¿Cómo iba yo a sobrevivir a la vergüenza?

—Oh, le gustará. Siempre les gusta.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

Las dos mujeres guardaron silencio un instante, y entonces habló la señora Carter.

—¿Le ha pasado alguna vez a tu marido, ya sabes, no poder, bueno, ya sabes...?

—¿A mi marido? —Madre soltó un chillido de diversión—. Cielo santo, no. Tiene las cañerías en perfectas condiciones.

—¿Incluso cuando bebe?

—Especialmente cuando bebe.

Una de las cuatro sillas de madera arañó el suelo.

Eché un vistazo desde detrás de la esquina, solo un instante. Madre se había sentado junto a la señora Carter y le había puesto una mano en el hombro.

—¿Sucede a menudo?

—Solo cuando bebe.

—¿Y bebe mucho?

La señora Carter hizo una pausa en busca de las palabras apropiadas.

—No todas las noches.

Madre le apretó el hombro.

—Bueno, así son los hombres. Aún tiene que madurar un poco.

—¿Tú crees?

—Seguro. Al empezar en la vida, son muchas las presiones que soporta un hombre, los dos las soportáis, pero él de manera especial. Te compró esa casa tan bonita. Imagino que habréis hablado de tener niños, ¿no?

La señora Carter asintió.

—Todas esas cosas se van sumando como una carga grande y pesada sobre sus hombros. Cada cosa añade un kilo o dos hasta que ya casi no puede andar, apenas se tiene en pie. Bebe para que eso lo ayude a poder con todo, nada más. Yo no veo nada de malo en un poquito de caldo que calme los nervios a flor de piel. No te preocupes. Cuando las cosas mejoren, cuando se aligere la presión, todo se pondrá mejor. Tú espera y verás.

—¿No crees que soy yo? —dijo la señora Carter con una voz casi infantil.

—¿Una preciosidad como tú? Por supuesto que no —le dijo madre.

—¿Crees que soy guapa?

Madre resopló.

—No me puedo creer que tengas que preguntarlo siquiera. Eres espectacular. Una de las mujeres más hermosas que jamás me haya echado a la cara.

—Qué amable por tu parte decir eso —dijo la señora Carter.

—Es la verdad. Cualquiera hombre sería afortunado de tenerte —le dijo madre.

Ambas volvieron a guardar silencio, y yo eché otro vistazo reptando desde detrás de la esquina, silencioso como un ratón.

Madre y la señora Carter se estaban besando.

# 12

## Emory

### Día 1 – 9:29

La oscuridad.

Se arremolinaba a su alrededor como las corrientes del océano más profundo. Fría y callada, reptando por su cuerpo con el tacto de un desconocido.

—Em —susurró su madre—. Tienes que levantarte. Vas a llegar tarde a clase.

—No —gruñó ella—. Un ratito más...

—Levántate ya, cariño, no te lo voy a repetir.

—Me duele mucho la cabeza. ¿Me puedo quedar en casa? —Su voz sonaba tenue y distante, saturada y cargada de sueño.

—No me voy a inventar por ti otra excusa para el director. ¿Por qué tenemos que pasar por esto todos los días?

Pero aquello no encajaba. Su madre había muerto hacía mucho tiempo, cuando ella solo tenía tres años. Su madre no estaba allí en su primer día de colegio. Jamás la había enviado a clase. Ella había recibido clases en casa la mayor parte de su vida.

—¿Mamá? —dijo en voz baja.

Silencio.

Le dolía muchísimo la cabeza.

Trató de forzar los párpados para abrir los ojos, pero estos le plantaron batalla.

Le dolía la cabeza, le palpitaba. Oía el golpeo de los latidos de su corazón, el ritmo rápido y marcado detrás de los ojos.

—¿Estás ahí, mamá?

Escudriñó la oscuridad a su izquierda en busca de los números iluminados en rojo de su despertador. Sin embargo, allí no había ningún reloj; su habitación estaba absolutamente a oscuras.

Por lo general las luces de la ciudad proyectaban un resplandor en el techo de su cuarto, pero esas también estaban apagadas.

No veía nada.

*No es tu habitación.*

La idea le vino rápido, una voz desconocida.

*¿Dónde?*

Emory Connors trató de incorporarse, pero sintió un mazazo de dolor en el lado izquierdo de la cabeza que le obligó a tumbarse de nuevo. Se llevó una mano a la oreja y se topó con un vendaje. Humedad.

*¿Sangre?*

Entonces recordó el pinchazo.

Había sido él, le había pinchado algo.

*¿Quién era?*

Emory no lo sabía. No podía recordarlo. Pero sí se acordaba del pinchazo. La había rodeado con el brazo desde atrás y le había clavado la aguja en el cuello. Un líquido frío le corrió bajo la piel.

Ella había intentado darse la vuelta.

Había querido hacerle daño. Eso era lo que le habían enseñado a hacer, en todas aquellas clases de defensa personal que su padre había insistido en que tomase. *Castiga y lesiona. Dale duro en las pelotas, cielo. Esa es mi niña.*

Ella quiso darse la vuelta con una patada bien colocada y un puñetazo en la nariz o en la tráquea, o quizá en un ojo. Quiso hacerle daño antes de que él se lo pudiera hacer a ella, quiso...

No se dio la vuelta.

Por el contrario, su mundo se oscureció, y la engulló el sueño.

*Me violará y me matará,* pensó mientras se le escapaba la consciencia. *Ayúdame, mamá,* pensó cuando todo se volvió negro.

Su madre se había ido. Estaba muerta. Y ella estaba a punto de unirse a su madre.

Estaba bien, era algo bueno. Le gustaría volver a ver a su madre.

Sin embargo, aquel hombre no la había matado. ¿Lo había hecho?

No. Los muertos no sienten dolor, y la oreja le iba a reventar.

Se obligó a incorporarse.

La sangre se le fue de la cabeza, y casi vuelve a perder el conocimiento. La habitación le dio vueltas durante un segundo antes de asentarse.

*¿Qué le habría inyectado?*

Había oído hablar de chicas a las que drogaban en fiestas y discotecas, que se despertaban en lugares desconocidos, con la ropa desmadejada y sin recordar nada de lo sucedido. Ella no había ido a ninguna fiesta; estaba corriendo en el parque. Él había perdido a su perra. Qué triste parecía allí de pie con la correa, llamándola a voces.

*¿Bella? ¿Stella? ¿Cómo se llamaba la perra?*

No era capaz de recordarlo. Tenía el pensamiento nublado, cargado de un humo que le estrangulaba las ideas.

—¿Por dónde se ha ido? —le preguntó ella.

El hombre tenía el ceño fruncido, rozando las lágrimas.

—Ha visto una ardilla y ha salido corriendo detrás de ella, por allí. —Señaló hacia el este—. Nunca se había escapado. No lo entiendo.

Emory se dio la vuelta al seguir su mirada la de los ojos de él.

Entonces notó el brazo alrededor del cuello.

El pinchazo.

—Hora de dormir, preciosa —le susurró al oído.

No había ninguna perra. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Tenía frío.

Algo le retenía abajo la muñeca derecha. Emory tiró y oyó el tintineo del metal contra el metal. Alargó la mano izquierda y exploró el acero liso alrededor de la muñeca, la cadenita delgada.

Unas esposas.

Encadenadas a lo que fuera aquello en lo que estaba tumbada.

Tenía la muñeca derecha esposada a algo. La izquierda la tenía libre.

Respiró hondo. El aire estaba viciado, húmedo y frío.

*Que no te entre el pánico, Em. No te permitas ceder ante el pánico.*

Sus ojos trataron de adaptarse a la oscuridad, pero estaba todo muy negro, absolutamente. Las yemas de los dedos acariciaron la superficie de la cama.

*No, una cama no. Otra cosa.*

Era de acero.

*Una camilla de hospital.*

Emory no estaba segura de cómo lo sabía, pero lo sabía, sin más.

Oh, Dios, ¿dónde estaba?

Sintió un escalofrío al percatarse por primera vez de que estaba desnuda.

Vaciló un instante, bajó la mano y se palpó entre las piernas. No estaba dolorida.

Si la hubiera violado, lo sabría, ¿no?

No estaba segura.

Solo había tenido relaciones sexuales en una ocasión, y le había dolido. No es que fuera doloroso, solo incómodo, y solo al principio. Su novio, Tyler, le había prometido que sería delicado, y lo fue. Se terminó rápido, también era su primera vez. Eso había sido tan solo unas pocas semanas atrás. Su padre le había dejado ir al baile de comienzo de curso en el instituto Whatney Vale. Tyler había pagado por una habitación en el centro estudiantil del campus, e incluso se las había arreglado para conseguir una botella de champán en alguna parte.

Dios mío, la cabeza.

Volvió a levantar la mano y palpó con cautela el vendaje. Tenía la oreja completamente envuelta. Algún tipo de esparadrapo lo mantenía en su sitio. Con suavidad, fue retirando el vendaje.

—¡Joder!

Sintió el aire frío como la hoja de una cuchilla.

Tiró del vendaje igualmente, y lo forzó hasta que pudo meter la mano bajo la tela.

Se le saltaron las lágrimas cuando sus dedos rozaron lo que le quedaba de oreja, una herida irregular en el mejor de los casos, con puntos y muy sensible.

—No..., no..., no... —lloró.

Su voz rebotó contra las paredes, y el eco regresó para burlarse de ella.

# 13

Porter

Día 1 – 10:04

Nash aparcó el Charger en una plaza de minusválidos delante del edificio Flair Tower y apagó el motor.

—¿De verdad vas a aparcar ahí? —Porter le miró con el ceño fruncido.

Nash se encogió de hombros.

—Somos la poli; podemos hacer este tipo de cosas.

—Recuérdame que pida que me cambien de compañero cuando todo esto acabe.

—Eso me parece un plan excelente. Entonces, a lo mejor me encasquetan a una novata buenorra recién salida de la academia —sonrió Nash.

—Quizá puedas solicitar una a la que le vayan los maduritos que le recuerdan a su papi.

—No recuerdo esa pregunta en el formulario, pero me la pude haber saltado.

El portero les abrió las grandes puertas de cristal del edificio, y los dos policías lo dejaron atrás camino del mostrador de recepción. Porter mostró la placa.

—¿El ático veintisiete?

Una joven morena de pelo muy corto y ojos azules correspondió a su sonrisa.

—Sus compañeros han llegado hace veinticinco minutos. Cojan el ascensor número seis hasta la planta veintisiete. Tendrán el ático a su derecha conforme salgan. —Les entregó una llave de tarjeta—. Necesitarán esto.

Entraron en el ascensor número seis, y la puerta se cerró a su espalda con un rápido bufido de aire. Porter presionó el botón de la planta veintisiete, pero no sucedió nada.

—Tienes que pasar la tarjeta por el chisme —le indicó Nash.

—¿El chisme? ¿Cómo cojones llegaste tú a detective?

—Oye, perdona por no haber consultado esta mañana la palabra del día en el calendario, ¿eh? —le contestó—. Ese lector de tarjetas de ahí. Parece una máquina

para tarjetas de crédito.

—Lo pillo, Einstein. —Porter deslizó la tarjeta plástica de acceso por el lector y pulsó de nuevo el botón. Esta vez el panel se iluminó de un azul intenso y comenzaron a ascender.

Se abrió la puerta del ascensor y accedieron a un pasillo que se extendía en ambas direcciones. Unos grandes espacios abiertos con barandillas se asomaban a un enorme atrio en el piso de abajo. Cerca del final del pasillo, a la derecha, había una puerta abierta, con un policía de uniforme montando guardia.

Porter y Nash se aproximaron, mostraron las placas y entraron.

Las vistas eran sobrecogedoras.

El ático ocupaba toda la esquina noreste del edificio; las paredes exteriores consistían en unos ventanales del techo al suelo, con balcones. La ciudad se extendía a su alrededor, con el lago Michigan visible en la distancia.

—Cuando yo tenía quince años —dijo Porter—, mi habitación no se parecía en nada a esto.

—Mi apartamento entero cabría en este salón —dijo Nash—. Después de lo de hoy, quizá tenga que devolver la placa y hacerme magnate inmobiliario.

—No creo que puedas entrar así como así en algo como eso —dijo Porter—. A lo mejor te toca hacer algún tipo de curso por internet.

Nash se sacó del bolsillo dos pares de guantes de látex, le entregó uno a Porter y se puso el otro.

Varios técnicos de criminalística ya se estaban empleando a fondo en el interior. Paul Watson los vio llegar y se aproximó desde la estantería de libros que iba del techo al suelo en el extremo opuesto.

—Si hubo algún tipo de lucha, no hay rastro de ella. Es el apartamento más limpio que he visto nunca. El frigorífico está completamente provisto. He encontrado en la papelería un recibo de hace dos días. Estamos sacando los registros telefónicos, pero tampoco creemos que vayamos a encontrar nada ahí. He podido remontarme hasta los diez últimos números entrantes, y todos pertenecen a su padre.

—¿Tiene teléfono fijo? ¿En serio?

Watson se encogió de hombros.

—Quizá viniera con el apartamento.

—Es probable que se lo pusiera papaíto. Con la línea fija no puede usar la excusa de la falta de cobertura ni las llamadas perdidas —señaló Nash.

—¿Y las llamadas salientes? —preguntó Porter.

—Tres números. Los estamos comprobando ahora —dijo Watson.

Porter empezó a pasearse por el apartamento; sus zapatos chirriaban en el suelo de parqué.

La cocina tenía muebles de cerezo y encimeras de granito oscuro. Todos los electrodomésticos eran de acero inoxidable: cocina Viking y frigorífico Sub-Zero. En el salón había un gran sofá modular de cuero *beige*. Parecía tan cómodo que Porter se

hartó de mirar aquellos lujosos cojines. La televisión era, por lo menos, de ochenta pulgadas.

—Eso es una pantalla 4K —le contó Watson.

—¿4K?

—Cuatro veces más píxeles que una televisión estándar en *full HD*.

Porter se limitó a asentir. Aún tenía en casa una tele de tubo de diecinueve pulgadas. Mientras funcionara, se negaba a cambiar aquella antigualla por una pantalla plana, y la muy puñetera no cascaba.

Había un rinconcito con una mesa grande de roble. Un técnico estaba copiando los archivos de un iMac de veintisiete pulgadas.

—¿Algo útil? —preguntó.

El técnico le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada que llame la atención. Analizaremos los archivos y su actividad en las redes sociales cuando estemos de vuelta en la comisaría.

Porter continuó y entró en el dormitorio principal. La cama estaba hecha con pulcritud. No había pósteres en las paredes, solo algunos cuadros.

—Esto no me encaja.

Nash abrió algunos cajones, todos ellos llenos de ropa perfectamente doblada.

—Sí. Tiene más pinta de piso piloto, casi un montaje. Si aquí vive una quinceañera, es la adolescente más ordenada con la que me he cruzado —dijo Nash.

Había una única fotografía enmarcada en la mesilla de noche, de una mujer entre los veinticinco y los treinta. Cabello castaño al viento, los ojos más verdes que Porter hubiera visto nunca.

—¿Su madre? —preguntó a nadie en particular.

—Creo que sí —respondió Watson.

—Talbot ha dicho que murió de cáncer cuando Emory tenía solo tres años —dijo Porter mientras estudiaba la fotografía—. Un tumor cerebral, nada menos.

—Puedo investigarlo, si quiere —propuso Watson con entusiasmo.

Porter asintió y dejó la fotografía en su sitio.

—Eso sería útil.

—Se puede hacer botar una moneda en esta cama —dijo Nash—. No creo que la haya hecho una cría.

—Yo sigo sin estar convencido de que aquí viva una cría.

El cuarto de baño principal era increíble: todo de granito y azulejos de porcelana. Dos lavabos. Se podía dar una fiesta en aquella ducha. Porter contó no menos de seis rociadores con chorros adicionales empotrados en las paredes.

Se acercó al lavabo y tocó la punta del cepillo de dientes.

—Húmedo aún —dijo.

—Me encargaré de que alguien lo guarde en una bolsa —le dijo Watson—. Por si acaso necesitamos el ADN. Deme también ese cepillo del pelo.

Había una sala de estar adyacente a la principal. Las paredes estaban forradas de

estanterías rebosantes de libros, varios cientos, o más. Porter localizó de todo, desde Charles Dickens a J. K. Rowling. Una novela de Thad McAlister descansaba abierta sobre un sillón reclinable grande y de aspecto blando en el centro de la estancia.

—Tal vez sí viva aquí, al fin y al cabo —dijo Porter mientras cogía el libro—. Este salió hace unas semanas.

—¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó Nash.

—Heather se lo compró. Es muy fan de este tío.

—Ah.

—Miren esto —dijo Watson. Sujetaba un libro de texto de literatura inglesa—. Recuerdo haber visto un libro de cálculo en la mesa del rincón. Esta editorial concreta, Worthington Studies, es muy conocida entre los que se forman en casa. ¿Dijo el señor Talbot a qué instituto iba?

Porter y Nash se miraron el uno al otro.

—No se lo hemos preguntado.

Watson estaba hojeando el libro.

—Si estaba matriculada en algún sitio, podremos seguir la pista de algunos de sus amigos. —Se puso colorado—. Lo siento, señor. Quiero decir que ustedes podrán seguir la pista de algunos de sus amigos. Si es que les parece que eso podría ser útil.

Talbot le había dado a Porter una tarjeta de visita con su número de móvil. Se dio unos golpecitos en el bolsillo para confirmar que seguía estando allí.

—Lo contrastaré con su padre cuando hayamos terminado aquí.

Salieron del dormitorio principal y continuaron por el pasillo.

—¿Cuántas habitaciones tiene este sitio?

—Tres —respondió Watson—. Miren esta. —Hizo un gesto hacia la habitación a su derecha.

Porter entró. Había una cesta de la colada sobre una cama de tamaño medio. Una gran cruz católica colgaba sobre el cabecero. El tocador estaba cubierto de fotografías enmarcadas, dos filas enteras.

Nash cogió una.

—¿Es ella? ¿Emory?

—Supongo.

Las edades iban desde un bebé que aprende a caminar hasta la foto de una chica despampanante con un vestido azul marino junto a un chico de unos dieciséis años con el pelo largo y ondulado. Un pequeño pie de foto en una esquina decía: «Instituto Whatney Vale, baile de bienvenida, 2014».

—¿Está matriculada ahí? —preguntó Porter.

—Lo averiguaré. —Watson señaló al chico que estaba de pie junto a ella—. ¿Creen que es su novio?

—Podría serlo.

—¿Puedo verla? —preguntó Watson.

Porter le entregó el marco.

Watson le dio la vuelta, deslizó las pestañitas y retiró la trasera de cartón. Extrajo la fotografía con mucho cuidado.

—Em y Ty.

Les mostró la parte de atrás. Los nombres estaban escritos con una letra pequeña, abajo a la derecha.

—Elemental, querido Watson —dijo Porter.

—No, Whatney Vale es un instituto, no una escuela elemental.

Nash se carcajeó.

—Me encanta este tío. ¿Nos lo podemos quedar?

—El capitán me mata como le lleve a otro que he recogido de la calle —dijo Porter.

—Lo digo en serio, Sam. Vamos a necesitar personal. Nos quedan dos, quizá tres días ahí fuera para encontrar a la chica. Tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros —dijo Nash—. Como no rellenes tú la plantilla del operativo lo hará el capitán y nos endilgará a alguien como Murray. —Señaló con la barbilla hacia un detective que se encontraba de pie en el pasillo y que tenía la mirada fija en la punta de su bolígrafo—. Estaba pensando en llevarnos al chaval como enlace con criminalística.

Porter se lo pensó un momento y regresó con Watson.

—¿Algún conflicto de intereses con el caso?

—Soy un contratado externo de criminalística. ¿Puedo trabajar como agente de la ley?

—Mientras no dispires a nadie... —dijo Nash.

—No voy armado —respondió—. Nunca he sentido la necesidad de sacarme la licencia. Tengo más de ratón de biblioteca.

—La Metropolitana de Chicago tiene un acuerdo con el Laboratorio de Criminalística. Oficialmente, serás un consultor cedido —le explicó Porter—. ¿Crees que lo podrás arreglar con tu supervisor?

Watson dejó la foto en el tocador y sacó el móvil.

—Deme un minuto..., le llamaré. —Se marchó a la otra punta de la habitación y marcó el número.

—Espabilado, el chaval —dijo Nash.

—Vendrá bien una mirada nueva sobre esta historia —coincidió Porter—. Todo el mundo sabe que tú no eres de mucha ayuda.

—Que te jodan a ti también, colega. —Nash metió la foto en una bolsa de pruebas—. Me llevaré esto a la comisaría, para la sala de operaciones.

Porter se pasó la mano por el cabello y echó un vistazo por el cuarto.

—¿Sabes lo que no he visto aún?

—¿Qué?

—Una sola foto del padre —respondió—. No hay ni un puñetero detalle en esta casa que indique su parentesco. Estoy seguro de que, si comprobamos los registros,

no encontraremos nada que lo vincule con este lugar. Es probable que el apartamento sea propiedad de una compañía que es propiedad de otra empresa que es propiedad de una empresa fantasma en alguna isla tan remota que lo mismo tiene enterrados los huesos de Gilligan en una playa.

Nash se encogió de hombros.

—¿Y eso te sorprende? El tío tiene su familia, su vida. Es de los que tienen un cargo político metido entre ceja y ceja. Los hijos ilegítimos no te dan nada bueno en una campaña a menos que sean de tu contrincante..., y lo mismo las amantes. Seamos claros: aunque él dijera que esa mujer le importaba mucho, eso es lo que era para él, o si no habría dejado a su esposa y se habría casado con ella en vez de esconderla en esta torre, lejos de las miradas de los curiosos, con hija o sin ella.

Watson regresó y se metió el móvil en el bolsillo.

—Ha dicho que le parece bien mientras me mantenga al día con mis casos asignados.

—¿Será eso un problema?

Lo negó con la cabeza.

—Puedo con ello. Francamente, creo que disfrutaré del cambio de ritmo. Estará bien salir un rato del laboratorio.

—Perfecto, entonces. Bienvenido al operativo del Cuarto Mono. Ya nos ocuparemos del papeleo en la comisaría.

—No es muy ceremonioso que digamos, Sam. Eso vas a tener que trabajarlo —dijo Nash.

Watson señaló la foto.

—¿Quiere que trate de localizar a Ty?

—Claro —respondió Porter—. A ver qué puedes sacar de ahí.

Dejó caer la fotografía en una bolsa para pruebas.

Nash abrió el cajón de arriba a la izquierda del tocador. Ropa interior femenina. La estiró entre las manos y soltó un silbido.

—Esto es grande.

—Estaba pensando que esta será la habitación de alguna niñera o criada —dijo Porter—. Emory solo tiene quince años. Seguro que no vive aquí sola.

—Vale, pero ¿dónde está ahora? ¿Por qué no ha denunciado la desaparición de la chica? —preguntó Nash—. Ya ha pasado un día, por lo menos, tal vez más.

—No ha informado de nada a la policía. Quizá llamó a otra persona —sugirió Porter.

—¿Te refieres a Talbot? —Nash hizo un gesto negativo con la cabeza—. No lo creo. Parecía verdaderamente sorprendido y alterado cuando se lo has dicho.

—Si la mujer no tiene papeles, no debió de llamar a la policía —dijo Watson—. Es lógico que lo buscara a él.

—O a alguien que trabaja para él.

—Muy bien, asumiendo que sea el caso, entonces, ¿por qué iba a fingir Talbot

que no sabía nada? ¿No querría encontrarla?

Porter se encogió de hombros.

—Su abogado le ha insistido bastante en no hacer ningún ruido con todo esto. Quizá sea esa la posición de Talbot. Han mantenido a esta chica en secreto durante quince años. ¿Por qué cambiar ahora? Tiene recursos, es probable que tenga a su propia gente ahí fuera buscándola; no nos necesita para nada.

—¿Por qué nos ha hablado de ella entonces? Si su preocupación primordial es ocultársela al mundo, ¿no nos habría enviado a nosotros en otra dirección?

Porter se acercó al cesto de la colada y palpó una toalla del centro.

—Aún está caliente.

Nash asintió despacio.

—De manera que alguien la ha llamado por teléfono y le ha dicho que veníamos...

—Yo me inclinaría por eso. Es probable que se haya largado nada más recibir la llamada.

—Eso tampoco significa que haya una gran conspiración. Podría ser, simplemente, que la mujer no tenga papeles, como ha sugerido aquí el doctor Watson, y que él no quiera verla deportada —dijo Nash.

—Que no soy...

Nash le interrumpió con un gesto de la mano.

—Entonces, seguro que aún está cerca. Deberíamos apostar a alguien para que le eche un ojo al piso.

Sonó el teléfono de Nash, que miró la pantalla.

—Es Eisley. —Pulsó el botón para responder—. Aquí Nash.

Porter aprovechó la oportunidad para llamar a su mujer. Cuando le saltó el buzón de voz, colgó sin dejar ningún mensaje.

Nash colgó y se metió el móvil en el bolsillo delantero de los pantalones.

—Quiere que vayamos al depósito.

—¿Qué ha encontrado?

—Ha dicho que teníamos que verlo con nuestros propios ojos.

## Diario

—¿Quieres un poco de miel con los copos de avena, cariño?

Madre preparaba unos copos de avena maravillosos. No eran de los que vienen empaquetados, no señor. Compraba granos crudos de avena, los cocinaba para convertirlos en una mágica delicia y los servía con pan tostado y zumo de naranja en el rinconcito del desayuno de nuestra cocina.

—Sí, madre —respondí—. Más zumo también, por favor.

Apenas habían pasado unos minutos de las ocho de la mañana de un soleado jueves de verano.

Oí que llamaban con delicadeza a nuestra puerta mosquitera, y ambos nos dimos la vuelta para encontrarnos a la señora Carter de pie en la entrada.

Madre sonrió.

—Eh, hola. Venga, pasa.

La señora Carter correspondió a su sonrisa y tiró de la puerta para abrirla. Gracias a la intensidad del sol, pude verle la silueta de las piernas a través del vestido cuando atravesó el umbral de la puerta. Me apretó el hombro y me sonrió antes de dirigirse hacia mi madre y darle un beso muy ligero en la mejilla.

He de decir que, después del día anterior, fue algo bastante insulso. Sin embargo, capté la mirada que cruzaron entre ellas.

Madre acarició el cabello de la otra mujer.

—Hoy llevas el pelo absolutamente ideal. Mataría por tener un pelo así. Me estoy tomando un café irlandés. ¿Te apetece uno?

—¿Qué es un café irlandés?

—Ay, querida mía, qué bisoña eres en las cosas de la vida, ¿no crees? El café irlandés es un café con un chorrito de *whisky* Jameson. A mí me parece el reconstituyente perfecto en una cálida mañana de verano —le contó madre.

—¿*Whisky* por la mañana? ¡Qué maldad! Sí, por favor.

Madre le sirvió una taza de café recién hecho, y después bajó una botellita verde con la etiqueta amarilla del armario que no me permitían abrir. Le quitó el tapón y remató la taza de café antes de dársela a la señora Carter. No pude evitar darme cuenta de que sus manos habían permanecido juntas un instante más de lo que cabría juzgar necesario.

La señora Carter dio un sorbito y sonrió.

—Está para morirse. Debe de hacer maravillas en invierno.

Madre miró a la mujer y ladeó la cabeza.

—¿No es ese el mismo vestido que te pusiste ayer?

La señora Carter se sonrojó.

—Me temo que sí. Tengo verdadera necesidad de hacer hoy la colada.

—No puedo permitir que te pases todo el día con la ropa de ayer. Sígueme. —Se levantó y se dirigió a su habitación, llevándose consigo la botella—. Tengo unos cuantos vestidos que ya no me pongo. Estoy segura de que te quedarían perfectos.

La señora Carter me sonrió y salió detrás de madre con su café irlandés en la mano. Las vi desaparecer por el pasillo, y la puerta del cuarto de madre se cerró cuando entraron.

Por un breve instante, me planteé quedarme allí en la mesa y terminarme el desayuno. Al fin y al cabo, es la comida más importante del día. Al estar en edad de crecer, comprendía la importancia de la nutrición. Aun así, no lo hice. Recorrí de puntillas el pasillo y pegué la oreja a la puerta.

No se oía nada del otro lado.

Salí y rodeé la casa.

La ventana de madre estaba en la fachada este, sobre un rosal grande a la sombra de un viejo álamo de Virginia. Tomé las precauciones necesarias para asegurarme de que no se me vería desde la calle, me situé a un lado del árbol y me volví hacia la ventana. Por desgracia, aún era bastante bajo, mi cuerpecillo era el de un crío, y desde aquel ángulo solo era visible el techo de la habitación.

Corrí veloz a la parte de atrás de la casa y regresé con un cubo de plástico de veinte litros. Lo coloqué boca abajo junto al árbol, me subí a

él y me volví a asomar a la ventana.

La señora Carter estaba de espaldas, mirando a madre mientras ella escarbaba en su vestidor con la ferocidad de un perro que cava un agujero para su hueso preferido. Cuando madre apareció, sostenía tres vestidos. Intercambiaron unas palabras, pero fui incapaz de distinguirlas, ya que la ventana de madre estaba cerrada. No era partidaria de abrir la ventana de su dormitorio, ni en los momentos de mayor calor veraniego.

La señora Carter se llevó la mano detrás de la cabeza y se desató el lazo que mantenía sujeta la espalda del vestido. Se me cortó la respiración cuando cayó la fina tela. Aparte de unos pantis finos de algodón blanco, estaba desnuda. Madre le entregó uno de sus vestidos, y ella se lo deslizó por la cabeza. Madre retrocedió entonces y elogió a la otra mujer. Sacó la botellita verde con la etiqueta amarilla y bebió directamente de ella. Se estremeció, sonrió y le pasó la botella a la señora Carter, que apenas dudó un segundo antes de llevársela a los labios y tomar un trago.

Yo ya sabía qué era el alcohol, pero no recordaba haber visto a madre bebiendo, solo a padre. Era algo bastante común que él se sirviese un trago o dos después de una larga jornada laboral, pero no que lo hiciese madre. Eso era nuevo. Era diferente.

Nuestra vecina le entregó la botella a madre, que volvió a beber y se la pasó otra vez entre las risas de ambas, silenciosas detrás del cristal.

Madre sostuvo en alto uno de los vestidos, y la señora Carter asintió con entusiasmo. Se quitó el vestido y se acercó al espejo grande de madre sujetándose el segundo vestido contra el pecho.

Se me aceleró el pulso.

Madre se colocó detrás de ella, le apartó el pelo hacia un lado y dejó al descubierto la curvatura de su cuello. Yo miraba mientras madre la besaba con extrema ternura en aquel lugar donde el cuello se encuentra con el hombro. La señora Carter cerró los ojos e inclinó levemente la cabeza hacia atrás, presionando contra ella. Dejó caer al suelo el vestido. Vi en el espejo que la mano de madre ascendía muy despacio por el vientre de la otra mujer y encontraba su pecho derecho.

Al contrario que la señora Carter, madre tenía los ojos abiertos. Lo sé porque podía verlos. Veía cómo me miraban fijamente en el espejo mientras sus manos recorrían el cuerpo de la otra mujer y descendían hasta desaparecer en sus pantis.



# 15

Porter

Día 1 – 10:31

La oficina del forense del condado de Cook estaba en la calle Harrison Oeste, en el centro de Chicago. Porter y Nash se dieron mucha prisa desde Flair Tower y aparcaron delante de la entrada principal, en una de las plazas reservadas para las fuerzas del orden. Eisley les había indicado que lo encontrarían en el depósito de cadáveres.

Porter nunca había sentido predilección por la morgue. Era como si el formaldehído y la lejía fuesen el ambientador preferido allí, pero no había manera de disfrazar que el depósito olía a pies, a queso rancio y a perfume barato. Siempre que cruzaba la puerta se acordaba del feto de cerdo que el señor Scarletto le había obligado a diseccionar en el instituto. Solo tenía ganas de salir de allí lo antes posible. Las paredes estaban pintadas de un alegre azul claro que no ayudaba mucho a que uno se olvidara del hecho de estar rodeado de muertos. Todos los que trabajaban allí parecían lucir la misma expresión despreocupada que hacía que Porter se preguntase qué encontraría si echara un vistazo al interior de sus frigoríficos en casa. A Nash, sin embargo, nadie diría que le importase. Se había detenido a medio camino por el pasillo y miraba dentro de una máquina expendedora.

—¿Cómo se han podido quedar sin chocolatinas Snickers? ¿Quién manda en este puto caos? —gruñó a nadie en particular—. Eh, Sam, ¿me prestas veinticinco centavos?

Porter hizo caso omiso y abrió con un empujón la doble puerta batiente de acero inoxidable que había frente a un sofá de cuero verde que debió de ser nuevo allá por la época en que JFK juró el cargo.

—¡Venga, tío, que tengo hambre! —voceó Nash a su espalda.

Tom Eisley estaba sentado ante una mesa de metal en el extremo opuesto de la habitación, tecleando frenéticamente en un ordenador. Alzó la mirada y frunció el

ceño.

—¿Es que habéis venido andando?

Porter valoró la posibilidad de decirle que, en realidad, habían conducido bastante rápido, con sirenas y todo, pero se lo pensó mejor.

—Estábamos en Flair Tower. Hemos localizado el apartamento de la víctima.

La mayoría de la gente le habría preguntado qué habían descubierto allí, pero Eisley no; su interés en las personas comenzaba cuando se les detenía el pulso.

Nash cruzó la puerta doble con los restos de un Kit Kat en los dedos.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Porter.

—No me lo tengas en cuenta. Tengo el depósito seco.

Eisley se levantó de la mesa.

—Poneos guantes, los dos. Seguidme.

Los condujo más allá de la mesa y a través de otra puerta doble al fondo de la estancia que daba paso a la sala de examen forense. Al entrar, fue como si la temperatura hubiese caído diez grados de golpe, lo bastante baja como para que Porter se viese el aliento. Se le puso la piel de gallina en los brazos.

Una lámpara grande y redonda de quirófano con asas a ambos lados se deslizó sobre la mesa de examen, en el centro de la sala, con un cuerpo masculino desnudo y tumbado sobre ella. La cara estaba tapada con un paño blanco. Tenía el pecho abierto de par en par con una gran incisión en forma de Y que partía del ombligo y se ramificaba a la altura de los pectorales.

Tendría que haberse traído un chicle..., el chicle ayudaba con el olor.

—¿Es nuestro chico? —preguntó Nash.

—Lo es —dijo Eisley.

Habían lavado el polvo y la mugre de la calle, pero no había limpieza posible para las rozaduras de la calzada, que le cubrían la piel en rodales. Porter observó más de cerca.

—Esto no lo he visto esta mañana.

Eisley señaló una magulladura grande negra y violácea en el brazo y la pierna derechos.

—El autobús le ha golpeado aquí. ¿Veis estas líneas? Son de la parrilla. Basándonos en las mediciones que hemos hecho en el escenario, el impacto lo ha lanzado a algo más de seis metros, y después se ha arrastrado por el pavimento otros tres metros y medio. He encontrado unos daños internos descomunales. Tiene rotas más de la mitad de las costillas. Cuatro de ellas le han perforado el pulmón derecho, dos el izquierdo. Tiene el bazo reventado. Un riñón también. Parece que la causa real de la muerte ha sido el traumatismo craneal, pero cualquiera de las otras lesiones habría resultado fatal. Ha muerto de manera casi instantánea. Nada que hacer.

—¿Este era tu noticia? —le soltó Nash—. Creía que habías dado con algo.

Eisley arrugó las cejas.

—Oh, sí que hay algo.

—No me va mucho el suspense, Tom. ¿Qué has encontrado? —le dijo Porter.

Eisley se desplazó hasta una mesa de acero inoxidable y señaló lo que parecía una bolsa marrón con autocierre que contenía...

—¿Eso es el estómago del tío? —preguntó Nash.

Eisley asintió.

—¿Veis algo raro?

—Sí, que ya no lo tiene dentro del cuerpo —dijo Porter.

—¿Algo más?

—No tenemos tiempo para esto, Doc.

Eisley soltó un suspiro.

—¿Veis estas manchas, aquí y aquí?

Porter aproximó la cara un poco más.

—¿Qué son?

—Cáncer de estómago —les dijo Eisley.

—¿Se estaba muriendo? ¿Lo sabía?

—Es un estadio avanzado. No hay tratamiento activo cuando la enfermedad alcanza este punto. Tenía que ser muy doloroso. Estoy seguro de que era totalmente consciente. He encontrado unas cuantas cosas interesantes en el análisis de toxicología. Tomaba una dosis alta de octreótido, que se suele utilizar para controlar las náuseas y la diarrea. Había también una cierta concentración de trastuzumab. Es un medicamento interesante. Al principio se utilizaba para tratar el cáncer de mama, y después descubrieron que también ayudaba con otros tipos de cáncer.

—¿Crees que podremos identificarlo con la medicación?

Eisley asintió despacio.

—Es probable. El trastuzumab, en particular, se administra por vía intravenosa durante una hora, no menos de una vez a la semana, quizá más en este estadio. No sé de nadie que ofrezca esta medicación específica en una consulta privada, lo cual significa que lo más probable es que fuese a un hospital o a un centro avanzado de tratamiento del cáncer. No hay más que unas pocas opciones en toda la ciudad. Puede provocar complicaciones cardíacas, así que se controla muy de cerca a los pacientes.

Nash se volvió hacia Porter.

—Si se estaba muriendo, ¿crees que se ha tirado delante del autobús intencionadamente?

—Lo dudo. ¿Por qué secuestrar a otra chica, entonces? Pienso que querría estar vivo hasta el final. —Se volvió hacia Eisley—. ¿Cuánto tiempo crees que le quedaba?

Eisley se encogió de hombros.

—Es difícil de decir, pero no mucho..., unas semanas. Un mes como máximo.

—¿Había tomado algo para el dolor? —le preguntó Porter.

—He encontrado en el estómago un comprimido de oxicodona parcialmente digerido. Estamos analizando el pelo en busca de otros medicamentos anteriores, cosas que ya eliminó del cuerpo. Me imagino que encontraremos morfina —dijo

Eisley.

Porter observó el cabello oscuro de aquel hombre. El pelo conservaba el rastro de los fármacos y de la dieta. El CM lo llevaba muy corto, no más de dos centímetros y medio. El pelo de un adulto medio crece algo más de un centímetro al mes, lo cual significaba que deberían ser capaces de sacar una historia de su medicación que se remontase al menos un par de meses. El análisis de las sustancias en el cabello era casi cinco veces más preciso que el de una muestra de orina. A lo largo de los años había visto a sospechosos limpiarse las drogas del cuerpo y eliminarlas con todo tipo de cosas, desde el zumo de arándanos hasta el consumo de auténtica orina. Sin embargo, no había manera de diluirlas del cabello. Esa era la razón de que tantos drogadictos con la condicional se afeitaran la cabeza.

—Tiene pelo —dijo Porter en voz baja.

Eisley frunció el ceño por un instante, y enseguida se percató del razonamiento de Porter.

—No he hallado indicios de quimioterapia, ni un solo ciclo. Es posible que descubrieran el cáncer demasiado tarde y que el tratamiento tradicional no fuese ya una opción. —Eisley se aproximó a otra mesa. Los efectos personales del hombre estaban dispuestos en orden—. Esa latita de ahí... —señaló una cajita de aspecto metálico— está llena de lorazepam.

—Eso es para la ansiedad, ¿no?

Nash sonrió.

—Hacerse asesino en serie es una elección rara como pasatiempo para alguien con ataques de ansiedad.

—Es un Ativan genérico. Con el cáncer de estómago, los médicos a veces lo recetan para controlar los ácidos. La ansiedad lleva a un incremento en la secreción, y el lorazepam la reduce de nuevo —dijo Eisley—. Lo más probable es que estuviera más tranquilo que cualquiera de nosotros.

Porter echó un vistazo al reloj de bolsillo, ahora etiquetado y sellado en una bolsa de plástico. La tapa tenía un labrado muy complejo, y dejaba ver las manecillas a través.

—¿Habéis podido sacar alguna huella de aquí?

Eisley asintió.

—Tiene unas cuantas abrasiones en las manos, pero los dedos no están dañados. He sacado un juego completo y lo he enviado al laboratorio. No me han dicho nada aún.

La mirada de Porter se detuvo en los zapatos.

Eisley siguió la dirección de sus ojos.

—Ah, casi se me olvidan. Mirad esto, qué raro. —Cogió uno de los zapatos y regresó con el cadáver; acto seguido, colocó el tacón del zapato contra la planta del pie descalzo del hombre—. Son casi dos tallas más grandes que la de este tío. Tenía la punta de los zapatos rellena de papel fino de envolver.

—¿Quién lleva zapatos dos tallas más grandes? —preguntó Nash—. ¿No has dicho antes que ese par sale por unos mil quinientos?

Porter asintió.

—Quizá no sean suyos. Deberíamos buscar huellas en ellos.

Nash echó un vistazo a Eisley, y después por toda la sala.

—¿No tienes un...? Olvídalo, ya lo veo. —Se acercó rápido hasta otra encimera y regresó con un equipo de huellas dactilares. Espolvoreó los zapatos con la precisión de un experto—. Bingo.

—Extráelas y envíalas al laboratorio. Asegúrate de que entienden lo urgente que es esto —dijo Porter.

—De inmediato.

Porter se volvió hacia Eisley.

—¿Algo más?

Eisley frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Es que no tienes suficiente con las pruebas de los medicamentos?

—No es eso lo...

—Hay otra cosa más.

Llevó a Porter hasta el otro lado del cuerpo y cogió la mano derecha del hombre. Porter intentó no fijarse en el agujero que tenía abierto en el pecho.

—He encontrado un pequeño tatuaje —le dijo Eisley. Señaló un pequeño punto negro en la cara interna de la muñeca—. Creo que es el número ocho.

Porter acercó más la cara.

—O un símbolo de infinito.

Sacó el móvil y le hizo una foto.

—Es reciente. ¿Ves las rojeces? Se lo hizo hace menos de una semana.

Porter trató de comprender todo aquello.

—Podría ser algún tipo de rollo religioso. Se estaba muriendo.

—La parte detectivesca os la dejo a los detectives —dijo Eisley.

Porter levantó el borde del paño blanco que cubría la cabeza. La tela se separó con un sonido no muy distinto del velcro.

—Voy a intentar reconstruirle la cara.

—¿En serio? ¿Crees que puedes conseguirlo? —le preguntó Porter.

—Bueno, yo no —confesó Eisley—. Tengo una amiga que trabaja en el Museo de Ciencias e Industria. Está especializada en este tipo de cosas..., restos antiguos y eso. Se ha pasado los últimos seis años reconstruyendo los restos de una tribu illiniwek que descubrieron al sur del estado, cerca del condado de McHenry. Por lo general trabaja con fragmentos de cráneo y huesos, nada tan... reciente como esto. Pero creo que será capaz de hacerlo. Le daré un toque.

—Amiga, ¿eh? —intervino Nash—. ¿Te has hecho amigo de una chica? —Terminó con los zapatos y guardó el equipo de huellas dactilares—. Tengo seis parciales y tres pulgares completos, por lo menos. Tres huellas de un pulgar, mejor

dicho. No quiero dar a entender que nuestro sujeto desconocido tenía tres pulgares, aunque eso haría que fuese mucho más fácil de identificar. Me llevo esto a dar una vuelta. ¿Quieres que nos veamos en la sala de operaciones? ¿Dentro de una hora? Pasaré también a ver al capitán.

Porter pensó en el diario que tenía en el bolsillo. Una hora sonaba bien.

## Diario

Madre me vio, pero no me marché corriendo. Sabía que debía irme. Sabía que aquello era un momento de intimidad, algo que yo no debía ver, pero de todas maneras continué mirando. No creo que hubiese podido parar ni aunque hubiera querido. Permanecí junto a aquel árbol hasta que madre y la señora Carter desaparecieron de mi vista. Para ser más exactos, descendieron fuera de mi vista, ya fuese en la cama o en el suelo, no estaba seguro.

Bajo mis pies, el cubo se tambaleó. Yo me tambaleé. Sentí las piernas de gelatina. ¡Menuda flojera! El corazón me palpitaba con la cadencia de un desfile. ¡Qué le voy a decir, si aquello era, como poco, emocionante!

Me encontraba tan cómodamente instalado en aquella actividad que no oí el coche del señor Carter al pasar por delante de nuestra casa. No me percaté hasta que hizo crujir la gravilla del camino de la casa de al lado. La señora Carter debió de oírlo también en aquel momento. Como una marmota en el último día del invierno, su cabeza apareció en el marco de la ventana, con el bamboleo de los pechos y la boca abierta en un grito ahogado. Me vio en el preciso instante en que yo la vi a ella. No había nada que hacer, me quedé petrificado devolviéndole la mirada. Se dio la vuelta y gritó algo, y entonces se asomó mi madre. Ella no me miró.

Ambas desaparecieron de la ventana.

Sonó el portazo del coche del señor Carter. Nunca estaba en casa a esas horas. Normalmente, no regresaba del trabajo hasta pasadas las cinco, a la misma hora que mi padre, más o menos. Me vio allí de pie junto al árbol, encaramado en lo alto del cubo, y me lanzó una mirada de

perplejidad. Le saludé con la mano. No me devolvió el saludo. En cambio, subió por su camino de entrada y desapareció en su casa.

Un segundo después, la señora Carter salió por nuestra puerta principal caminando con brío y cruzó el césped alisándose el vestido con las manos. Me lanzó una mirada fugaz al pasar. Le ofrecí un «Qué tal», pero ella no me correspondió. Cuando se metió en su casa, lo hizo con precaución, cerrando la puerta con extrema suavidad.

Me bajé del cubo de un salto y la seguí.

No diría de mí que fuese un crío entrometido. Tenía curiosidad, eso es todo. Así que crucé hasta el césped de los Carter sin pensármelo dos veces. Estaba a medio camino de su sendero de entrada cuando oí la bofetada.

Aquel sonido en particular era del todo inconfundible. Mi padre era un firme partidario de la disciplina, y me había puesto la mano en el trasero en más de una ocasión. Sin entrar en detalles, estoy dispuesto a reconocer que me gané un buen sopapo o dos en todas y cada una de aquellas ocasiones, y no le guardo ningún rencor por haberlo hecho. Conocía bien aquel sonido, y después de haber sido yo el sujeto pasivo (el juego de palabras no era intencionado), también reconocí el rápido grito que venía después del dolor.

Al oír que la señora Carter gritaba justo después de la bofetada, me di cuenta de que el señor Carter le había pegado. Otra bofetada llegó enseguida, y otro chillido agudo.

Llegué hasta el coche del señor Carter. El motor aún emitía un constante tic, tic, tic. El calor ascendía del capó, y el olor del escape inundaba el aire.

El señor Carter salió con estrépito por la puerta principal mientras yo me quedaba quieto, allí de pie junto a su coche.

—¿Qué cojones haces tú aquí fuera?! —gruñó antes de pasar por delante, de apartarme con un empujón y de cruzar el césped camino de mi casa.

La señora Carter apareció en la puerta, pero se detuvo en el umbral. Se llevaba una toalla húmeda a un lado de la cara. Tenía el ojo derecho hinchado, de color rosa y lloroso. Cuando reparó en mí, le temblaron los labios:

—No dejes que haga daño a tu madre —susurró.

El señor Carter llegó ante la puerta de nuestra cocina y aporreó el marco con el puño. Me resultó extraño que estuviera cerrada.

Prácticamente todos los días del verano, la puerta se abría por la mañana y así se quedaba hasta bien tarde por la noche, con la puerta mosquitera como lo único que mantenía a las criaturas de la madre naturaleza fuera de la casa. Madre debía de haber...

Localicé a madre de pie en una ventana lateral. Fulminaba con la mirada al señor Carter, en nuestra entrada trasera.

—¡Tú, abre la puerta, hija de la gran puta! —gritó—. ¡Que abras la maldita puerta!

Madre le observaba, pero permaneció quieta.

Arranqué para volver hacia la casa, pero ella alzó la mano de inmediato y me hizo un gesto para que me quedase donde estaba. Me detuve en seco, sin saber muy bien lo que debería hacer. Al pensar en ello ahora, me doy cuenta de lo ingenuo que era al creermelo capaz de hacer algo. El señor Carter era un hombre grande, tal vez más grande que padre. Si intentaba detenerle de algún modo, me apartaría de un manotazo como si fuera una mosca molesta que le zumba por la cabeza.

—¿De verdad crees que puedes convertir a mi mujer en tu propio servicio personal, el que te limpia el felpudo? —Aporreó la puerta—. Lo sabía, joder, es que lo sabía, hija de puta insaciable. Ya sabía yo que algo pasaba. Siempre metida en tu casa, apestando a ti. He notado tu sabor en ella, ¿lo sabías? Pues créetelo. Seguro de cojones que lo he notado. Y ahora creo que me debes una. Ojo por ojo. ¿O mejor coño por coño? ¿Lo entenderás mejor así, si rebajo el nivel? Hay consecuencias, pedazo de guarrilla. Y te toca pagar. ¡En este mundo no hay nada gratis!

Madre desapareció de la ventana.

La señora Carter comenzó a sollozar a mi espalda.

El señor Carter se dio la vuelta y le mostró un airado dedo admonitorio a su mujer.

—¡Cierra la puta boca! —Tenía la cara al rojo vivo. El sudor le brillaba en la frente—. No creas que he terminado contigo. Cuando acabe con esto de aquí, tú y yo vamos a tener una larga y dolorosa charla. Créeme. Cuando termine de pedirle cuentas a esta golfa, te toca a ti. ¿Crees que ese rasguño duele? ¡Pues espera a que vuelva a casa a por el postre!

Fue entonces cuando se abrió la puerta de atrás de nuestra casa. Madre salió a la luz y le hizo un gesto para que entrase.

El señor Carter se quedó allí de pie un momento, fulminando a madre con la mirada. Tenía la cara tan roja como una señal de *stop*, la frente arrugada y sudorosa, los puños bien cerrados. Al principio pensé que le iba a pegar, pero no lo hizo.

Madre me miró por encima del hombro del señor Carter, y sus ojos permanecieron fijos en los míos por un segundo antes de volverse hacia él.

—Esta es una oferta que no se va a repetir. Ahora o nunca. —Jugueteó con un dedo alrededor de un bucle de cabello rubio, y después lo deslizó hacia abajo por el lateral del cuello con una sonrisa asomándose a sus labios.

—¿Me estás tomando el pelo?

Madre se volvió de nuevo hacia el interior de la cocina y asintió.

—Ven.

El señor Carter la vio desaparecer por la puerta, y entonces se volvió hacia su mujer.

—Considera esto la primera parte de la lección. Cuando haya terminado aquí, iré a casa a enseñarte la segunda parte. —Soltó un bufido como si hubiera hecho el chiste de todos los chistes, entró en nuestra casa y cerró de un portazo a su espalda.

La señora Carter sollozaba.

Yo no era más que un crío, y no tenía ni idea de cómo consolar a una mujer que llora, ni tampoco tenía el menor deseo de hacerlo. En cambio rodeé nuestra casa corriendo hasta la ventana de madre y me volví a subir a mi cubo. Me encontré la habitación vacía.

Desde algún lugar del interior de la casa, oí un grito horrible. Y no era de madre.

17

Emory

Día 1 – 9:31

Emory iba a vomitar.

El vómito le ascendía por el fondo de la garganta, espeso y repugnante. Lo retuvo y encogió el gesto ante el regusto nauseabundo.

Respiró hondo, y el aire se le trababa entre los sollozos.

¡Le había cortado una oreja! Pero ¿qué coño? ¿Por qué...?

La respuesta le sobrevino al instante, y volvió a coger aire con tal fuerza y tan rápido que silbó antes de toser con otro sollozo. Las lágrimas se le acumulaban en los ojos y le goteaban en las rodillas. Intentaba secárselas de las mejillas, pero llegaban más, ácidas y saladas.

Tenía hipo entre las respiraciones entrecortadas.

El cuerpo se le sacudía con violentos espasmos. Le goteaban los mocos de la nariz y se le mezclaban con las lágrimas. Justo cuando pensaba que ya se había terminado, una mezcla de temor, dolor e ira invadía su mente, y el patrón se reproducía de nuevo, y apenas se atenuaba un poco cada vez.

Cuando por fin se le pasó el ataque, cuando fue capaz de inhalar bien y retener el aire, se vio sentada en absoluto silencio. Tenía el pensamiento dolorosamente en blanco y acallado, el cuerpo achacoso, los músculos doloridos, la cara hinchada y roja. Rozó las esposas con los dedos en busca de algún tipo de mecanismo de apertura, con la esperanza de que no fuesen unas esposas de verdad, sino de esas que venden en los *sex-shops* o en las jugueterías: su amiga Laurie le había hablado de ellas, de que su novio quería utilizarlas y que ella le había dicho que nanay, ni hablar.

No había ningún mecanismo de apertura, y la pieza que le rodeaba la muñeca estaba tensa; no se iban a abrir sin una llave. Podría intentar forzar la cerradura, pero para ello tendría que encontrar algo que utilizar como ganzúa, y eso supondría ponerse a explorar.

¿A quién pretendía engañar? No tenía ni idea de cómo abrir una cerradura con una ganzúa.

Las esposas tenían una cadena inusualmente larga, de al menos medio metro, de esas que veías en las cárceles de las películas, donde llevan a los malos con grilletes en los tobillos y les hacen arrastrar los pies por un pasillo oscuro. Aquellas esposas estaban diseñadas para permitir cierta libertad de movimientos, pero no mucha.

Había oído hablar del Cuarto Mono. Todo el mundo en Chicago había oído hablar de él, y quizá en el mundo entero. No solo sabía que era un asesino en serie, sino también que torturaba a sus víctimas antes de matarlas, y que enviaba trozos de su cuerpo por correo a los familiares. Primero una oreja, después...

Emory se llevó la mano libre a los ojos. La habitación estaba a oscuras, pero aún distinguía unas leves siluetas. No le había tocado los ojos.

*Todavía no. Ya tendrá tiempo de hacerlo, quizá cuando regrese.*

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho.

*¿Cuánto tiempo pasará antes de...?*

No podía pensar en aquello. Simplemente, no podía.

La idea de que alguien le sacase los ojos, de que lo hiciese mientras ella seguía viva...

*Y la lengua también, cariño. Que no se te olvide la lengua. Le encanta arrancar la lengua en tercer lugar y enviarle ese cachito de carne a papi y a mami. Ya sabes, justo antes de que, por fin...*

Aquella voz en su cabeza le resultaba extrañamente familiar.

*¿Es que no te acuerdas de mí, cariño?*

Entonces lo supo; así, por las buenas, lo supo, y despertó su ira.

—Tú no eres mi madre —dijo Emory indignada—. Mi madre está muerta.

Dios. Se estaba volviendo loca. Hablaba sola. ¿Sería la inyección? ¿Qué le había pinchado? ¿Estaría teniendo alucinaciones? Quizá todo aquello no fuese más que una especie de sueño muy desagradable, un mal colocón. Podría estar...

*Cariño, deberías tratar de dejar para más tarde las explicaciones del mal trago. ¿Para cuando tengas más tiempo, quizá? Yo creo que ahora mismo deberías concentrarte en encontrar una forma de salir de aquí. Ya sabes, antes de que vuelva. ¿No te parece?*

Emory se sorprendió asintiendo.

*Yo solo quiero lo mejor para ti.*

—Basta.

*Cuando estés a salvo. Hasta entonces..., esto es un aprieto muy serio, Em. No te voy a poder hacer una nota y sacarte de esta. Esto es mucho peor que el despacho del director.*

—¡Cállate!

Silencio.

El único sonido era el de su propia respiración y el del bombeo de su sangre en la

oreja, caliente y con punzadas de dolor bajo el vendaje.

*Justo donde tenías la oreja, cariño.*

—No, por favor. Cállate...

*Será mejor que lo aceptes ya. Acéptalo y pasa página.*

Emory bajó las piernas por el costado de aquella cama improvisada. Las ruedas chirriaron cuando la camilla rodó unos centímetros antes de chocar contra una pared y detenerse. Casi retiró los pies al tocar el cemento frío. Le ponía los pelos de punta no saber qué tenía debajo, pero quedarse quieta a la espera de que regresara su secuestrador no era una opción que estuviera dispuesta a considerar. Tenía que encontrar una salida.

Sus ojos forcejeaban contra la oscuridad en su intento de adaptarse y captar la más tenue luz, pero no había la suficiente, así de sencillo. Se llevó la mano a la cara, y apenas era visible a menos que la tuviera tocando prácticamente la nariz.

Emory se obligó a ponerse en pie y a hacer caso omiso de la sensación de mareo y del dolor en la oreja. Respiró hondo para mantener el equilibrio y se agarró al borde de la camilla, justo por debajo del punto donde estaban enganchadas las esposas, y permaneció inmóvil hasta que se le pasaron las náuseas.

Qué oscuro estaba. Demasiado oscuro.

*¿Y si te caes, cariño? ¿Y si intentas andar, te tropiezas con algo y te caes? ¿Estás segura de que esto es inteligente? ¿Por qué no te vuelves a sentar y te aclaras las ideas? ¿Qué te parece eso?*

Emory hizo caso omiso de la voz y estiró el brazo con timidez, la mano izquierda extendida en la oscuridad, los dedos buscaban a tientas. Al no hallar nada, dio un paso hacia el cabecero de la camilla, hacia la pared contra la que se apoyaba. La mano derecha en la camilla, la izquierda extendida. Un paso, después otro, después...

Los dedos encontraron la pared, y Emory casi retrocedió de un salto. La superficie áspera tenía un tacto húmedo y mugriento. Pasó la mano por ella con precaución, localizó una ranura y siguió el borde con la yema del dedo, trazando una horizontal hasta que encontró otra ranura, esta vertical. El patrón se repetía unos treinta centímetros más abajo. Rectángulos.

Bloques de hormigón ligero.

*Ya sabes, donde hay una pared, suele haber otra. A veces hay una puerta o una ventana o dos. ¿Algún inconveniente con un paseo por el perímetro? ¿Averiguar en qué clase de lío te has metido? Aunque estás atada a esa camilla tan molesta..., no estás en condiciones de moverte.*

Emory tiró de la camilla hasta que se movió el armazón y rodó un par de centímetros con un chirrido de las ruedas. Hizo fuerza con la mano en la barandilla. Con solo agarrarse a la estructura metálica, aferrarse a algo, ya se sentía un poco más a salvo. Era una tontería, estaba claro, pero...

*Es una muleta. ¿No es así como se le llama?*

—Que te den por culo —masculló.

Con la mano izquierda en la pared y la derecha tirando de la camilla, avanzó centímetro a centímetro, arrastrando los pies. Iba contando por el camino en un intento de trazar un mapa mental de aquel espacio. Dio doce pasos antes de encontrar el primer rincón. Emory calculó que la primera pared tendría unos tres metros de largo.

Continuó a lo largo de la segunda pared. Más bloques de hormigón ligero. Recorrió la pared con los dedos, de arriba abajo, en busca de un interruptor de la luz, una puerta, cualquier cosa, pero no encontró nada; solo más bloques.

Emory se detuvo un segundo y miró hacia arriba. No pudo evitar preguntarse... ¿Qué altura tendría la habitación? ¿Tendría algún techo?

*Pues claro que tiene techo, cariño. Los asesinos en serie son gente lista; no eres la primera chica que trae a su circo. ¿A cuántas se ha llevado ya? ¿A cinco? ¿Seis? A estas alturas es probable que haya convertido sus rutinas en toda una ciencia. Estoy segura de que esta habitación está bien sellada. Pero deberías seguir explorando. Me gusta esto. Es mucho mejor que sentarse a esperar a que vuelva. Eso es una locura. Esto tiene un objetivo. Demuestra iniciativa.*

Continuó desplazándose por la habitación. La camilla se opuso de nuevo cuando Emory giró en la esquina, y pegó un tirón a la estructura, hacia ella, furiosa.

*Oye, se me acaba de ocurrir algo. ¿Y si te estuviera observando? ¿Y si tiene cámaras?*

—Está demasiado oscuro.

*Las cámaras infrarrojas graban en la oscuridad como en pleno día. Es probable que tenga los pies apoyados en lo alto de alguna mesa, en alguna parte, viendo Tele-Emory con una enorme sonrisa de oreja a oreja en la cara. La chica desnuda en una caja. La chica desnuda intentando salir de la caja. La última tardó treinta minutos en aventurarse tan lejos por la habitación. Esta va que se sale..., ha llegado hasta ahí en veinte. Qué emocionante. Qué entretenido.*

Emory dejó de moverse y se quedó mirando a la oscuridad.

—¿Estás ahí? ¿Estás... observándome?

Silencio.

—¿Hola?

*A lo mejor es tímido.*

—Cierra la boca.

*Me la juego a que tiene los pantalones por los tobillos y la minga fuera, con un letrero de «No molestar» en la puerta. Tiene puesto Tele-Emory a Oscuras, y la fiesta no ha hecho más que empezar. Esta seguirá con nosotros. ¿Habéis visto qué bote ha pegado?*

—Ahora sé que no eres mi madre; ella jamás habría dicho eso —dijo Emory.

*Pues yo creo que está observando. ¿Por qué si no te ha quitado la ropa? Los hombres son unos perversos, cariño. Todos ellos. Cuanto antes te des cuenta de eso, mejor.*

Emory se dio la vuelta en un lento círculo y escrutó la oscuridad con la cara orientada hacia arriba.

—Aquí no hay cámaras. Vería el puntito rojo.

*Cierto. Porque todas las cámaras tienen un puntito rojo. Unas lucecitas rojas intermitentes que se ven a un kilómetro de distancia. Tengo muy claro que, si yo fuera un fabricante de cámaras, jamás me plantearía hacer una sin su puntito rojo intermitente. Estoy segura de que hay un comité de supervisión que comprueba todas y cada una de ellas para asegurarse...*

—¿Por qué no te callas de una puta vez?! —gritó Emory. Se sonrojó entonces. Joder, estaba discutiendo consigo misma.

*Yo solo digo que no todas las cámaras tienen el puntito rojo, nada más. No hace falta ponerse de uñas.*

Emory soltó un suspiro de frustración y volvió a estirar la mano hacia la pared. Se imaginó mentalmente la habitación como un cuadrado gigantesco. Había comprobado dos paredes sin dar con la puerta. Eso le dejaba otras dos.

Comenzó a avanzar muy poco a poco por la tercera pared, tirando de la camilla, siguiendo con los dedos el ya conocido patrón de los bloques de hormigón ligero, abriendo una senda a través de la espesa capa de polvo. Ninguna puerta.

Quedaba una pared.

Tiró de la camilla, más furiosa ahora que asustada, contando los pasos. Cuando llegó a doce y sus dedos dieron con el rincón, se detuvo. ¿Dónde estaba la puerta? ¿La había pasado por alto? Cuatro esquinas, cuatro giros a la izquierda. Sabía que había descrito una vuelta completa. Porque la había dado completa, ¿verdad?

¿Era posible que la habitación no tuviese puerta?

*Bueno, yo diría que eso es un diseño lamentable. ¿Quién hace una habitación sin una puerta? Seguro que has pasado por delante de la abertura y no te has dado cuenta.*

—No me la he saltado. No hay puerta.

¿Y cómo has entrado tú, entonces?

En lo alto, por encima de ella, un *clic* retumbó sobre las paredes. Sonó sobre ella una música tan alta que sintió como si alguien le clavara cuchillos en los oídos. Se llevó de golpe las manos a ambos costados de la cabeza, y sintió que un relámpago de dolor la recorría cuando la mano izquierda impactó contra la piel sensible allí donde antes tenía la oreja. Las esposas se le clavaron en la otra mano. Se inclinó hacia delante y chilló de dolor. Aun así no pudo aislarse de la música: una canción que ya había oído antes. Mick Jagger aullando algo sobre el diablo.

18

Porter

Día 1 – 11:30

Aunque solo habían pasado dos semanas desde la última vez que Porter puso el pie en la sala 1.523, en las profundidades del sótano del cuartel general de la Policía Metropolitana de Chicago en la avenida Michigan, aquella estancia parecía aletargada, anodina.

Adormecida.

A la espera.

Encendió el interruptor de la luz y escuchó cómo zumbaban y cobraban vida los tubos fluorescentes, que enviaron una descarga por el aire viciado. Se acercó hasta su mesa y echó un vistazo a los diversos documentos y archivos desperdigados por su superficie. Todo estaba tal y como él lo había dejado.

Su mujer le observaba desde un marco de plata en la esquina de la derecha, la más alejada. No pudo evitar una sonrisa al verla.

Sentado en el borde de la mesa, sacó el teléfono y marcó su número de móvil. Tres tonos, seguidos de aquel mensaje del buzón de voz, tan familiar para él:

*Te has puesto en contacto con Heather Porter. Como esto es el buzón de voz, lo más probable es que haya visto que eras tú quien llamaba y haya decidido que no quiero hablar contigo. Si estás dispuesto a rendirme un homenaje en forma de tarta de chocolate u otra ofrenda que consista en un surtido de delicias culinarias, envíame un mensaje de texto con los detalles, reconsideraré tu puesto en mi lista de amistades y quizá...*

Porter colgó y hojeó una carpeta etiquetada como «El Cuarto Mono». Todo lo que habían descubierto sobre él cabía en aquella única carpeta, al menos hasta aquel día.

Llevaba media década persiguiendo al Cuarto Mono. Siete chicas muertas.

*Veintiuna cajitas. No se te pueden olvidar las cajitas.*

Jamás se había olvidado de las cajas. Le perseguían cada vez que cerraba los ojos.

La sala no era muy grande, nueve por siete y medio, más o menos. Además de la

de Porter, había cinco mesas metálicas con más años que la mayoría del personal de la Metropolitana, dispuestas de forma caprichosa por el lugar. En el rincón opuesto se alzaba una vieja mesa de reuniones de madera que Porter había encontrado en un almacén pasillo abajo. El tablero estaba rozado y lleno de muescas; el acabado de madera de arce, ya sin lustre, estaba plagado de pequeños cercos de los centenares de vasos, tazas y latas que se habían posado en él a lo largo de los años. Tenía una gran mancha marrón que Nash juraba que se parecía a Jesucristo (Porter pensaba que solo tenía pinta de café). Hacía bastante tiempo que se habían rendido y habían dejado de frotar para intentar eliminar aquella decoloración.

Detrás de la mesa de reuniones había tres pizarras blancas. Las dos primeras contenían fotos de las víctimas del CM y de los diversos escenarios de los crímenes; la tercera estaba vacía en aquel momento. El grupo tenía la costumbre de utilizar la última, fundamentalmente, para sus sesiones de debate de ideas.

Entró Nash y le ofreció un vaso de café.

—Watson se ha acercado al Starbucks. Le he dicho que nos veríamos aquí después de que haya ido arriba a hablar con el teniente. Los demás también están de camino. ¿Qué se te está pasando por la cabeza? Huelo el humo.

—Cinco años, Nash. Estaba empezando a pensar que no llegaríamos a ver el final de todo esto.

—Hay una más ahí fuera, por lo menos. Tenemos que encontrarla.

Porter asintió.

—Sí, lo sé. Y lo haremos. La llevaremos a casa.

Había dicho lo mismo con Jodi Blumington apenas seis meses atrás, y no la localizaron a tiempo. No podía plantarse delante de otra familia, otra vez no. Ni nunca más.

—¡Pero bueno, mira quién está aquí! —vociferó Clair Norton desde la puerta.

Porter y Nash se dieron la vuelta desde las pizarras blancas.

—Esto ha sido como una morgue sin ti, Sammy. ¡Un poquito de alegría para el cuerpo! —Cruzó la sala y rodeó a Porter con los brazos—. Si necesitas lo que sea, me llamas, ¿vale? Quiero que me lo prometas —le susurró al oído—. Estoy ahí para lo que te haga falta, día y noche.

Cualquier muestra de afecto ponía nervioso a Porter. Le dio unas palmaditas en la espalda y se apartó. Se imaginó que parecería tan incómodo como un cura que corresponde al abrazo de un monaguillo ante la mirada de toda la congregación.

—Te lo agradezco, Clair. Gracias por defender el fuerte.

Clair Norton llevaba en el cuerpo cerca de quince años. Se convirtió en la mujer detective más joven de raza negra después de tan solo tres años de patrulla, cuando ayudó a desmontar una de las mayores redes de narcóticos en la historia de la ciudad: todos los implicados eran menores de dieciocho. Veinticuatro estudiantes en total, fundamentalmente del Cooley High, aunque los delitos se extendían a seis institutos. Actuaban siempre dentro de las instalaciones escolares, lo cual dificultaba las cosas,

y supuso que Clair, con su aspecto juvenil, tuviera que hacerse pasar por una alumna.

Aquello le hizo ganarse el apodo de «Nuevos policías», por la antigua serie de la Fox. Pero ningún miembro del operativo se atrevía a llamárselo a la cara.

Clair hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Qué demonios, tendrías que darme las gracias por hacer de niñera de tu compañero. Es más simple que el mecanismo de un botijo. Me la juego a que si lo encierras en una habitación y vuelves una hora más tarde, te lo encuentras muerto, tirado en el suelo con la lengua metida en un enchufe.

—Oye, que estoy aquí —dijo Nash—. Que te estoy oyendo.

—Ya lo sé. —Se dio la vuelta y le quitó el café de la mano—. Gracias, corazón.

Edwin Klozowski, «Kloz» para la mayoría, entró paseándose detrás de ella con un maletín rebosante en una mano y los restos de un bollito de chocolate Little Debbie en la otra.

—Así que por fin volvemos a reunir al grupo, ¿eh? Ya era hora. De haber tenido que pasar un minuto más ahí, en el departamento de informática de la central, diseccionando el disco duro de otro amante del porno que se ha desmadrado, lo mismo me planteaba lo de volver al diseño de videojuegos. ¿Cómo lo llevas, Sammy? —Alargó un brazo y le dio una palmada en el hombro a Porter.

—Qué pasa, Kloz.

—Me alegro de verte de vuelta. —Soltó el maletín sobre una de las mesas vacías y se metió el resto del bollito a presión en la boca.

Porter vio a Watson de pie en la puerta y le hizo un gesto para que entrase.

—Kloz, Clair, este es Paul Watson. Nos lo ha cedido criminalística. Nos va a echar una mano. ¿Alguien ha visto a Hosman?

Clair asintió.

—He hablado con él hace unos veinte minutos. Está comprobando la situación económica de Talbot, pero no ha encontrado nada todavía. Ha dicho que se pondrá en contacto contigo en cuanto dé con algo.

Porter asintió.

—Muy bien. Vamos a empezar.

Cruzaron la sala y se sentaron a la mesa de reuniones. Las víctimas del Cuarto Mono los miraban desde las pizarras blancas.

—Nash, ¿dónde está la foto de Emory?

Nash se sacó la fotografía del bolsillo y se la entregó. Porter la pegó en el extremo derecho de la pizarra.

—Voy a repararlo desde el principio. Es información de sobra conocida para la mayoría de vosotros, pero Watson no la ha oído antes, y quizá saquemos algo al refrescarlo. —Señaló la foto de la esquina superior izquierda—. Calli Tremell. Veinte años, desaparecida el 15 de marzo de 2009. Esta fue su primera víctima...

—Que nosotros sepamos —intervino Clair.

—Es su primera víctima según su patrón como el CM, pero las pruebas sugieren

que es sofisticado y que muy probablemente habrá matado con anterioridad, —dijo Klozowski—. Nadie sale del cascarón matando como él lo hace. Se van haciendo, con el tiempo desarrollan sus métodos y técnicas.

Porter continuó.

—Sus padres comunicaron su desaparición aquel martes, y recibieron la oreja por correo el jueves. Le siguieron los ojos el sábado, y la lengua llegó el martes. Todos iban empaquetados en cajitas blancas atadas con cordel negro, la etiqueta con la dirección del destinatario escrita a mano, y ninguna huella. Siempre ha sido meticuloso.

—Lo cual sugiere que, realmente, no era la primera —reiteró Klozowski.

—Tres días después de que llegase la última cajita, un corredor encontró su cuerpo en Almond Park. La habían colocado en un banco con un cartel de cartón pegado en las manos con pegamento que decía «No hagas el mal». Ya habíamos captado su *modus operandi* cuando llegaron los ojos, pero aquel cartel confirmó nuestra teoría.

Watson levantó la mano.

Nash puso los ojos en blanco.

—No estamos en primaria, Doc. Habla con total libertad.

—¿Doc? —repitió Klozowski—. Ah, ya lo pillo.

—¿No he leído en alguna parte que así era como escogía a sus víctimas? ¿«No hagas el mal»? —preguntó Watson.

Porter asintió.

—Eso lo captamos con su segunda víctima, Elle Borton. Al principio pensábamos que las propias víctimas habían hecho algo que el CM consideraba malo, y que por eso iba a por ellas, pero con Elle nos dimos cuenta de que el centro de su atención no eran las víctimas, en absoluto, sino sus familias. Elle Borton desapareció el 2 de abril de 2010, poco más de un año después de su primera víctima. Tenía veintitrés años. Nos pasaron el caso cuando sus padres recibieron la oreja por correo dos días después. Cuando encontraron su cuerpo apenas una semana después de aquello, sostenía un impreso de devolución de impuestos a nombre de su abuela, correspondiente al año fiscal de 2008. Indagamos un poco más y descubrimos que la mujer había muerto en 2005. Su padre llevaba los últimos tres años presentando declaraciones a devolver falsas. En ese momento nos trajimos a Matt Hosman de Delitos Económicos, y descubrió que la estafa iba mucho más allá. El padre de Elle había presentado devoluciones de impuestos a nombre de más de una docena de personas, todas fallecidas. Eran internos de la residencia que él dirigía.

—¿Y cómo pudo saber eso el CM? —preguntó Watson.

—No estamos seguros, pero las pruebas nuevas nos hicieron volver atrás y fijarnos en la familia de Calli Tremell.

—La primera víctima.

—Resulta que su madre estaba blanqueando dinero procedente del banco donde

trabajaba, más de tres millones de dólares a lo largo de los diez años anteriores —dijo Porter.

Watson frunció el ceño.

—De nuevo, ¿cómo pudo saber el CM lo que estaba haciendo esa mujer? Tal vez sea ese el vínculo. Averigüen quién tiene acceso a esta información y encontrarán la identidad del CM.

Klozowski soltó un bufido.

—Claro, como es así de fácil... —Se levantó y se acercó a la pizarra—. Melissa Lumax, víctima número tres. Su padre estaba vendiendo material pedófilo. El padre de Susan Devoro daba el cambiazo a los diamantes de su joyería con otros falsos. La hermana de Barbara McInley atropelló y mató a un peatón seis años antes de que Barbara desapareciera. Nadie relacionó a su hermana con el asesinato hasta que llegó el CM. El hermano de Allison Crammer tenía montada en Florida una fábrica en la que explotaba a inmigrantes ilegales. Después tenemos a Jodi Blumington, su víctima más reciente...

—Hasta Emory Connors —intervino Nash.

—Perdón, su víctima más reciente hasta Emory Connors. Su padre introducía cocaína en el país para el cártel de los Carlitos. —Fue tocando todas las fotografías—. Todas estas chicas están emparentadas con alguien que hizo algo malo, pero no están relacionadas entre sí. Los delitos son muy diversos, no hay un denominador común.

—Es como un vigilante —dijo Watson entre dientes.

—Sí, con mejor información que las fuerzas del orden. No teníamos constancia de ninguno de esos delitos; los encontramos al investigar los asesinatos —le dijo Porter—. Sin el CM, esa gente seguiría en la calle.

Watson se levantó, se acercó al tablón y entrecerró los ojos al revisar las fotografías una por una.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —le dijo Kloz a Watson antes de soltar una carcajada.

Todos se le quedaron mirando.

Kloz frunció el ceño.

—Vale, así que es gracioso cuando lo dice Nash pero no cuando lo dice el informático, ¿no? Ya veo cómo funcionan las cosas aquí abajo, en el sótano.

Watson dio unos toquitos en la pizarra.

—Va en escalada. Miren las fechas.

—Iba en escalada —dijo Nash—. Sus días de matar gente ya quedaron atrás.

—Cierto, iba en escalada. Casi una al año hasta su quinta víctima, Barbara McInley, y después cada seis o siete meses. Y también está esto. —Señaló la foto de Barbara McInley—. Es la única rubia. Todas las demás son morenas. ¿Tiene alguna relevancia?

Porter se pasó la mano por el cabello.

—No lo creo. Con estos asesinatos, está castigando a los familiares por sus delitos. No creo que para él se tratase nunca de las propias víctimas.

—Todas las chicas tienen un aspecto similar. Guapas, pelo castaño y largo, edades similares. Para ser alguien sin un tipo concreto, desde luego que parece tenerlo. Todas menos Barbara, la única rubia. Esa chica es una anomalía. —Watson hizo una pausa de un segundo antes de preguntar—: ¿Sufrió abusos sexuales alguna de las chicas?

Clair lo negó con la cabeza.

—Ni una sola.

—¿Alguna de ellas tenía algún hermano?

—Melissa Lumax, Susan Devoro y Calli Tremell tenían un hermano cada una; Allison Crammer tenía dos —dijo Clair—. Hablé con ellos cuando entrevisté a las familias.

Watson asintió, con los engranajes que le daban vueltas en la cabeza.

—Si asumimos que la mitad de esas familias tenía por lo menos un hermano, y que el CM se llevaba a los hijos de manera aleatoria, tendrían que haber aparecido una o dos víctimas masculinas. Eso no sucedió, así que había una razón para que se llevase a las hijas en lugar de los hijos..., pero no sabemos cuál.

Porter carraspeó.

—Sinceramente, no tengo muy claro que eso importe ya. No tenemos que preocuparnos por sus futuras víctimas. Como ha dicho Nash, para él se ha acabado lo de matar. Tenemos que concentrarnos en su última víctima.

Watson regresó a su silla.

—Lo siento. A veces se me va la cabeza por esos derroteros y pierdo la concentración.

—En absoluto. Por eso te hemos pedido que te unas a nosotros. Eres una mirada nueva sobre todas esas pruebas y esa información antigua.

—Está bien —dijo Watson.

Porter cogió un rotulador azul y escribió «Emory Connors» con letra grande en lo alto de la tercera pizarra.

—Vale, ¿qué sabemos sobre nuestra víctima?

—Según la chica de la recepción de su edificio salió ayer a correr poco después de las seis de la tarde —dijo Clair—. Han dicho que era lo habitual en ella. Salía a correr casi todos los días, normalmente por la tarde. Nadie la vio regresar.

—¿Sabía alguien por dónde le gustaba correr? —preguntó Nash.

Clair hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Solo la veían entrar y salir.

—Tal vez yo pueda responder a eso —dijo Kloz. Estaba tecleando en un MacBook Air—. Llevaba un Fitbit Surge.

—¿Un qué?

—Es un reloj que monitoriza el ritmo del corazón, las calorías quemadas, la distancia recorrida y demás. También lleva un GPS incorporado. He encontrado un

programa instalado en su ordenador que registraba todos los datos. Ahora mismo estoy accediendo a la información.

—¿Alguna posibilidad de que el GPS continúe activo?

Kloz hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No funciona así. El reloj registra los datos del GPS mientras lo llevas puesto, después se sincroniza con la nube por medio de una *app* del móvil o conectándolo a un ordenador. Ella lo vinculó al teléfono, que también está apagado, pero creo que sé adónde iba. —Le dio la vuelta a su Mac para que los demás vieran la pantalla, ocupada de esquina a esquina por un mapa. Había una línea azul punteada que partía de Flair Tower y seguía por la calle Erie en dirección oeste, hacia el río. Al borde del agua, el recorrido rodeaba un gran espacio verde—. Nos encontramos con el mismo trazado casi a diario. —Dio unos golpecitos con el dedo en la pantalla—. Esto es el parque de Aaron Montgomery Ward.

Porter se acercó más. La vista se le estaba yendo a la mierda.

—Clair, ¿te importaría comprobarlo cuando terminemos aquí?

—Claro, jefe.

Se volvió de nuevo hacia Kloz.

—¿Has encontrado algo más en su ordenador?

Kloz le dio la vuelta al Mac y se puso a teclear.

—Me habéis dado la posibilidad de registrar legalmente el disco duro de una adolescente buenorra. Ni que decir tiene que he sido concienzudo.

Clair arrugó la nariz.

—Puto enfermo mental.

Kloz le puso una sonrisita.

—Me enorgullezco de mi condición de enfermo mental, querida. Algún día me lo agradecerás. —Se quedó estudiando la pantalla un instante—. El novio de Emory se llama Tyler Mathers. Está en su tercer año en el instituto Whatney Vale. Y... —todos los móviles de la sala sonaron de forma simultánea— os acabo de pasar una foto reciente, su número de móvil y la dirección de su casa —dijo Kloz—. Llevan un mes saliendo. Ella cree que con exclusividad.

—¿Y no es así? —preguntó Porter.

Kloz esbozó una sonrisa traviesa.

—Puede que le haya echado un vistazo a sus mensajes privados de Facebook, así de pasada, y a nuestro jovencito le va lo de jugar a varias bandas.

El grupo se le quedó mirando fijamente.

—¡Eh, venga ya! Si utilizas el nombre de tu novia o de tu mujer como contraseña, te mereces que te lo hackeen.

Porter tomó nota mentalmente de que tenía que cambiar su contraseña del correo.

—La próxima vez espera a que llegue la orden. No queremos que nos tires el caso por tierra.

Kloz le hizo un saludo militar.

—Sí, mi capitán.

Porter escribió «Tyler Mathers» en la pizarra y dibujó una flecha hasta el chico de la foto del baile de bienvenida con Emory.

—Nash y yo le haremos una visita a Tyler esta tarde. ¿Algo más en su PC?

—Emory tiene un Mac, y uno muy bueno, por cierto. Por favor, no insultes a esa maravilla técnica llamándola «PC». Tú estás por encima de ese tipo de insultos — dijo Kloz.

—Perdóname. ¿Algo más en su Mac?

Kloz hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, señor.

—¿Y los tres números salientes en la línea de teléfono fijo?

Kloz levantó la mano con tres dedos, que fue retirando uno a uno.

—Una pizzería, un chino y un italiano a domicilio. Esa chica sí que sabe comer.

Clair carraspeó.

—Hay un T. Mathers en la lista de visitas permanentes del edificio. La única persona adicional es A. Talbot.

Porter escribió «Arthur Talbot» en la pizarra con la palabra «¿Negocios?» justo debajo.

—Siento verdadera curiosidad por ver lo que encuentra Hosman sobre este tío. El CM se llevó a esta chica por algún motivo; estoy por jugármela a que esconde algo deshonesto.

—¿Por qué no lo traemos para acá? —preguntó Clair.

—Si le hacemos venir, se esconderá detrás de su abogado..., no le sacaremos una palabra. Si tenemos que hablar con él de nuevo, creo que lo mejor es mantenerlo como una situación informal, tratar de pillarlo con la guardia baja en algún lugar donde él se sienta cómodo. Así es más probable que cometa un error —le dijo Porter—. Además, es un pez gordo de Chicago, amiguete del alcalde y quién sabe de quién más. Si lo traemos demasiado pronto, no conseguiremos nada, y si tuviéramos que volver a traerlo, podría llamar entonces a uno de sus amiguetes para que interfiriese. Lo mejor es esperar a que tengamos algo sólido.

—Esto es interesante —dijo Kloz. De nuevo tenía los ojos clavados en la pantalla de su MacBook—. Esos ascensores tan chulos que tiene el edificio registran todos los movimientos de las tarjetas de acceso, tanto de entrada como de salida.

Porter soltó un gruñido.

—¿Y lo estás mirando con la misma orden que has utilizado para *hackear* la página de Facebook del novio? Porque como lo estés...

Kloz levantó ambas manos.

—Venga, hombre, ¿es que tengo pinta de reincidente?

—Joder, ya te digo —dijo Clair para el cuello de su camisa.

—Que le den a usted también, señora Norton.

Clair le puso una sonrisa burlona y le sacó la lengua.

—El administrador del edificio ha tenido la amabilidad de darnos acceso —dijo Kloz.

—¿Y qué ves? —le preguntó Porter.

Frunció los labios y entornó los ojos mientras iba repasando un archivo de texto.

—Tenemos a Emory bajando a las 18:03 de ayer; no regresa. No hay movimiento hasta las 21:23; en ese momento sube un tal N. Burrow. Volvió a bajar a las 9:06 de esta mañana.

—Eso es apenas unos minutos antes de que llegase la Metropolitana —dijo Clair.

—Estoy por jugármela a que ese Burrow es nuestra criada desaparecida —dijo Porter—. ¿Puedes comprobarlo con la chica de la recepción de Flair Tower? Pregúntales si nos pueden dar el nombre completo.

—Así lo haré —dijo Kloz, que tomaba nota.

Porter cogió aire.

—Muy bien, esto nos lleva al hombre del momento, nuestra víctima de esta mañana.

Le contó al grupo todo lo que había sabido por Eisley.

—Joder, ¿se estaba muriendo? —dijo Kloz.

—Le quedaba menos de un mes.

—¿Crees que se tiró delante de ese autobús adrede?

—Creo que tenemos que valorar esa posibilidad —respondió Porter.

Escribió «CM» en la pizarra y enumeró lo siguiente:

Recibo de la tintorería

Zapatos caros: dos números más grandes

Traje barato

Fedora

75 centavos en distintas monedas (dos de 25, dos de 10 y una de 5)

Reloj de bolsillo

Cáncer de estómago terminal

—No me puedo creer que el muy cabrón se estuviera muriendo —masculló Kloz mientras se pellizcaba ligeramente el brazo.

Porter dio unos golpecitos en la pizarra blanca.

—¿Qué nos dicen sus objetos personales?

—El recibo de la tintorería no vale para nada —dijo Clair—. Aparte del número, no hay ninguna información identificativa, ni siquiera el nombre o la dirección del comercio. Es de una libreta genérica de recibos que se puede pedir a cientos de proveedores en internet. La mitad de las tintorerías de la ciudad utilizan la misma.

—Kloz, quiero que te pongas con eso. Haz una lista con todas las tintorerías que haya en un radio de ocho kilómetros del lugar del accidente de esta mañana, y que te pongas en contacto con todas y cada una de ellas. Averigua si utilizan ese tipo concreto de recibos. Si fuera así, pregúntales si aún tienen pendiente el número

54873. Obviamente, el CM no va a pasar a recogerlo. Aunque encuentres más de una, ya iremos reduciendo la lista conforme vayan recogiendo los demás resguardos. Si no encuentras nada, aumenta el radio de búsqueda. De todas formas, el CM iba a pie..., creo que la tintorería estará cerca.

Kloz le hizo un gesto con la mano.

—Acepto el desafío.

Nash estudió el tablón.

—¿Qué hacemos con el traje y los zapatos?

—Kloz puede comprobar todas las tiendas de zapatos mientras repasa las tintorerías —dijo Clair.

Kloz le mostró el dedo corazón en alto y le sacó la lengua.

Porter se quedó mirando el tablón un instante.

—Prefiero que Kloz se centre en la tintorería. La diferencia de las tallas también me tiene intrigado a mí, desde luego, pero ahora mismo no es más que una distracción. Mantendremos el detalle en la pizarra por si acaso cobra relevancia más adelante.

—Las monedas tampoco ofrecen ninguna pista —señaló Nash—. Lo más probable es que todos en esta sala tengamos calderilla en el bolsillo ahora mismo.

Porter pensó en borrar los setenta y cinco centavos de la pizarra, pero cambió de opinión.

—Los dejaremos también ahí. —Se volvió hacia Watson—. ¿Ha habido suerte con el reloj de bolsillo?

—Voy a la tienda de mi tío cuando terminemos aquí —respondió.

Porter regresó de nuevo a la pizarra.

—Creo que lo encontraremos gracias a esto —dijo mientras trazaba una línea debajo de «Cáncer terminal»—. Eisley dice que ha encontrado octreótido, trastuzumab, oxicodona y lorazepam en el cadáver. En la ciudad solo hay unos pocos centros que pueden administrar trastuzumab. Tenemos que ir a todos ellos con una descripción del CM y buscar pacientes a los que no localicen.

—Eso lo puedo hacer yo —dijo Clair—. ¿Cuántos pacientes de cáncer de estómago puede haber ahí fuera que lleven un sombrero de ala ancha, trajes baratos y zapatos caros? Ahí es donde nos serán de ayuda sus prendas de vestir. Con esas pintas, destacaría nada más entrar por la puerta de un centro de tratamiento.

—Buena observación —dijo Porter—. Eisley también ha encontrado un pequeño tatuaje en la cara interna de la muñeca derecha del hombre. —Cargó la imagen en la pantalla del teléfono y la fue pasando por la sala—. Es reciente. Eisley dice que es probable que se lo hiciera la semana pasada.

Kloz lo estudió de cerca.

—¿Es un símbolo de infinito? Paradójico para un tío que va camino de la puerta de salida.

—Obviamente, significaba algo para él —dijo Clair inclinándose sobre el hombro

de Kloz para verlo mejor—. Si te vas a marcar el cuerpo de forma permanente, le das un significado serio al tatuaje.

Kloz levantó la vista hacia ella, con una sonrisa.

—¿Lo dices por experiencia? ¿Hay algo que quieras enseñar al grupo?

Clair le guiñó un ojo.

—Qué más quisieras, informático friki.

Porter se metió la mano en el bolsillo, sacó el diario y lo dejó caer sobre la mesa.

—Y luego está esto.

Todos se quedaron en silencio un momento, sin apartar la mirada del objeto.

—Joder, creía que Nash se lo había inventado —dijo Kloz—. ¿De verdad llevaba un diario encima ese cabrón? ¿Lo has registrado como prueba? En el registro del caso no se hace referencia.

Porter lo negó con la cabeza.

—No quiero que la prensa lo sepa. Todavía no.

Kloz soltó un silbido.

—¿La declaración manuscrita del CM? Coño, eso vale su peso en oro.

—No es una declaración. Más bien parece una autobiografía que se remonta a cuando era un crío.

Kloz se echó hacia atrás en la silla.

—Claro, algo así como «Becky Smith se ha puesto hoy para ir al cole ese vestidito rojo que me gusta. Me ha hecho feliz. He decidido seguirla hasta su casa y preguntarle si quería ser mi novia oficial. Como me ha dicho que no, la he destripado en el salón de su casa. Mañana toca *pizza* en el comedor. Me gusta la *pizza*, pero no tanto como las hamburguesas; las hamburguesas con queso son...».

Clair le tiró un bolígrafo.

—¡Ay!

Nash hizo un gesto con la barbilla para señalar al diario.

—Vale, voy a hacer la pregunta que parece que nadie te quiere hacer. ¿Has leído el final? ¿Qué hay en la última página?

Porter alargó la mano y le dio un empujoncito al diario, que se deslizó por la mesa y se detuvo delante de su compañero.

—Adelante, échale un vistazo.

Nash entornó los ojos al estirarse para coger el diario. La sala se había quedado muy callada. Le dio la vuelta al cuaderno y lo abrió por la última página para leerlo en voz alta.

Ay, buen hombre. ¿Acaso no le contó nunca su madre que es un pecado mortal echar un ojo a hurtadillas al final de un buen libro antes de haberse ganado uno ese derecho? Se revuelven en sus tumbas los autores de este, nuestro gran planeta, ponen los ojos en blanco, asqueados, o le desean todo tipo de males a usted y a los suyos. Cuánto me gustaría afirmar que me ha defraudado de verdad, pero eso sería mentir. Si las circunstancias fueran a la inversa y fuese yo quien calzase ahora sus lustrosos mocasines, sin duda habría hecho lo mismo. Pero, ay, las respuestas que busca no se encuentran aquí, en el final. Le sugiero que se sirva una buena taza

de café, que plante las posaderas en su sillón favorito y que vuelva al principio. De verdad, debería empezar por ahí, ¿no cree? ¿Cómo iba a poder entender la manera en que termina nuestra historia sin saber cómo empecé? Conocerme a mí es conocer mis motivos, y hay motivos. Solo tiene que saber dónde echar un vistazo. Tiene que entender cómo leer entre esta bobada de líneas. Eso es ya la mitad de la diversión, ¿verdad? Aprender a jugar a esto, ¿no? Buena suerte, amigo mío. Apuesto por usted, en serio lo digo. Pero qué divertido es todo esto, ¿no le parece?

Nash ojeó unas cuantas páginas más antes de volver a lanzar el diario sobre la mesa.

—Hijoputa.

Porter se encogió de hombros.

—Te lo he dicho. —Recogió el diario—. He estado leyendo esto, y sigo sin tener muy claro cómo tomármelo. Es un relato autobiográfico del CM, pero hasta ahora no me he encontrado con nada que nos vaya a ayudar a localizar a Emory. Lo único que he visto son los desvaríos de un individuo muy perturbado.

—El cabrón está muerto y nos sigue tomando el pelo.

—Quizá habría que fotocopiarlo; si lo leemos todos, lo terminaremos antes —dijo Clair.

Porter hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No tenemos tiempo para convertir esto en un club de lectura, y quiero que os concentréis todos en vuestras tareas asignadas. No se lo voy a confiar a nadie fuera de esta sala, así que solo quedo yo. Leo rápido: si encuentro algo, os lo haré saber.

—¿Qué pasa con la cámara del escenario? —preguntó Watson—. ¿Ha revisado alguien la grabación?

—Ya he entregado la solicitud, pero la central no nos ha mandado aún el análisis —dijo Kloz—. Insistiré en ello.

—Como mínimo, el vídeo nos dirá si se tiró delante del autobús, o si de verdad fue un accidente —respondió Porter—. Si tenemos suerte, podríamos sacar un buen plano de su cara.

Nash se encogió de hombros.

—Apuesto por el suicidio. ¿Por qué si no iba a llevar encima ese diario? Sabía que alguien lo iba a leer pronto, o no habría escrito esa última página. Quería largarse a su manera en lugar de dejar que lo consumiera el cáncer. Fijo que quería que encontrásemos ese diario como un último corte de mangas.

—Si pensaba suicidarse, ¿por qué hacerlo antes, siquiera, de haber enviado la oreja? —preguntó Watson—. ¿No tendría más sentido acabar primero con la última víctima?

—Los asesinos en serie no son precisamente los miembros más cuerdos de la tribu —le dijo Nash—. Pudo quedarse con la oreja, sabiendo que eso nos ayudaría a identificarlo como el CM. —Se volvió hacia Porter—. No dejes de contarles lo de la novia de Eisley.

Porter asintió.

—Sí, casi se me olvida. Eisley tiene una amiga en el museo que tal vez sea capaz de reconstruirle la cara a partir del cráneo. Sí, una *amiga*. Si eso da resultado, podríamos conseguir una foto utilizable.

—¿Eisley tiene novia? ¿Quién sale con un tío que curra en el depósito? —se preguntó Kloz en voz alta.

—Parece que la chica se ofreció de manera voluntaria, y no voy a rechazar ninguna ayuda —dijo Porter.

Watson volvía a tener la mirada fija en el tatuaje.

—¿Saben? Todo esto podría consistir en pasar a la posteridad.

—¿Qué quieres decir?

Volvió a dejar el móvil en la mesa.

—Se estaba muriendo, así que escribe el diario, después secuestra a su última víctima y se tira delante de ese autobús, consciente de que lo identificaremos como el CM gracias a la oreja de la cajita. El tatuaje del infinito podría significar solo eso: que pretender vivir para siempre.

—Una salida airosa para una vida de asesino en serie —dijo Porter en voz baja.

—Los que son verdaderamente listos, los que consiguen eludir a las fuerzas de la ley durante tanto tiempo, al final desean que la gente lo sepa. Quieren que se les conceda el mérito de lo que han hecho. Si fuera el CM, ¿querría usted morir sabiendo que el mundo jamás sabría quién era en realidad? —Watson hizo un gesto negativo con la cabeza—. Por supuesto que no; cuando has evitado que te capturen durante tanto tiempo como él, quieres soltarlo a gritos desde la azotea de un edificio. Nosotros ya no podemos hacerle nada, y él consigue pasar a los libros de historia.

Porter sabía que el chaval tenía razón.

—¿Y qué supone eso para Emory?

La sala quedó en silencio. Nadie tenía una respuesta.

## TABLÓN DE PRUEBAS

### Víctimas

1. Calli Tremell, 20 años, 15 de marzo de 2009
2. Elle Borton, 23 años, 2 de abril de 2010
3. Missy Lumax, 18 años, 24 de junio de 2011
4. Susan Devoro, 26 años, 3 de mayo de 2012
5. Barbara McInley, 17 años, 18 de abril de 2013 (única rubia)
6. Allison Crammer, 19 años, 9 de noviembre de 2013
7. Jodi Blumington, 22 años, 13 de mayo de 2014

Emory Connors, 15 años, 3 de noviembre de 2014  
Salió a correr a las 18:03 de ayer

TYLER MATHERS  
Novio de Emory

ARTHUR TALBOT  
¿Negocios?

N. BURROW  
¿Criada? ¿Niñera?

## **OBJETOS HALLADOS EN EL CM**

Zapatos caros: John Lobb/1.500 \$ el par; son del 45: el sujeto desconocido calza un 43

Traje barato

Fedora

75 centavos en distintas monedas (dos de 25, dos de 10 y una de 5)

Reloj de bolsillo

Recibo de la tintorería (resguardo 54873); Kloz – filtrar los establecimientos

Cáncer de estómago terminal – medicación: octreótido, trastuzumab, oxicodona, lorazepam

Tatuaje, cara interna muñeca derecha, reciente – ¿Un ocho? ¿Infinito?

### **Información que necesitamos**

- ¿Estaba Emory matriculada en un instituto? Si es así, ¿en cuál?
- Relación entre Emory y Tyler
- Reconstrucción facial

### **Asignación de tareas**

- Clair: parque de A. Montgomery Ward, comprobar los centros de tratamiento contra el cáncer
- Nash y Porter van a ver a Tyler
- Kloz: investigar el resguardo de la tintorería, conseguir la grabación de la cámara de seguridad – ¿Se le ve la cara?
- Watson: ver a su tío por el reloj. Antecedentes relacionados con la madre de Emory

## Diario

Padre llegó puntual del trabajo a las 17:43. Su Porsche negro ascendió agazapado por la entrada como un felino salvaje que acechara a su presa vespertina con el motor en un ronroneo de emoción. Se bajó con brío del asiento del conductor y dejó el maletín sobre el coche.

—¿Cómo te va, campeón?

La capota debió de ir bajada en algún momento, porque llevaba el pelo desarreglado. Padre siempre lucía un perfecto peinado hacia atrás, nunca iba despeinado. Se pasó la mano por la espesa melena, y todo volvió a estar bien.

Miré nervioso hacia nuestra casa. Habían pasado las horas, pero el señor Carter no había salido de allí. La señora Carter también había desaparecido, aunque eso lo agradecí. Quedarse llorando en el porche de tu casa es algo impropio de una dama, incluso de una tan hermosa como la señora Carter.

—Tengo hambre —dijo padre—. ¿Y tú, tienes hambre? Seguro que tu madre tiene todo un banquete esperándonos ahí dentro. ¿Qué te parece si entramos y nos hacemos con algo de comer? ¿Qué tal estaría eso?

Me despeinó con una de sus fornidas manos. Intenté quitármelo de encima, y él lo volvió a hacer, pero esta vez añadió una pequeña carcajada.

—Vamos, campeón.

Con el maletín en una mano y la otra sobre mi hombro, me condujo hacia la casa.

Me daba vueltas el estómago, y pensé que iba a devolver, pero se me

pasó aquella sensación. Intenté caminar despacio, frenarlo, aunque de poco sirvieron mis esfuerzos. Tiraba de mí con él.

Subimos por los escalones de la puerta de atrás y la empujamos para entrar en la cocina. Sentí una mirada en la nuca. Me volví un instante y vi a la señora Carter en una ventana, de pie, observándonos. Se sujetaba algo contra un lado de la cara. Parecía una bolsa de guisantes congelados.

Madre se encontraba ante el fregadero de la cocina, secando los platos. Cuando entramos, esbozó una cálida sonrisa y le dio a padre un besito en la mejilla.

—¿Qué tal te ha ido el día, cielo?

Padre le devolvió el beso y dejó el maletín sobre la encimera.

—Bah, lo mismo de siempre... Hay algo que huele fenomenal. ¿Qué es? —Inspiró con fuerza y se acercó a la cacerola grande que había en el fogón.

Madre lo rodeó con el brazo.

—¡Pues he hecho estofado de ternera, tu preferido! ¿Qué otra cosa podría ser?

Mi mirada se disparaba como loca. Primero por la cocina, después el salón, el pasillo. Estaban abiertas las puertas de ambos dormitorios y del salón. No había ni rastro del señor Carter. Sabía que no se había marchado. De eso estaba seguro. Habría tenido que pasar por delante de mí. Habría tenido que...

—Bueno, pues huele delicioso —canturreó padre—. ¿Por qué no pones la mesa, campeón? Yo voy a ponerme un vasito de algo rico con hielo.

Madre me sonrió.

—Cuencos de sopa, y el resto completo, cariño. ¿Los rojos bonitos, quizá?

Imagino que tenía los ojos como platos, pero no parecía que madre se percatase. Empezó a silbar, se puso los guantes del horno y llevó a la mesa la cacerola con el estofado.

Me quedé petrificado por un instante, con la mirada fija en ella, y acto seguido me dirigí hacia el cajón de la cubertería y saqué tres cucharas soperas. A pesar de haber crecido muchísimo aquel año, aún no llegaba al armario que contenía los cuencos. Teníamos una escalera pequeña en la cocina para aquellas ocasiones. Me subí, cogí tres y me dirigí a poner la mesa.

Padre regresó con su bebida, tomó asiento y se embutió una servilleta

en la camisa.

—Bueno, ¿y qué has hecho hoy, colega? —me preguntó.

Me volví para mirar a madre. Estaba ocupada cortando una barra de pan.

El señor Carter no estaba en la cocina, ni en los dormitorios, ni en el salón. Padre lo habría visto. No se había marchado. Yo sabía que no.

—Por aquí. No mucho —respondí.

Madre colocó el pan en la mesa y se sentó. Cogió un cucharón entero de estofado y me llenó el cuenco hasta el borde.

—¡Raciones grandes para todos! —Sonrió de oreja a oreja.

Yo no apartaba la mirada del estofado.

Padre sonrió a madre.

—¿Y tú? ¿Qué tal tu día?

Madre se llenó el cuenco con una ración igual que la mía.

—Ah, todo ha estado muy tranquilo por aquí. No hay mucho que merezca la pena contar.

Yo no apartaba la mirada del estofado.

Madre no habría... No podría. ¿No?

Al ir a coger la cuchara, se me revolvió el estómago. Me sentí como si estuviese a punto de echar hasta la primera papilla. Intenté no inhalar el olor de la ternera que ascendía desde el cuenco, las especias y los aromas. La verdad es que el estofado olía maravillosamente, y aquel pensamiento hizo que el vómito ascendiera un poco más hacia la puerta de salida.

Vi cómo padre cogía una cucharada entera, se la metía en la boca y masticaba encantado. Madre nos miraba a los dos mientras se tomaba otra cucharada, con mucha más delicadeza que padre. La vi sonreír y, a continuación, limpiarse la comisura de los labios con la servilleta.

—¿Te gusta? —preguntó—. He probado una receta nueva.

Estaba horrorizado.

Padre asintió feliz.

—Es posible que este sea el mejor estofado que hayas hecho nunca. Eres todo un genio culinario, querida.

—¿Me puedo levantar? —dije, con el estómago revuelto.

Padre y madre se volvieron hacia mí mientras masticaban al pobre señor...

Se oyó un quejido sonoro procedente del sótano.

Padre y yo nos volvimos hacia el sonido. Madre no. Continuó comiendo, con la mirada fija en su cuenco.

—¿Que ha sido...?

Se oyó otra vez, inconfundible ahora: un hombre se quejaba en el piso de abajo.

Padre se puso en pie.

—Viene del sótano.

—Cielo, deberías terminarte la cena —dijo madre.

Padre caminó despacio hacia la puerta que conducía al sótano.

—¿Qué está pasando? ¿Quién es ese?

—Se te va a enfriar el estofado, y frío no hay quien se lo coma.

Me levanté y me coloqué detrás de padre cuando alargó la mano hacia el picaporte y giró el latón desgastado.

No me gustaba nada bajar al sótano. La escalera era empinada y crujía bajo el menor peso. Las paredes estaban húmedas y mugrientas. En el techo había más arañas que en todo el bosque de detrás de nuestra casa. Allí solo había una cosa: una simple bombilla que colgaba en el centro de la habitación. Siempre me daba miedo que se fuera a fundir conmigo allí abajo. Si sucediera, no habría escapatoria. Me quedaría allí atrapado para siempre, con las arañas, que caerían sobre mí de una en una.

El sótano estaba habitado por monstruos.

Padre abrió la puerta y pulsó el interruptor de la luz. La bombilla cobró vida con un resplandor amarillento en la base de la larga escalera.

Otro quejido. Este más fuerte, más apremiante.

—Quédate aquí, campeón.

Lo rodeé con los brazos y le dije que no con la cabeza.

—No baje ahí, padre.

Se quitó mis brazos de encima.

—Quédate aquí arriba con tu madre.

Madre continuaba sentada a la mesa de la cena, tarareando para sí una cancioncilla con la boca cerrada. Creo que era una de Ritchie Valens.

Padre comenzó a bajar la escalera.

Había llegado a la mitad antes de que me decidiese a ir detrás de él.

20

Clair

Día 1 – 13:17

Clair se encontró de pie ante una escultura grande de acero inoxidable en el parque de A. Montgomery Ward. Según la placa, se llamaba «Anillo conmemorativo a ras de suelo». Ya lo había visto unas cuantas veces a lo lejos, al cruzar la calle Erie con el coche, pero ahora, desde tan cerca, no le quedaba más remedio que reconocer que no tenía ni puta idea de lo que se suponía que era aquel montón de metal. Para Clair, era como si Godzilla se hubiera zampado todo el acero inoxidable del inventario de una tienda de electrodomésticos antes de cagarlo en aquel parque tan impoluto.

Se protegió los ojos del sol y estudió los alrededores.

El parque no era muy grande, pero entendía el atractivo, en particular para una corredora como Emory. Un camino recorría el perímetro y bordeaba la orilla oeste del río. Localizó un parque de juegos con columpios a su izquierda y una zona grande vallada a su derecha. Dentro, no menos de diez perros corrían con sus dueños persiguiendo pelotas, Frisbees y a algún que otro niño pequeño.

Contó a doce personas allí dentro con los perros. En la otra punta del parque, seis adultos estaban repartidos por la zona de juegos en diversas poses de vigilancia infantil. Clair lanzó mentalmente una moneda al aire, decidió que había salido cara y echó a andar hacia los columpios.

Al acercarse, las diferentes madres y los dos hombres la miraron con cautela.

—¡Eh, hola! —dijo Clair con su tono más encantador.

No lo bastante encantador: los dos hombres pusieron una sonrisa forzada mientras lanzaban miradas nerviosas al resto del grupo. Tres de las madres cogieron a sus hijos de la mano. Una, incluso, escondió a su hija detrás de ella. Estaba claro que hacía falta un crío para que te invitaran a aquella fiesta privada: los adultos desconocidos que se paseaban a solas por el parque no eran bien recibidos. Clair estaba empezando a replantearse su decisión. Aquella gente tenía pinta de morder mucho más que los

perros del otro extremo del parque. Mostró su identificación.

—Soy la detective Norton, de la Metropolitana de Chicago. Voy a necesitar su colaboración.

Detrás de ella se detuvieron entre chirridos tres coches patrulla y una furgoneta del Laboratorio de Criminalística, con las luces encendidas pero sin hacer sonar las sirenas. De ellos se bajó en tromba una docena de agentes. Se abrió la puerta de atrás de la furgoneta, y tres técnicos se unieron al grupo.

Una mujer vestida con unos pantalones negros de *sport* y un jersey gris sacó a su hija de un columpio y se acercó.

—¿Qué está pasando?

Clair sabía que si mencionaba al CM, aquel grupo agarraría a sus hijos y desaparecería por las ajetreadas calles del mediodía antes de que a ella le diese tiempo de hacer una sola pregunta. *Ser imprecisa no es mentir, se dijo. Se me da bien ser imprecisa.*

—Creemos que una chica desapareció ayer de este parque. Si nos pueden dedicar unos minutos, nos gustaría hacerles algunas preguntas.

No pasó un suspiro cuando todos se pusieron a hablar a la vez: primero entre ellos y después con Clair. Era incapaz de entender una sola palabra. Tres de los niños se echaron a llorar sin más razón que el simple hecho de que se los oyese más que a los adultos. Clair levantó las manos por encima de la cabeza.

—¡Necesito que todos guarden silencio, por favor!

Un cuarto niño empezó a chillar. En la otra punta del parque ladró un perro, seguido de otro, y de otros dos más a continuación. En cuestión de segundos, habían fundido sus voces en un caos de ruido ensordecedor.

—¡Basta! —gritó en el típico tono que se reservaba para los novios justo antes de poner fin a la relación y mandarlos a tomar viento.

Los adultos guardaron silencio, y los niños siguieron rápidamente su ejemplo, todos menos uno recordete que se encontraba cerca del balancín. Continuó llorando con unos sollozos enormes y pesados, con la cara roja y cubierta de una mezcla de mocos y lágrimas.

La mujer del jersey gris cogió a su hija y la hizo subir y bajar con delicadeza entre sus brazos.

—¿Se la llevaron de aquí? Hacemos todo lo que podemos para vigilar a los niños, como grupo. Este es un buen barrio, pero una ya nunca sabe con quién trata, hay mucho pirado por ahí. —Hizo una pausa de un segundo y se quedó boquiabierta—. Dios mío, ¿se han llevado a la niña de los Anderson? No he visto hoy a Julie ni a su madre. Es una pequeña tan dulce. Espero que no le...

Clair levantó la mano.

—No es una niña.

Un murmullo de alivio recorrió el grupo entre susurros. La mujer del jersey gris lanzó a los demás una mirada en plan «yo me encargo de esto» y volvió a dirigirse a

Clair.

—¿A quién, entonces?

Al parecer, aquella era la jefa de las madres, porque el grupo cedió ante ella. Hasta el llanto de los críos parecía empezar a decaer.

Clair cargó en la pantalla del móvil la foto que había recibido de Kloz y se la mostró a la mujer.

—Se llama Emory Connors. Tiene quince años. Creemos que vino ayer al parque hacia las seis de la tarde y fue secuestrada. ¿La reconoce?

La mujer alargó la mano hacia el teléfono.

—¿Puedo?

Clair asintió y se lo entregó.

La frente se le arrugó al fijarse bien en la pantalla. Entrecerró los ojos y se volvió hacia el grupo.

—¿Martin?

Los dos hombres se encontraban en la parte de atrás del grupo. El de la derecha, que vestía unos pantalones caqui y una camisa de color celeste, se subió las gruesas gafas por el puente de la nariz y se acercó. La mujer le entregó el teléfono.

—Es ella, ¿verdad?

Afirmó con la cabeza.

—Dios mío, ya te dije que algo iba mal. Teníamos que haber llamado a la policía.

Clair recuperó el teléfono y se lo enganchó con un clip en el cinturón. Acto seguido se sacó del bolsillo de atrás un cuadernillo de notas y un bolígrafo.

—¿Martin? ¿Cómo se apellida, Martin?

—Ortner. Martin R. Ortner. —Empezó a deletrearlo, pero ella le hizo un gesto con la mano y le dio a entender que no era necesario.

—¿Y usted? —preguntó, volviendo a dirigir la mirada a la mujer.

—Tina Delaine —dijo ella—. La mayoría de nosotros viene por aquí un par de veces a la semana. Sin embargo, en esta época del año intento salir a diario. Ya sabe, mientras siga haciendo bueno. Es mejor que estos críos quemem aquí todas las energías, en vez de hacerlo en casa.

Clair tomó nota de los niños. Aparte de unos pocos que no se separaban de sus madres, se arremolinaban alrededor de los columpios. Todos menos el crío del balancín, que estaba ocupado limpiándose los mocos de la cara con el jersey. ¿Dónde estarían sus padres? Se dio la vuelta hacia Tina Delaine.

—¿Qué es lo que vieron?

Tina tomó la voz cantante.

—Esa chica corre por aquí casi todos los días. Ayer, cuando dobló aquel recodo, la perdí de vista entre los árboles. Suele aparecer por el otro lado unos segundos después, pero ayer no lo hizo. Se lo dije a Martin, y decidimos ir a ver si le había pasado algo. Íbamos por la mitad del camino hasta allí cuando salió un hombre de entre los árboles, con ella en brazos. Nos dijo que la había visto torcerse un tobillo e

irse al suelo, y que se había dado un golpe en la cabeza al caerse. Nos dijo que la conocía, y que se la llevaba al hospital, que eso sería más rápido que llamar a una ambulancia. Antes de que pudiésemos responderle, se marchó corriendo, la metió en el asiento del acompañante de su coche y salió pitando.

—¿Y no llamaron ustedes a la policía? —le preguntó Clair con el ceño fruncido.

—Es que nos dijo que la conocía —respondió Martin con voz débil.

—¿Qué tipo de coche conducía?

Tina frunció los labios.

—Un Toyota blanco.

Martin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El coche no era blanco. Era *beige*.

—No, tenía un Toyota blanco. Estoy segura.

—Seguro que no era blanco. Era *beige*, o quizá plateado. Y no conducía un Toyota. Yo creo que era un Ford, un Focus o un Fiesta.

—¿Dónde estaba aparcado?

Martin señaló hacia una pequeña hilera de aparcamientos al final de la calle Erie.

—Ahí mismo, justo debajo de esa farola.

Clair miró hacia allá. No vio ninguna cámara de seguridad.

—Vale, todos ustedes, quédense aquí un minuto. Voy a enviar a uno de los agentes para que les tome declaración.

—¿Nos van a hacer eso del dibujante? —preguntó Tina—. ¡Siempre he querido hacer eso!

—¿Y una rueda de reconocimiento? —intervino Martin.

—Por favor, limítense a esperar aquí —les dijo Clair antes de darse la vuelta y salir con paso airado hacia el grupo de agentes de policía.

El teniente Belkin la reconoció y le hizo un gesto para que se aproximara.

—Tengo agentes preguntando arriba y abajo por Erie y por Kingsbury. ¿Qué historia es esta?

Clair le hizo un gesto inclinando la cabeza hacia la brigada de madres.

—Esos dos que ves ahí delante dicen que la ven corriendo por el parque con regularidad. Ayer, la chica siguió el camino que se mete detrás de esos árboles, desapareció durante demasiado rato y luego un tío la sacó en brazos. Tal vez estuviese inconsciente. Les dijo que la chica se había caído y se había hecho daño en la cabeza, que se la llevaba al hospital. Les dijo que la conocía.

Belkin se quitó la gorra y se pasó la mano por el cabello rubio que ya le clareaba.

—Jesús, ¿y se la llevó así como así? ¿Se fijaron bien en él?

—Le vieron meterla en un Toyota o en un Ford blanco, *beige* o tal vez plateado —dijo Clair—. Si tienen tan mala memoria con el vehículo vas a necesitar mucha suerte para sacarles una descripción física. Yo solo he hablado con los dos de delante. También tenemos que preguntar a toda esa gente del parque de los perros. Tráete a alguien para acá y asegúrate de que nadie intente escabullirse.

Belkin señaló a dos de los agentes que estaban agrupados delante de la furgoneta del Laboratorio de Criminalística y le dio instrucciones a su equipo.

Clair se lo agradeció con un gesto de asentimiento y se apartó para llamar a Porter e informarle. No era mucho, pero algo sí era.

## Diario

Padre ya estaba prácticamente en el sótano cuando reuní el valor para seguirle. Frunció el ceño, y sus ojos me dijeron en un principio que me fuese a la cocina, pero después los puso en blanco, al percatarse de que no pensaba hacer tal cosa.

Se oyó otro quejido —este más apremiante que los demás— cuando padre llegó al pie de la escalera. Se quedó paralizado nada más bajar el último peldaño.

—Cielo santo. ¿Madre? ¿Qué has hecho?

Una planta más arriba, más que tararear, madre cantaba ahora entre el tintineo de los platos. ¿Se estaba sirviendo una segunda ración de estofado? No respondió a padre, aunque estaba seguro de que ella lo había oído con la misma claridad con que yo la oía a ella.

Descendí los últimos peldaños y seguí la mirada de padre hacia el fardo de hombre que estaba acurrucado en el rincón. Estaba esposado a una tubería gruesa de agua. Por la comisura de los labios le asomaba un trapo, bajo dos tiras largas de cinta adhesiva que le daban toda la vuelta a la cabeza.

Eso le va a arrancar el pelo al final, cuando se lo quite, pensé. De cuajo, del cuero cabelludo, con raíz y todo.

En los ojos del señor Carter había una mirada suplicante. Tenía la camisa abierta de un desgarrón, y a buen seguro que los botones se habrían perdido entre las pelusas de polvo y la mugre que cubría el suelo. Tenía el pecho plagado de cortes alargados, algunos de los cuales arrancaban a la altura del hombro y lo recorrían entero hasta el ombligo. Uno de ellos parecía llegar mucho más abajo, e intenté no pensar en él.

Me dolía solo de hacerlo.

La sangre oscurecía los jirones de la camisa y de los pantalones. Formaba tal charco debajo de él que se olía en el aire el dulzón aroma del cobre. Ambos ojos estaban magullados, camino del negro, y tenía la nariz rota, sin duda.

Padre, de pie, lo miró fijamente.

—Esta no es nuestra forma de tratar a los vecinos. Parece estar metido en un buen lío.

Intenté responder, pero tenía la garganta tan seca que solo me salió un gruñidito.

El señor Carter nos miraba a los dos con los ojos muy abiertos, con débiles gimoteos bajo la mordaza. Las lágrimas le manchaban las mejillas y el cuello de la camisa.

Madre bajó con estruendo las escaleras a nuestra espalda. Fulminó al señor Carter con una mirada de desprecio y acaloramiento que abrasó la estancia.

—Ese, ese... «hombre», y lo digo en el más vago sentido posible del término, ha pegado hoy a su guapísima esposa, y después le ha parecido apropiado venir y pasear por aquí sus vergüenzas viriles mientras me decía cómo me iba a dar lo que él consideraba mi merecido. Bueno, pues yo no he creído que me mereciese nada, y tampoco tenía la intención de aguantar el trato que le ha dado a la pobrecita Lisa. Bien sabe Dios que ella jamás haría nada que hiciese daño a nadie, ni siquiera a esta penosa parodia de hombre.

Padre se quedó reflexionando un instante.

—¿Así que le has pegado y lo has encadenado en nuestro sótano?

—Ah, no le he pegado. Le he empujado por las escaleras, lo he encadenado a la tubería del agua, y después me he aplicado en la tarea de expulsarle el diablo a golpe de tajo. No ha sido un trabajo limpio que digamos, y después de tres horas me temo que apenas he hecho mella en él. Sin embargo, me ha entrado apetito y he pensado que podría seguir después de tomarnos la cena, que, por cierto, se nos está enfriando mientras hablamos aquí abajo.

Padre asintió despacio. Se acercó entonces al señor Carter y se arrodilló a su lado.

—¿Es cierto eso, Simon? ¿Has pegado a tu mujer? ¿Has venido aquí, a mi casa, y has amenazado a la mujer que amo? ¿A la madre de ese precioso niño de ahí? ¿Has hecho todo eso, Simon?

El señor Carter lo negó de forma violenta con la cabeza, con una mirada que iba saltando de padre a madre y viceversa.

Madre sacó un cuchillo largo de detrás de la espalda y cargó contra el hombre.

—¡Mentiroso! —chilló.

Le hundió el cuchillo en la grasa del abdomen, y el hombre gritó a través de la mordaza. La cara se le puso roja al principio, después palideció, y ella retiró el cuchillo.

Curiosamente, fue poca la sangre que manó de la herida. Me fascinó poder ver ahora más allá de la piel pálida, hasta la grasa amarillenta y el músculo oscuro de debajo. El corte se abría y se cerraba con cada respiración, como si inhalase por su propia cuenta. Me acerqué un paso más para verlo mejor.

Madre volvió a levantar el cuchillo.

Si padre hubiese querido detenerla, no tengo la menor duda de que habría podido hacerlo. No obstante, no lo hizo. La observó con calma desde el lugar donde estaba agachado junto al señor Carter.

Madre le clavó al hombre el cuchillo en el muslo con tal fuerza que la punta chocó contra el suelo de cemento después de atravesarle la pierna. El hombre soltó otro alarido y empezó a llorar de nuevo. Qué curioso me pareció aquello. Un hombre hecho y derecho nunca debería llorar. Eso me dijo padre.

Madre retorció el cuchillo hasta darle casi una vuelta entera y, a continuación, lo sacó de golpe. Esta vez sí hubo sangre. Un montón de sangre. Empezó a formarse otro charco debajo de la pierna, que le temblaba.

No pude evitar una sonrisa. No me caía bien el señor Carter. No me gustaba un pelo. Y después de lo que le había hecho a la señora Carter estaba bien ver cómo se llevaba su merecido. A las mujeres hay que amarlas y respetarlas, siempre. Así aprendería.

## 22

Porter

Día 1 – 13:38

El instituto Whatney Vale consistía en un edificio achaparrado de tres plantas, de acero y cristal, situado justo al norte de la Universidad de Illinois, en Chicago. Whatney era uno de los institutos más solicitados de la ciudad, por lo general entre los cinco mejores del Estado de Illinois. Uno de los vigilantes de seguridad condujo a Porter y a Nash por los pasillos hasta las oficinas centrales y les pidió que esperasen allí mientras él localizaba al director. Menos de un minuto después entró un hombre bajo y calvo. Iba toqueteando un iPad.

—Buenos días, caballeros. Soy el director Kolby. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Porter estrechó la mano del hombre y le mostró la placa.

—Tenemos que hablar con uno de sus alumnos, Tyler Mathers. ¿Ha venido hoy a clase?

Kolby miró nervioso a las dos mujeres que se encontraban detrás del mostrador principal y observaban con atención a aquellos hombres. Había un grupo de sillas a lo largo de la pared ocupado por tres alumnos que no les quitaban ojo.

—¿Por qué no pasamos a mi despacho? —Sonrió y les hizo un gesto hacia una pequeña habitación a la izquierda.

Después de entrar y tomar asiento detrás de su mesa, Kolby les preguntó:

—¿Tyler? ¿Se ha metido en algún problema?

Porter y Nash se acomodaron en las dos sillas frente al director. Eran pequeñas y bajas, pegadas al suelo, incómodas. Porter se sintió al instante como si hubiera hecho algo malo, transportado a su propia adolescencia. Tenía las palmas de las manos sudorosas. Pese a que era más bajo que él, por lo menos diez centímetros, el director Kolby le miraba desde arriba, desde su sillón grande de cuero. Había un aire autoritario en su mirada que hizo que Porter se sintiese como si estuviera a punto de ser castigado. Se sacudió aquella sensación y se inclinó hacia delante.

—En absoluto. Solo tenemos que hablar con él sobre su novia.

Kolby frunció el ceño.

—¿Novia? No sabía que la tuviera.

Nash cargó una foto en su móvil y lo deslizó sobre la mesa.

—Se llama Emory Connors. ¿Es alumna del centro?

Kolby cogió el móvil y estudió la foto un momento antes de teclear el nombre en su ordenador y revisar los resultados.

—No, no lo es. —Le devolvió el móvil a Nash y presionó un botón en su mesa—. ¿Señora Caldwell? ¿Podría localizar a Tyler Mathers y pedirle que se presente en mi despacho?

—Sí, señor —respondió una voz incorpórea.

Porter miró a Nash. Jamás estaba tan callado. Tenía las manos perfectamente cruzadas sobre el regazo, y no miraba al director a los ojos. Porter no quería ni imaginarse qué tipo de problemas habría creado su compañero en su época estudiantil; debía de formar parte del mobiliario del despacho del director. Kolby también lo detectó, pero, en lugar de decir nada, sonrió con aire petulante y se puso a trastear en el iPad.

—Parece que está en clase de cálculo, en la tercera planta. Tardará unos minutos. ¿Puedo ofrecerles algo de beber, caballeros?

Porter hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, señor —respondió Nash—. No, gracias.

Cinco minutos después llamaron a la puerta, y un chico de unos dieciséis años pasó al interior. Miró a los dos detectives e hizo un gesto de asentimiento hacia Kolby.

—¿Ha preguntado por mí, señor?

Kolby se levantó.

—Pasa, Tyler, y cierra la puerta. Estos dos caballeros son de la Metropolitana de Chicago. Les gustaría hablar contigo un momento.

A Tyler se le pusieron los ojos como platos. Sin duda, su cerebro repasaba a toda velocidad todo cuanto había hecho recientemente, tratando de averiguar cuál de sus actos había traído a la policía de visita.

Porter puso su sonrisa más tranquilizadora.

—Relájate, hijo..., no has hecho nada. Solo tenemos que hablar contigo sobre Emory.

Parecía desconcertado.

—¿Em? ¿Está bien?

Porter se volvió hacia Kolby.

—¿Tendría usted la amabilidad de dejarnos unos minutos para que hablemos con él, señor Mathers?

Kolby le dijo que no con la cabeza.

—Lo siento, pero es menor. Me temo que, sin uno de sus progenitores presente,

tendré que permanecer en la habitación.

—Está bien —respondió Porter. Se levantó, salió de aquella silla minúscula y se apoyó en el borde de la mesa, impidiendo que Kolby viese al alumno. Nash hizo lo mismo. Detrás de ellos, Kolby carraspeó, pero no dijo nada.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Emory?

Tyler movió inquieto los pies.

—El sábado, creo. Fuimos al cine y cenamos en el centro. ¿Está bien? Me están poniendo nervioso.

Porter miró a Nash.

—Creemos que ha sido secuestrada.

El chico se quedó lívido.

—Pero ¿quién..., por qué?

—Creemos que se la llevaron ayer del parque de A. Montgomery Ward, mientras corría. Está como a un kilómetro y medio...

Tyler asintió.

—Sé dónde está. Siempre va a correr allí. Dios, ya le dije que no fuera sola, pero nunca me escucha. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se las secó con la manga—. Es guapísima, y se pone esa ropa tan ajustada para correr. Siempre le digo que eso no es seguro. Esta ciudad está llena de pirados, ¿saben? Oh, Dios mío. He estado mandándole mensajes sin parar, y no me los ha respondido. Eso no es normal en ella. Suelo recibir uno suyo un minuto después, o dos como mucho. Pero no ha dado señales desde ayer. Pensaba ir a su casa nada más salir de clase.

—¿A qué instituto va ella?

—A ninguno. A ver, tiene clases, pero en su casa. Profesores particulares, sobre todo —dijo Tyler.

—La mujer que vive con ella ¿es su profesora particular?

Tyler asintió.

—La señora Burrow.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—No lo sé, lo siento. Es muy reservada cuando voy por allí. No es que hable mucho con ella.

—¿Se te ocurre algún lugar donde podríamos encontrarla?

Tyler volvió a decirles que no con la cabeza.

—¿Creen que está bien? No me puedo creer que alguien haya hecho esto.

Detrás de ellos, Kolby se movió inquieto. Porter casi se había olvidado de que estaba en la habitación.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar? —preguntó Tyler.

Porter sacó una tarjeta del bolsillo de atrás y se la entregó.

—Si te enteras de algo, llámame.

—¿Ya han intentado ustedes localizar su móvil? Porque pueden hacer eso, ¿verdad?

—Su móvil está fuera de cobertura desde ayer —le dijo Nash—. Lo más probable es que lo hayan inutilizado.

—¿Los dos?

## Diario

Recién duchado, con el pelo húmedo y oliendo a polvos de talco para bebé, salí pavoneándome de mi cuarto para volver a la cocina. Menudo apetito se me había abierto, y el estofado de ternera olía maravillosamente bien. Me dejé caer en mi silla, ante la mesa, y me metí en la boca una cucharada detrás de otra, obligándome a recordar que tenía que masticarlas. Se me había metido en la cabeza la canción de Ritchie Valens que madre estaba cantando antes, y me sorprendí tarareándola mientras comía. Siempre tuve un excelente sentido del ritmo, incluso a tan temprana edad.

Padre y madre continuaban en el sótano. Sus risas ascendían por los escalones y resonaban al llegar arriba. Cómo se estaban divirtiendo. Yo perdí el interés cuando el señor Carter se dobló por tercera y definitiva vez. Creo que fue el corazón lo que le falló. Había perdido un montón de sangre, eso desde luego, pero no lo suficiente para matarlo. Por lo general, el cuerpo humano puede perder el cuarenta por ciento de su volumen total antes de venirse abajo. Una persona del tamaño del señor Carter tendría fácilmente unos cuatro o cinco litros. Dudo mucho que hubiese perdido más de un litro, o litro y medio en total. En ocasiones puede resultar difícil saberlo, pero cuando se encharca en el cemento como lo hizo en el sótano, es fácil medirlo.

No, no fue la pérdida de sangre: el miedo acabó con él.

Yo miraba desde las escaleras cuando padre le sacó los ojos con un «pop». No creo que el señor Carter se diese cuenta siquiera, pero entonces padre le puso al hombre sus propios ojos en la mano para que se los guardase. Los agarró con demasiada fuerza. Padre se echó a reír

con aquello, mientras madre le seguía haciendo cortes. Eran pequeños al principio, solo unos pocos eran profundos. Así de irritante era mi madre: le cortaba un par de centímetros en el hombro, lo justo para atraer su atención, y después le hundía bien profundo el cuchillo y lo retorció (le encantaba retorcer el cuchillo). Sin los ojos, el señor Carter no sabía dónde ni cuándo recibiría el siguiente corte. Imagino que aquel suspense hizo que el corazón se pusiera a bombear a base de bien. Cuando el señor Carter empezó a entrar en estado de *shock*, padre me envió arriba a buscar las sales para oler. Nadie quería que se nos fuese a desmayar en el momento más emocionante. ¿Qué diversión habría en ello? Pasado un rato, sin embargo, poco fue lo que pudimos hacer para mantenerlo consciente. El *shock*, que suele estropearlo todo.

Al final, cogió aire con fuerza. El cuerpo se le contrajo en un espasmo y se le quedó rígido. Después cayó inerte contra el cemento. Creo que se lo volvió a hacer encima, pero estaba hecho ya tal desastre que no pude saberlo con seguridad. Este lo había comenzado madre, de manera que yo sabía que padre le haría limpiarlo. Esa era la regla. A padre le encantaban sus propias reglas.

Otra ronda de carcajadas desde abajo. ¿Qué podrían estar haciendo ahí todavía?

Alargué el brazo en busca de otra ración de estofado cuando oí que llamaban a la puerta mosquitera de la cocina. Me di la vuelta y vi a la señora Carter de pie al otro lado. Tenía ambos ojos de un horrendo tono violáceo. Una magulladura grande le cubría también la mejilla izquierda. Se acunaba la muñeca izquierda con la otra mano.

—¿Está aquí mi marido? —dijo con voz débil.

Cogí la servilleta y me limpié la comisura de los labios. No había motivo, en realidad; no es que fuera descuidado al comer, sino que necesitaba un momento para pensar.

—No ha venido a casa. Hace ya horas.

Su voz era grave, ronca. Había pasado mucho tiempo llorando. Tan solo me pregunté por qué querría ella que su marido volviese a casa. Menuda la que le había hecho. ¿De verdad quería dejarle volver como si nada hubiera sucedido?

Me levanté de la mesa y me dirigí a la puerta. Me fijé en el cerrojo: no estaba echado. En ningún momento me planteé invitarla a pasar, pero eso tampoco significaba que ella no fuera a entrar por su propia iniciativa. No era una extraña en nuestra casa. Solía llamar un par de

veces en el marco y pasar directamente. ¿Por qué no? Sin embargo, esta vez no lo hizo. Se quedó en los escalones de atrás, tambaleándose. Me miraba, allí de pie, con unos ojos maltrechos, morados, que tenían verdaderas ganas de cerrarse, poco más que dos ranuras.

—Deje que le pregunte a madre. ¿Me da usted un minuto? —le dije con mi voz de adulto como si nada pasara, aquella voz que llevaba implícita una absoluta naturalidad y confianza, esa que decía: «Puede usted confiar en mí. ¡Estoy aquí para ayudarla en todo lo que pueda, amable señora!».

Ella asintió, un acto que debió de dolerle, porque se le torció el gesto en una leve mueca con el movimiento.

Le ofrecí una sonrisa antes de bajar dando saltitos por las escaleras hasta el sótano.

## 24

Porter

Día 1 – 15:03

Se encontraron a Kloz acurrucado ante su terminal en el extremo más alejado del departamento de informática. Su mesa era un caos de manuales, papeles sueltos, envoltorios de comida rápida y una importante colección de objetos de Batman. Nash alargó la mano hacia una réplica del Batmóvil, pero se llevó un golpe con una regla antes de poder cogerlo.

—Yo no juego con tus Barbies cuando voy a tu casa. No toques mis cosas. — Kloz le fulminó con la mirada.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó Porter.

—La segunda línea es un callejón sin salida —dijo Kloz—, pero mirad esto.

Señaló el monitor central del conjunto de cinco que tenía montado. La imagen de un autobús municipal aparecía congelada en el margen derecho de la pantalla. Próximo al lado izquierdo, un grupo de gente esperaba de pie en la esquina para cruzar la calle.

Porter se inclinó para acercarse.

—¿Tú lo ves ahí?

Kloz señaló un pequeño espacio en la pantalla, entre un hombre corpulento de traje oscuro y una mujer que empujaba un cochecito de bebé.

—¿Veis eso? Es la punta de su sombrero.

Nash entornó los ojos.

—Yo no lo distingo.

—Voy a pasar el vídeo hacia delante.

Kloz pulsó varias teclas, y la imagen avanzó. La mujer se inclinó hacia delante y susurró algo al bebé que llevaba en el carrito. Por un instante se pudo ver al hombre detrás de ella. Llevaba el sombrero calado en un ángulo muy leve que le protegía la cara de la cámara, pero era él, sin duda.

—¿Puedes acercarte más? —preguntó Porter.

Kloz hizo girar un pequeño controlador que tenía junto al ratón, y la imagen se amplió.

—La imagen se granula demasiado cuando me acerco. Aunque tampoco importa: está el sombrero de por medio. Mirad esto.

Volvió a pulsar el botón de reproducción, y la escena avanzó a cámara lenta. Porter observó cómo el autobús se arrastraba por la pantalla a una mínima fracción de la velocidad normal del vehículo y se acercaba al cruce centímetro a centímetro. Un semáforo se puso en verde en la esquina superior derecha de la pantalla.

—El conductor no mentía. El semáforo estaba en verde cuando él se aproximó.

Kloz tocó la pantalla con el bolígrafo.

—No perdáis de vista a nuestro hombre.

Al aproximarse el autobús, el hombre del sombrero se situó delante de los demás. Con la cara oculta por el ala, miró calle abajo, después a la calzada. En un movimiento rápido, se impulsó desde el bordillo y se lanzó a la vía. Los pies no llegaron a tocar el suelo: el hombro se encontró con la calandra del autobús, y el impacto lo despidió hacia delante. Aun a cámara lenta, todo sucedió muy rápido. Fue como si su cuerpo se fundiese con el morro del autobús. Acto seguido se despegó, salió volando por los aires y desapareció de la pantalla.

—Joder —masculló Nash.

El autobús siguió avanzando, y la gente se quedó en la esquina con cara de incredulidad.

—Los de uniforme han hablado con toda esa gente, y ninguno se acuerda del tío —les dijo Kloz—. La mayoría iban inmersos en sus móviles, caminando con el piloto automático. Nadie ha sido capaz de darnos una descripción. Sería lógico pensar que un individuo con un sombrero de ala ancha llamaría la atención.

—Está claro que se ha tirado él. Eso es seguro —dijo Nash—. Nunca tuvo la intención de llegar hasta el buzón. Suicidio por transporte público.

—He pasado la grabación un centenar de veces, a diferentes velocidades y ampliaciones. No hay una sola toma clara de su rostro —dijo Kloz—. Si queréis que os diga lo que pienso, actuó para la cámara. El atuendo estrafalario lo hace destacar, y aun así se puso el sombrero en el ángulo preciso para que obstaculizase una buena toma. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, y creo que quería que le viésemos a él, pero no la cara, de ahí el atuendo.

—Así que el CM sabe que se está muriendo y, en vez de dejar que la naturaleza siga su curso, atrapa a su última víctima, se pone su mejor traje y monta una especie de escenario para asegurarse de pasar a la posteridad, ¿no? —reflexionó Porter en voz alta—. Espera que encontremos la oreja y lo relacionemos; y deja el diario porque explica su historia en detalle y a su manera, especifica sus orígenes. Escribió su propio relato para que los libros de historia lo muestren bien. Siempre ha sido meticuloso. ¿Por qué dejar algo tan importante en manos de los reporteros y los

colgados de internet? Nada de esto es tan casual como parecía al principio. Estoy casi seguro de que nada de esto ha sido fruto del azar. Para mí, eso significa que todo lo demás que llevaba encima, el reloj, el recibo de la tintorería, incluso la calderilla, todo podría ser intencionado.

Nash frunció el ceño.

—Sam, me parece que estás yendo demasiado lejos.

—Un traje barato, un sombrero de ala ancha, los zapatos que no son de su número..., no creo que dejase nada de eso al azar. Sigue jugando con nosotros, en una especie de juego, contando una historia. Todo esto encaja. No sé muy bien cómo, pero todo esto significa algo.

—O podrían ser las mierdas que por casualidad llevaba encima cuando se dio de morros contra el autobús.

Porter soltó un suspiro.

—Lo único que digo es que no todo tiene por qué ser una conspiración —dijo Nash.

—Este tío se ha tirado años actuando sin dejar una sola pista. Y, ahora, todo esto. Aquí hay algo. —Sonó el teléfono de Porter. Lo sacó del bolsillo y cogió la llamada. Asintió mientras hablaba la persona que le había llamado. Al colgar, cogió sus llaves de la mesa de Kloz—. Era Murray, desde Flair Tower. Han echado el guante a Burrow cuando subía por el ascensor de servicio.

## Diario

Me encontré a padre y a madre rodando por el suelo ensangrentado, con los brazos y piernas entrelazados en un abrazo. Aullaban como unos escolares en el clímax del recreo. Me llevé el dedo a los labios y les chisté para que guardaran silencio.

—¿Qué hay, campeón? —dijo padre, que se detuvo lo suficiente para quitarse de la cara un largo mechón de pelo de madre que le dejó un rastro carmesí y, quizá, un poco de tejido adiposo. Era difícil saberlo; estaba hecha un desastre.

—La señora Carter está arriba, en la puerta de atrás —expuse en voz baja—. Está buscando al señor Carter. Le ha visto entrar antes con madre. Yo la he visto a ella desde el jardín.

Costaba interpretar el rostro de padre, siempre fue así. Se volvió hacia madre.

—¿Es eso cierto? ¿Lo ha visto?

Madre se encogió de hombros.

—Es posible, supongo. Su marido se ha comportado de un modo completamente irracional, violento, incluso. Yo me he limitado a defenderme. Lisa lo entenderá. Es una mujer muy comprensiva.

La mirada de padre recorrió el sótano, contemplando la escena. El señor Carter yacía en un montón de sangre, encadenado aún a la tubería, con el cuerpo mucho más destrozado que cuando yo me había cansado y regresado arriba. Habían seguido después de que muriese, haciéndole tajos y cortes. Lo que quedaba no era un hombre ya. Era un montón de carne, el juguete del que se ha cansado un depredador.

—Está arriba —insistí—. Ahora mismo.

Madre suspiró.

—Pues no estamos en condiciones de recibir visitas.

Padre se carcajeó con aquello.

—A lo mejor deberíamos pedirle que se pase más tarde, ¿no?

—Creo que el pestillo de la puerta de atrás no está echado. Podría entrar —dije—. Podría estar dentro ahora mismo.

Padre se soltó de madre y se levantó.

—Eso sería de lo más desafortunado.

No me quedó más remedio que estar de acuerdo.

—¿Crees que podrás librarte de ella? —me preguntó padre.

—N... no sé —tartamudeé.

—Pero si ya eres mayorcito, campeón, casi el hombre de la casa. Eres más listo que ella, no tengo ninguna duda al respecto. Resuélvelo, busca algún modo.

La señora Carter no podía ver a padre y a madre, no de aquella manera. Y ellos jamás podrían escabullirse de ella. La puerta del sótano se veía directamente desde la puerta de atrás.

Una parte de mí esperaba que hubiese entrado en la casa, que estuviera en los escalones ahora mismo, escuchando. Pensé en ella en el lago; pensé en cómo sería tenerla a ella encadenada en el sótano.

—¿Qué me dices, campeón? ¿Crees que podrás arreglártelas con ella?

Asentí.

—Sí, señor.

## 26

### Emory

#### Día 1 – 15:34

Emory estaba acurrucada en un rincón debajo de la camilla, presionándose con una mano el oído, y con la otra oreja contra la pared. Sin embargo, no era capaz de bloquear el paso de aquella música. Estaba demasiado alta, más que cualquier equipo estéreo que hubiese escuchado nunca. La primavera pasada había ido al concierto de los Imagine Dragons, en el Allstate Arena, con Kirstie Donaldson, y les tocó a apenas un metro del escenario, justo delante de la torre más grande de amplificadores que jamás habían visto. Eran tan potentes que el sonido les soplaban el pelo de encima de los hombros, hacia atrás, lo cual les sirvió para hacerse unos selfis espectaculares.

Esto sonaba mucho más alto. No solo más alto, sino que la música rebotaba en las paredes. Reverberaba. El ritmo le sacudía los huesos.

Cuando comenzó a sonar aquello —le parecía que hacía horas—, chilló con todas sus fuerzas, pero la música tapaba su voz, que se perdía detrás de Pink Floyd, después Janis Joplin, seguidos de una docena de grupos que reconoció, pero cuyo nombre ignoraba. Gritó de todas formas, con la ira, el odio y el temor que ardían dentro de su ser y necesitaban una válvula de escape. Chilló hasta que se le quedó la garganta en carne viva y estuvo segura de haberse quedado sin voz, pudiese oírla ella o no. Vociferó hasta que la lengua se le quedó como el papel de lija y una migraña le empezó a punzar detrás de los ojos.

Emory trató de hundir la cabeza entre las rodillas, y eso le sirvió de ayuda durante un rato, pero ya le ardía el hombro derecho a causa del ángulo tan incómodo. Tiró de las esposas por pura frustración, pero solo se le clavaron más en la muñeca. Tenía ganas de llorar, pero se había quedado sin lágrimas hacía horas.

Qué frío tenía.

En contacto con su cuerpo desnudo, toda superficie le parecía húmeda y gélida.

—¿Mamá? —A pesar de haber dicho aquella palabra en voz alta, no la oyó.

Desapareció tras la sintonía de la serie *CSI*, la canción de los Who. O de los A-mí-qué-c...—. ¿Sigues ahí, mamá?

Levantó la cabeza de entre las rodillas y miró hacia arriba. La música llegaba de algún lugar muy por encima de ella. En el transcurso de las horas, la vista se le había adaptado ligeramente a la oscuridad, y, aunque seguía siendo absoluta, ahora podía distinguir algunas formas sutiles. Percibía su mano, por encima de ella, esposada a la barandilla, e incluso un poco de la propia barandilla. Trató de deslizar las esposas de un lado al otro con la esperanza de que acabaran saliendo por el extremo, pero tras girar en un recodo hicieron un sonido metálico al chocar contra otra barra, que la atravesaba e impedía que fueran más allá. Entonces...

Algo le pasó junto al pie correteando, y Emory chilló a la vez que recogía las piernas de golpe.

¿Qué había sido eso? ¿Una cucaracha?

No. Era demasiado grande para ser una cucaracha. Tal vez un ratón, o una...

Por favor, que no fuera una rata. Odiaba las ratas. A veces las veía asomar por las alcantarillas. Los ojitos brillantes y unos dientes amarillos y afilados que castañeteaban de hambre mientras salían correteando hacia los contenedores de los callejones en busca de comida. Se comían lo que fuera. Alguna vez había oído que habían atacado a un sin techo en hordas, o en manada, solo que se le daba otro nombre. Había oído la expresión; le salió en un examen de ciencias. Una colonia. Eso era. A una población de ratas se le llamaba «colonia». Por aquel entonces ya le pareció un nombre ridículo, y más se lo parecía ahora, pero ahí estaba. Lo único peor que una rata era que hubiese más de una rata. Una colonia.

—¿Mamá?

Algo le rozó el muslo, pegó un bote y se golpeó la cabeza contra la camilla. Por favor, no, ratas no. Podían ver en la oscuridad, y muy bien, probablemente. Se imaginó a la criaturilla peluda, allí, en el rincón, mirándola con aquella boca minúscula llena de babas y enfermedades.

*No quiero ponerme en plan cenizo, pero tengo que preguntarlo. ¿Qué suele comer una rata que está encerrada en un cofre de cemento con una chica desnuda?*

Emory soltó un gruñido, y por un segundo se oyó. Entonces arrancó un solo de guitarra que achicharró el rastro de cualquier otro sonido. Se ayudó de manos y pies para subirse a la camilla.

*Sé que las ratas no tienen manías a la hora de comer. Suelen agradecer cualquier alimento que se les ofrezca. Aun así, me imagino que una chica joven y tierna será el plato estrella del menú, ¿no te parece? Serás como la carne de Kobe en comparación con un correoso viejo sin techo.*

Emory observó la oscuridad a su alrededor. La sentía allí abajo, mirándola, pero no podía verla.

*Me pregunto si saben trepar.*

La camilla chirrió cuando Emory arrastró el culo hasta el centro.

*Si son muchas, seguro que son capaces de formar una pirámide y llegar hasta arriba. Esos bichos tienen muchos recursos. Me han contado que a veces muerden a su víctima en la mejilla para obligarle a abrir los ojos y así poder sacárselos. Echan el cebo y luego dan el cambiazo. Qué perversas son. Unos bichitos perversos, llenos de maldad.*

—No es una rata —se dijo Emory—. ¿Cómo iba a entrar aquí una rata?

*Ah, esa es la cuestión; aunque si a ti te ha metido aquí, quizá haya metido también una rata, o dos, o tres. Al fin y al cabo, ese tío se dedica a cortar trozos del cuerpo y a enviárselos por correo a las familias; su entretenimiento preferido es cuando menos discutible. Tal vez le falte un hervor.*

El corazón de Emory palpitaba con fuerza: un rítmico «pum, pum, pum» que le martilleaba la oreja herida.

Esta vez sí que vio a la rata cuando pasó correteando, aunque solo fuera un segundo antes de que aquel roedor pequeño y rechoncho desapareciese en la penumbra.

## Diario

Subí los peldaños a paso de tortuga mientras me devanaba los sesos tratando de idear una historia creíble. ¿Cómo evitar, así, sin más, que la señora Carter entrase en casa o, peor..., que bajase al sótano?

Me la encontré sentada a la mesa de la cocina. Había estado llorando de nuevo. Se dio unos toquecitos en los ojos con una servilleta húmeda mientras pellizcaba una rebanada de pan.

Al llegar a lo alto de la escalera, cerré la puerta a mi espalda. El marco solía hincharse durante los meses de verano, y tuve que dar un buen tirón del picaporte para que se cerrase bien.

Atravesé la cocina y me senté a la mesa con los ojos clavados en el estofado frío.

—Tenemos un problema con el calentador de agua, y madre está abajo ayudando a padre a tratar de arreglarlo.

Pronuncié aquellas palabras en voz baja, tanto que apenas pude oírlas. No era la mentira más creativa del mundo, pero tendría que valer. Alcé la mirada hacia ella, hacia su rostro cansado.

La señora Carter me correspondió. Las magulladuras se habían oscurecido más en cuestión de minutos; la hinchazón había empeorado. ¿Cómo podía un hombre hacerle tal cosa a alguien a quien quería? La rodilla de la señora Carter rebotaba bajo la mesa. Al hablar, su voz fue débil y distante.

—Está muerto, verdad.

Fue más una afirmación que una pregunta, llana, sin el menor rastro de emotividad.

—Están enfrascados con el calentador de agua. Arreglar ese trasto

viejo puede ser un verdadero fastidio —afirmé.

Hizo otro gesto negativo con la cabeza y suspiró.

—Puedes decirme la verdad. No pasa nada.

Padre me había pedido que me las arreglara con ella. Quería que lo resolviese. Si se lo contaba, ¿la matarían también a ella? Y si tuviera que morir, ¿sería entonces culpa mía?

No obstante, la mujer tenía que saberlo. Tenía todo el derecho a saberlo. Si no se lo contaba, ¿qué haría ella? ¿Irse a casa y llamar a la policía? Peor aún, ¿decirles que el señor Carter había venido aquí y que no había regresado a casa? Tenía que contárselo.

—Ha intentado hacer daño a madre. Ella se ha defendido. Nadie la culparía por hacer eso.

La señora Carter volvió a suspirar. Apretó la mano en torno a la servilleta arrugada que tenía en la palma.

—No, supongo que no.

—Debería acompañarla a casa —le dije.

La señora Carter se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—¿Y qué... qué han hecho con...? Oh, Dios mío, ¿de verdad está muerto?

Surgieron más lágrimas. Años después reflexionaría sobre esto. Era como si a las mujeres no se les acabaran nunca. Con qué facilidad y con qué fuerza se les saltaban ante un estímulo emocional. A los hombres, sin embargo, no. Los hombres rara vez lloraban, y no por emotividad, en cualquier caso. A ellos, era el dolor lo que les hacía llorar como magdalenas, el dolor les abría a tope la espita. Las mujeres eran perfectamente capaces de arreglárselas con el dolor, pero no con las emociones. Los hombres se las arreglaban con las emociones, pero no con el dolor. Las diferencias eran sutiles a veces, pero ahí estaban.

Yo jamás lloraba. Dudaba de que fuese capaz siquiera.

Me levanté de la silla y le ofrecí la mano a la señora Carter.

—Vamos. Déjeme llevarla a casa.

## 28

### Porter

#### Día 1 – 16:17

El agente Thomas Murray recibió a Porter y Nash en la puerta principal del apartamento de Emory con un café en una mano y un sándwich de jamón en la otra. Murray tenía mayonesa en la comisura de los labios y un pegote que le caía lentamente por la camisa del uniforme. Porter pensó en advertirle sobre la salsa errante, pero decidió dejarlo. Sentía curiosidad por ver cuánto tardaría en terminar de deslizarse por la pechera de la camisa y caer al suelo. Nash también lo captó, pero no dijo nada. Ambos cruzaron una mirada de complicidad.

—¿Poniéndote cómodo? —le preguntó Porter al entrar.

Murray dio un mordisco al sándwich y se limpió la boca con la manga.

—Mejor que tirarte ocho horas encerrado en un coche patrulla —masculló mientras masticaba. Hizo un gesto con la cabeza hacia atrás para señalar el salón—. Ese sofá de ahí tiene vibromasaje o algo así. Te sientas ahí y los cojines te masajean. No sé cómo, pero la televisión sabe que estás delante: se enciende cuando entras en la habitación. No es que me haya sentado estando de servicio, en cualquier caso no más de un minuto o dos. Ah, y abajo tienen un restaurante y un *delicatessen*. De ahí he sacado esto. Podría ser el mejor sándwich que he tomado nunca. —Le dio otro mordisco, y un trozo de jamón cayó del pan y le aterrizó en el zapato.

—¿Dónde está la mujer, Tom? —preguntó Porter, a quien se le estaba acabando la paciencia.

Murray señaló el pasillo y casi tira el café.

—Está en su habitación, la puerta de la izquierda, no la de la derecha. Su nombre de pila es Nancy, por cierto. Nancy Burrow. Vaya pronto que tiene la tía.

Porter lo apartó y avanzó por el pasillo. Murray fue tras él.

Cuando Nash pasó por delante le dijo:

—Yo quiero uno de esos.

Murray frunció el ceño.

—¿El sándwich o el café?

—El sofá —respondió Nash.

—Ah, yo también. —Murray dio otro mordisco y soltó un juramento cuando la mayonesa terminó su excursión y aterrizó en el suelo de parqué con un contundente *paf*.

La puerta del dormitorio estaba cerrada. Porter llamó con suavidad.

—¿Señora Burrow? Soy el detective Sam Porter, de la Metropolitana de Chicago. ¿Puedo pasar?

—Está abierto, detective —respondió desde el otro lado la voz de una mujer. Tenía un ligero acento australiano que le recordó el de Nicole Kidman.

Porter giró el picaporte y abrió la puerta.

Vale. Una Nicole Kidman muy grande. De ciento quince kilos por lo menos, tal vez más.

Nancy Burrow estaba sentada ante la mesa del rincón, con un libro sobre su relleno regazo. Frunció el ceño cuando entró Porter.

—Ese neandertal de ahí fuera me ha encerrado en mi habitación mientras saqueaba la cocina y Dios sabe qué más. Puede tener usted la completa certeza de que presentaré una queja ante su supervisor, por no mencionar al señor Talbot. No va a tolerar esto, se lo aseguro. Alguien ha tenido el valor, incluso, de registrar mi ropa, mis objetos personales. ¿Qué les da derecho a hacer semejante cosa?

Porter le ofreció su mejor sonrisa en plan «venimos en son de paz».

—Mis disculpas, señora Burrow. Todos estamos intentando hacer cuanto podemos para encontrar a Emory. El señor Talbot nos ha dado permiso para entrar en el inmueble. No había nadie aquí y nos hemos puesto a buscar cualquier cosa que nos pudiera ayudar a localizar a su querida hija. Si hemos revuelto sus objetos personales, en el fondo ha sido con la mejor intención.

Entornó los ojos.

—¿Y esperaban encontrar una pista en el cajón de mi ropa interior?

Porter no tenía respuesta para eso. Miró a Nash, que se limitó a encogerse de hombros. Decidió pasar por alto aquella pregunta.

—¿Qué le parece si nos cuenta dónde ha estado?

—He ido de compras.

—Traía cosas del supermercado cuando ha vuelto —dijo Murray desde la puerta—, pero se me escapa cómo puede alguien pasarse siete horas en el súper.

La mujer soltó un profundo suspiro.

—Si quieren saberlo, hoy es mi día libre. He ido a la peluquería y he hecho algunos recados más. ¿Desde cuándo es un delito salir de tu apartamento?

Porter cambió el peso del cuerpo a la otra pierna.

—¿Cuándo ha sido la última vez que ha visto a Emory, señora Burrow?

—Se marchó a correr ayer por la tarde, hacia las seis. A y cuarto, como muy tarde

—dijo—. Tenía pinta de ir a llover, pero quiso ir de todas formas.

—¿Y no se preocupó usted al ver que no volvía?

Burrow negó con la cabeza.

—Di por sentado que se habría ido a casa de su novio. Han estado pasando mucho tiempo juntos últimamente.

—¿En qué momento se dio cuenta de que algo iba mal?

Su mirada se dirigió al libro que tenía entre las manos.

—No estoy segura de haberme dado cuenta. Como le he dicho, a veces se va a casa de su novio.

—Tiene quince años —dijo Nash—. ¿A las ocho? ¿Las nueve? ¿Las diez? ¿A qué hora tiene que estar en casa? Tengo una hija de la misma edad, y no la dejaría salir a correr de noche por la ciudad de ninguna de las maneras, y menos con un chico.

—Yo no soy su madre, detective.

Porter hizo un gesto hacia las fotografías de su mesilla de noche.

—Usted ha desempeñado un importante papel en su educación. Resulta obvio que la chica le importa.

Burrow estudió las fotografías y se volvió hacia los detectives.

—He hecho cuanto estaba en mi mano para estar ahí cuando me necesitaba, y seré la primera en reconocer que, con el paso de los años, nos hemos unido bastante, pero su padre ha dejado bien claro que solo soy un miembro de su personal, nada más, alguien a quien podría sustituir con facilidad llegado el caso de que sobrepasara determinadas líneas. Dejando a un lado mis sentimientos hacia Emory, disfruto con este trabajo, y no albergo el menor deseo de ver cómo me quedo sin él.

—¿Y cuál es exactamente su trabajo, señora Burrow? —le preguntó Nash.

—Fundamentalmente, soy la institutriz de Emory. Estoy con ella desde que falleció su madre. Superviso sus estudios y también al personal de servicio.

—¿Como la señora Doubtfire?

La mujer frunció el ceño.

—¿Quién?

Porter empujó a Nash para que se hiciese a un lado.

—Olvídelo. ¿Emory no va al instituto? —preguntó Porter.

La mujer dejó escapar otro suspiro prolongado.

—El sistema educativo de su país deja mucho que desear, detective. El señor Talbot quería que Emory recibiese la mejor educación posible, y ese nivel solo se puede alcanzar de manera individualizada. Me gradué en Oxford con las mejores notas de mi clase, y pasé también tres años en el Centro de Investigaciones para la Familia de Cambridge. He creado un entorno donde el intelecto de Emory pueda florecer en lugar de verse frenado por la incompetencia de su profesorado y de los compañeros que encontraría en un instituto local. A los seis años ya leía a un nivel de quinto curso; sus conocimientos matemáticos a los doce años superaban los niveles de sus institutos. El año que viene estará preparada para marcharse a la universidad,

dos años antes que la mayoría de los alumnos en este país.

Afirmó aquellos datos como si los estuviera leyendo de su propio currículo, advirtió Porter. Lo más probable era que hubiese defendido la modalidad de la enseñanza en casa en más de una ocasión.

—¿Quién le impone disciplina? ¿Quién le dice que no beba alcohol? ¿Quién investiga a sus novios? ¿Y cómo es que tiene novio a los quince años? —preguntó Nash.

La señora Burrow puso los ojos en blanco.

—Si le inculca a una niña los valores correctos a una edad temprana, se encontrará con que su madurez supera con creces la de la mayoría. Una niña así se merece la confianza.

—Así que si quiere correr por la ciudad a cualquier hora de la noche, no pasa nada si uno mira para otro lado, ¿no? —gruñó Nash.

—Ya es suficiente, Nash —le dijo Porter.

—Lo siento, pero a mí me parece que si esa chica tuviera en su vida la figura de unos padres, no saldría a correr por ahí cuando está a punto de anochecer. ¿Por qué no había nadie controlándola un poco mejor?

Burrow frunció el ceño.

—Emory es una chica especial. Es inteligente, y tiene recursos, mucho más que yo a su edad, muchísimo más que la mayoría. Mientras lleve sus estudios al día, no hay razón para contrariarla.

Nash estaba rojo de ira.

—¿Contrariarla? Pero ¿quién coño está al mando aquí?

Burrow ya había tenido suficiente.

—Detective Nash, en última instancia, yo trabajo para el señor Talbot. Mis deberes terminan en las calificaciones de esa chica. Si él quisiera que yo desempeñase algún tipo de papel parental, estaría más que dispuesta a hacerlo, pero no era eso lo que él quería cuando me contrató, ni tampoco es un papel del que él desee que me encargue ahora. Si tiene usted alguna pregunta o preocupación respecto a la educación que ha recibido Emory, o sobre su entorno, le sugiero que se dirija directamente al señor Talbot. No espere que me quede aquí sentada mientras se me reprende por unas circunstancias que escapan a mi control. Estoy hablando con ustedes de manera voluntaria, y usted me está dando pocos motivos para continuar.

Nash estaba a punto de abrir la boca y contestar cuando Porter le tocó en el hombro.

—¿Por qué no te vas a dar un paseo y te desahogas un poco? Yo terminaré con esto.

Nash les lanzó a ambos una mirada de frustración y salió airado del cuarto.

—Mis disculpas, señora Barrow. Eso ha sido poco profesional y completamente injustificado.

La mujer se frotó la barbilla.

—Comprendo sus preocupaciones, pero sin conocer al señor Talbot o a Emory...

Porter levantó la mano.

—No hace falta ninguna explicación.

—Me preocupo por ella, de verdad que lo hago. Me duele pensar que pueda estar pasándolo mal.

—¿Cuándo ha sabido que la habían secuestrado? —preguntó Porter.

—El señor Talbot se ha puesto en contacto conmigo hace una hora —respondió ella—. Estaba alterado, prácticamente histérico. Me ha contado que estaba jugando al golf con su abogado cuando se han presentado dos detectives que le buscaban para darle la noticia. —Hizo una pausa—. Como es mi día libre, tenía el móvil apagado. De lo contrario, estoy segura de que me habría enterado antes. He venido aquí directamente después de recibir la noticia. —Respiró hondo—. De haberlo sabido antes...

Porter le puso la mano en el hombro.

—Está bien, señora Burrow. Ya está usted aquí.

La mujer asintió y forzó una sonrisa.

—¿Cómo es la relación de la chica con su padre? Burrow suspiró.

—¿Sabe usted? Hasta esta mañana, la única emoción que ese hombre había expresado era la ira. Suele ser muy distante, cauto, en especial con Emory. Rara vez viene a visitarla. Me pide que le redacte informes sobre la evolución semanal de sus estudios. Así es como se mantiene informado sobre ella, siempre en la distancia. Comprendo que sea necesaria cierta discreción, pero sigue siendo su padre. Sería lógico pensar que querría implicarse más.

—Pero sí hablan por teléfono, ¿verdad?

La mujer se encogió de hombros.

—Hablan, pero sus conversaciones no suenan como las de un padre con su hija. Esa chica tiene un benefactor, nada más, y es muy consciente de ello. Ella le teme y desea complacerle, pero no hay mucho amor ahí. Por eso me ha sorprendido tanto la reacción de él.

Se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Si me hubiera preguntado hace una semana, le habría dicho que, en lugar de soltar una lágrima, era más probable que ese hombre sonriese al enterarse de la noticia del secuestro de la chica. El hecho de tener una hija ilegítima pendiendo sobre su cabeza durante todos estos años es un problema que no se arregla necesariamente a base de dinero, y eso le corroe. No le entusiasma nada que no pueda controlar. Puede llegar a ser un hombre frío, muy frío.

—¿Cree usted que podría estar implicado?

Burrow se lo pensó un instante, y entonces se incorporó.

—No. Ese hombre es un malnacido sin corazón, pero no creo que esté dispuesto a hacer daño a alguien de su propia sangre, o a ninguna otra persona, para el caso. Si quisiera quitarla de en medio, habría hecho algo hace muchos años. A esa chica no le

falta de nada. Él se asegura de que tenga lo mejor que el mundo pueda ofrecer.

—¿A cambio de silencio? —preguntó Porter.

—A cambio de colaboración —respondió ella—. Jamás le he oído pedirle que mantuviese su relación en secreto. Hay entendimiento entre ellos dos, así de sencillo.

En la puerta, Murray mordió una patata frita. Porter le puso mala cara, y el agente levantó las manos para darse por vencido y abandonó la habitación. El detective volvió a mirar a la señora Burrow.

—¿Ha visto algo raro en los días o semanas anteriores a su secuestro de ayer? ¿Le mencionó ella algo? ¿Alguien que la siguiese, o alguna llamada extraña por teléfono? ¿Algo que se saliera de lo normal?

Burrow negó con la cabeza.

—No recuerdo nada.

—¿Ella se lo contaría?

—Al contrario de lo que su compañero pueda creer, Emory y yo estábamos, quiero decir estamos, unidas. Ha confiado en otras cuestiones. Si algo la tuviese preocupada, creo que lo habría mencionado.

—¿Otras cuestiones?

Se ruborizó.

—Cosas de chicas, detective. Nada digno de mención.

—Es bastante probable que el hombre que se la llevó la estuviera observando durante un tiempo. ¿Hay alguien nuevo en su vida? ¿Ha visto en el edificio últimamente a alguien a quien no reconociese? ¿O, quizá, a alguien a quien haya visto por aquí y lo haya vuelto a ver en algún otro sitio, como en el supermercado, hoy?

—¿Cree que la ha seguido?

Porter se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Puedo decirle que es extremadamente cuidadoso. No deja nada al azar. No creo que llevársela del parque fuese una decisión que tomara al vuelo. Lo más probable es que la tuviera controlada, que averiguase sus hábitos, que supiera con antelación dónde y cuándo era probable que estuviese la chica. Es muy posible que también la siguiera a usted.

La mujer bajó la mirada a las manos, negándolo con la cabeza.

—No recuerdo a nadie así. Este edificio es extremadamente seguro. ¿Cree que podría haber entrado?

—Ya se ha colado en edificios mucho más seguros que este. Si hubiera tenido un motivo para entrar aquí, creo que habría encontrado la manera.

La señora Burrow frunció los labios.

—El libro.

Porter arrugó las cejas.

—¿Qué libro?

Burrow se levantó, apartó a Porter para salir por la puerta y casi se da de bruces

con Murray en el pasillo. Al perseguirla con rapidez, Porter no pudo evitar maravillarse ante su velocidad. Era una mujer bastante grande, al fin y al cabo. Se la encontró de pie ante la mesa del rinconcito. Sostenía el libro de cálculo que ya habían visto antes.

—Lo vi hace tres días y le pregunté a Emory por él. Terminó cálculo hace dos años. Me pareció extraño que comprase un libro sobre esta materia, y en especial uno tan trillado como este. Sus estudios superaron con creces cualquier cosa que le pueda ofrecer este texto. Me dijo que no lo había comprado, que no sabía de dónde había salido.

Porter observó el libro con una mirada cautelosa.

—Por favor, señora Burrow, deje el libro en la mesa.

## Diario

La puerta mosquitera de la parte de atrás de la casa de los Carter se había quedado abierta. El viento era dueño de ella ahora, y la hacía dar golpetazos contra el marco de pintura blanca desconchada. Llevé la mano al picaporte y la mantuve quieta para la señora Carter. Pasó por delante de mí y entró en la cocina oscura. No había dicho una palabra en todo el camino de vuelta. Ninguno de los dos había dicho nada. De no haber sido por el sonido de sus sorbeteos, ni me habría enterado de que la llevaba detrás.

Cerré la puerta y eché el pestillo. En el exterior, el viento aullaba en señal de protesta.

La señora Carter apoyó con fuerza las manos sobre la encimera y agachó la cabeza mirando al fregadero. Tenía los ojos vidriosos, la mirada perdida en sus pensamientos. Localicé una botella de *bourbon* en la mesa de la cocina, con un vaso estampado con un Snoopy y un Emilio descoloridos y gastados tras años de lavarlos. Me acerqué y serví algo más de dos centímetros. Dos dedos, que habría dicho padre.

—¿No eres un poco pequeño para eso? —dijo la señora Carter. Se había dado la vuelta y me miraba ahora.

Le tendí el vaso.

—Es para usted.

—Ah, no podría.

—Creo que debería.

Padre nunca rehusaba un trago después de una larga jornada en el trabajo. Yo sabía que un cóctel o dos lo ayudaban a relajarse. Y si alguien necesitaba relajarse, esa era la señora Carter.

Vaciló, mirando de reojo el líquido de color marrón, y entonces cogió el vaso y se lo llevó a los labios hinchados. Se bebió el *bourbon* de un solo y rápido trago antes de dejar el vaso con fuerza contra la encimera. Le tembló todo el cuerpo y dejó escapar un suspiro ahogado.

—Madre mía.

No pude evitar una sonrisa. Estábamos compartiendo un instante muy de adultos: un par de colegas de bar que se tomaban unos tragos en la cocina. Me entraban ganas de darle un tiento, pero me dije que no era la ocasión. Tenía que andarme con mucho ojo. La noche estaba lejos de haber terminado.

—¿Le apetece otro? —le pregunté.

Al verla asentir, serví otro vaso y le añadí otro dedo, más o menos.

Este lo mató aún más rápido que el primero, sin el tembleque y con una leve sonrisa. Luego se sentó a la mesa.

—Simon era un buen hombre la mayoría de las veces. No pretendía hacerme daño, en realidad. Es..., era... toda esa presión, nada más. No se merecía...

Me senté a su lado.

En clase podía tardar una hora entera en hacer acopio del valor para pedirle un lápiz prestado a una chica. La señora Carter, sin embargo, tenía algo que me tranquilizaba. No había ni rastro del habitual retortijón que me daba en el estómago, o de la fiebre que se me subía a la nuca. Alcé la mano y le rocé las magulladuras de la mejilla. Se habían oscurecido de manera considerable en los últimos veinte minutos.

—Le habría hecho más daño, quizá hasta la habría matado.

Ella lo negó con la cabeza.

—No mi Simon. Él no era así.

—Desde luego que lo era. Fíjese en lo que le ha hecho a usted.

—Yo me lo merecía.

Vi mentalmente en un fogonazo la imagen de la señora Carter con madre. ¿Sabía que yo lo había presenciado?

—Nada que hubiera podido hacer usted merecía una paliza como la que él le ha propinado. Un hombre jamás debería ponerle la mano encima a una mujer. No un hombre de verdad.

Contuvo una risa burlona.

—¿Eso te lo ha enseñado tu padre?

Asentí.

—A las mujeres hay que amarlas y respetarlas. Son un don que nos

ha sido otorgado.

Padre también me dijo que eran débiles e incapaces de defenderse de una agresión, ya fuera física o verbal, pero esa parte la omití.

—Tu padre es un encanto de hombre.

—Sí.

La señora Carter alargó la mano hasta el *bourbon*, se rellenó el vaso y empujó la botella para que se deslizase hasta mí.

—¿Por qué no lo pruebas? ¿Alguna vez has bebido alcohol?

Negué con la cabeza. Era mentira. Mi padre me preparó un martini en mi último cumpleaños. Madre se sirvió una copa de su tinto favorito, y brindamos para celebrarlo. Escupí la mayor parte sobre la mesa, y el resto me quemó de tal manera en la garganta que no me atreví a terminármelo. Madre se echó a reír, y padre me dio unas palmaditas en la espalda.

«A esto se le va cogiendo el gusto poco a poco, campeón. Algún día te encantará. ¡Aunque me temo que ese día no es hoy! —Entonces se rio él también—. A lo mejor tú eres más de cerveza», bromeó.

La señora Carter le dio otro empujoncito a la botella.

—Venga, no tengas miedo, que no muerde. No me obligarás a beber sola, ¿no? Con lo grosero que sería eso.

Su voz había perdido el tono cortante de los momentos previos. No arrastraba aún las palabras, pero hasta un chaval con una experiencia tan reducida como la mía podía notar que ya iba camino de ello.

Resuélvelo, campeón.

Agarré la botella y le quité el tapón. «Evan Williams Kentucky Bourbon», decía la etiqueta negra. La luz sobre la mesa hacía que aquel licor pardo refulgiese como el caramelo líquido. Me llevé la botella a los labios y di un pequeño sorbo. Quemaba, pero no tanto como aquel martini. Quizá ya estuviese preparado en esta ocasión, o tal vez hubiera desarrollado algún tipo de tolerancia. No estaba... mal. No habría sido mi primera elección como bebida, pero tampoco diría que estaba malo. Es más, me entonó un poco, noté un calorcillo que me crecía en el estómago. Di otro sorbo, este algo mayor que el primero.

La señora Carter se echó a reír.

—¡Mira tú por dónde! Como un profesional. Si te doy un puro y una buena gorra de repartidor de periódicos, estarías más que listo para la noche de póquer con los chicos.

Sonreí y le volví a ofrecer la botella.

—¿Quiere un poco más?

—Pero bueno, ¿es que pretendes emborracharme?

—No, señora. He pensado solo que...

—Dame eso —dijo al extender la mano hacia la botella. Esta vez no se molestó en usar el vaso. Bebió directamente de la botella, como había hecho yo. El cuerpo se le estremeció de nuevo al dejarla otra vez sobre la mesa.

—A nadie le amarga un dulce, pero el licor entra mejor —afirmé.

Ella se rio.

—¿Dónde has oído eso?

—Padre lo dijo una vez. Se emborrachó bastante aquella noche.

—Este padre tuyo tiene pinta de ser un hombre muy interesante.

Pensé en tomar otro trago. El primero me había hecho sentir calidez, tranquilidad. Y la tranquilidad era buena. Hice un gesto con la barbilla hacia la botella, y la señora Carter me la volvió a dar. Se le puso una sonrisa de oreja a oreja y se echó a reír.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

Me hizo un gesto con una mano, y su risa se convirtió en una carcajada. Sentí que se me ponía una sonrisa en los labios, y no pude evitar reírme con ella, aunque no captase la broma.

—¡Cuéntemelo! —le dije—. ¡Me lo tiene que contar!

La señora Carter puso las palmas de las manos sobre la mesa y arrugó con fuerza los labios. Y entonces dijo:

—Estaba pensando que, como te envíe a casa borracho, tus padres me van a matar.

La miré fijamente un instante, mis ojos clavados en los suyos. Entonces rompimos los dos a rugir de risa, de esa que hace que se te salten las lágrimas y te duela la tripa.

Cogió la botella y le dio otro trago.

—Este era el preferido de Simon, pero el *bourbon* siempre le volvía muy mezquino. A ti no te vuelve mezquino, ¿verdad que no?

Lo negué con la cabeza.

—A mí tampoco me vuelve mezquina. ¿Y entonces por qué le volvía a él tan mezquino? ¿Por qué tenía que enfadarse tanto y hacerme daño siempre que tocaba esta botella? ¿Por qué no podía ser igual que ahora, entre nosotros? Divertido. Cielo santo, de verdad está muerto. Mi Simon se ha ido para siempre. De verdad lo han matado, ¿verdad que sí?

Tal vez mi segundo trago fuese una mala idea. Ahora tenía sentadas

delante de mí a dos señoras Carter. Si entrecerraba los ojos lo justo, se volvían a fundir en una, pero enseguida volvía a haber dos. Me tapé un ojo, después el otro, de nuevo el primero.

La señora Carter se quedó callada y, de repente, se puso a hablar en voz baja.

—Ya sé que me viste el otro día, junto al lago.

Sentí un río de adrenalina, y las dos señoras Carter se convirtieron en una sola y así se quedaron.

—Usted... ¿Lo sabe?

Asintió muy despacio.

—Ajá.

Me ruboricé. Bajé la mirada, que aterrizó en la mesa, sobre el *bourbon*. Extendí el brazo hacia la botella, pero antes de poder alcanzarla la señora Carter me cogió la mano. Estaba temblando.

—Creo que quería que lo viesen. Te vi salir hacia allá con tu caña de pescar. Sabía que estarías allí.

—Pero ¿por qué...?

—A veces, una mujer quiere sentirse deseada, eso es todo. —Dio otro trago—. ¿Crees que soy guapa?

Asentí. Era una de las mujeres más guapas que había visto en mi vida. Y era una mujer, no como las chicas de clase, que acababan de dejar los sujetadores de prepúberes y las fiestas de princesas y que se pasaban notas mientras se les caía la baba por el último y grandioso grupo de música pop. Ella era una mujer..., una mujer que hablaba conmigo, sobre aquello. Regresó la sensación por ahí abajo, el fluir de la sangre caliente. Sabía que ella no podía ver por debajo de la mesa, pero aun así me avergoncé. Retiré la mano de debajo de la suya y me llevé la botella a los labios; esta vez no quemó. Me pareció simplemente maravilloso.

Le pasé la botella, y ella no se contuvo. Cerca de un cuarto de la botella había volado antes de que ella tratase de dejarla sobre la mesa y fallase por completo. Cayó al suelo y reventó con estrépito, en un estallido de cristal y *bourbon* a nuestros pies.

—Oh, vaya... —dijo—. Menuda la he liado. Qué mal.

—Está bien, yo lo recogeré. —Me levanté y busqué una bayeta. La habitación me daba vueltas. Me agarré al respaldo de mi silla y respiré hondo, despacio, hasta que la cocina se enderezó. La señora Carter me observaba desde su silla de metal y vinilo amarillo, y entonces apoyó la cabeza en la mesa, entre los brazos cruzados.

Allí me quedé yo, de pie, en completo silencio. Permanecí inmóvil hasta que oí cómo caía su respiración en el ritmo del sueño. A continuación, empujé la puerta y salí al creciente frío de la noche.

Tenía que ir a por padre y madre. Necesitaría ayuda para atarla.

## 30

Porter

Día 1 – 16:49

—Es antiguo. Descatalogado. —Watson estaba leyendo la minúscula pantalla de su iPhone mientras rondaba el libro sobre la mesa de Emory, con Porter y Nash—. *El cálculo en la edad moderna*, de Winston Gilbert, Thomas Brothington y Carmel Thorton. Se editó por primera vez en 1923, y parece que la última edición se agotó en 1987.

Se inclinó hacia la maleta negra Pelican que tenía a su lado y se incorporó con una pequeña brocha y polvos para las huellas dactilares. Metió la brocha en los polvos y comenzó a pasar las cerdas por encima del libro de texto, describiendo movimientos circulares con la mano para extender los polvos oscuros de manera uniforme por la cubierta.

—Buena suerte al devolverlo a la biblioteca. —Nash frunció el ceño.

Watson no le hizo el menor caso.

Volvió a meter la mano en la bolsa y sacó una linterna grande, la encendió y otra vez se inclinó sobre el libro.

—¿Es la reglamentaria? —preguntó Porter.

Watson lo negó con la cabeza.

—Es una Fenix 750. Tiene una matriz de luces led capaz de dar dos mil novecientos lúmenes, casi el doble que las que nos dan los de Suministros. También tiene infrarrojos y función estroboscópica.

Nash soltó un silbido.

—Cómo mola la puta linternita. Supongo que los policías le pedimos a Papá Noel una pipa nueva por Navidad, y vosotros le pedís linternas. Me parece de lo más lógico.

—¿Hay algo? —preguntó Porter.

Watson se inclinó un poco más.

—Solo veo un conjunto de huellas, las de Burrow, probablemente. Necesitaré una muestra para descartarla. Y miren el lomo. —Señaló el borde del libro—. No tiene una sola marca. Yo diría que este libro nunca lo han usado. Está en magníficas condiciones.

—No quiero sonar en plan conspiranoico, pero ¿crees que podría estar manipulado? —preguntó Nash.

Porter frunció el ceño.

—¿Manipulado?

—Sí, con una bomba o algo así. ¿Hueco por dentro, a lo mejor?

Watson empezó a abrir la cubierta.

—¡No, no lo...! —gritó Nash antes de apartarse hacia la pared.

La cubierta tocó la mesa con un golpecito seco y suave. Nash cerró los ojos con fuerza.

Porter leyó la primera página.

—No es más que un libro. Nada de bombas.

—Me voy a por agua —dijo Nash antes de desaparecer por el pasillo camino de la cocina.

Porter hojeó el libro. Watson tenía razón: para ser un libro que dejó de publicarse en 1987, parecía nuevo. Las páginas, brillantes y pegadas las unas con las otras. Aún despedía ese olor a libro nuevo que le traía recuerdos de la clase de lengua de tercero, la única ocasión en que recibió un libro de texto a estrenar.

—Si el CM ha colocado esto aquí, ¿qué crees que significa?

Watson suspiró.

—No lo sé. ¿Alguna vez ha dejado alguna pista?

—Ni una.

—Está intentando decirles algo, está claro. ¿Por qué se iba a molestar, si no?

—¿De dónde crees que lo ha sacado?

Watson fue pasando las páginas con el pulgar.

—Chicago tiene muchas tiendas de libros antiguos, pero no conozco ninguna que se dedique a los libros de texto.

—¿Quién iba a querer un libro viejo de matemáticas?

—¿Un profesor de matemáticas?

—¿Crees que procede de un colegio?

Watson reflexionó sobre aquello un instante y, acto seguido, negó con la cabeza.

—Si este libro hubiera pasado alguna vez por el sistema educativo, no estaría en estas condiciones. Los libros de texto no son para tenerlos guardados. Lo que se hace con ellos es uso y abuso.

—Vale, ¿qué me dices de algún proveedor?

Watson volvió a pasar las páginas hasta el principio. Pasó la vista por un texto en la segunda página, le dio unos golpecitos con el dedo y giró el libro para que Porter pudiese verlo.

—Se imprimió aquí, en Chicago. Esa dirección está a menos de cinco kilómetros de aquí; en Fulton.

Porter frunció el ceño.

—¿Has doblado tú la esquina de esa página?

—No, señor.

Alguien lo había hecho. La esquina de la página estaba ligeramente doblada, de forma apenas visible, pero aun así allí estaba la marca. El CM quería que la encontraran.

Porter sacó el teléfono, marcó el número de Kloz y le leyó la dirección. Colgó un instante después.

—Esa dirección corresponde a una nave declarada en ruinas que van a demoler pasado mañana.

Porter y Nash comprendieron la relevancia que tenía. El Cuarto Mono había dejado el cuerpo de su tercera víctima, Missy Lumax, debajo de una lona en el centro de una nave industrial abandonada. También estaba programada su demolición. Y también se encontraba en el distrito de Fulton River.

## Diario

No recuerdo haberme quedado dormido, pero debí de hacerlo en algún momento, porque me vi metido en la cama con el mejor de mis pijamas y el dolor de todos los dolores de cabeza martilleándome en las sienes. El sol matinal se colaba entre las persianas y me picoteaba en los ojos con tal ferocidad que pensé que la luz me iba a dejar ciego.

Anoche, padre me reprendió por beber, y traté de explicarle por qué lo había hecho, pero no estaba dispuesto a escuchar. O quizá sí lo hiciese. Tenía borrosa gran parte de la noche.

Retiré las sábanas y bajé los pies al suelo.

A pesar de haberlo hecho con el más delicado de los movimientos, el impacto se me propagó por el cuerpo y me llegó directo hasta el dolor de cabeza. Pensé en volver a meterme bajo las cálidas sábanas y dormir durante otro año, o algo así, pero sabía que si no me levantaba pronto mis padres vendrían a buscarme. En nuestra casa, si no estabas en la mesa a las nueve, el servicio de desayuno se cerraba y te encontrabas de pie ante el frigorífico sin nada más que un plato vacío y un rugido en la tripa. Madre lo cerraba con llave, ya ve usted. A las nueve en punto le echaba el cierre al frigorífico y apestillaba la puerta con un flamante candado Stanley nuevecito. Se quedaba cerrada hasta la hora del almuerzo, y el proceso se repetía en la cena. Si bien me veía perfectamente capaz de ayunar hasta el mediodía, algo me decía que un pequeño sustento en la panza sería de ayuda con los persistentes efectos de la juerga de la noche anterior y que tal vez me recuperara para el resto del día.

Tenía la ropa de la víspera apilada a mis pies, y pensé en ponérmela hasta que el olor a vómito ascendió procedente de la camiseta. No

recordaba haber devuelto, pero tampoco tenía ningún motivo para creer que aquella inmundicia procediese de nadie que no fuese yo mismo. ¿Por qué se iba a tomar alguien la molestia de vomitar en mi cuarto? La idea era absurda. No, lo más probable era que se me hubiese revuelto el estómago. Digamos que parte del *bourbon* sintió la necesidad de abandonar mis reducidas instalaciones por la rampa de acceso.

Dejé el montón de ropa en el suelo, tomé nota mentalmente de que tenía que quemarla a la primera oportunidad que se me presentara y saqué de la cómoda una camisa y unos vaqueros. A continuación, recorrí el pasillo camino de la cocina.

—¡Aquí está mi chico! —Padre sonrió desde detrás de una fuente a rebosar de huevos y salchichas—. Toma asiento, hijo. Un poco de comida grasienta ayudará a que se te asiente ese estómago furibundo. Eres un poco joven para una resaca, desde luego que sí, pero seguro que es resaca lo que tienes ahora si de verdad consumiste las cantidades de alcohol de las que fanfarroneabas anoche.

Me abrí paso hasta mi silla e hice lo que pude por retener el contenido del estómago revuelto. El *bourbon* era una bebida de hombres, y me había tomado hasta la última gota como un hombre. No tenía la menor intención de mostrar ninguna debilidad bajo la atenta mirada de padre.

Alargó el brazo hacia el otro extremo de la mesa, cogió una botella de boca ancha con zumo de naranja y me sirvió un vaso. Acto seguido sacó un vaso de chupito de debajo de una servilleta con la ceremonia de un mago que extrae un conejo de su sombrero negro de copa.

—Te he preparado esto. Es el mejor de Kentucky, y tal vez el método más rápido conocido por la civilización para hacer que se desvanezca la resaca. —Deslizó el vaso hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

Me quedé mirando el vaso de chupito con los ojos —sin duda— inyectados en sangre y las mejillas pálidas, a la espera de que soltase la gracia que rematase aquella bromita suya, pero no llegó. Le dio un toquecito al vaso para acercármelo más.

—Bebe, campeón. Te prometo que tomar un poco de lo mismo que anoche te hará sentir mejor.

—¿En serio?

Padre asintió.

Alargué la mano hasta el vaso y me lo llevé a los labios, con delicadeza, entre las punzadas de dolor en el cráneo. El olor a caramelo

tibio y vainilla tostada me hizo cosquillas en la nariz.

—Ahora, rápido. Los hombres de verdad se toman el chupito de un solo trago y sin tirar una gota.

Respiré hondo, vacié el vaso y me obligué a tragar, con una mueca mientras la quemazón me descendía por el gargante hacia el estómago. Me pareció extraño poder sentir cada milímetro del recorrido. Jamás se me había ocurrido pensar en el trayecto que recorría lo que comía y bebía. Qué cosa tan rara es el alcohol, sin duda.

—Ahora, estampa el vaso contra la mesa —me indicó padre con regocijo.

Hice lo que me dijo, golpeando el vaso de chupito contra la madera con tal fuerza que pensé que se me haría añicos en la mano.

Padre aplaudió de alegría.

—¡Ese es mi chico!

Me limpié la boca con la manga, y el *bourbon* se me quedó en el aliento. Me hizo pensar en tostadas quemadas y melaza.

Padre cogió el vaso y sirvió otro chupito. Este se lo bebió él, y después pegó también un golpe en la mesa con el vaso. Dejó escapar un gruñido, se estremeció con un sonoro suspiro y se volvió hacia mí con una repentina expresión seria en la cara.

—Quiero que recuerdes este momento como tu primer trago. ¿Crees que serás capaz de hacerlo, campeón? Cuando seas mayor y eches la vista atrás, quiero que pienses en este ratito nuestro como la primera vez que probaste el zumo de la fruta prohibida, un simple chupito con tu viejo. Un momento importante entre padre e hijo. Olvídate de anoche. Olvídate de que bebiste con nuestra encantadora vecinita. Olvídate del motivo de esos tragos. Cuando seas mayor, no quiero que recuerdes que te emborrachaste con la señora Carter. No quiero que pienses en ella siquiera, solo quiero que recuerdes esto. ¿Qué te parece, campeón? ¿Podrás, o nanay, ni loco?

Pensé en sus palabras e hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Podré, padre —dije con una sonrisa—. Seguro que podré.

—¿Juramento de meñiques?

Acerqué la mano, tan pequeña, a la suya y así lo juramos.

—Bien, porque es así como uno debe recordar su primer trago: un momento alegre con papaíto, y no bebiendo y haciendo el tonto con la puta loca de la vecina.

Jamás le había oído decir nada tan malsonante. A madre tampoco.

Nunca decían palabrotas. Aquel término no era nuevo para mí; ya lo había oído muchas veces en clase, y en boca de otros adultos, pero jamás en la de padre, nunca con su voz.

—Ah, perdona, campeón. Quizá no debería utilizar tales términos en tu presencia. Nunca debes llamar a nadie semejantes cosas, en particular a una mujer. Estoy dando un ejemplo horrible. Como suelo decir, a las mujeres hay que amarlas y tratarlas con el más absoluto de los respetos.

Observé el resto de la habitación. Aún no había visto a madre aquella mañana.

—Está abajo, con nuestra invitada —dijo padre. A veces era como si me leyese el pensamiento.

Ya me estaba preguntando si la señora Carter seguía viva. Francamente, me sorprendió el hecho de que lo estuviese. Aunque padre y madre no tuvieran la noche anterior la mejor disposición, solían ser muy cuidadosos en lo referente a sus indiscreciones. No dejaban cabos sueltos.

—¿Se va a quedar la señora Carter con nosotros una temporada?

Padre reflexionó.

—Sí, campeón, creo que sí. ¿Sabes? No podemos culparla a ella por los actos de su marido, la verdad es que no, pero tuvo que hacer algo para ponerlo en tal estado de nervios. Y si ella no lo hubiese hecho, él nunca habría tenido que venir aquí y amenazar a tu madre, que no se habría encontrado en un aprieto y no habría tenido que hacerle daño. Seguramente, el señor Carter estaría ahora mismo sentado en su porche, disfrutando de la brisa veraniega con su adorable esposa, y madre no se estaría pasando la mañana entera de rodillas, frotando el suelo del sótano para limpiar toda esa repugnancia. —Hizo un gesto negativo con la cabeza y se rio—. Qué forma de sangrar la de ese tío, ¿verdad?

No pude sino coincidir. Y me sorprendí sonriendo.

Padre se pasó la mano por el pelo.

—Ahora, la pregunta es: ¿qué hizo la señora Carter para enfadar tanto a su marido? ¿Acaso él vio algo? ¿Viste tú algo, campeón?

Pronunció aquellas palabras tan rápido que me pillaron por sorpresa.

Se me atragantó el aliento, y cuando traté de hablar, no me salió nada. Lo negué con la cabeza y, por fin, dije:

—No lo creo, padre.

Entornó los ojos.

—¿No lo crees?

No dije nada ante aquello. Me daba la sensación de que se me estaba hinchando la lengua en la boca y taponando las palabras que deseaban salir. Padre me miró fija e intensamente. No había ira en su mirada, pero estudió cada guiño de mis ojos y cada tic de mi nariz. No aparté los ojos, ya que él lo habría interpretado como el claro signo de una inminente mentira.

—Quiero decir que no creo que él viese nada, padre. Yo, desde luego, no vi nada.

Inclinó la cabeza y me observó durante un buen rato. Finalmente, sonrió y me dio unas palmaditas en la mano.

—Bueno, la verdad no tardará en salir a la luz. Siempre lo hace, y ya me encargaré yo de la situación en ese momento, con premura. Por ahora, sin embargo, luce el sol, el ambiente rebosa de vida, y no pretendo desperdiciar tan glorioso día de verano.

Alargué la mano sobre la mesa para coger una tostada. Ya no estaba caliente, pero me convenía meterme algo en el estómago.

—¿Cómo tienes la cabeza?

Me percaté de que el dolor casi me había desaparecido, todo salvo unos latidos sordos que sentía detrás del ojo izquierdo. También habían desaparecido las náuseas.

—¡Mucho mejor!

Estiró el brazo y me despeinó.

—Eso es. Come. Cuando hayas terminado, quiero que bajes un plato a nuestra invitada. Y un vaso de zumo de naranja también. Me imagino que se le habrá abierto el apetito. Yo me voy a dar un paseo hasta la casa de los Carter, a poner un poco de orden. Creo que le voy a preparar una maleta a la vecina. Será mejor que parezca que se han ido de viaje por carretera, por si acaso le da a alguien por pasarse a ver qué tal están.

—Padre, a lo mejor debería cambiar de sitio el coche de los Carter — le sugerí mientras mordisqueaba la tostada.

Volvió a alborotarme el pelo.

—De tal palo tal astilla, ¿verdad que sí?

Le sonreí.

## 32

### Emory

#### Día 1 – 17:00

La música paró.

Así, por las buenas.

«Sweet Home Alabama» le estaba martilleando el cráneo con la ferocidad de unas contraventanas metálicas en pleno huracán y, un segundo después, nada.

Con todo, la estancia no estaba en silencio. Un sonoro pitido había sustituido a la música, y a pesar de que Emory sabía que aquel tono solo existía en su cabeza, bien podía estar atronando desde uno de los altavoces. Su volumen no aumentaba ni disminuía; se mantenía constante.

*Tinnitus.*

La señora Burrow le había enseñado todo lo referente a los peligros de los ruidos potentes unos tres años atrás, antes de dejarla ir a su primer concierto, el de los Jack's Mannequin en la sala Metro. Había querido asustarla; ahora, al mirar atrás, a Emory le parecía evidente. La señora Burrow le había contado que la exposición prolongada a la música muy alta podía generar con facilidad problemas permanentes, en especial en entornos cerrados; algo sobre que los pelillos del oído se dañaban como unos cables deshilachados, lo que provocaba que el cerebro percibiese un sonido que no existía. La mayoría de las veces era una situación temporal.

La mayoría de las veces.

Cuando la señora Burrow le dio un par de tapones para los oídos, los aceptó encantada antes de salir por la puerta. No los había utilizado, por supuesto. Se negaba a dejar que sus amigas la viesan con aquellas memeces de color rosa sobresaliéndole de las orejas. Lo que hizo fue guardárselos en el bolsillo, y acabó la noche con un pitido en los oídos muy similar al que tenía ahora.

*Eso no fue nada comparado con esto, cielo. ¿Es que no te acuerdas? Aquello apenas resultaba audible, y solo duró un rato. Al fin y al cabo, aquel concierto no fue*

ruidoso, ni largo tampoco. No como el bombardeo al que te acaban de someter. ¿Cuánto ha durado ese estruendo de música? ¿Cinco horas? ¿Diez? Y ya has perdido una oreja. Estoy segura de que eso tampoco ayuda.

—¡Cállate ya! —intentó gritar Emory. Pero las palabras surgieron en un barullo amortiguado, la garganta seca protestaba con cada sílaba.

*Yo solo digo que un tapón en el oído te podría venir bien. En ese lado ya tienes un buen vendaje, tenso; si vuelve esa música horrenda, deberías pensar en coger un trocito del vendaje y meterlo en el canal auditivo. Más vale prevenir que curar, ¿no? Si consigues salir de este berenjenal, serás la chica a la que le falta una oreja: más te vale mantener la otra en perfectas condiciones, ¿no crees? ¿Sabes qué es peor que una chica con una sola oreja? ¿Lo sabes?*

—Cállate, por favor.

*¿Sabes qué es peor?*

Emory cerró los ojos y pasó del negro al más negro aún, y se puso a cantar *It's My Party*, de Jessie J.

*Lo único peor que una chica con una sola oreja es una chica con una sola oreja y sin ojos. Creo que esa podría ser la siguiente parada en tu viajecito, mi amor, porque, si se ha apagado la música, significa que alguien la ha apagado.*

A Emory se le atragantó el aliento y giró la cabeza rápidamente de derecha a izquierda, y de vuelta otra vez, escrutando el muro de oscuridad.

Sus ojos trataban de adaptarse a la negrura, pero estaban perdiendo la batalla. Emory estaba sentada, encaramada en lo alto de la camilla con las rodillas bien apretadas contra el pecho, y aun así ni siquiera se veía los pies. El brillo metálico de la camilla parecía poco más que un tenue borrrón difuminado. Sin embargo, eso no significaba que no hubiese movimiento. Había cosas moviéndose a su alrededor. La oscuridad fluía ondulada, flotaba en el aire con una turbia espesura que casi podía paladear.

El hombre podría estar en aquella habitación con ella, ahora mismo, y no lo sabría. Podría estar ahí de pie, a treinta centímetros, o a medio metro, con un cuchillo en la mano, listo para hincarle la punta en los ojos y sacárselos con un golpe de muñeca. A Emory no le daría tiempo a reaccionar ni a defenderse de él, no hasta que empezara a hurgarle en los ojos.

Emory siguió cantando, pero el ritmo y la cadencia de la canción le salían fatal.

—*I keep da-dancing alone, da-dancing* —cantaba en voz baja—. *Da-dancing till I say stop*<sup>[2]</sup>. —Extendió el brazo libre hacia delante e hizo un lento barrido a un lado y a otro, a tientas en la oscuridad—. ¿Estás... estás ahí?

Lo vio en su imaginación. Un hombre alto y delgado apoyado contra la pared opuesta con un cuchillo en una mano y una cuchara en la otra, los dedos flexionados sobre el mango del cuchillo al pasar la hoja por el borde de la cuchara. Ambos utensilios estaban cubiertos de sangre seca, restos de las víctimas anteriores que ella. Aun en la oscuridad, sabía que él podía verla. Era capaz de verla perfectamente. Una

cajita blanca descansaba en el suelo, a sus pies, y un cordel negro aguardaba a su lado. Con la mano derecha, el hombre extendió el índice y el corazón en forma de V, se señaló los ojos y después señaló los de ella con una sonrisa que le asomaba a los labios: unos labios partidos, resecos y agrietados por la falta de agua. Se los recorrió con la lengua, despacio y con mucho tiento.

—No queda nada que merezca la pena ver —le dijo el hombre en voz baja—. El mal que hay en el mundo te ha mancillado esos ojos tan jóvenes, y hay que sacártelos. Es la única manera de deshacer lo visto..., la única forma de limpiarte, de purificarte.

Emory retrocedió, y se fue contra la pared.

—No eres real —se dijo Emory—. Estoy sola aquí dentro.

Quería que volviese la música.

Si estaba allí, si de verdad se encontraba en aquella habitación y estaba listo para hacerle daño, Emory no quería oírle venir. Sería mejor así.

El pitido de los oídos había perdido intensidad, y se obligó a hacer caso omiso de los fuertes latidos del corazón que le palpitaban en la oreja herida; se forzó a escuchar los sonidos de la estancia a su alrededor.

¿Oiría respirar a aquel hombre?

—¡Si vas a hacerme daño, acaba ya de una vez, enfermo de mierda! —gritó.

Solo que no fue un grito: se le había reseco tanto la garganta que le salió una voz de pito, cascada.

Se oyó algo.

¿Estaba eso ahí antes?

Un constante *plop, plop, plop*, a cada segundo o así.

Pero ¿dónde?

Había recorrido ya la habitación al despertarse. Había comprobado todas las paredes. Estaba descalza: de haber una gotera, algún charco de agua en alguna parte, ya lo habría encontrado, ¿no?

Le dolió la garganta con solo pensar en el agua.

*Podrías estar oyendo el agua por la sed que tienes, querida. Así de curiosa es la mente. Creo que si él quisiera que tuvieses agua, te la habría dado.*

Emory cerró los ojos y trató de escuchar con más atención. Ya sabía que era una estupidez: no veía nada, pero aun así era como si cerrar los ojos le sirviese de ayuda. Los sonidos se volvieron un poco más sonoros, un poco más claros.

*Plop..., plop..., plop.*

Ladeó la cabeza, fue dirigiendo el oído bueno y girando la cabeza levemente con cada gota hasta que alcanzó su mayor volumen. Cuando el sonido comenzó a perder fuerza de nuevo, se detuvo y volvió atrás muy despacio.

Venía de su izquierda.

Emory se bajó de la camilla y se puso en pie sobre el cemento gélido. Por todo el cuerpo se le puso la piel de gallina, y se rodeó con el brazo izquierdo para intentar

calentarse. La mano derecha tiraba de la camilla.

*No te olvides de las ratas, querida. Lo más seguro es que esas pequeñajas anden correteando a tu alrededor ahora mismo. Es probable que hayan encontrado el agua hace mucho; ahora querrán algo de picar para acompañarla, un pedacito de filete de jovencita. Si yo fuera una rata, montaría el campamento junto al agua, probablemente. Y la protegería; defendería el agua con mi vida.*

Emory dio un paso al frente, seguido de otro, tirando de la camilla.

No quería abandonar la pared, que la había reconfortado como un gran manto de seguridad, pero aun así se apartó de ella. Dejó atrás la pared y dio otro paso, pequeño, o más bien arrastró el pie. Sin saber lo que tenía delante, no podía permitirse mucho más que aquello.

*¿Te imaginas que ese tío hubiera tirado cristales rotos? ¿O clavos oxidados? ¿Qué me dices de un agujero en el suelo? Si te cayeses y te rompieras una pierna, entonces sí que estarías metida en un buen lío, mucho peor que el de ahora, eso desde luego. Por cierto, no quiero ser una plasta, pero me da la sensación de que merece la pena mencionarlo. ¿Has averiguado ya quién ha apagado la música? Lo digo porque, si está cerca, encontrar algo de beber no debería ser tu prioridad ahora.*

—Si piensa hacerme daño, lo hará —contestó Emory de sopetón—. No me voy a quedar sentada esperando a que mueva ficha.

Avanzó arrastrando los pies, y los dedos se le entumecían más a cada paso.

¿Se estaba enfriando el cemento?

—No va a dejarme morir, al menos hasta que haya terminado conmigo. A las chicas que salieron en las noticias las mantuvo vivas por lo menos una semana antes de matarlas. Yo solo llevo un día aquí metida, como máximo. Todavía me necesita.

*Supongo que algo de eso hay, pero son tantas las cosas que te podría hacer, tantas cosas desagradables que no te matarían... Ya te ha quitado una oreja. Ya sabes que lo siguiente son los ojos. Aunque, ¿tan malo sería eso? Quiero decir que ahora mismo no puedes ver nada, ¿no? Sinceramente, a mí me preocuparía más perder la lengua. Siempre puedes andar a tientas en la oscuridad, pero ¿perder la capacidad de hablar? Cielo santo, eso sería tremendo. Con lo habladora que has sido siempre.*

Emory escuchó. Ya estaba cerca, a un par de metros como mucho.

Una rata le pasó correteando por los dedos de los pies, y Emory soltó un alarido tal que casi se cae de espaldas sobre la camilla.

Se obligó a respirar hondo. Tenía que mantener la calma. De nuevo, unas patitas le pasaron por encima de los dedos de los pies. Esta vez, al gritar, su voz sonó fuerte; no se contuvo, tuviera la garganta seca o no. La sintió como si estuviera vomitando cristales, y quiso parar, pero el grito seguía saliendo de todas formas: el grito de todos los gritos. Ya no era por las ratas, ni por estar secuestrada y encerrada en aquel sitio, era por su padre y toda la gente que la rodeaba, era por la frustración de recibir clases

en casa y por las escasas amistades que tenía en su vida. El dolor de la oreja, el entumecimiento de los pies y la vulnerabilidad de hallarse desnuda en un lugar extraño, todo ello había alcanzado un punto crítico. Era por esos ojos desconocidos que sentía sobre ella. Era por el hombre que se la había llevado, un hombre que podía estar a kilómetros de distancia o a unos centímetros, oculto en la oscuridad. Era por su madre, por que se hubiese muerto y la hubiera dejado sufrir sola todo aquello.

Cuando por fin paró, la garganta le ardía como si hubiese tragado plomo incandescente y hubiese rascado los residuos con una cuchilla oxidada, pero le dio igual. El grito le había despejado la mente. Y necesitaba estar despejada.

Tenía que pensar.

Ya no le pitaban los oídos.

Emory obligó a su oído bueno a escuchar con más atención, más allá del bombeo de la sangre que percibía en el otro.

*Plop.*

A su izquierda oyó el leve sonido de algo que arañaba. Uñas contra el cemento. Garras minúsculas. Cavando.

*Ni caso, se dijo.*

*No les hagas caso.*

Se obligó a avanzar, milímetro a milímetro, primero un paso, luego otro, después ot...

Un dedo tropezó con algo. La superficie parecía más fría que el cemento. Fría y húmeda. Se arrodilló con un movimiento torpe para llegar a tocarla, con el brazo derecho estirado a su espalda. Tiró de la camilla, tiró para aproximarla y que le diese un poco más de margen de movimiento.

¿Una bandeja de metal? Eso era, una bandeja metálica bastante grande. Recorrió el borde y calculó que tendría casi un metro de ancho. Cada diez centímetros, o algo así, asomaban de ella unos tornillos con tuercas que la aseguraban al cemento.

Emory deslizó la mano por la superficie... Húmeda, desde luego.

*Plop.*

Esta vez la gota cayó tan cerca que le salpicó y le mojó la piel. Pasó un dedo por la bandeja metálica y se lo llevó a los labios. Olió el metal incluso antes de percibir su sabor, a óxido u otro tipo de residuo. Lo probó de todas formas al decirle su cerebro que, si no conseguía agua pronto, lo demás daría lo mismo.

Sabía horrible, pero estaba húmedo, y quería más.

Emory bajó la cabeza hacia la bandeja de metal y tiró de la camilla para llegar más lejos. Cuando esta ya no se movió más, estiró el cuello y sacó la lengua. Tal vez no pudiese ver nada, pero el agua estaba allí mismo, a unos centímetros de distancia. La notaba..., la buscaba con la punta de la lengua, a tientas en el aire, estirándola.

*En tu lugar, yo me guardaría esa lengua de nuevo en la boquita. Con agua o sin ella, tiene pinta de ser un bocadito delicioso para una rata grande y hambrienta, ¿no te parece? Como mínimo, le estás facilitando a tu anfitrión el cortarte la sin hueso.*

Emory retrocedió. Con la oreja dañada no era capaz de localizar con exactitud el origen de los arañazos. Sonaba como si lo tuviera justo al lado, y, un instante después, parecía proceder de la otra punta de la habitación.

*Plop.*

Le salpicaron unas gotas de agua en la mano y en la mejilla.

—Que le den por culo.

Emory se volvió a inclinar hacia delante tanto como pudo, tirando de las esposas, a su espalda. Se estiró hasta que creyó que se le iba a partir el cuello de la presión. El metal de las esposas le mordía la muñeca, y se obligó a hacer caso omiso del dolor, con la mente volcada en una única cosa: el agua.

Pegó un tirón hacia delante.

La lengua rozó la superficie de la bandeja de metal durante un segundo, un escaso segundo como mucho, y el sabor del óxido le llegó a los labios. Sucedió tan rápido, y el metal estaba tan frío, que no pudo saber si de verdad había cogido algo de agua o simplemente se había imaginado que el metal frío era el agua. Desde luego que no había sido suficiente para saciar su sed. Aquella pequeña muestra solo la empeoró.

No iba a echarse a llorar. Se negó a hacerlo.

Se inclinó tanto como pudo y tiró de las esposas con todas sus fuerzas. El metal se le clavó en la muñeca, pero le dio igual. Emory utilizó todo su peso para tirar hacia delante. Algo cedió, y su rostro se abalanzó hacia el frente. La lengua encontró el agua: el agua helada, refrescante, sucia y oxidada que estaba estancada en el centro de la bandeja. La lengua se hundió en el charco un instante antes de que la camilla volcase, le cayese sobre la espalda y le estampase la cabeza contra el suelo para envolverlo todo en una oscuridad aún más profunda.

## Diario

Localicé una bandeja de desayuno en el armario y la cargué con unas cuantas tostadas, un plátano, zumo de naranja y un tazón de Cheerios (mi selección personal preferida para el desayuno). Quise añadir leche, pero cuando miré en el frigorífico me encontré con que solo quedaba algo así como una taza en el cartón. Daba la casualidad de que a padre le encantaba la leche, y jamás se me ocurriría llevarme yo lo último que quedaba, siendo bien consciente de que madre no había comprado más cuando fue al mercado.

Los peldaños que conducían al sótano me parecieron más empinados que la última vez que había descendido por ellos. Miraba de reojo el vaso alto de zumo de naranja en un equilibrio sumamente precario sobre la bandeja y con el líquido deslizándose de un lado a otro, hacía una pausa al llegar al borde y volvía a acelerar hacia el lado contrario con mi siguiente paso. Si el zumo consiguiera llegar hasta el borde del vaso y rebasarlo, se derramaría sobre las tostadas, y eso no lo podía consentir. Ya me sentía lo bastante culpable por haber engañado la víspera a la señora Carter. No tenía ninguna intención de agravar aquella culpa sirviéndole unas tostadas empapadas.

Madre empezó a subir por la escalera cuando yo me acercaba al final. Iba cargada con un cubo, unos cuantos trapos y un cepillo grande para fregar suelos. Lucía en las manos unos guantes largos de plástico amarillo que le llegaban prácticamente hasta los codos.

—Buenos días, madre.

Alzó la mirada hacia mí y sonrió.

—¡Pero bueno, mira que tienes buen corazón, jovencito! Nuestra

invitada se va a poner como unas castañuelas en cuanto te vea. Eso ha estado farfullando. Ya me imagino cómo estaba deseando una buena comida y un vasito de algo con lo que humedecerse el paladar.

Al pasar junto a mí, mordisqueó una de las tostadas y la volvió a dejar en la bandeja.

—Asegúrate de que comprende las reglas. Lamentaría verla empezar con mal pie, con el poco tiempo que lleva con nosotros.

No tuve más remedio que estar de acuerdo.

—Tampoco enciendas muchas luces. No queremos sacar de quicio a tu padre con una factura de la luz tremenda.

—Sí, madre.

La vi subir por la escalera, y mi agudo sentido del olfato captó la mezcla de cobre húmedo y lejía que había en el ambiente.

Localicé a la señora Carter un segundo antes de que ella me viese a mí. Madre (o quizá padre) le había esposado la mano izquierda a la misma tubería del agua a la que había estado encadenado su marido apenas unas horas antes. En lugar de sentarse en el suelo, estaba encaramada al viejo catre de padre. La mano derecha estaba esposada al lado opuesto. Padre me contó una vez que se había traído aquel catre de la guerra; al parecer, aquel trasto destartado había sobrevivido a unos cuantos combates en una época ya lejana. La lona gruesa estaba desgastada y hecha jirones, con unos cuantos agujeros en aquella tela verdosa descolorida. Las patas metálicas, sin duda relucientes cuando estaban nuevas, se habían vuelto mates, cubiertas de óxido. La estructura crujió bajo el peso de la señora Carter cuando se movió ligeramente hacia su izquierda.

Estaba tumbada, y si era por comodidad o por necesidad, no podía saberlo con certeza. Había poca luz. Madre había apagado todas las bombillas excepto una, que colgaba desnuda de un cable en el centro del sótano. Aunque no corría el aire, la bombilla se balanceaba con suavidad de un lado a otro y proyectaba unas sombras espesas que bailaban por las paredes y el suelo.

Madre (o padre) había tenido la previsión de colocarla a la derecha de la tubería y dejar libre de obstáculos el espacio a la izquierda ocupado anteriormente por el señor Carter. Aquella sangre de un rojo vivo que se había derramado con tanta profusión la noche anterior ya había desaparecido, y una mancha oscura la había sustituido en el cemento. Supongo que madre habría fregado aquel desastre con el mismo

entusiasmo que había puesto al crearlo, pero la sangre era una dama tozuda y se resistía a soltarse una vez que plantaba sus viejas y enmarañadas garras en algo que le complacía. Tomé nota mentalmente de que debía sugerirle a madre que echase arena para gatos. No solo era absorbente, además ayudaría a enmascarar el olor.

No pude dejar de preguntarme si la señora Carter reconocería el olor del sudor y la sangre de su marido.

Casi se me cayó la bandeja cuando ella se incorporó y me miró fijamente con unos ojos enormes e inyectados en sangre. Gritó bajo la mordaza, pero no pude distinguir lo que había dicho.

—Buenos días, señora Carter. ¿Le apetece tomar algo para desayunar?

Le costaba coger aire a través de la mordaza. Sin duda tendría la nariz hecha un desastre por los mocos de tanto llorar, pero intenté no pensar en eso. Pese a haber soportado lo que sin duda no había sido la mejor de las noches, seguía estando bastante guapa. Yo veía más allá de los moratones y de aquel ojo derecho que se había puesto negro. El izquierdo parecía estar mejor, no normal del todo, pero sí menos hinchado que unas horas antes.

Dejé la bandeja al borde del catre, pensé en el dolor de cabeza que me había dado a mí los buenos días y me imaginé que el suyo, probablemente, sería aún peor. Aparte de la paliza, ella había bebido mucho más que yo, y aunque parecía tener experiencia, tuve serias dudas de que se hubiera librado de la resaca.

—¿Qué le parece darle igual que anoche?

Vi el desconcierto en su mirada, y advertí mi error.

—Perdón, tomar un poco de lo mismo que anoche.

Siguió mirándome desconcertada, la cabeza ligeramente ladeada a la izquierda. Al menos había dejado de gritar.

—Para el dolor de cabeza, ¿no? Padre tiene *bourbon* arriba, y un sorbito me ha sentado a mí de maravilla. Ya sé que parece un poco temprano, pero tampoco hay por qué pasarse todo el día con dolores.

La señora Carter hizo un lento gesto negativo con la cabeza, con la mirada fija en mí.

Señalé hacia la bandeja con la barbilla.

—Cuando nos las tenemos que apañar solos, ni padre ni yo somos los mejores cocineros del mundo. Es posible que madre prepare algo mañana. Estoy seguro de que lo disfrutará de verdad. ¿Le apetece comer?

Asintió y se deslizó para sentarse en una postura más cómoda. Las esposas le tiraban de la muñeca izquierda. Me lanzó una mirada furiosa y masculló algo bajo la mordaza.

Me acerqué más.

—Si le retiro la mordaza, ¿me promete que no va a gritar? No la culparía si lo hiciese. Yo gritaría, pero sería inútil. Sinceramente, los gritos jamás llegan a oírse en el piso de arriba. No hay forma de que la pueda oír nadie desde el exterior.

Deslicé los dedos por debajo de la mordaza y tiré hacia abajo. No sé qué tenía su piel; aquel roce fugaz me hizo sentir un cosquilleo por todo el cuerpo. No me avergüenza decir que se me ruborizaron las mejillas y me martilleaba el corazón.

Al caerle la mordaza alrededor del cuello, la señora Carter respiró muy hondo, a continuación dejó salir el aire antes de inhalar otra vez y otra más después. Se me ocurrió que podría estar hiperventilando, y pensé en subir corriendo a por una bolsa de papel, pero empezó a hablar con una voz apagada y con carraspera, sin duda por la sequedad de la garganta.

—¿Gritos?

Ladeé la cabeza.

—Has dicho que apenas se oyen los gritos arriba, en sentido general. ¿Tus padres habían hecho esto antes?

—¿Hacer qué?

—Esto. —Pegó un tirón de las esposas e hizo que traquetearan contra la tubería del agua.

—Ah. —Volví a bajar la mirada sobre la bandeja del desayuno—. No lo sé.

La señora Carter frunció el ceño.

—¿No sabes si tus padres han encadenado alguna vez a una mujer en su sótano?

Cogí el zumo de naranja.

—Debe de estar sedienta. Este zumo está delicioso, es como un rayo de sol en un vaso.

—No quiero zumo. Quiero que me sueltes. Por favor, suéltame.

—¿Qué tal un plátano, entonces? A lo mejor me como yo uno. Los compramos hace dos días, y están en ese punto exacto entre el verde y el amarillo, con un poco de la acidez de la fruta verde, lo justo para hacerte arrugar los labios.

—¡Suéltame! —chilló la señora Carter, y las palabras le rasparon en la garganta seca—. ¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Suspiré.

—Voy a volver a ponerle la mordaza un segundo mientras le explico las reglas. Lo siento, señora Carter.

Intentó apartarse, pero ya me lo esperaba, y estaba listo. La agarré del pelo y tiré de la cabeza hacia atrás con un golpe seco. No quería hacerle daño, pero no me dejó elección. Mi navaja era muy pequeña, de esas de campo con una hoja que se dobla y que pude ocultar sin dificultad en la mano derecha. La tenía abierta en un instante, la hoja saltó con un rápido golpe de muñeca. Le pegué un pinchazo en el cuello en un abrir y cerrar de ojos, le mostré la punta ensangrentada y me cercioré de que la veía. No era una herida profunda. Solo quería hacerle sangre y ayudarla a comprender que podía hacerle un daño significativamente mayor si lo deseaba.

La señora Carter gimoteó con la mirada puesta en la hoja de la navaja.

Maniobré con la mano libre, le volví a colocar la mordaza en su sitio y le solté el pelo. Fue todo rapidísimo, pero lo clavé (perdóneme la bobada del juego de palabras). Con otro golpe de muñeca, la hoja se volvió a cerrar sobre el mango y desapareció al dejar caer la navaja en el bolsillo de mi camisa.

—Las reglas son muy sencillas, señora Carter. Solo tardaré un minuto en explicárselas, y después la podré dejar con su desayuno. Estoy seguro de que está hambrienta.

La cara se le puso roja de ira.

—¿Me promete que se comportará mientras le explico las reglas?

—¡Que te follen! —gritó bajo la mordaza.

Me quedé sorprendido. A ver, ¡qué grosera! ¿No estaba yo tratando de ayudarla?

—Lisa, no toleramos ese tipo de vocabulario en nuestra casa. Ni siquiera a nuestros invitados. —La voz de padre retumbó a mi espalda.

Me di la vuelta y me lo encontré de pie en la base de la escalera, con una taza de café recién hecho en la mano. Se aproximó.

—Se empieza con un vocabulario como ese. A esa forma de hablar le sigue de inmediato la grosería, después la ira y el odio... Es algo innecesario en una sociedad civilizada, así de simple. Antes de que nos demos cuenta, todos iremos corriendo desnudos por las calles, blandiendo un hacha. Eso no lo podemos consentir, ¿verdad que no?

Estamos tratando de educar bien a nuestro hijo. Él admira a los adultos que le rodean, aprende de los adultos que le rodean. —Dio un paso al frente y me alborotó el pelo—. Este jovencito está creciendo rápido, y lo absorbe todo como una esponja. Su madre y yo queremos asegurarnos de inculcarle los mejores valores antes de soltarlo en ese mundo nuestro tan grande, tan desagradable y tan bello. Ahí es donde las reglas entran en juego.

—Las reglas vienen de los tres monos —dije yo. No pude sino aplaudir de emoción—. Algunos los llaman los tres monos místicos, pero en realidad había un cuarto, que se llamaba...

—Frena, hijo. Cuando cuentas un chiste, ¿acaso empiezas por la gracia del final?

Le dije que no con un gesto de la cabeza.

—Por supuesto que no —prosiguió—. Y lo mismo puede decirse de un buen relato. Empiezas con unos cuantos antecedentes, alguna historia si lo ves apropiado, pasas entonces al meollo del cuento, y por fin terminas con un lacito elegante que remate el paquete. No debes correr. Saborea la narración, como harías con un buen filete o un dulce cucurucho de tu helado preferido.

Padre tenía razón, por supuesto. Siempre la tenía. Yo solía ser un poco impaciente, un fallo en el que estaba decidido a trabajar.

—¿Por qué no se la cuenta usted, padre? Usted es de los que mejor cuenta las historias.

—De los que cuentan, hijo. Se dice «de los que cuentan».

—Perdón. De los que mejor cuentan.

—Si nuestra invitada promete comportarse, desde luego que podría pasar unos minutos con vosotros dos y hacer un repaso. Al fin y al cabo, es mejor que comprenda las reglas desde el principio, ¿no te parece?

Asentí.

La señora Carter nos miró fijamente a los dos con un rostro inexpresivo, las mejillas sonrojadas tras los recordatorios de la noche anterior en negro y azul.

Padre acercó un cubo boca abajo, se sentó a mi lado y dejó su café en el suelo de cemento. Se derramó un poco por el borde, que se fundió con la mancha de sangre.

—Los monos sabios aparecen representados en una talla sobre la puerta del templo Toshogu de Nikko, en Japón. Los hizo Hidari Jingoro en el siglo XVII, y se cree que representan el ciclo de la vida humana...,

bueno, todos los paneles representan el ciclo de la vida, los monos sabios figuran solo en el segundo. El ciclo de la vida se basa en las enseñanzas de Confucio.

—Pero no el de las galletitas de la fortuna: el verdadero Confucio — solté de sopetón—. El de verdad era un maestro chino, editor, político y filósofo. Vivió más o menos entre los años 551 y 479 antes de Cristo.

—¡Muy bien, hijo! —dijo padre, sonriente—. Escribió algunos de los textos chinos más influyentes, y algunos códigos de conducta que aún se utilizan, y no solo en China, también en gran parte del mundo moderno. Fue un hombre verdaderamente sabio. Hay quien dice que la idea de los monos llegó a Japón procedente de una leyenda budista de los sendai. Si quieres saber mi opinión, nadie lo sabe con certeza. Un proverbio con tanta fuerza perdura, sin más. Tampoco me sorprendería que algún día nos enterásemos de que tanto Japón como China obtuvieron su sabiduría de una fuente más antigua aún, y quizá esa fuente la obtuviese de algo más ancestral todavía. Los monos sabios podrían remontarse a los orígenes del hombre.

La mirada de la señora Carter seguía clavada en padre mientras él continuaba.

—La talla del ciclo de la vida del templo de Tosho-gu está formada por ocho paneles en total. Los monos aparecen en el segundo. ¿Puede alguien decirme sus nombres?

Yo, por supuesto, tenía la respuesta, y levanté la mano con entusiasmo. Si la señora Carter también lo sabía, decidió no participar.

Padre me miró a mí, después a la señora Carter, y de nuevo a mí.

—Bueno, tú has levantado la mano primero. ¿Por qué no nos dices sus nombres?

—Mizaru, Kikazaru e Iwazaru.

—¡Correcto! Que le den a este muchacho su merecido premio — sonrió padre—. Puntos extra si te sabes el significado de sus nombres...

Seguro que a padre le constaba que los sabía, pero le encantaba jugar, así que le seguí el juego.

—Mizaru significa «no veas el mal», Kikazaru significa «no escuches el mal», e Iwazaru significa «no pronuncies el mal».

Padre asintió muy despacio con la cabeza y le dio unos golpecitos en la rodilla a la señora Carter.

—Seguramente habrás visto la representación. El primer mono se tapa los ojos, el segundo los oídos, y el tercero tiene una pata peluda que

le tapa la boca.

—Así que, cuando la señora Carter ha dicho una palabrota, ha violado la regla de Iwazaru —dije con confianza.

Padre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, hijo. Aunque esté mal ser un malhablado y sea un síntoma de poca inteligencia, tendría que decir algo malo sobre otra persona para violar la regla de Iwazaru.

—Ah —asentí.

La señora Carter gruñó y tiró de las esposas.

—Vale, vale, Lisa. Ya te tocará a ti, pero tienes que ser más rápida al levantar la mano —le dijo padre.

La mujer pegó otro tirón de las esposas, que traquetearon contra la tubería y el catre. Soltó un gruñido de frustración.

—¿El pie, entonces?

—Hay un cuarto mono, pero nadie sabe realmente de su existencia —le expliqué.

Padre asintió.

—Los tres primeros monos definen las reglas según las cuales todos deberíamos vivir, pero es el cuarto el que tiene mayor importancia.

—Shizaru —dije—. Se llama Shizaru.

—Y significa «no hagas el mal» —dijo padre—. Y esa, por supuesto, es la cuestión. Si uno ve o escucha el mal, es poco lo que puede hacer. Cuando alguien pronuncia el mal, se le puede atribuir una culpa, pero cuando hace el mal..., bueno, cuando alguien hace el mal, no ha lugar el perdón.

—Esas personas no son puras, ¿verdad que no, padre?

—No, hijo, con absoluta certeza te digo que no lo son. —Se volvió hacia la señora Carter—. Por desgracia, tu marido entró a formar parte de este último grupo, y es que no hay necesidad de tener gente como él en este nuestro grandioso planeta, así de sencillo. Yo hubiera preferido librar al mundo de su inmundicia con un poco más de discreción de lo que mi encantadora esposa estimó oportuno, pero lo hecho hecho está, y de nada nos sirve preocuparnos por lo que no podemos controlar. Hubiera preferido, también, que no hubieses descubierto anoche nuestras travesuras, pero, ay, tienes unas dotes excepcionales para la investigación, y lo descubriste. Y de ahí nuestro actual dilema: ¿qué hacer contigo?

—¿Es pura, padre? —tuve que preguntar, ya que desconocía la

respuesta. Era evidente que la señora Carter había visto y oído el mal, pero padre ya me había contado que tales faltas eran perdonables. ¿Había pronunciado el mal? ¿Había hecho el mal? No lo sabía.

Padre le apartó un mechón de pelo de los ojos a la señora Carter. La miró fijamente, en silencio, durante un largo rato, y dijo:

—No lo sé, hijo, pero pienso averiguarlo. El señor Carter era un hombre desagradable, de eso no cabe la menor duda, pero hubo algo que lo encendió, algo que pulsó el último botón e hizo que la presión le saliese a chorro. —Levantó la mano y rozó el ojo ennegrecido de la señora Carter con la yema del índice—. No puedo sino preguntarme qué sería esa cosita de nada, y si aquí, nuestra querida señora Carter, estaba o no detrás de ella.

La imaginación se me disparó de regreso a la imagen de madre con la señora Carter. No se lo podía contar a padre. Aún no. Si los actos de la señora Carter habían provocado que el señor Carter rompiese las reglas, ¿no sería lógico, entonces, pensar que madre era en parte responsable de los actos del señor Carter? Si madre quebrantó las normas... Era una idea que no podía soportar.

Padre me observaba con mucha atención. ¿Lo sabía? ¿La habría delatado yo? No ahondó en ello, sin embargo. En cambio, se levantó e hizo un gesto hacia la bandeja del desayuno.

—Me temo que el desayuno ya se te ha quedado frío. Supongo que así tendrá que ser. Quizá la próxima vez aceptes tan generosa comida con una sonrisa y no con una negatividad tan brusca. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Recuerda, hijo, nada de cubiertos para nuestra invitada.

—Lo sé, padre.

—Buen chico.

Se retiró escaleras arriba.

Me di la vuelta hacia la señora Carter y llevé la mano a la mordaza.

—¿Qué le parece si probamos de nuevo?

Asintió sin perder de vista la espalda de padre conforme se marchaba.

## 34

### Porter

#### Día 1 – 17:23

Situado justo al noroeste del distrito financiero —el Loop—, y colindante con el centro de Chicago, el distrito de Fulton River era el epicentro de la renovación urbanística de la ciudad, con antiguas naves industriales convertidas en *lofts* de alquileres elevados y antiguas fábricas de zapatos transformadas en balnearios y cafeterías. Desperdigados entre aquellas mecas hípster quedaban algunos edificios declarados en ruinas. Si estos pensaran, Porter supuso que se dedicarían a vigilar nerviosos a sus vecinos mientras esperaban el turno de su lavado de cara con la esperanza de que el indulto llegase antes que la bola de demolición, lista para hacer hueco a otra cosa completamente nueva.

Tal era el caso del 1.483 de Desplaines.

Achaparrado en comparación con las estructuras de alrededor, solo tenía tres plantas y, a lo sumo, unos tres mil metros cuadrados. Al inspeccionarlo más de cerca, el revestimiento original de ladrillo rojo asomaba aquí y allá, pero en su mayor parte se perdía bajo capas y capas de pintura de colores que iban desde el verde al blanco pasando por el amarillo. La mayoría de las ventanas estaban rotas o cubiertas con tablones.

Era probable que hubiese destacado en su momento, pero el paso de la historia no lo había tratado bien. Aquel edificio había sobrevivido a las peores épocas. La ley seca surgió de las cloacas de la política para que no tardaran en acabar con ella los gánsteres que antaño se asomaban a esas ventanas. Fue testigo del nacimiento de la ciudad y presencié cómo en el Gran Incendio de Chicago los edificios de la otra orilla del río se quemaban hasta los cimientos. Porter juraba que aún podía oler las llamas y el hollín en aquel barrio, por mucho que un centenar de inviernos hubieran tratado de llevarse aquel hedor.

En el tejado un cartel con letras de madera descoloridas decían: «Ediciones

Mulifax»; era todo cuanto quedaba de su antigua gloria.

—No hay mucho que ver —dijo Nash desde el asiento del acompañante del Charger de Porter. Habían aparcado en la esquina de enfrente, con el edificio directamente a la vista. Le zumbó el teléfono con un mensaje de texto, y bajó la mirada a la pantalla—. Clair está a dos minutos, y viene con el equipo táctico detrás.

Porter miró por el retrovisor; Watson estaba ocupado tecleando en su móvil. Porter no había visto nunca unos dedos moverse a tal velocidad.

—Por Dios, Doc, que te va a arder ese cacharro.

—Ediciones Mulifax cerró en 1999. El edificio lleva vacío desde entonces —dijo Watson sin levantar la vista—. Según parece, la empresa matriz se ocupó de pagar las facturas hasta 2003; después quebró y se lo quedó el Ayuntamiento. Intentaron alquilarlo, pero no fueron capaces de encontrar a nadie interesado; lo declararon en ruinas en 2012.

—¿Y por qué no reformarlo, como todos esos otros edificios? —preguntó Nash—. Este barrio se ha vuelto muy lujoso. Joder, nosotros no entramos aquí con nuestra paga de polis, eso seguro.

Porter hizo un gesto con la barbilla hacia el edificio de Mulifax.

—¿Puede decirnos tu teléfono mágico qué hay ahí dentro?

Nash respondió:

—Yo te puedo decir lo que no está ahí dentro: el Cuarto Mono, porque está descansando plácidamente en el depósito. —Recorría la calle con la mirada, arriba y abajo—. Y eso me lleva a la pregunta del millón: ¿por qué estamos esperando al equipo táctico de intervención? Si no hay asesino, significa que no queda nadie que nos pueda disparar.

Porter se encogió de hombros.

—Órdenes del capitán.

—¿Y no ha dicho por qué quería que los del equipo táctico entraran primero?

—Cree que podría ser una trampa. Dejar el libro de esa manera... no le pega. Hay algo que no encaja.

—¿En qué estás pensando?

—Ya no sé qué pensar.

—Miren esto. —Watson le entregó su móvil a Porter. Tenía abierta una página de Wikipedia—. De aquí sacaban alcohol de contrabando. Hay túneles secretos que entran y salen de todos estos edificios.

—Los podría haber utilizado para moverse por aquí sin ser visto.

Un Honda Civic de color verde estacionó detrás de ellos. Clair Norton se bajó y corrió agachada, rodeando la parte de atrás del Charger de Porter hasta la ventanilla de Nash. Este la bajó.

—¿Habéis visto algo? —preguntó ella con un gesto del mentón hacia el edificio.

—Nada. Ha estado tranquilo.

—¿Y qué hay del sedán blanco?

Porter le había echado el ojo al coche cuando llegaron. Un Buick último modelo con un precioso parche de masilla en el guardabarros trasero del lado del conductor.

—Ni rastro del dueño.

Watson recuperó su móvil de manos de Porter.

—¿Creen que está utilizando los túneles?

—¿Los túneles de los contrabandistas? —Clair echó un vistazo a los edificios de alrededor y volvió a mirar hacia el coche—. Trabajé en un caso de drogas en el East Side hace unos años, y aquella gente usaba los túneles viejos para moverse. Me enteré de que la compañía de teléfonos los había excavado para tirar cable hace ya bastante, e incluso había montado un sistema de raíles ahí abajo. Eran capaces de ir desde el río hasta casi el mismo centro de la ciudad sin ver la luz del día. Algunos de esos túneles son lo bastante anchos como para que pase un camión —les explicó—. Si sabes orientarte, te puedes mover por toda la ciudad. Eso sí, ahí abajo hace un frío que te congela: unos cuantos cines del centro aún usan los conductos de ventilación para mantener frescas las salas.

—¿Se puede llegar hasta aquí desde el parque de A. Montgomery Ward?

—Ya veo por dónde vas, Sam, pero dudo que eso funcionara —dijo Nash—. Se la llevó de allí en un coche. Si hubiera intentado bajar por uno de los desagües para las riadas con la chica a cuestas, creo que alguien se lo habría impedido.

Clair puso los ojos en blanco.

—Tú no viste a aquella panda.

Porter siguió con el debate.

—Vale, entonces se la lleva en un coche. ¿Adónde va? El parque de A. Montgomery Ward está a menos de una manzana del brazo norte del río Chicago. ¿Se puede entrar por allí en los túneles con un coche?

Watson estaba tecleando de nuevo en su teléfono.

—Yo imagino que sí se puede, pero no soy capaz de encontrar ninguna imagen detallada. Sería lógico, ¿no? Los que los construyeron querían tener acceso desde todos los canales fluviales. Ese hombre podría haber desaparecido bajo tierra con ella y haberla traído hasta aquí sin correr el riesgo de ser visto, aunque hiciese parte del recorrido a pie.

—Es posible que trasladara así a todas las víctimas. Eso explicaría cómo pudo moverse por la ciudad sin dejar rastro durante tanto tiempo —añadió Nash.

—Entonces, la chica podría estar aquí —dijo Clair en voz baja.

—Claro —dijo Porter.

Una camioneta de color azul marino con un letrero que decía «Fontanería Tomlinson» pintado en un lateral en un amarillo llamativo atravesó el cruce y se detuvo justo detrás del sedán.

—¿Son nuestros chicos? —preguntó Porter.

—Sí, señor. Habrán pensado que era mejor no hacer ruido. —Sonó el teléfono de Clair, que lo sacó del bolsillo y cogió la llamada. Asintió varias veces y dijo—:

Recibido, entramos en tres minutos. —Se volvió hacia Porter y Nash—. ¿Nos preparamos? Entramos detrás de ellos. Despejan el edificio y nosotros los seguimos, a sus seis.

Nash señaló con el pulgar al asiento de atrás.

—¿Qué hacemos con este?

Porter se volvió hacia el espejo retrovisor y miró a Watson.

—No vas armado, ¿verdad?

Watson negó con la cabeza.

—No, señor.

—¿Has traído un chaleco, por casualidad?

El departamento de policía prohibía que nadie participase en una acción sin un chaleco antibalas.

—No son reglamentarios en nuestro departamento.

—Entonces me parece que nos vas a esperar aquí. Lo siento, chaval.

Porter y Nash se bajaron del coche y lo rodearon hasta la parte de atrás. Porter sacó del maletero dos chalecos antibalas, una escopeta y una linterna larga de mano. Le dio a Nash la escopeta y un chaleco, y se puso el otro. Nash abrió la escopeta y comprobó que la recámara que sellaba el cañón estuviera de nuevo en su sitio. Porter sacó entonces una Beretta 92FS de nueve milímetros de debajo de la rueda de repuesto y comprobó el cargador. Tirar de la corredera del arma bastó para confirmar que había una bala lista en la recámara.

—¿De repuesto? —preguntó Nash mientras comprobaba su propia arma, una Walther PPQ.

Porter asintió.

—Aún no he visto al capitán. Todavía tiene mi arma reglamentaria.

—En teoría, no estás aún de servicio. Casi mejor que no te lleves un tiro. «Acompañante civil herido» lleva mucho más papeleo que «compañero herido».

—Qué bien que me cubres tú las espaldas.

El teléfono de Clair zumbó con un mensaje de texto.

—Entramos en diez segundos. —Tiró de la corredera de su Glock y cargó una bala en la recámara.

La camioneta de la Fontanería Tomlinson se agitó un instante, se abrieron de golpe las puertas de atrás, y comenzaron a salir en tromba unos hombres ataviados con todo el equipo antidisturbios. Los dos primeros cargaban con un ariete negro de metal; los demás llevaban listos unos rifles de asalto AR-15. Se desplazaron hasta el edificio con rapidez y al unísono.

Nash cruzó corriendo la calle detrás de ellos, con Porter a su lado y Clair pisándoles los talones.

El ariete dio cuenta de la puerta principal con rapidez: un golpe y ya estaban dentro. Arrancaron del marco de metal el candado, que cayó al suelo con un ruido metálico y fue apartado de una patada por las botas al entrar en tropel. Los hombres

que cargaban con el ariete se hicieron a un lado para que los demás pasaran y, acto seguido, cogieron sus propios rifles de la espalda y les siguieron.

Detonó una granada de aturdimiento. Se oían gritos amortiguados de «¡Policía!» y «¡Despejado!» conforme el equipo desaparecía en el interior. Porter asió con más fuerza la empuñadura de la Beretta cuando pasaron de la calle soleada al negro vacío de la entrada del edificio.

—No se ve una mierda aquí dentro —refunfuñó Nash, mirando al interior.

—Todas las ventanas están selladas. Es como una tumba —dijo Clair.

Porter observó el marco de la puerta. La luz de la calle se quedaba estancada en la entrada, en poco más que un cuadrado de tres por tres, ribeteado por el negro más negro. Era como si las sombras empujasen y obligasen a la luz a quedarse fuera.

Encendió la linterna, hizo un barrido por el interior y se imaginó que se encontraría con un almacén diáfano. En cambio, la luz recorrió una entrada estrecha de madera podrida. Los paneles acústicos del techo se habían desmoronado, la escayola de las paredes estaba desconchada y agrietada, y el suelo cubierto de los restos que habían ido cayendo con el paso de los años.

Porter oyó al equipo en las profundidades del edificio, el golpeo de las botas contra el cemento conforme iban barriendo una estancia tras otra.

Después, silencio.

—¿Oís eso?

—¿Oír qué?

—El equipo táctico se ha detenido.

—Quizá están demasiado lejos en el interior del edificio y ya no los puedes oír.

—No, no es eso. Han dejado de avanzar.

—¿Habrán encontrado algo?

—Quizá.

—Hay demasiado silencio —dijo Clair.

—Vamos —dijo Porter—. No os separéis.

Se desplazaron despacio mientras la luz de la linterna iba cortando la oscuridad. La entrada se convirtió en un pasillo que a su vez se convertía en un sendero estrecho que se abría paso entre contenedores, cajas de plástico para botellas y otros objetos diversos apilados contra la pared. Porter contó no menos de cinco colchones en los primeros quince metros, con la tela raída y podrida, húmeda, llena de moho y de insectos que entraban y salían. El suelo de cemento era un pozo negro de polvo y mugre salpicado de pequeños charcos de un agua que apestaba a orina. El sonido de agujas crujiendo bajo sus pies bastaba para empujarle a concentrarse en otra cosa. Se imaginaba unos minúsculos esqueletos de roedores que se partían bajo el peso de cada zancada.

Había puertas cada tres metros aproximadamente, con los marcos de madera rajados y astillados. Porter sabía que el equipo táctico las había abierto rápidamente de una patada o con el ariete que ya habían utilizado con la puerta principal. Fue

iluminando con la linterna cada habitación al pasar, aunque sabía que no iba a hallar nada digno de mención: era un movimiento precavido, si acaso.

Se detuvo ante la tercera puerta y forzó el oído para escuchar mejor.

Oyó el goteo constante del agua.

La respiración de Nash y de Clair, unos pasos por detrás.

El tictac de su reloj.

Sin embargo, no podía oír al equipo táctico. No llegaba ni un solo sonido.

Porter aminoró el ritmo lo suficiente para que Porter y Clair llegaran a su altura.

—Algo va mal. Esto no me gusta.

Se oyó un fuerte golpe seguido de dos disparos de escopeta procedentes de las profundidades del edificio.

—¡Vamos! —ordenó Porter, corriendo hacia los disparos.

Clair y Nash echaron a correr tras él, siguiendo los brincos que daba la luz de la linterna.

Porter siguió los ruidos moviéndose con rapidez. Le dio la sensación de que se iba a atragantar con el moho. Llegaron a un montacargas estropeado junto a un tramo de escaleras que descendía a la izquierda. Las voces llegaban desde abajo.

Sin vacilar, bajaron los escalones de dos en dos, esquivando desperdicios y cascotes, con cuidado de no resbalar.

—¿Qué cojones? —gritó alguien.

—¿De dónde salen?

—¡Yo qué sé!

—¡Retroceded!

—¡No, esperad!

Una luz roja brillante iluminó la entrada, al fondo de la escalera. Alguien había encendido una bengala. Porter entornó los ojos ante la luz deslumbrante. Levantó el cañón de la pistola para que apuntase al techo. No estaba dispuesto a arriesgarse a un disparo accidental.

Desde abajo se oía:

—¡Se están dispersando!

—Enciende otra. ¡Allí, en el rincón!

Nash agarró a Porter por el hombro, lo retuvo a unos pocos escalones de llegar abajo y gritó:

—¿Espinosa? Somos los detectives Nash, Norton y Porter. Estamos en las escaleras. ¡Alto el fuego!

—¡Un momento, detectives! —les gritó Espinosa.

—¡Despejado! —gritó alguien más.

—¡Esas putas cosas están por todas partes!

Otra bengala cobró vida con un siseo y aterrizó en la base de la escalera.

No menos de una docena de ratas pasó a toda velocidad, subiendo con las patas minúsculas por los zapatos de Porter y Nash. Clair soltó un grito.

—¡Joder! —gritó Nash, que retrocedió de un salto hasta la pared.

Porter miraba asombrado cómo pasaban otras seis.

—Muy bien... ya pueden bajar; pero permanezcan en la luz —les dijo Espinosa.

—Yo no voy a... —dijo Nash.

Clair le dio un empujoncito.

—Muévete, nenaza.

Salieron a un sótano grande que parecía ocupar toda la extensión del edificio. Iluminados por las bengalas rojas, los suelos de cemento y las paredes de ladrillo se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El suelo estaba cubierto de desperdicios: cajas, papeles sueltos, latas de bebida y...

—Jamás había visto tantas ratas —dijo Porter con la mirada fija en el suelo, más allá del alcance de la bengala, que brillaba y se movía. Un manto vivo de roedores que se subían los unos sobre los otros tratando de apartarse de la luz, pero que no tenían adónde ir. Las pequeñas garras tintineaban contra el cemento, se clavaban en el lomo de las demás ratas en el barullo de la retirada.

—Les he dicho que esperaran fuera —dijo Espinosa con el ceño fruncido—. Al menos hasta que sepa a qué demonios nos enfrentamos ahí abajo.

—Nos enfrentamos a una puta plaga —gruñó otro miembro del equipo táctico antes de lanzar otra bengala hacia el fondo de la estancia.

—Sí, tú tírala ahí, al fondo, que las ratas van a venir hacia acá. Tenemos que hacer que retrocedan.

—¿Que retrocedan hacia dónde?

—¿Estáis disparando a las ratas? —preguntó Porter.

—Ha sido Brogan, el muy gilipollas.

—¡Eh!

—Esas malditas ratas están por todas partes. Tiene que haber miles aquí abajo —dijo Espinosa, que se quitaba una de la bota con un puntapié.

La rata salió volando por los aires y rebotó contra una pared, se sacudió y echó a correr hacia el rincón opuesto.

Nash seguía allí de pie, perfectamente inmóvil y pálido mientras las ratas les correteaban por los pies, llevadas por un pánico ciego y enseñando los dientecillos amarillentos.

Clair les mencionó los túneles y sugirió que sería por allí, probablemente, por donde entrarían y saldrían de aquel sótano.

Espinosa asintió y pulsó un botón en la radio que llevaba en el hombro.

—Comprobad las paredes del perímetro. Buscamos algún tipo de entrada de un túnel.

—No hace falta buscar —dijo Porter mientras su mirada seguía a los roedores, que corrían a toda velocidad entre la basura—. Basta con seguirlos. —Sus ojos se fueron hasta el rincón opuesto. Las ratas no corrían sin ton ni son, sino que formaban una riada hacia aquella esquina, una corriente de porquería y enfermedades—. ¿Me

deja una bengala? —preguntó.

Espinosa sacó una de su cinto y se la entregó a Porter.

El detective quitó la tapa, la encendió y lanzó el cartucho hacia el fondo. Describió un arco en el aire y aterrizó con un golpe seco a unos veinte metros de distancia.

—¡Guau! ¡Menudo brazo que tiene, detective! —exclamó Espinosa.

Porter fue detrás de la bengala.

Aunque las ratas rehuían la llama, continuaban rumbo a un punto concreto, una puerta cerrada con un agujerito en la esquina inferior derecha, un orificio lo bastante grande para que los roedores se colaran. Y eso era, precisamente, lo que estaban haciendo. En una fila india perfecta, se metían por el agujero, una rata detrás de otra.

Porter alargó el brazo hacia la puerta y Espinosa le sujetó la mano.

—Atrás, detective. Tenemos que despejar esa habitación —le dijo en voz baja, apenas audible.

Porter asintió y se apartó.

Espinosa hizo un gesto con la mano libre y envió a dos miembros del equipo a flanquear la puerta. Él se situó a tres metros, apuntando con el arma hacia la abertura, e hizo una cuenta atrás con tres dedos.

Al llegar a cero, uno de los miembros de su equipo abrió la puerta de una patada, se agachó en el interior y se desplazó rápido y agachado hacia la izquierda. El otro agente apuntó con el arma por encima de él e hizo un barrido con el cañón por la sala antes de seguir a su compañero. Otros dos hombres entraron en tromba detrás de él.

—¡Despejado! —se oyó a lo lejos, amortiguado.

Y de nuevo:

—¡Despejado! Arma en ristre, Espinosa se movió con rapidez y desapareció. Un instante después surgía del interior la luz brillante de una bengala roja.

—¡Porter..., entre aquí! —gritó Espinosa.

Porter se volvió y miró a Clair y a Nash, y luego atravesó la puerta esquivando las ratas que entraban y salían a sus pies.

Aquella estancia estaba más fría que el resto del sótano, húmeda de moho y descomposición. Reconoció de inmediato el olor mareante y dulzón de la carne putrefacta. Se llevó la mano a la nariz y la boca en un intento de tapar el hedor, pero de poco le sirvió.

Los cinco hombres se encontraban de pie ante él, con la mirada fija, los ojos muy abiertos.

—Todo el mundo fuera —ordenó Porter entre jadeos amortiguados.

Espinosa se dio la vuelta para discutirsele, pero se lo pensó mejor. Volvió a cruzar la puerta hecha añicos e hizo un gesto a sus hombres para que siguieran sus pasos.

Porter se adentró un poco más en la habitación.

Cientos de velas cubrían las paredes y el suelo, la mayoría consumidas y convertidas en poco más que un montoncito de cera. Las pocas que quedaban

soltaban su tenue luz en intervalos irregulares, un levísimo baile en el mejor de los casos, en contraste con la potente iluminación de la bengala.

Quería apagarla. La bengala, las velas.

Quería acabar con toda aquella luz y volver a sumergir aquel lugar en la oscuridad.

No quería verlo.

Nada de eso.

En el centro de la habitación había volcada una vieja camilla de hospital, con las barandillas metálicas cubiertas de parches rojizos de óxido.

Debajo de la camilla, un cuerpo desnudo estaba esposado al armazón..., un cuerpo que había sido devorado por el millar de roedores que andaban por allí, hambrientos, entre susurros.

Un montón de huesos con carne hecha jirones.

## Diario

La señora Carter debió de entender las reglas, porque no gritó esta vez cuando le quité la mordaza. No maldijo. Si algún pensamiento de odio le daba vueltas en la cabeza, se lo guardó para ella. Lo que hizo, en cambio, fue mirarme con ojos de cansancio.

—Tengo sed —dijo.

Le sostuve el zumo de naranja ante los labios reseco, lo incliné lo justo para que el líquido (ya templado) le llenase la boca y le di la oportunidad de tragar.

—Más, por favor.

Le di más. Cuando se lo terminó entero, dejé el vaso en el suelo, junto al catre.

—¿Plátano o Cheerios?

Respiró hondo.

—Tienes que soltarme.

—Ya sé que los Cheerios a palo seco no parecen muy apetecibles, pero le garantizo que lo son. Esos aritos de cereal son un manjar maravilloso, puede que uno de mis favoritos.

Sentí la tentación de comerme yo unos cuantos, pero la mujer tenía que nutrirse. Ya me recompensaría yo con un cuenco cuando volviera a subir.

La señora Carter se inclinó para acercarse. Sentí su cálido aliento en la mejilla.

—Tus padres van a matarme. Eso lo entiendes, ¿verdad? ¿Es eso lo que quieres? Yo no he hecho más que portarme bien contigo, siempre. Incluso te dejé verme..., ya sabes, ahí fuera, junto al lago. Eso fue un

momento especial entre tú y yo. Algo solo para ti. Si me sueltas, te prometo que habrá más de eso, mucho más. Te daré lo que tú quieras. Haré cosas que ninguna chica de tu edad podría ni siquiera imaginar. Pero tienes que soltarme.

—¿Plátano o Cheerios? —repetí.

—Por favor.

—Vale, plátano, entonces.

Pelé el plátano y se lo llevé a la boca. Los párpados le temblaron un instante. Se inclinó entonces y lo mordió.

—Ya le he dicho que estaba bueno.

—Tú sí que eres bueno —me dijo—. Eres un buen chico, y sé que no vas a dejar que me pase nada, ¿verdad?

Le volví a llevar el plátano a la boca, a la fuerza.

—Tiene que comer.

Le dio otro mordisco, más lento que el anterior; sus labios rojos se deslizaron por el plátano y allí permanecieron un instante, antes de retirarlos.

## 36

Porter

Día 1 – 17:32

Cuando Espinosa y su equipo salieron en fila por la puerta, Porter se adentró un poco más en la habitación.

—¡Nash, Clair, coged una linterna y venid aquí! —gritó volviendo la cabeza por encima del hombro.

Arrodillado junto al cuerpo, dio una palmada con toda la fuerza que fue capaz de reunir. El restallido retumbó por la habitación e hizo salir correteando a las ratas de debajo del cuerpo. Dio otra palmada, y dos más salieron disparadas a esconderse. Con las palmas rojas y doloridas, dio una tercera palmada, y otra más salió pitando con restos de carne que le colgaban de los dientes apretados. Parecía un trozo de oreja.

Un haz de luz blanca bailó por la pared opuesta. Porter se volvió para encontrarse a Nash de pie detrás de él, cubriéndose la boca con la manga de la chaqueta.

—Por Cristo bendito —exclamó.

—Déjame ver eso —dijo Porter señalando la linterna con un gesto.

Nash se estiró y le entregó la linterna, con los pies clavados en el sitio con firmeza.

—Aj, hostia —tosió Clair tapándose la boca—. ¿Es Emory?

Porter no se dio la vuelta.

—Clair, vuelve arriba. Dile a Watson que llame a los del Laboratorio de Criminalística y que baje aquí. Y también a la oficina del forense.

—Sí, señor —respondió antes de volver a salir por donde había llegado.

—Brian, no es necesario que te quedes aquí. Lo entiendo.

Nash negó con la cabeza.

—Estaré bien..., dame un minuto.

Porter dirigió la luz hacia el cuerpo.

Las moscas zumbaban alrededor del bulto pálido encajado entre la camilla y el suelo de cemento. Al inclinarse más hacia la cabeza, reparó en una fractura en el cráneo, medio centímetro por debajo de la línea del nacimiento del pelo. La piel de alrededor de la fractura estaba roída hasta haberla dejado limpia. Lo más probable era que la herida hubiese sangrado y que las ratas hubieran acudido atraídas por el olor.

—Creo que se cayó de la camilla y se abrió la cabeza del golpe. No hay forma de saber cuánto tiempo lleva aquí.

Nash señaló un poco más abajo.

—Tiene el brazo derecho esposado a la camilla. Yo creo que se tiró todo este desastre encima al caerse. ¿Es nuestra chica?

Porter pasó la luz por el cuerpo, arriba y abajo, y a continuación se volvió a acercarse más a la cabeza.

—No, esta persona tiene el pelo corto y castaño. Creo que es más mayor. Veo algunas motas grises, muchas arrugas debajo de lo que queda de la barbilla. Emory es mucho más joven, y tiene el pelo más oscuro.

—¿Es una mujer?

—Difícil de decir. Ayúdame a darle la vuelta al cuerpo.

Otra rata se abrió paso desde debajo de la pierna izquierda y echó a correr hacia la puerta.

—Hijas de puta... —Nash retrocedió de un salto.

Porter le miró, le puso los ojos en blanco y le lanzó la linterna.

—Señor... Ya lo hago yo. Sostén esto y sigue el movimiento de mis manos.

Nash cogió la linterna y la sostuvo hacia delante.

—Perdona, es que la muy puñetera me ha dado un susto de muerte, solo eso.

—¿Es que nunca tuviste un hámster o un jerbo de mascota cuando eras niño? Estas son iguales, solo un poco más grandes.

—Comen basura y son portadoras de más enfermedades que una Kardashian en el Mardi Gras —respondió Nash—. Que te muerda una de esas cabronas, y ya verás como te pasas el resto de la noche en urgencias, recibiendo inyecciones para la rabia en la barriga. No gracias.

—En el brazo —dijo Porter mientras se metía la mano en el bolsillo y sacaba un par de guantes verdes de látex.

—¿Qué?

—Las inyecciones, que ya no te las ponen en el abdomen; te pinchan en la parte alta del brazo.

—Ah, el progreso.

—Y tampoco suelen ser portadoras de la rabia. En Estados Unidos jamás se ha registrado un caso de rabia provocado por la mordedura de una rata. Es un mito. Nos hace sentirnos mejor por matarlas. ¿Te imaginas lo asquerosa que estaría esta ciudad sin que las ratas fueran por ahí correteando y comiéndose nuestros desperdicios? La verdadera plaga es la gente, si quieres que te diga lo que pienso. La gente hace cosas

como esta. —Tenía los ojos clavados en el cadáver—. Necesito que levantes la camilla mientras yo le doy la vuelta al cuerpo. Ponte al otro lado.

—No te tenía por un defensor de las ratas. —Nash se metió la linterna debajo del brazo mientras sacaba su propio par de guantes y se los ponía, y después rodeó el cuerpo para colocarse y agarró el armazón—. ¿A la de tres?

—A la de tres.

Contó, y cuando Nash levantó la camilla, Porter agarró el hombro con la mano izquierda, rodeó el cadáver con la derecha hasta la parte posterior de la pierna y tiró hacia sí; su vieja espalda se opuso al movimiento con una punzada de dolor que le descendió por el muslo. El cadáver hizo un asqueroso ruido de succión al separarse del suelo de cemento. El olor ascendió en una hedionda oleada dulzona y agria, podrida y húmeda. Cuando el cadáver cayó sobre su espalda, Porter se percató de que le faltaba la mitad del estómago. Allí donde habían estado los intestinos y las paredes del estómago solo había una gran cavidad rosada que supuraba grasas licuadas e infestadas de gusanos.

Nash giró la camilla para apartarla, y por los pelos no le dio a Porter en la cabeza cuando dejó caer al suelo el armazón, se dobló hacia delante y puso perdida la pared de bloques de hormigón ligero con restos de Kit Kat a medio digerir. Con él giró también la linterna, y Porter agradeció el instante de oscuridad. Necesitaba esos segundos para prepararse antes de volver a ser capaz de mirar.

Nash trató de disculparse cuando se enderezó y se dio la vuelta, pero Porter le restó importancia con un gesto de la mano.

—Pásame la luz.

Nash asintió y le entregó la linterna antes de limpiarse la comisura de los labios con la manga de la chaqueta.

El haz de luz recorrió el cadáver, despacio, desde lo que quedaba de la cara hasta los pies y de vuelta.

—Hombre. Cumplidos los cincuenta, probablemente.

—Jesús bendito, ¿cómo lo puedes saber?

Las ratas habían dado cuenta de los genitales. Prácticamente habían limpiado de carne la zona y habían dejado hueso, tejido tendinoso y un espacio vacío en el lugar que aquellos ocupaban antes. Era de un color extraño, una mezcla de verde oscuro, blanco y marrón. Los gusanos se retorcían y contorsionaban entre las capas, y digerían lentamente lo que quedaba del festín de las ratas.

—Le han quitado los ojos —dijo Nash.

Porter volvió a dirigir la luz hacia la cabeza. Se habían llevado algo más que los ojos. Las cuencas vacías le observaban con una mirada imperturbable. El blanco del nervio óptico en el centro y los párpados inexistentes le daban un aspecto de dibujos animados: como el personaje de Little Orphan Annie de las antiguas tiras cómicas.

—¿Cuánto crees que lleva aquí abajo?

Porter suspiró, y lamentó haber respirado hondo en el instante en que el aire

pútrido le entró en los pulmones.

—Un par de días, como mínimo. Creo que estuvo vivo por lo menos dos días antes de morir.

—¿Por qué?

Porter señaló el cuello del hombre.

—¿Ves la sombra de la barba? Tiene al menos un par de días. Lleva el pelo corto, bien cuidado; incluso las cejas recortadas. Un hombre así se afeita a diario, y en ocasiones dos veces al día. Llevaba sin hacerlo un par de días, quizá tres. Estoy seguro de que el forense nos podrá decir algo más preciso.

—¿Alguna idea de la causa de la muerte?

Recorrió de nuevo el cuerpo con la luz.

—No hay heridas evidentes. Imagino que lo apuñalarían en la zona del estómago. Es ahí donde las ratas parecen haber causado más daños.

—Fueron primero a por la sangre de la herida, como en el tajo de la cabeza.

—Ajá.

Nash se acercó un paso más y señaló la mano izquierda de la víctima.

—¿Qué es eso?

Porter siguió la dirección de su mirada. Tenía el puño cerrado, agarrando algo con fuerza. Alargó el brazo y trató de abrirle los dedos.

—¿*Rigor mortis*?

—Ya ha pasado. Las ratas le han mordisqueado los dedos, y la sangre seca los ha pegado entre sí. Sujétame esto otra vez.

Le volvió a dar a Nash su linterna.

Con ambas manos libres forzó los dedos para abrirlos. La mano de la víctima tenía sujeto un papel satinado. Era de unos trece centímetros de largo, liado como un cigarrillo. Porter liberó el papel grueso y lo desenrolló con delicadeza.

—Es un folleto.

—¿De qué?

Porter sostuvo a la luz el folleto colorido.

Nash se inclinó para acercarse y lo leyó en voz alta.

—Moorings Lakeside, una promoción inmobiliaria Talbot. Donde el club náutico se funde con la vida en el club de campo.

—¿Es esa la inmobiliaria de Talbot?

—O su constructora, o quizá ambas. —Nash alargó la mano hacia el folleto—. He visto los anuncios de este sitio. Han demolido decenas de naves industriales y almacenes a orillas del lago, edificios idénticos a este, y los han sustituido con mansiones horterías. Las casas son enormes, pero están prácticamente adosadas. Es de locos. Si tienes la pasta para permitirte un sitio como ese, con salida al agua, ¿por qué ibas a querer vivir encima de tu vecino? Tengo un colega que trabaja en Costas, y me dijo que las parcelas con salida al agua tienen su muelle, pero no las dragaron con la suficiente profundidad: ahí no se puede meter mucho más que una barca de pesca de

arrastre. Si quieres meter un barco más grande, te convencen para que pagues un sobrecoste desproporcionado por hacerlo más profundo. Tampoco es que sirva para mucho, a menos que tus vecinos hagan lo mismo; los sedimentos se vuelven a depositar enseguida. Un par de años, y tendrás que volver a empezar.

Porter obligó a su cuerpo, cansado, a ponerse en pie, y las rodillas le crujieron bajo la presión.

—Tenemos que salir fuera y llamar a Hosman. El CM ha elegido a Talbot por algún motivo; tiene que estar vinculado a esta promoción.

—¿Algo turbio en los libros, quizá?

—¿En un proyecto tan grande como este? Podría ser cualquier cosa. Hay que pisar a mucha gente para sacar adelante un proyecto inmobiliario de gran tamaño.

—¿Porter?

Los dos se dieron la vuelta. Espinosa estaba de pie en la entrada.

—Mis hombres han localizado el túnel que ha mencionado. Estaba cubierto con tablones en algún punto, pero se ha colado alguien por ahí no hace mucho y ha tapado el agujero con unas cuantas cajas de botellas. El túnel parte del subsótano y se dirige al norte. A menos que me necesiten aquí, voy a coger a un equipo y lo voy a seguir, a ver adónde lleva.

Porter tenía ganas de salir al exterior. Aquella sala, el cadáver, las ratas, todo cuanto había en aquel lugar le estaba haciendo sentir claustrofobia.

—Nash, espera aquí a que llegue el forense. Haz que Watson se ocupe del escenario. Yo me voy con el equipo de Espinosa. Me pondré en contacto cuando averigüemos adónde conduce el túnel. —Se volvió hacia Espinosa—. Usted delante.

## Diario

—Eh, campeón, ¿puedes echarme una mano con esto?

Padre se encontraba de pie, cerca de los escalones de la puerta trasera, con mi carretilla roja detrás, llena hasta arriba de paquetitos de unos treinta por treinta centímetros, envueltos en bolsas de plástico negro y sellados con cinta de embalar.

Debo reconocer que hacía varios años que no utilizaba aquella carretilla. La última vez que la vi, estaba enterrada en el fondo del cobertizo de las herramientas, bajo una montaña de diferentes productos para el cuidado del césped y una vieja barbacoa que padre compró en una liquidación de Sears hace muchos veranos. A padre le gustaba la parrilla porque era de gas; a madre le disgustaba porque no era de carbón. Para mí, una hamburguesa a la parrilla era una hamburguesa a la parrilla, y no tenía ninguna preferencia en cuanto a cómo estuviera hecha mientras que acabase en mi plato..., quizá con un toque de ketchup, una pizca de mostaza y un poco de mayonesa.

No me gustaba que padre utilizase mi carretilla sin preguntarme.

Sabía que era una estupidez. La había comprado él, pero aun así era mía, y era una grosería cogerle a alguien prestada la carretilla sin haberle pedido permiso antes. Yo jamás haría tal cosa, y me molestó, aun a tan tierna edad.

—Necesito que me hagas un gran favor, colega. Necesito que te lleves estos paquetes al lago, que les pegues unas piedras bien pesadas con la cinta y que los tires al agua tan lejos como puedas. ¿Crees que podrás hacer eso por mí? ¿Puedo contar contigo? —Me entregó medio rollo de cinta de embalar—. Pensaba hacerlo yo, pero me han llamado de

la oficina. Si dejo esto para más tarde, hasta esta noche, me da miedo que acabemos con un buen pestazo metido en la casa, y no queremos eso, sobre todo teniendo a una invitada.

Cogí el asa de la carretilla y le di un tirón de prueba.

—Pesa.

Padre sonrió.

—Lleva algo así como unos ochenta kilos de ternera en mal estado..., eso debería hacer felices a nuestros amigos los pececillos, ¿no te parece?

¿Comen ternera los peces? Había oído que a los peces exóticos como las pirañas les encantaba comerse un buen trozo de carne, pero estaba bastante seguro de que no había pirañas en nuestro lago. Allí había truchas y lubinas de sobra, aunque no me habían instruido acerca de sus hábitos alimenticios. Aún albergaba mis sospechas sobre si comían gusanos o no.

—¿Todavía llevas la navaja? Podrías hacer una rajita en cada paquete antes de tirarlo al agua. Darles a probar un poquito del festín que encontrarán dentro. Eso sería espléndido.

—Sí, padre.

—Ah, y una nadería. —Miró hacia la casa de los Carter—. Todavía tenemos que hacer un par de maletas y dejar la casa preparada.

—Puedo hacerlo yo —le dije con entusiasmo.

Me miró y ladeó la cabeza.

—¿En serio?

Asentí.

—Completamente, padre. ¡Puede contar conmigo!

Sus ojos se entornaron mientras se lo pensaba. Entonces asintió.

—Muy bien, campeón. Dejaré en tus competentes manos esta tarea de hombres. Carga unas cuantas cosas en su coche, y yo me libraré de él esta noche.

—¿Dónde lo va a dejar, padre?

Se encogió de hombros.

—No estoy seguro aún. El aeropuerto está un poco lejos. Estaba pensando en las cocheras de los autobuses, en Marlow. Ya se me ocurrirá algo.

Eché a andar hacia la parte delantera de la casa, pero se detuvo.

—Una cosa más, campeón. ¿Puedes echarle un ojo a tu madre? Ya sabes cómo se pone después de...

Asentí. Lo sabía, claro que sabía cómo se ponía.

Me sonrió.

—Mi hijo ya es casi un hombrecito. ¿Quién se lo iba a imaginar? Yo no, desde luego. —Se dio la vuelta y dobló la esquina—. No señor, desde luego que yo no —dijo mientras desaparecía de mi vista.

Madre tendía a ponerse un tanto emocional después de matar. Podía resultar impredecible. A veces se encerraba por completo, desaparecía en su habitación y no salía durante días. Cuando aparecía, estaba tan fresca como una lechuga, pero durante esos pocos días era mejor dejarla en paz. Otras veces rebosaba alegría, se reía y hacía chistes muy animada. Podía ponerse a bailar en la cocina y bajar dando saltitos por la calle. Esa madre me gustaba más: la madre alegre, la madre exultante, la madre de las mil y una sonrisas. Nunca sabíamos qué madre surgiría después de matar, tan solo que sería una de ellas, y que pasarían al menos unos cuantos días antes de que la madre original regresara de su viaje psicológico.

Pensé en ir a ver cómo estaba antes de marcharme al lago, pero decidí no hacerlo. Si hoy era el día de la madre alegre, el hecho de que se enterara de lo que yo estaba a punto de hacer podría revertirla a una de las otras, y nadie quería eso. Lo mejor era que la dejara tranquila hasta que terminase mis encargos de la mañana, y después dedicar el resto del día a hacerle compañía, a ayudarla a sobrellevar lo sucedido la víspera.

Con un tirón brusco, la carretilla cogió mi ritmo detrás de mí y eché a caminar por el sendero del lago mientras silbaba una canción alegre de la película *Eddie y los Cruisers*. Afortunadamente, era cuesta abajo. El señor Carter era un hombre corpulento.

## Porter

## Día 1 – 18:18

Porter siguió a Espinosa fuera de la estancia del cadáver, hacia el subsótano principal. Tres de los hombres de Espinosa estaban apiñados en el rincón a la derecha, junto a una pila de cajas de botellas. Al acercarse a ellos, Porter se fijó en los nombres cosidos en sus uniformes: Brogan, Thomas y Tibideaux.

Tibideaux tomó primero la palabra.

—Ha sido tal y como nos ha dicho. Hemos seguido a las ratas, y la mayoría de ellas han ido derechitas desde el cadáver hasta este rincón. Desaparecían detrás de este montón de basura, así que nos hemos imaginado que al fondo habría algo. Hemos encontrado la abertura del túnel oculta detrás de las cajas. —Hizo un gesto hacia una boca amplia picada en la pared de cemento.

La abertura redondeada tendría de dos a dos metros y medio de alto por algo menos de dos metros de ancho, reforzada con un perímetro de piedra. Una pequeña vía férrea partía justo del interior del pasadizo y desaparecía por aquella garganta.

—Mi abuelo me habló de estos túneles. Los utilizaban para transportar el carbón desde el río hasta los edificios del centro a comienzos del siglo xx —dijo Brogan.

Apuntó con la linterna hacia la abertura y descubrió una pequeña vagoneta un poco más grande que un carrito de la compra. Aunque debía de tener más de un siglo, las ruedas brillaban recién engrasadas.

—¿Alguno lleva un equipo de huellas dactilares? Alguien ha estado usando esto. Thomas asintió.

—Ya estoy en ello.

Sacó una cajita del cinturón, se arrodilló junto a la vagoneta y empezó a cepillar el polvillo. Sus dedos se movían con la destreza de un profesional experimentado. Porter no pudo evitar preguntarse por los destinos que aquel hombre habría tenido antes de encontrar su sitio en la unidad de intervención.

Porter había vivido en Chicago más años de los que le apetecía recordar, y hasta aquel día no había tenido la menor idea de que existiesen aquellos túneles. Su cerebro comenzó a retroceder y repasar las víctimas anteriores del CM, dónde fueron secuestradas, dónde las encontraron. Si en efecto aquellos túneles recorrían toda la ciudad, era posible que los hubiese estado utilizando todo aquel tiempo para transportar los cuerpos. Parecía lógico. No habían averiguado aún la forma en que se desplazaba por la ciudad sin ser visto. Al fin y al cabo, dejó algunos cadáveres en zonas de mucho tráfico y sin un solo testigo. Colocó a Susan Devoro en un banco, prácticamente en el centro de Union Station, cubierta con una manta asquerosa. Las probabilidades de que uno de estos túneles cruzase con Union eran elevadas. Para dejar el cuerpo allí entrando desde la superficie, habría tenido que pasar por el control de seguridad, por delante de una docena de puestos de venta y quién sabe de cuántos transeúntes. El recorrido estaba lleno de gente incluso en plena noche. Pero ¿bajo tierra? Tenía que ser eso.

—Lo han limpiado, pero tengo una parcial aquí abajo, en la rueda trasera izquierda. Debería ser suficiente para encontrar una coincidencia, si está en el sistema.

—El CM nunca ha dejado una huella. Supongo que cuando uno tiene pensado tirarse delante de un autobús, el sigilo deja de importarte.

Thomas levantó la huella y le entregó a Porter la película de conservación en una bolsita de plástico.

—Aquí tiene, señor.

Porter la sostuvo a la luz: más de media huella. Suficiente para una identificación.

—Buen trabajo, Thomas. —Se la metió en el bolsillo y se volvió hacia el sargento —. Espinosa, ¿funciona su radio?

El hombre, corpulento, bajó la mirada a su receptor y le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Hemos perdido la comunicación en el momento en que hemos bajado por esas escaleras. Tampoco hay cobertura de móvil.

—Si seguimos ese túnel, ¿cómo evitaremos perdernos?

Porter se imaginaba decenas de túneles, o más, que se separaban en numerosas direcciones: un laberinto subterráneo. Supuso que el Ayuntamiento dispondría de mapas, pero ¿qué precisión tendrían? Teniendo en cuenta que algunos de aquellos túneles se hicieron para el contrabando, podría no haber constancia de ellos.

Espinosa sacó un bote pequeño de pintura en espray de uno de los bolsillos de su mochila.

—¿He mencionado que fui *boy scout*?

—Muy bien, vaya usted delante.

Espinosa se situó el primero, seguido por Thomas y Tibideaux, después Porter y Brogan en la retaguardia. Entraron en el túnel en fila india y se apretaron para dejar atrás la vagoneta. El ambiente se volvió húmedo y frío de inmediato. Porter pensó

que la temperatura rondaría los trece grados. Las paredes del túnel eran lisas, habían sido excavadas en piedra caliza. Incluso en la actualidad hacer algo semejante resultaría difícil. ¿Cómo habían conseguido tal hazaña hacía más de un siglo? ¿Cuántos hombres habrían muerto allí abajo?

*Otro más se les ha unido esta semana*, pensó Porter.

Goteaba agua del techo en ciertos lugares. No lo bastante para preocuparse, pero sí suficiente para hacer que el suelo estuviera resbaladizo. Porter no iba vestido para la espeleología; sus mocasines negros no tenían mucho agarre.

Los cinco hombres se detuvieron veinte minutos después, al llegar a un recodo seguido de una intersección. Espinosa levantó bien alta la linterna y alumbró los tres posibles caminos.

—¿Alguna sugerencia?

Porter se arrodilló en el centro.

—¿Me apunta eso aquí abajo?

La luz se reorientó, y se le unieron las linternas de los demás. Porter estudió las vías. Solo una tenía signos de un uso reciente: la que viraba a la izquierda.

—Por ahí.

Espinosa le dio una rápida sacudida a su bote de pintura y trazó en la pared una flecha que señalaba hacia el lugar del que venían; después continuaron.

Porter miró la oscuridad a su espalda. Negro absoluto. Allí no se colaba ni el menor atisbo de luz. Se imaginó que las puertas del infierno serían algo semejante a aquello. ¿Qué pasaría si el túnel se hundiese detrás de ellos? El aire le pareció enrarecido, apremiante. ¿Cuán alejados del mundo real estarían?

Miró su iPhone. Sin cobertura.

Espinosa levantó el puño derecho y se quedó petrificado, apuntando con el arma hacia delante.

—Veo luz ahí arriba —les dijo en voz baja.

—¿El exterior? —preguntó Thomas.

—No creo; no es lo bastante intensa. Ven conmigo. Los demás, esperad aquí un minuto.

Porter se agachó, sacó la Beretta de la funda sobaquera, quitó el seguro y apuntó el cañón al techo.

¿Y si empezaban a volar las balas ahí dentro? Los rebotes en aquellas paredes de piedra serían mortales. Aunque llevaba puesto el chaleco, le dejaba lo bastante expuesto para que una bala hiciera un destrozo. Un rápido repaso a las miradas de los otros hombres le dijo que estaban pensando algo parecido. Brogan había sacado un cuchillo grande de una vaina que llevaba en el muslo: prefería el arma del cuerpo a cuerpo antes que el MP5 que le colgaba a la espalda. Tibideaux sostenía una Glock.

—¡Porter!

La voz de Espinosa retumbaba en la piedra lisa un poco más adelante.

Porter se levantó y corrió por el túnel hacia la luz, con los otros hombres detrás.

Se encontraron a Espinosa y a Thomas de pie en el centro de una especie de cámara. Un foco iluminaba aquel espacio desde lo alto de una pared, conectado de alguna manera a la red eléctrica de la ciudad. En la otra punta había una escalerilla atornillada a la piedra caliza. En lo alto descansaba una tapa de alcantarilla. Espinosa apuntaba al suelo con su arma.

Porter siguió la dirección de su mirada.

Tres cajitas blancas, una junto a otra, cerradas con un cordel negro. En la tapa de la del medio había garabateada una sola palabra. «Porter».

—¿Guantes?

Tibideaux sacó unos del bolsillo de su chaquetilla. Porter se los puso y tiró con delicadeza del cordel de la primera caja. Retiró la tapa y...

Una oreja humana sobre un lecho de algodón.

—Ah, qué asquerosidad —dijo Brogan, que dio un paso atrás.

Porter abrió la siguiente caja y descubrió un par de ojos. Azules. Parte del nervio óptico aún colgaba del extremo de uno de ellos, arrugado y endurecido, reseco y pegado al algodón por un fino rastro de sangre.

La última caja contenía una lengua.

Porter no había comprobado la lengua del cadáver de Mulifax. Le faltaban tanto los ojos como la oreja, pero había asumido que se los habían llevado las ratas.

—Digo yo que pertenecerán a nuestra víctima del sótano. Tendremos que llevárselos al forense para saberlo con seguridad.

—Paso —soltó Brogan—. Yo no me llevo eso.

—Yo tampoco, jefe. Eso de ahí da yuyu —dijo Tibideaux.

—Putos mariquitas —replicó Thomas. Sacó de su mochila tres bolsas de plástico y se las entregó a Porter—. Si usted los guarda, yo los llevo.

Porter negó con la cabeza.

—Voy a dejarlos como están por el momento. Pediré al Laboratorio de Criminalística que analice esta cámara entera.

Se levantó e hizo un gesto hacia la escalerilla.

—Quiere que subamos ahí arriba. No hay otro motivo para haberlos dejado aquí. La X marca el lugar.

—Voy. —Espinosa se colgó el arma al hombro y empezó a subir por la escalerilla—. Cúbreme, Brogan.

—Sí, señor. —Brogan se arrodilló en la base y apuntó su MP5 hacia la tapa de la alcantarilla.

Al llegar a lo alto, Espinosa empujó la tapa de metal. En aquella posición, era complicado hacer fuerza en el hierro grueso. Por experiencia, Porter sabía que pesaban alrededor de cuarenta y cinco kilos. Con un sonoro gruñido, Espinosa deslizó la tapa a un lado. La luz del día entró a raudales. Porter se protegió los ojos.

Espinosa sacó una Glock de una cartuchera que llevaba en el muslo y preparó el arma; a continuación, con un movimiento rápido y fluido, ascendió por el orificio y

rodó hacia la derecha.

Brogan se puso en pie en la base de la escalerilla, con el arma apuntando al cielo.

—¡Despejado! —se oyó la voz de Espinosa.

—Adelante, detective —dijo Brogan.

Porter tiró cansado de su cuerpo, escalera arriba, y el calor del sol le expulsó el frío que se le había metido hasta los huesos. Cuando sacó la cabeza a la superficie, se encontró en pleno cruce de una zona residencial. No había tráfico, las casas estaban aún en distintos estadios de construcción.

—Moorings Lakeside, supongo.

## Diario

El gato ya no olía, y fue una grata sorpresa. Al aproximarme, le di un toquecito a los restos peludos con la punta del zapato. Una colección de moscas echó a volar, y un par de bichos salió pitando de los restos. La escasa carne que quedaba tenía el aspecto de la cecina podrida, con pelo blanco y negro apelmazado. El cráneo parecía más pequeño, como si lo hubieran reducido los elementos. Era una bobada, por supuesto. Los gatos no encogen, aun en contacto con el agua, pero parecía más pequeño, desde luego, y eso desafiaba aquella lógica. Algo se había llevado la cola del gato. ¿Por qué querría la cola, de entre todas las cosas? La madre naturaleza y sus bichitos nunca dejaban de sorprenderme.

Tiré de la carretilla, y los paquetes amontonados de forma tan precaria amenazaron con caerse cuando una de las ruedas rebotó sobre una raíz que sobresalía del suelo. Al tocarlo, el contenido me pareció un poco blandengue, como la superficie de un globo de agua. Se me metió en la cabeza la imagen de mi propio dedo, que atravesaba una de las bolsas y se hundía, y me maldije por no haberme tomado un instante para coger un par de guantes. Pensé en ir corriendo a casa a por unos, pero me di cuenta de que padre, probablemente, preferiría que llevara a cabo la tarea con las manos desnudas. Si me pusiera guantes, estos podrían acumular pruebas, o generarlas, y entonces entraría en juego la cuestión de cómo deshacerse de ellos. No me los podría llevar a casa y arriesgarme a que la persona menos indicada los encontrase (y no digamos ya la enorme mancha del señor Carter que se estaba secando en el suelo de nuestro sótano), ni tampoco podía tirarlos al lago y arriesgarme a que alguien se los encontrara y le llevaran hasta mí. Padre

me contó una vez que la policía era capaz de sacar huellas del interior de un par de guantes. Lo mejor sería ir sin ellos y lavarme las manos para eliminar cualquier mugre que se pudiera acumular.

Dejé caer el asa del carrito al llegar a la orilla y estudié las inmediaciones del lago. Podría haber por allí pescadores, bañistas u otros espectadores, ninguno de los cuales estaba invitado a mi particular fiesta. Sin embargo, el lugar parecía tranquilo: no había un alma en el agua ni por la orilla.

Convencido de estar solo, saqué la navaja, abrí la hoja y cogí el primer paquete. Lo rajé y volví la cabeza cuando surgió el olor pútrido y me hizo cosquillas en la nariz.

Pues bien, padre, a ver si es verdad que los pececitos disfrutaban de un succulento bocado. Lancé el paquete hacia el centro del lago con todas las fuerzas que fui capaz de reunir. Jamás entraría en el equipo de fútbol americano del instituto, pero aquello recorrió una respetable distancia antes de entrar en el agua y desaparecer bajo la superficie.

—¡Mecachis en la mar! —maldije. Se me había olvidado pegarle las piedras con la cinta adhesiva.

Observé el lago esperando a ver cómo volvía a salir a flote el paquete envuelto en plástico, pero no llegó a suceder. Pasaron unos minutos, y el agua se quedó quieta.

Me volví hacia la carretilla y conté no menos de treinta paquetitos más. Iba a necesitar piedras, muchas piedras. Comencé a apilarlas junto a la carretilla. Cuando tuve las suficientes, las fijé a los paquetes con la cinta de embalar, con dos vueltas para asegurarme de que no se soltaran. A continuación, de uno en uno, rajé los paquetes para abrirlos y los lancé hacia el centro del agua. El peso añadido limitó mi alcance, pero aun así llegaron lo bastante lejos. Ya había nadado allí antes (y estaba bastante seguro de que jamás lo volvería a hacer después de aquel día), y sabía que el fondo caía de manera significativa a unos metros de la orilla. Desconocía la profundidad que tenía el lago en el centro, pero yo apenas podía adentrarme unos tres metros antes de que el agua me llegase por la barbilla: otro paso más y me vería obligado a nadar o a hundirme. Los paquetes estaban aterrizando a una distancia de entre cuatro y seis metros, y se estaban hundiendo hasta el fondo, seguro.

Tardé cerca de cuarenta minutos en completar mi encargo. Cuando vi por fin vacío el carrito, los hombros y la espalda se me quejaban por el ejercicio, y tenía la navaja brillante y rojiza. Sumergí la hoja en el agua y

la limpié con el índice y el pulgar, froté hasta que el metal quedó reluciente. Me la guardé en el bolsillo y eché un último vistazo al lago. Me sentía bastante confiado respecto a que ninguno de los paquetes fuera a aparecer flotando, pero mentiría si dijera que aquel primer paquete no me preocupaba. Quizá me volviese a dar un paseo hasta allí un poco más tarde, aquel mismo día, para comprobarlo bien.

Dejé caer en la carretilla lo que quedaba de cinta, levanté el asa y eché a andar de vuelta por el camino hacia casa, donde me esperaba el hogar de los Carter.

## 40

### Porter

#### Día 1 – 21:12

Porter salió por la oscura y cavernosa boca del edificio de Ediciones Mulifax con Nash a su espalda. Ambos tomaron largas bocanadas de aire fresco y saborearon el ácido aroma del pescado que llegaba del lago, la basura descompuesta del callejón a su derecha y un saco de dormir húmedo que se pudría en la calle, junto a la puerta.

Fue maravilloso.

Era el mejor aire que Porter había respirado en la vida.

Después de haber llegado al extremo del túnel y a la alcantarilla, le dio instrucciones a Espinosa para que su equipo registrara de arriba abajo la urbanización de Moorings. Él desanduvo el camino de regreso hasta la habitación del cadáver, en el subsótano, donde se encontró a Watson trabajando con diligencia en la escena mientras el forense revisaba el cuerpo.

Porter se había tirado tres horas más dentro del edificio, y no tenía intención de volver a entrar en un futuro inmediato.

Clair le estaba dando la espalda, paseándose mientras hablaba por el móvil.

—Todo gira en torno a Talbot; tenemos que llevarlo a comisaría. Hay más que...  
—Se alejó el teléfono por encima de la cabeza y soltó una serie de juramentos que Porter no habría esperado oír ni en boca de un estibador.

Clair elevó la mirada al cielo y se volvió a llevar el teléfono a la oreja.

—Pero, capitán, yo...

—¿De verdad le puede estar discutiendo esto el capitán? —preguntó Nash con los ojos clavados en Clair.

Porter quería hablar con Talbot, y no una charla en el campo de golf, sino un interrogatorio, o sea, una charla de las de ponerle el flexo en la cara, de las del cuartillo con el espejo unidireccional. Aquel hombre estaba claramente en el centro de todo. El CM no solo había secuestrado a su hija ilegítima, sino que ahora estaba

vinculando dicho secuestro de manera directa con Moorings Lakeside, una de las promociones inmobiliarias de Talbot. Por mucho que Porter despreciase al asesino, sabía que jamás actuaba sin un plan, sin un motivo. Todas las víctimas precedentes habían sido secuestradas como represalia por las actividades ilegales perpetradas por algún miembro de su familia.

Talbot tenía algo turbio.

Si averiguaban cuán turbio era, tenían la posibilidad de llegar hasta su hija antes de que fuera demasiado tarde.

Una parte de él esperaba que Espinosa la encontrara en una de las casas de Moorings, atada y con los ojos tapados en un sótano o en un dormitorio inacabado, pero las probabilidades eran pocas. El CM no la habría dejado en un sitio donde se la pudiese encontrar con facilidad. En una obra, algún trabajador de la construcción se podría topar con ella. Joder, hasta un vagabundo: bien sabía Dios que los había de sobra por ahí afuera, metiéndose de okupas.

El CM quería que encontrasen a Talbot, no a la chica.

Llevaba desaparecida ya más de un día, muy probablemente sin comida ni agua. Porter no podía ni imaginarse lo que debería estar sufriendo. Aunque el CM le hubiese dado algo después de cortarle la oreja, a estas alturas ya se le habría pasado con toda seguridad el efecto de los medicamentos.

—Sí, señor, yo se lo digo —dijo Clair al teléfono—. Sí, me aseguraré. Usted también, capitán. —Colgó y se metió el móvil en el bolsillo—. ¡El muy cobarde cabrón de mierda!

Nash le dio un vaso de café que le había gorroneado a uno de los agentes de uniforme.

—A ver si lo adivino: el capitán juega al golf con el alcalde, que es amigo íntimo de los Talbot, y ninguno de ellos quiere torpedear las donaciones que recibe.

Si una mujer de raza negra se pudiera poner roja, Porter se imaginó que Clair lo estaba haciendo en aquel preciso instante. Durante un segundo se le pasó por la cabeza que Clair le iba a tirar el café a Nash.

—Puto payaso comepollas de los cojones.

—Te pones muy sexi cuando despoticas —ironizó Nash apretándole el hombro.

Finalmente, Clair suspiró.

—Tiene a doce coches patrulla más de camino hacia acá, y a otros diez camino de Moorings. Van a registrar ambos lugares de cabo a rabo: todos los edificios y los túneles. El capitán quiere que nos marchemos todos a casa, que descansemos bien esta noche y que estemos frescos por la mañana para empezar. Cree que si nos quedamos toda la noche en la calle, mañana estaremos hechos un desastre, unos zombis andantes. Ha dicho que ya nos notificará si encuentran algo para que volvamos a salir, pero que no quiere que nos quedemos por aquí. También ha dicho que no tiene intención de llevar a Talbot a la comisaría para un interrogatorio oficial, todavía no. Dice que será mejor que esperemos a que Hosman termine de investigar

sus negocios, en vez de llevárnoslo para allá por esto. —Abrió los brazos e hizo un gesto hacia la nave industrial—. También es el dueño de este edificio, por cierto. Lo compró hace tres semanas en una subasta.

—Menuda sorpresa. Fijo que también ha comprado mi casa en los tres minutos que llevamos aquí de charla.

—Yo no me largo a casa, que le den por culo —dijo Clair—. Al capitán lo están utilizando.

—Yo creo que el capitán tiene su parte de razón en cuanto a Talbot. Es mejor tener una idea completa de sus negocios en vez de dejar que se nos vea el plumero con unas pruebas circunstanciales. No tenemos lo suficiente para retenerlo. —Porter se pasó la mano por el pelo mientras sus ojos recorrían el barrio—. Todavía no, al menos. Es probable que solo dispongamos de una oportunidad con él.

—¿Y qué quieres hacer, entonces? —preguntó Nash.

—Clair, tú vete a Moorings a seguir de cerca la búsqueda. Nash, tú haz lo mismo aquí. Yo me voy a dar una vuelta por la casa de Talbot, a echarle un ojo. Quizá no podamos hablar con él, pero sí podemos tenerlo vigilado. Además, yo no estoy en activo ahora mismo. No le corresponde al capitán decirme dónde puedo aparcar y dónde no. Nos reagruparemos en la sala de operaciones a primera hora de la mañana. —Echó un vistazo a su alrededor, al grupo de agentes de policía, cada vez mayor—. ¿Dónde está Watson?

—Sigue abajo, en el túnel, analizando la cámara en la que encontraste las cajitas —respondió Nash—. Ha dicho que le quedaba por lo menos una hora para terminar.

Porter se metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsita con la huella dactilar que habían levantado.

—¿Puedes darle esto? No, mejor aún. Cuando termines aquí, pídele a uno de los de uniforme que te lleve al laboratorio y lo dejas allí. Diles que lo analicen. Tampoco es necesario añadir a otra persona a la cadena de custodia.

—¿De dónde la has sacado?

—De la vagoneta de ahí abajo, en el subsótano.

Nash sostuvo la bolsita a la luz durante un segundo antes de metérsela en el bolsillo.

—Así lo haré. —Se dio la vuelta hacia el coche de Clair, vaciló y se inclinó hacia Porter—. Cuánto me alegro de tenerte de vuelta, Sam.

Porter se lo agradeció con un gesto de asentimiento.

—Estoy de acuerdo con Shrek. Qué bueno que estés de vuelta —le dijo Clair con una sonrisa.

Porter observó cómo desaparecía Nash entre el gentío, vio a Clair subirse en su Civic y salir a toda velocidad, y, a continuación, cruzó la calle hacia su Charger.

## Diario

El coche de los Carter seguía aparcado en la entrada de su casa. No sé muy bien en qué otro sitio me esperaba que estuviese —los días del señor Carter al volante habían llegado a su fin, y la señora Carter tampoco iba a conducir en un futuro inmediato—, y, aun así, ver allí el coche me hizo sentir como si hubiera alguien en su casa, a pesar de que sabía que el lugar se encontraba vacío.

Dejé la carretilla en nuestra entrada y me acerqué caminando.

Al tirar de la puerta mosquitera para abrirla, no me pude sacudir aquella sensación de que había alguien dentro. La puerta no estaba cerrada con llave, así que, supuse, alguien se podía haber aventurado a entrar, pero no tenía ninguna razón justificada para creerlo. Nuestro vecindario era bastante seguro, uno de esos sitios donde las puertas nunca se cerraban con llave y tanto familiares como amigos iban y venían sin ninguna limitación. Es más, sospechaba que el señor Carter se había dejado la víspera las llaves dentro del coche, muy típico también de mis padres.

Sin embargo, tenía una sensación rara.

La puerta mosquitera chirrió ligerísimamente cuando la abrí y entré, lo justo para alertar de mi llegada a cualquier intruso.

La cocina estaba en silencio y parecía que no la habían tocado desde la noche anterior, con los restos del vaso hecho añicos aún en el suelo, en un charco de *bourbon* que se evaporaba. Estaba plagado de hormigas. ¿Se emborrachaban las hormigas? Me imaginé que sí. Las vi corretear por aquel desastre pegajoso, zigzagueando tan decididas. No parecían en absoluto distintas de cualquier otro grupo de hormigas que te pudieras

encontrar en el exterior, en una acera o merodeando bajo una piedra, pero estas iban saturadas de alcohol. Un par de vasos me habían puesto a mí de los nervios; nadar en alcohol les debería garantizar una cogorza sin recuperación posible. No obstante, parecían normales, como si no les afectase.

Me dieron ganas de prenderlas con una cerilla, a todas ellas. Les prendería fuego y vería arder sus cuerpecitos, que crujirían y reventarían con una violencia empapada en alcohol. Vivas ahora, cenizas achicharradas un instante después. Jugaría a ser Dios.

Tomé nota mentalmente de que tenía que realizar un experimento en un futuro próximo; había ido allí por un motivo, y padre quedaría decepcionado si permitía que me distrajesen un montón de hormigas.

Eché un vistazo a la mesita sobre la cual se había desmayado la señora Carter. Aún me la podía imaginar allí sentada, con los ojos vidriosos y arrastrando las palabras mientras me decía que había querido que yo la viese desnuda aquel día en el lago. «Una mujer quiere sentirse deseada, eso es todo», me había dicho.

Aquel pensamiento me aceleró el pulso.

Concentración. Necesitaba concentración.

El ruido sonó en las profundidades de la casa.

Una especie de traqueteo, o tal vez un golpe metálico.

No era el tipo de ruido que hace una casa por sí sola, no era el crujido ni el quejido de una casa al asentarse. Esto era algo distinto.

Lo volví a oír, más fuerte que la primera vez. Procedía del otro extremo de la casa, más allá de la cocina, pasillo abajo, hasta la zona donde sin duda se encontraban los dormitorios y el baño. Nunca me había adentrado tanto en la casa de los Carter, y no sabía con exactitud qué había más allá de la cocina. Solo podía hacer conjeturas basándome en la distribución de nuestra propia casa, que era de tamaño y estilo similares.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué la navaja. No me atreví a abrir de golpe la hoja, ya que eso haría un ruido muy característico y delataría mi posición a quien fuera (o lo que fuera) que estuviese ahí. Sujeté la hoja con la mano y apreté el botón para liberarla lentamente sin dejar de ejercer presión contra el muelle hasta que la hoja se hubo desplegado del todo y quedó encajada en su sitio; el metal recién limpio y afilado brillaba en la tenue luz que se filtraba por las cortinas y trataba de hacerse con el interior del hogar de los Carter.

Otro golpe metálico.

Quien fuera (o lo que fuera) que estuviese ahí, no sabía que yo estaba allí. Aunque había hecho ruido al entrar en la casa no debía de haberme oído. Un ladrón habría venido corriendo a ver qué era aquello, sin duda.

Padre me había enseñado a cazar cuando era pequeño. Me enseñó a caminar de puntillas para no hacer ruido y a moverme con la elegancia de un alce que desaparece en el bosque. Recurrí entonces a aquella habilidad y, sin hacer ningún ruido que me delatase, atravesé la cocina y me apoyé en el marco de la puerta para poder ver bien el pasillo.

El salón quedaba a la derecha, con un pequeño cuarto de baño enfrente, a la izquierda. Había otras dos puertas más allá, al final del pasillo, que sin duda correspondían a los dos dormitorios.

Cerré los ojos y escuché.

Ruido de roces.

Movimiento de papeles.

Un cajón se deslizó y se abrió.

Más roces.

El ruido surgía del dormitorio de la derecha. No sabía si era el de los Carter o el de invitados, no desde donde me encontraba.

Tenía la palma de la mano sudorosa de sujetar la navaja con tanta fuerza.

Nada nuevo para mí.

Una navaja sudada podía resultar difícil de controlar. Se te podía resbalar, no alcanzar su objetivo.

Me restregué la mano en los vaqueros y respiré hondo con el deseo de que me bajarán las pulsaciones y eso me tranquilizase el cuerpo. Me rendí a mis instintos.

Me rendí a la caza.

Comencé a recorrer el pasillo con la mano de la navaja presionada contra el pecho y la hoja apuntando hacia fuera. Padre me había enseñado aquella manera tan particular de cogerla. En caso de necesidad, descargaría la navaja hacia delante con toda la fuerza de los músculos del brazo y la precisión de un arma cargada. Al contrario que un golpe descendente, una estocada sería difícil de parar. Esta forma de cogerla también me permitía ir directo al corazón o al estómago, bien con un movimiento hacia arriba, bien con uno hacia abajo. Si levantabas la navaja por encima de la cabeza, al partir desde tan alto, solo podías atacar hacia abajo, y ese tipo de ataque tenía más probabilidades de rebotar en

tu víctima que de penetrar profundo.

Padre era un hombre muy diestro.

Me pegué con fuerza a la pared, me fundí con el yeso al avanzar y me acerqué centímetro a centímetro a la puerta abierta.

Más ruido de roce, después una maldición entre susurros.

Vi una sombra que se movía dentro de la habitación, un atisbo en la luz tenue al arrastrar el intruso los pies aquí y allá.

Llegué al marco de la puerta.

Padre me dijo una vez que, si te acercas a alguien sin hacer ruido, tienes un segundo o más para atacar antes de que sea capaz de reaccionar. El cerebro humano procesa esta actividad muy despacio; tu víctima se queda paralizada un instante mientras trata de comprender el hecho de que estás ahí, especialmente en una habitación donde creía estar sola. Me contó que algunas víctimas permanecen paralizadas, se quedan mirándote como si estuvieran viendo un programa de televisión. Y ahí se quedan, esperando a ver qué pasa después. Hay veces que es mejor no saber qué pasa después.

Se oyó un cajón que se cerraba y otro que se abría de golpe.

Cogí aire con fuerza, apreté la navaja en la mano y me abalancé por la puerta abierta, corriendo hacia el intruso.

Madre me esquivó y me golpeó en el brazo con la mano derecha mientras me arrebatava la navaja con la izquierda. Intenté detenerme, pero la inercia que llevaba era excesiva; me estampé contra la cama y me caí por el lateral para acabar dando contra la pared del fondo.

—Siempre es mejor acercarse sin hacer ruido, despacio y con firmeza —dijo madre—. En especial cuando tienes a tu favor el factor sorpresa. Despacio y firme, y así me habrías pillado. A la vista está que te he oído resoplar mucho antes de que me atacases. Cierto, hay quien no habría tenido tiempo de reaccionar, pero apenas le habría costado a cualquiera que tuviese una pizca de reflejos en las piernas.

Me había golpeado la cabeza contra el suelo, y mi anterior dolor de cabeza había vuelto con ganas. Me recompuse, me levanté y me limpié las manos en los vaqueros.

—No sabía que era usted, madre. No esperaba que hubiese nadie aquí.

Ladeó la cabeza.

—¿Y qué esperabas encontrar, exactamente? ¿Una casa vacía para hacer de ratero?

—Padre me ha pedido que prepare una maleta, que haga que todo parezca como si los Carter se hubieran marchado. Se supone que debo meter las cosas en su coche. Él lo va a dejar en alguna parte cuando llegue a casa esta noche.

Entornó los ojos.

—Eso es todo, ¿eh?

—Lo juro.

—Bien, pues ponte con ello, entonces. Que no sea yo quien te entretenga.

Me froté la parte de atrás de la cabeza; me estaba saliendo un buen chichón.

—¿Me puede devolver mi navaja?

—Te la tendrás que ganar. Así, la próxima vez no te separarás con tanta facilidad de algo tanpreciado.

—Sí, madre.

Había un armario a mi izquierda. Tiré de las puertas plegables para abrirlas y encontré una maleta vieja metida en un rincón.

—¡Perfecto!

Subí la maleta a la cama.

Madre había vuelto a los cajones de la cómoda. Buscaba con mucho detenimiento en el tercero de los cinco de una cómoda grande de roble oscuro. Contenía jerséis.

—¿Qué está buscando?

Cerró el cajón y abrió el cuarto.

—Nada que te importe. —Miró hacia la maleta, en la cama—. Asegúrate de meter ahí unos zapatos. Las mujeres se llevan zapatos de viaje, por lo menos dos pares, a veces más, al contrario que los hombres, que se contentan con los que llevan puestos, con independencia de su destino. También una chaqueta, quizá.

—¿Una chaqueta? Pero si estamos en verano. Hace mucho calor para una chaqueta.

Madre sonrió.

—Eso es lo bueno de meter una. Si te encuentras una maleta con una chaqueta dentro en pleno verano, no te queda más remedio que preguntarte adónde estaría huyendo su dueño, ¿no crees? Hazla a lo loco y los dejarás preguntándose. Si yo me encontrase una maleta así, pensaría que se iban a algún lugar exótico, como Groenlandia.

—O la Antártida.

Madre asintió.

—O la Antártida.

—Debería meter también un traje de baño; eso sí que sería desconcertante.

—Mira, eso sería estúpido. Nadie se va a un sitio donde vaya a necesitar una chaqueta y un traje de baño.

—¿Y si el hotel de la Antártida tuviese una piscina cubierta? — contesté.

Se lo pensó un momento.

—No creo que encuentres un hotel como ese en la Antártida. Aunque en Groenlandia quizá sí.

Empecé a sacar prendas del armario al azar y a meterlas en la maleta: camisas del señor Carter, unos vestidos del lado de la señora Carter, unos pantalones de *sport* y una corbata.

—Que no se te olviden las prendas íntimas. Y calcetines, muchos calcetines. La gente siempre lleva calcetines de más.

—¿En qué cajón?

Hizo un gesto con la barbilla para señalarme una cómoda pequeña junto al armario.

—El segundo y el tercero de ahí.

Me acerqué y abrí los cajones. Estaban a reventar: uno de él, uno de ella. Cogí un montón de cada uno y los eché en la maleta. Ya casi me había quedado sin espacio.

—Deja un par de cajones abiertos; la desorganización hará que parezca que se marcharon con prisas —sugirió madre.

—¿Cosas del baño?

Madre afirmó con la cabeza y abrió otro cajón.

—Cepillos de dientes, cuchillas de afeitarse, desodorantes...

Encontré una bolsa de aseo en el armario y volví a recorrer el pasillo hasta el cuarto de baño. La señora Carter mantenía la casa muy ordenada: no había ni una mancha de pasta de dientes en el lavabo, y el espejo estaba impoluto. Todo estaba perfectamente dispuesto en el tocador.

Saqué los dos cepillos y un tubo de pasta de dientes de un vaso de loza verde y los metí en la bolsa. Después añadí una maquinilla eléctrica de afeitarse, un bote de desodorante Right Guard de caballero, un roll-on de color rosa que olía a lilas, un tarro de crema limpiadora Noxzema, hilo dental y una cuchilla femenina que encontré en el borde de la bañera. Del interior del botiquín me llevé también unas aspirinas, dos

botes de complejos vitamínicos y tres de medicinas con la etiqueta de haber sido recetados: Lisinopril, Imitrex y un blíster de anticonceptivos.

Dejé abierta la puerta del botiquín, me llevé la bolsa de aseo de vuelta al dormitorio y la dejé caer al lado de la maleta.

—Puedo ayudarla a buscar, madre. Solo tiene que decirme qué es lo que intenta encontrar.

Sin mirarme, sacudió la mano en el aire, en un gesto impaciente, y continuó registrando entre la ropa que estaba bien apilada sobre unos estantes de cedro.

En la mesilla de noche había un ejemplar de la novela *El juego de las llamadas*, de Thad McAlister.

La gente lee en vacaciones, ¿no? Estaba seguro de que sí.

Tiré el libro en la maleta y vi el borde de una foto que sobresalió de entre las páginas.

Era una fotografía de madre con la señora Carter. Ambas estaban desnudas, los brazos y las piernas enredados mientras se abrazaban en un apasionado beso. Estaba hecha en la cama de los Carter: madre y la señora Carter estaban tumbadas encima del mismo edredón que cubría la cama en ese preciso instante.

Me quedé mirando la foto con incredulidad, y mi mente regresó a lo que había presenciado el día antes. Había pensado que era la primera vez que sucedía algo entre ellas. Estaba claro que me equivocaba.

¿Cuándo se habrían hecho aquella foto? No había nada en ella que me diese ninguna pista, pero debía de ser reciente. Entonces mis pensamientos me lanzaron su propio interrogante.

Daba igual «cuándo» se hicieron la foto. Sentía más curiosidad por averiguar «quién» se la había hecho.

No oí a madre llegar por detrás. Es más, no me di cuenta de que estaba ahí hasta que me arrebató la fotografía de entre los dedos.

—Me parece que esto no es tuyo —dijo antes de guardarse la foto en el bolsillo. Señaló hacia las maletas, sobre la cama—. Mete eso en el coche.

Me quedé boquiabierto. ¿Qué pensaría padre?

—Ni se te ocurra contárselo a tu padre —me susurró.

## 42

### Porter

#### Día 2 – 4:58

Porter encontró un sitio para aparcar a tres manzanas de su apartamento y echó a andar hacia su edificio. Había estado sentado ante la casa de Talbot durante la mayor parte de la noche, y, aparte de Carnegie, que llegó dando tumbos poco más allá de las dos, no hubo movimiento. Ni el menor rastro de Talbot.

Tanto Clair como Nash le habían llamado ya; las partidas de búsqueda no habían encontrado ningún rastro de Emory, ni en el edificio de Ediciones Mulifax ni en las obras de Moorings Lakeside.

Callejones sin salida.

Había seguido leyendo el diario en su puesto de vigilancia en casa de Talbot: tampoco dio fruto alguno, seguía divagando sobre la infancia. Porter estaba empezando a pensar que aquello no era más que una novela inventada con el único objetivo de hacerle perder el tiempo.

Otro callejón sin salida.

Emory estaba perdida ahí fuera, y ellos no tenían nada.

Al llegar ante su edificio «seguro», Porter se encontró la puerta abierta de par en par y golpeando al viento. Había también una buena pila de excrementos frescos de perro al pie de los escalones, sin duda del pitbull del 2C. No culpaba al perro, pero no tendría el menor problema en coger al dueño y restregarle en ellos la cara regordeta que tenía si se lo encontraba allí fuera a solas. Todo el edificio sabía que el tío dejaba que el perro hiciera sus cosas allí mismo, en aquel lugar; y también sabían que el hombre jamás lo recogía.

Carmine Luppo.

Aquel antiguo vendedor de bañeras de cincuenta y tres años se tiraba todo el día sentado jugando a los videojuegos, y solo salía del edificio el tiempo necesario para cobrar su cheque por incapacidad laboral, reponer sus existencias de cecina de ternera

y conseguir que su adorable perrito se cagara al pie de los escalones de la entrada.

El mes anterior, seis de los vecinos hicieron turnos para intentar cazarlo con las manos en la masa y, aun así, él consiguió esquivarlos a todos. Tenía el aspecto de pesar ciento ochenta kilos, o sea que no era precisamente alguien que se moviera con sigilo, pero, sin saber muy bien cómo, aquel montón de caca de perro aparecía como salido de la nada.

Ahora hablaban de instalar una cámara.

Porter sugirió que comprasen el dominio [www.cacadeperrotv.com](http://www.cacadeperrotv.com) y lo retransmitiesen en directo, que quizá podrían cobrar por los anuncios.

Metió la llave en su buzón, sacó el montón de cartas y las fue pasando rápidamente. Tres facturas, publicidad de una tintorería y la *Guía TV*.

Se desprendió de todo menos de la *Guía TV*. Le encantaba. Nunca veía la tele, no le hacía falta: todo cuanto necesitaba lo obtenía de aquella revista. En lo que a él se refería, la tele perdió su lustre cuando cancelaron la serie *El increíble Hulk* en mayo de 1982. Acabó resultando un poco más difícil subir los tres tramos de escaleras que bajarlos, y se encontró casi sin aliento cuando por fin llegó ante su puerta. Heather era vegana, y le juraba que, si cambiaba de dieta, perdería algo de peso y recuperaría energía. Porter suponía que tenía razón, pero cuando la veía comerse una hamburguesa de judías con brotes mientras él se zampaba una buena carne roja de la de toda la vida, sabía con certeza que no sería él quien recorriese la senda vegana en un futuro cercano. Prefería cargar con su creciente barriga antes que prescindir de la carne de vacuno. Ya había interiorizado su decisión, había aceptado sus consecuencias, de ahí que la bolsa que llevaba en la mano contuviese dos Big Macs fríos y una ración grande de patatas fritas.

Con un verdadero prodigio de destreza digital, abrió la puerta del apartamento y se las arregló para entrar sin que se le cayese absolutamente nada. Dejó la bolsa del McDonald's sobre la encimera, se quitó el abrigo y fue al dormitorio.

La nota de Heather aguardaba en un lado de la cama, allí donde él la había dejado por la mañana.

*He ido por leche.*

Porter se sentó junto a la nota y respiró hondo, cogió su móvil y llamó a Heather. Sonó su mensaje del buzón de voz, seguido de un pitido.

—Hola, Cariño —pronunció aquellas palabras con una voz mucho más débil de lo que él esperaba. Se le hizo un nudo en la garganta—. Ha sido un día de locos. Dudo que consiga dormir algo, pero lo voy a intentar de todas formas. Es esa chica, Emory Connors. Tengo que encontrarla. Solo tiene quince años, Cariño. Se la ha llevado el Cuarto Mono. Ese cabrón hijo de puta. Por eso ha llamado Nash esta

mañana. Por eso me he marchado tan... —Se quedó sin aire. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y se las secó con la manga de la camisa.

Intentó sofocar el primer sollozo conforme llegaba, pero el segundo fue más apremiante. Se supone que los hombres hechos y derechos no lloran. Quería parar, pero un arrebató emocional le recorrió el cuerpo, agotado. Se le revolvió el estómago y cayeron las lágrimas, en voz baja al principio, después más alto, y más alto aún cuando por fin cedió, se derrumbó entre las manos y el móvil se le cayó a un lado.

## Diario

Padre se mostró complacido con mi capacidad para preparar un equipaje.

Cuando llegó a casa, hacía ya una hora, le estaba esperando fuera con una pelota de béisbol en la mano.

No es que me gustase especialmente el béisbol; la verdad es que no era aficionado a los deportes en general, pero padre me había enseñado la importancia de las apariencias, y tenía toda la intención de mantenerlas. Madre me tenía en labores de vigilancia, y no me podía quedar ahí fuera mirando al suelo, ¿verdad que no? Así que, a darle a la pelota de béisbol. La lanzaba al aire y la cogía con la mano izquierda, después con la derecha, después con la izquierda otra vez...; un profesional de toda la vida pasándoselo en grande.

Intenté con todas mis fuerzas no pensar en la foto, pero ahí seguía la imagen cada vez que cerraba los ojos. Madre y la señora Carter, completamente desnudas y abrazadas. Volví a lanzar la pelota y me puse a contar las veces que la cogía: una bobada para tener ocupado el pensamiento de forma que no se me fuese a aquella imagen, el elefante en la habitación (o en el bolsillo de madre, a menos que hubiera encontrado un buen escondite).

Cuando padre llegó con el coche, me hizo un gesto de aprobación con la barbilla y me ofreció la mano. Le lancé la pelota. Disparó el brazo hacia arriba y la cazó en el aire con la habilidad de un jugador de la liga profesional. Le dio unas vueltas a la pelota entre los dedos y vino hacia mí.

—¿Un día ajetreado?

Padre hablaba en clave con frecuencia, otro truquito que estábamos

practicando los dos. Podíamos mantener una conversación entera sobre un tema y ser plenamente conscientes de que estábamos hablando de algo bien distinto.

—Ya sabe, padre, un poco de esto, un poco de lo otro —le dije, tratando de no sonreír.

Entre parpadeos, mis ojos se dirigieron fugaces al coche de los Carter, tan rápido que apenas fue perceptible, pero padre lo captó. Lo supe por la leve sonrisita que le bailaba en los labios.

Miró al cielo. El sol se estaba poniendo, preparándose para su descanso nocturno.

—Creo que tenemos todos los ingredientes para una noche maravillosa, campeón. Creo que le voy a preguntar a tu madre si le apetece que nos demos un paseo en coche, una salida nocturna por la gran ciudad. ¿Te ves capaz de echarle un ojo a la casa mientras nosotros estamos fuera?

El sentido entre líneas estaba bastante claro. Padre se iba a llevar el coche de los Carter a algún sitio y se iba a librar de él. Necesitaba que madre le siguiera para poder regresar a casa. Me iba a confiar la tarea de controlar a la señora Carter mientras estuviesen fuera.

—¡Desde luego que sí, padre! ¡Puede contar conmigo!

Me devolvió la pelota de béisbol y me alborotó el pelo.

—¿Verdad que sí?

Le vi desaparecer en el interior de la casa y salir diez minutos después con madre pisándole los talones. Ella me miró con una expresión preocupada al pasar por delante de mí y se metió en el coche de los Carter. La puerta chirrió y se cerró de un golpe. Ajustó el espejo retrovisor, y sus ojos me miraron. Padre estaba de pie ante su Porsche, jugueteando con la llave entre los dedos.

—No estaremos fuera mucho tiempo, campeón. Un par de horas a lo sumo. Me temo que me llevo a tu madre antes de que le haya dado tiempo a preparar la cena. ¿Crees que podrás improvisar algo por tu cuenta?

Asentí. Madre había preparado un rato antes una magnífica tarta de melocotón, y la había dejado con el molde en el alféizar de la ventana para que se enfriase. También teníamos en la despensa mantequilla de cacahuete y mermelada. No tendría ningún problema.

—¡Que se lo pasen bien los dos! —le dije con mi tono de voz más adulto.

Me sonrió, se puso su sombrero favorito y se sentó al volante. El motor se encendió con un rugido, salió despacio de la entrada de la casa y recorrió la calle para desaparecer al otro lado de la cuesta de la calle Baker. Madre no le siguió de inmediato. Cuando volví a mirar hacia la casa de los Carter, ni siquiera había arrancado el coche. Estaba en el asiento del conductor, con los ojos clavados en mí. Me lanzaba una mirada un tanto fiera. Casi dolía. No miento, era como si dos rayos láser minúsculos salieran disparados de sus ojos y me quemaran la piel. Intenté sostenerle la mirada. Padre siempre me decía que era importante hacerlo por muy desagradable que pudiera ser una situación, pero no pude: tuve que apartarla. Cuando lo hice, ella arrancó el coche de los Carter, metió la primera con un roce de engranajes y salió con rapidez por la calle, tras padre.

La nube de polvo se quedó suspendida sobre el camino de los Carter. Era como si la puesta de sol la hubiese iluminado a la perfección, como un resplandor sobre la gravilla.

Tiré la pelota de béisbol y entré en casa.

Pude oír los golpes antes de cruzar la entrada de la cocina, un fuerte ruido de metal contra metal que venía del sótano.

Llevé la mano al picaporte. Una parte de mí esperaba que estuviese cerrada con llave, pero no lo estaba; el pomo de latón giró y se abrió la puerta. Abajo sonaba un continuo golpeo metálico.

Bajé los escalones.

La señora Carter estaba de pie junto a la mancha de sangre del suelo. No sé cómo, pero había rodeado el armazón metálico del catre con el brazo y estaba ocupada blandiéndolo como un bate contra la tubería del agua. Cada golpe iba seguido de un gruñido; después bajaba del catre, lo volvía a cargar hacia un lado, giraba la cadera de sopetón y utilizaba toda la fuerza del cuerpo para impulsarlo. Teniendo en cuenta que seguía esposada a la tubería y que la otra mano estaba encadenada al costado del catre, era impresionante que no se hubiera roto el brazo.

Cuando el catre impactó contra la tubería, vi cómo la sacudida le retumbaba por todo el cuerpo; solo la vibración ya tenía que ser dolorosa.

Si me vio, no dijo nada. Estaba despeinada, y el sudor le caía por la frente.

—El sótano se inundaría, lo sabe —señalé—. Si al final fuera realmente capaz de romper una tubería tan grande como esa, lo más

probable es que el agua tardase menos de una hora en llenar el sótano, y ahí se quedaría usted, esposada a la tubería y al catre, cabeceando bajo la superficie.

Respiró hondo y recolocó el catre, preparándose para dar otro golpe.

—Si rompo la tubería, podré sacar las esposas por el extremo y subir por las escaleras.

—La tubería se rajaría mucho antes de llegar a romperse del todo, y el agua saldría entonces a borbotones. Ya es bastante difícil ahora hacer el movimiento del golpe con el catre. ¿Se imagina el obstáculo que supondría el chorro de litros y litros de agua helada que se le vendría encima? No estoy diciendo que su plan sea malo. Solo creo que tiene algún fallo que otro, nada más. Quizá le venga bien pensarlo un poco más antes de seguir. De todas formas, tiene usted pinta de necesitar un descanso.

Dejó caer el catre a su lado. Las esposas le tiraron de la muñeca y amenazaron con hacerla caer, pero se mantuvo firme.

—¿No vas a intentar impedírmelo?

Me encogí de hombros.

—A lo mejor me gustaría ver qué pasa.

Me fulminó con la mirada, los ojos rojos y con el brillo de las lágrimas. Respiraba con fuerza. No pude evitar preguntarme cuánto tiempo le habría dedicado a aquella idea. Lo más probable era que madre no le hubiera hecho el menor caso. Seguro que llevaba horas dándole golpes a la tubería.

—¿Entonces te da igual que me muera aquí abajo?

No dije nada.

—Si me ahogo, o si me matan tus padres, ¿no te importa? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? No le he hecho daño a nadie. Mi marido me pegaba a mí, ¿lo recuerdas?

Se dejó caer en el borde del catre, enfurruñada.

Qué curioso era. A pesar de ser mayor que yo, a veces me parecía captar en sus expresiones y sus movimientos la imagen de una muchacha mucho más joven. En ocasiones veía a una chica mucho más joven que yo, asustada e insegura, una chica que esperaba que un adulto (o un chico) entrase de repente y lo arreglase todo.

Ahora, como adulto que mira al pasado, me doy cuenta de que he visto esa misma expresión innumerables veces. Cuando alguien está en un aprieto, tiene la esperanza y aguarda a que alguien con autoridad lo

ayude. Creo que se debe a que es así como se representan las cosas en el cine y en la televisión. El héroe siempre llega en el último instante, frustra el crimen y rescata de una muerte segura a la persona angustiada mientras se agotan todas las demás posibilidades. Después de eso vienen las lágrimas, tal vez un abrazo, seguido de una pausa para la publicidad antes de despedir el programa.

Las cosas no son así en la vida real. He presenciado el final de más personas de lo que soy capaz de recordar, y todas ellas parecían albergar la misma expectativa al final, los ojos miraban a la puerta esperando a que llegara su salvador. Pero no llega. En la vida real, el único y verdadero salvador es uno mismo.

La señora Carter había conseguido que saltara la pintura de la tubería, nada más. Ni una simple abolladura. Con todo, lo había intentado, y eso es lo que a mí me parece importante. El juego se volvía aburrido cuando acababan dándose por vencidos.

Y ella se daría por vencida. Al final. Siempre lo hacen.

—Si me sueltas, no diré nada —apuntó—. Te prometo que no lo haré. Simon era un mal hombre..., se lo estaba buscando. Tus padres me han hecho un favor. Me han liberado. Estoy en deuda con ellos. No tienen que preocuparse conmigo. Lo prometo. Podemos salir todos de esta.

—Ha quebrantado las reglas —dije en voz baja—. Por desgracia, hay consecuencias.

—¿Y cuándo lo he hecho? ¿Al dejar que mi marido me pegue?

—Piense mejor en por qué le pegaba su marido, ¿no cree?

Otra lágrima le cayó de un ojo y comenzó a rodarle por la mejilla. Intentó secársela, pero las esposas le retenían ambas manos. No llegaba a la cara.

Sentado al borde del catre, me saqué el pañuelo del bolsillo de atrás y le sequé la lágrima. Se me quedó mirando, pero no me dijo nada.

—He encontrado la foto.

—¿Qué foto?

—Ah, creo que usted sabe qué foto.

Con aquello, le cambió el color de la cara.

—Tienes que esconderla.

—Madre estaba conmigo; ella la tiene ahora. Y no sé qué ha hecho con ella.

—¿Tu padre no la ha visto?

—Todavía no —le dije—, pero eso no significa que no la vaya a ver.

—Pero tú no se lo vas a contar, ¿verdad?

No respondí, lo cual, supongo, ya le daba una respuesta.

—Si tu padre ve esa foto, no solo me va a hacer daño a mí, irá también a por tu madre. ¿Es eso lo que quieres?

De nuevo no dije nada.

## Porter

## Día 2 – 6:53

Cuando Porter llegó a la sala de operaciones, Nash, Clair y Watson se encontraban de pie alrededor de una de las mesas, mirando la pantalla de un ordenador. Nash levantó la vista y le hizo un gesto para que se acercase.

—¿Has dormido algo?

—No he podido. ¿Y tú?

Por los ojos rojos e hinchados, Porter supo que ninguno de ellos lo había hecho. Dejó el abrigo en su mesa y se aproximó.

—¿Tenemos algo?

—Ya te digo si lo tenemos. Unos cuantos «algos». La novia de Eisley ha cumplido, para empezar. Mira esto.

Le dio la vuelta al ordenador portátil para dirigirlo hacia Porter.

—¿Qué es eso, una cabeza del museo de cera de Madame Tussauds?

Watson señaló la imagen.

—Ha hervido el cráneo, ha aplicado unos separadores para simular la profundidad de los músculos y demás tejidos, en veintiún puntos concretos, y después ha utilizado barro para rellenar la masa corporal. Había oído hablar de antropólogos forenses que realizaban reconstrucciones faciales así, pero nunca lo había visto. Es impresionante. Y hacerlo con tanta rapidez... Eisley ha dicho que no empezó hasta anoche.

Porter frunció el ceño.

—Un momento, ¿este es el CM?

Watson prosiguió, como quien no quiere la cosa.

—La novia de Eisley ya tenía el pelo del hombre, porque no quedó ni mucho menos tan dañado como la cara. Incluso aguantó la dentadura, así que eso también lo tenía. El color de los ojos ya lo conocía... No creo que sea muy diferente de esto. He comprobado su página web, y suele trabajar con cráneos de nativos norteamericanos

hallados en excavaciones arqueológicas, con muchas más incógnitas y muchas más conjeturas. Con esto es posible que haya ido de un tirón.

—Creo que a Watson se le acaba de poner dura con la novia de Eisley —dijo Nash.

Watson le lanzó una mirada de soslayo.

—Me limito a señalar que creo que se trata de una representación precisa del Cuarto Mono, generada en un tiempo récord, eso es todo. La maestría y destreza en su arte son increíbles. No se puede obtener este nivel de detalle con un renderizado en 3D por ordenador. Este tipo de precisión requiere de una mano especial.

—Pues a mí me pone un mal cuerpo de cojones —respondió Nash—. Es como si te estuviera mirando. Como esos cuadros en que los ojos te van siguiendo por toda la habitación. Repulsivo.

—Clair, quiero que le saques unas fotos a esto y que te pases por todos los centros de tratamiento del cáncer sobre los que hablamos ayer. Entre los medicamentos y esta imagen, quizá seamos capaces de identificarlo —dijo Porter.

—Ah, tenemos más, grandullón —le dijo Clair—. Mientras tú te quedabas durmiendo hasta las tantas, los demás hemos estado trabajando.

Porter miró su reloj.

—Ni siquiera son las siete.

—Joder, ya has desperdiciado casi la mitad del día.

Porter puso los ojos en blanco.

—¿Qué más habéis encontrado?

—¿Nuestra víctima del edificio de Ediciones Mulifax? Era Gunther Herbert, director financiero de la Corporación Talbot, entre cuyos negocios se incluyen la promotora inmobiliaria Talbot, la urbanización de Moorings y otra docena de empresas. Su mujer denunció su desaparición hace cinco días. Se marchó a trabajar y ni siquiera llegó a su destino. Eisley lo ha identificado hace una hora. También ha situado la muerte hace unos cinco días, así que lo más probable es que lo secuestraran cuando iba camino de la oficina.

—¿Se lo habéis contado ya al capitán?

—Hay más, Sam —dijo Nash—. Cuéntaselo tú, mamá osa.

Clair sonrió de oreja a oreja.

—¿Los zapatos que llevaba puestos el muerto número uno cuando se dio de morros contra el autobús? Las huellas que sacó Nash han vuelto del laboratorio con una coincidencia.

—¿Quién?

Nash hizo un redoble con los dedos en el filo de la mesa.

—Arthur Talbot.

—¿Me has llamado «mamá osa»?

Porter silenció a Nash antes de que pudiera responder.

—¿Los zapatos pertenecen a Talbot?

—Parece el tipo de tío que se compraría unos zapatos de mil quinientos dólares, ¿no?

—¿Y por qué iba a llevar puestos los zapatos de Talbot el CM?

—Por el mismo motivo por el que se llevó a su hija. Ese hombre hizo algo malo, y el CM quiere que lo sepamos. No quiere que demos ningún traspie, así que nos lo está poniendo todo en bandeja, bien colocadito y ordenado —dijo Nash—. No sé cómo, pero le mangó los zapatos a Talbot, los rellenó con papel de periódico para que no le bailasen los piecitos y se los puso antes de tirarse delante del autobús.

—Clair, intenta que Hosman te coja el teléfono. Averigua por dónde va con el tema económico. Tenemos que acelerar esto —le indicó Porter.

Clair cogió su móvil de la mesa y se dirigió al rincón mientras marcaba el número.

Porter se volvió hacia Watson.

—¿Algo sobre el reloj?

Watson hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Le he enseñado una foto a mi tío, pero me ha dicho que tiene que ver el objeto real para poder ser de verdadera ayuda. He intentado sacar el reloj del almacén de pruebas, pero solo se lo darán a usted o a Nash.

Porter elevó la mirada al techo. Lo último que necesitaba ahora era que le ralentizaran las directrices del departamento.

—Cuando acabemos aquí, iré para allá contigo.

—Una última cosa —dijo Nash—. Los federales quieren meter las narices en este caso; han estado llamando toda la noche desde la oficina de la delegación local. Emory es mayor de doce años, y no hay pruebas de que se haya producido ningún traslado interestatal, así que la decisión es nuestra.

—Veamos por dónde va Hosman. Quizá nos podrían ayudar con los libros de Talbot. ¿Algo más sobre Moorings o Mulifax desde la última vez que hablamos?

Nash negó con la cabeza.

—Se han recorrido todas las casas, han encontrado el rastro de un par de okupas, pero nada más. Si el CM la tenía allí, ya no está. Todavía están peinando los túneles, pero hay kilómetros, por toda la ciudad. No la vamos a encontrar ahí abajo a base de dar palos de ciego. Necesitamos algo que nos oriente. Aparte del cadáver, Mulifax no era nada.

—El CM nos condujo allí. Hay un motivo. Es probable que esté...

—Sí, en sus negocios, ya lo pillo —le interrumpió Nash—. Los federales, Hosman y los negocios: ya lo tengo asumido.

—¿Porter? ¿Puedo hablar contigo un segundo?

El capitán Henry Dalton estaba en la puerta. Nadie lo había visto llegar. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, con sus entradas, todavía húmedo de la ducha, el traje limpio y bien planchado.

Porter lanzó una rápida mirada a Nash y a Clair.

—Disculpadme.

El capitán le puso la mano en el hombro y lo sacó al pasillo. Miró en ambas direcciones y, una vez confirmado que estaban a solas, habló en voz baja.

—Escúchame, los chicos de la Cincuenta y uno cogieron anoche a un chaval en un intento de robo. Intentaba atracar un 7-Eleven en el East Side con un treinta y ocho. Dio la casualidad de que había en la tienda un agente fuera de servicio que pudo con él y lo redujo sin un solo disparo. Han analizado el arma, y coincide con la de, bueno..., con el arma de lo de Heather.

A Porter se le retorció el estómago con un dolor tan fuerte que creyó que se iba a doblar allí mismo. Respiró hondo e intentó combatirlo. Sintió el peso de su propia pistola bajo el brazo, el arma que se suponía que no debía llevar en ese instante. En teoría, seguía estando de baja. No le permitirían llevar un arma hasta que superase una evaluación y el loquero le firmase el visto bueno, hasta que lo considerasen preparado. De no haber surgido de nuevo el caso del CM, seguiría en casa esperando noticias, cualquier noticia, algo que lo ayudase a pasar el día. Pero el caso había vuelto a surgir, y le habían llamado. Y él había agradecido la distracción, cualquier cosa mejor que tanta espera; que tanta espera y tanta soledad.

Deslizó la mano en el bolsillo y rodeó el teléfono con los dedos. Quería llamarla. Quería oír su voz.

*Te has puesto en contacto con Heather Porter. Como esto es el buzón de voz, lo más probable es que haya visto que eras tú quien llamaba y haya decidido que no quiero...*

—Tengo que ir para allá —anunció Porter.

Su voz sonó como la de un niño pequeño. La que él tenía cuando era niño, la voz de cuando no había ningún mal, solo la vida y cosas buenas por delante.

—Lo sé —dijo el capitán Dalton—. Ya les he dicho que cuenten con verte por allí.

A Porter se le formó una lágrima en uno de los ojos, y la apartó rápidamente, antes de volver a meterse en el bolsillo la mano temblorosa.

Dalton se percató y le ofreció una sonrisa de preocupación.

—Quizá debería llevarte alguien.

Porter abrió la boca para discutirsele, pero se lo pensó mejor. No quería apartar del caso a Nash ni a Clair, no en aquel momento.

—Haré que Watson me lleve.

El capitán Dalton miró al interior de la habitación y asintió.

—Lo cazaron anoche en pleno intento de robo, pero nadie le ha dicho al detenido que tienen una coincidencia con el arma. Les he explicado tu situación y han accedido a esperar hasta que llegues allí como observador. Les he prometido que eso es todo cuanto vas a hacer: observar. Hazte a un lado y déjales hacer su trabajo. Le sacarán una confesión al chaval.

—Sí, señor.

Dalton le puso la mano en el hombro.

—Siento mucho que estés pasando por esto, de verdad.

—Gracias, señor.

Dalton tomó aire, asintió y se dirigió hacia la puerta de la sala de operaciones.

—¡Nash! ¿Dónde coño está tu último informe? Tengo una docena de periodistas acampados a las puertas de mi despacho. Tengo que echarles algunas sobras a esos perros.

Nash se encogió de hombros.

—Nos dijo que nos fuésemos a casa a descansar...; no hubo tiempo para el papeleo. Puede pasar y sentarse si quiere mientras asignamos las tareas.

Dalton se detuvo en la puerta y se dio la vuelta.

—Ah, Porter.

—¿Sí?

—Deja la de repuesto en el coche. No quiero una notificación que diga que vas armado. Querrían dejar constancia de ella en la rueda de reconocimiento.

Porter asintió.

—Sí, señor.

Clair colgó el teléfono y se acercó.

—Hosman podría tener algo; quiere que subamos.

—Ve con Nash, yo tengo que ocuparme de algo en la Cincuenta y uno. Y me llevo a Watson conmigo.

—¿Me vas a dejar sola con ese neandertal?

A Porter se le humedecieron los ojos. Se dio la vuelta. Clair miró al capitán.

—Ah —murmuró en voz baja—. Vale, solo... solo llámame si necesitas algo.

Porter forzó una sonrisa y asintió.

—Gracias, mamá osa.

La detective le dio un puñetazo en el hombro.

—No empieces tú también. Vaya par de gilipollas estáis hechos los dos.

Porter le guiñó un ojo y asomó de nuevo la cabeza por la sala de operaciones.

—¿Watson? Vámonos a ver lo de ese reloj.

## TABLÓN DE PRUEBAS

### Víctimas

1. Calli Tremell, 20 años, 15 de marzo de 2009
2. Elle Borton, 23 años, 2 de abril de 2010
3. Missy Lumax, 18 años, 24 de junio de 2011
4. Susan Devoro, 26 años, 3 de mayo de 2012
5. Barbara McInley, 17 años, 18 de abril de 2013 (única rubia)
6. Allison Crammer, 19 años, 9 de noviembre de 2013
7. Jodi Blumington, 22 años, 13 de mayo de 2014

Emory Connors, 15 años, 3 de noviembre de 2014  
Salió a correr a las 18:03 de ayer

TYLER MATHERS  
Novio de Emory

ARTHUR TALBOT

¿Negocios?

Cadáver hallado en el edificio de Ediciones Mulifax (propiedad de Talbot) identificado como Gunther Herbert, director financiero de la Corporación Talbot  
Algo turbio en la urbanización de Moorings (propiedad de Talbot)

N. BURROW

¿Criada? ¿Niñera? ~~Un poco de ambas~~ Institutriz

#### **OBJETOS HALLADOS EN EL CM**

Zapatos caros: John Lobb/1.500 \$ el par; son del 45: el sujeto desconocido calza un 43 – tienen las huellas de Talbot

Traje barato

Fedora

75 centavos en distintas monedas (dos de 25, dos de 10 y una de 5)

Reloj de bolsillo

Recibo de la tintorería (resguardo 54873); Kloz – filtrar los establecimientos

Cáncer de estómago terminal – medicación: octreótido, trastuzumab, oxicodona, lorazepam

Tatuaje, cara interna muñeca derecha, reciente – ¿Un ocho? ¿Infinito?

Libro de cálculo – dejado por el CM – conduce a:

#### **NAVE DE EDICIONES MULIFAX**

Huella parcial hallada en una vagoneta en la boca del túnel. Utilizada probablemente para trasladar el cuerpo

Deja oreja, ojos y lengua en cajas (de Gunther Herbert) – folleto en el cadáver y cajitas conducen a:

#### **URBANIZACIÓN MOORINGS LAKESIDE**

Búsqueda exhaustiva – no hallamos nada

Grabación en vídeo – parece que el CM se suicida, no hay una imagen clara del rostro

#### **Información que necesitamos**

- Antecedentes relacionados con la madre de Emory
- Reconstrucción facial – Hecha

#### **Asignación de tareas**

- Nash y Clair van a ver a Hosman
- Clair – organizar una ronda por los centros de tratamiento contra el cáncer con la imagen del sujeto desconocido
- Kloz: investigar el resguardo de la tintorería
- Watson: ver a su tío por el reloj, con Porter

## Diario

Estaba dormido cuando padre y madre regresaron. Bueno, la verdad sea dicha, estaba fingiendo que dormía, o de otro modo no los habría oído.

Al principio hubo gritos, pero no pude distinguir lo que decían. Padre y madre nunca se peleaban, y no me los podía imaginar discutiendo en la calle, donde cualquier vecino los podría oír, pero allí estaban..., vociferando en el camino de entrada.

No pude sino pensar en el señor Carter gritando a la señora Carter y a madre el día anterior.

Debieron de callarse de golpe, porque todo quedó de pronto en silencio. La puerta se abrió y se cerró, y unos pasos furiosos atronaron por el salón. Creo que padre tiró las llaves del coche. Hicieron ruido por la encimera y cayeron al suelo. Madre se limitó a decir:

—Haz lo que quieras. Yo no me voy a prestar a eso.

A continuación pasó decidida por delante de mi puerta, recorrió el pasillo hasta su dormitorio y cerró de un portazo a su espalda.

Silencio.

El silencio más atronador que jamás he oído.

Me podía imaginar a padre en la cocina, con el rostro encendido. Los puños apretados con fuerza, abriendo las manos y volviendo a apretarlas.

Retiré las sábanas y me bajé de la cama. Caminé de puntillas y pegué la oreja a la puerta.

—¿Campeón? —voceó padre desde el otro lado.

Casi me tropiezo con mis propios pies al retroceder de un brinco, con fuertes palpitations mientras pensaba si salir disparado hacia la seguridad de las sábanas.

Nunca llegaría hasta ellas.

—¿Campeón? ¿Estás levantado?

Alargué la mano hacia el picaporte de la puerta y la abrí, con seguridad y rapidez. El cuerpo de padre llenaba el marco, su oscura expresión ensombrecida por el contraluz de la iluminación de la cocina. Aún tenía la mano allí donde había estado el picaporte un momento antes, y la otra en la espalda, sujetando algo.

—¿Trasnochando, colega?

La ira que había oído en su voz con madre o bien había desaparecido o bien la había enmascarado con mucha habilidad, porque ya no quedaba ni rastro. En su expresión no había más que una sonrisa, un centelleo en los ojos.

Padre me enseñó una vez la importancia de proyectar una emoción. Me dijo que siempre debía detectar la emoción que se esperaba de mí en unas circunstancias determinadas y asegurarme de que la transmitía con confianza y sinceridad por fuera, sin importar lo que de verdad sintiese por dentro. Lo practicamos en numerosas ocasiones. Cuando nuestra perra *Ridley* tuvo cachorritos, padre le partió el cuello a uno de ellos delante de mí y me obligó a reírme. Al no ser capaz de hacer lo que me pedía, cogió otro cachorro, y dejé que corriesen las risas con tal de no ver morir a otro. Sin embargo, aquello no fue suficiente; me dijo que no había sonado sincero. Al llegar al cuarto ya había aprendido a controlar mis emociones. Era capaz de pasar de feliz a triste, de furioso a sombrío, de solemne a aturdido tan solo con que él chasquease los dedos. *Ridley* se marchó poco después de aquello, no sé adónde. Yo solo tenía cinco años por aquel entonces, y mis recuerdos de aquellos días son, en el mejor de los casos, intermitentes.

Padre me estaba sonriendo de oreja a oreja, y yo no tenía forma de saber cómo se sentía realmente, ni tampoco quería saberlo. Si llegaba a sospechar que se me estaba pasando por la cabeza que él pudiese estar de algún modo que no fuera feliz, la noche no sería un camino de rosas para madre o para mí.

—No me quería ir a dormir hasta que llegase, padre, por si acaso necesitaba ayuda con algo.

Alargó la mano y me alborotó el pelo.

—Eres mi soldadito, ¿verdad, hombretón?

Asentí.

—Pues verás, me encantaría que me ayudaras con una cosita de nada,

si es que estás en condiciones. ¿Te apetece un poco de diversión?

Volví a asentir.

—Ve a por la ensaladera grande de plástico de tu madre, en el armario de la cocina, y baja al sótano. Tengo una sorpresita para nuestra invitada. —Sacó una bolsa grande de papel de detrás de la espalda y la sostuvo en alto; después la sacudió un poco. Algo arañó en el interior—. ¡Esto va a ser genial!

Sonrió.

Esta vez supe que de verdad estaba feliz.

46

Clair

Día 2 – 7:18

—¿Ha dicho por qué tenía que ir para allá? —preguntó Nash sin apartar la mirada del número de planta en la pantallita del ascensor.

Clair puso los ojos en blanco.

—Ya te lo he dicho tres veces. Lo único que ha dicho es que tenía que encargarse de algo en la Cincuenta y uno, nada más. Sin hacerme gestos secretos, ni darme notitas, nada de nada.

—Pero tendrá que ser algo sobre Heather, ¿no?

—Si quisiera que lo supiésemos, nos lo habría contado.

Las puertas del ascensor se abrieron en la quinta planta; salieron a un laberinto de cubículos abarrotados de cosas y mesas desvencijadas de metal con unos ordenadores tan antiguos que aún tenían disquetera.

Nash echó un vistazo rápido a su alrededor antes de aventurarse por el estrecho pasillo atestado de cajas de archivadores y montones de carpetillas.

—¿Y a qué viene lo de llevarse a Watson? ¿Por qué no a uno de nosotros?

—Ni siquiera sabemos si tiene que ver con Heather.

—Tiene que ser por Heather.

Clair sabía que estaba en lo cierto. El capitán nunca bajaba al sótano.

—Sí, es probable.

—¿Por qué Watson, entonces?

—Ese cacharro de metal que te dejan llevar por ahí dice que eres detective. ¿Por qué crees tú que no ha querido llevarse a uno de nosotros?

—Yo soy su mejor amigo.

Por Dios, ¿se iba a poner a llorar este hombre?

—A lo mejor quería tener cerca a alguien que no lo supiera. Menos presión. A ver, yo no he sacado el tema, pero él ya sabe que nosotros lo sabemos, y eso crea todo

tipo de tensiones. Tiene que ser muy difícil para él estar otra vez de servicio, rodeado de todo esto, sabiendo que no puede hacer nada. Creo que lo está llevando lo mejor que puede. Mejor de lo que yo lo haría, seguro de cojones. Yo sería un puto desastre.

Encontraron la oficina de Hosman a dos puertas del fondo, a la izquierda. Tenía la puerta abierta, y les hizo una señal para que entrasen.

—¿Quién está para darle un poco a las mates?

Clair señaló a Nash.

—Aquí tienes a tu hombre. Nash ganó el campeonato estatal de matemáticas en el instituto, tres años seguidos.

Hosman alzó la mirada hacia Nash con las cejas arqueadas.

—¿En serio?

—Ya te digo. Justo después de ganar el oro en salto con pértiga —respondió Nash con un gesto afirmativo de la cabeza—. Y también hago una tarta de cerezas de puta madre. Tendrías que ver la cantidad de premios que tengo.

—Vale. Nada de mates, ¿eh?

—*Nop.*

—¿Sabéis lo que es un esquema Ponzi?

Clair levantó la mano.

—Es cuando un individuo o una empresa paga dividendos a sus inversores con el capital que han conseguido de nuevos inversores en lugar de sacarlo de los beneficios obtenidos.

Nash soltó un silbido.

—Qué buenorra te pones cuando te sabes las cosas.

Clair le dio un puñetazo en el hombro.

Hosman dio unos golpecitos sobre unos papeles que tenía sobre la mesa.

—Yo creo que eso es lo que está pasando aquí; no solo en Moorings, sino en todo el grupo de empresas de Talbot.

Clair frunció el ceño.

—¿Cómo es posible? Es uno de los hombres más ricos de la ciudad, quizá del país.

—Es rico sobre el papel; rico de narices sobre el papel, pero tiene algunos problemas muy serios. Las cosas empezaron a torcerse en Moorings hace unos dos años. Compró aquellos terrenos y, una semana antes de la fecha en que se suponía que su empresa iba a empezar a demoler edificios, el Departamento de Conservación del Patrimonio Histórico, de la Oficina de Urbanismo del Ayuntamiento de Chicago, consiguió un mandamiento judicial con el que bloqueó el proyecto urbanístico. Consideraban que había que rehabilitar el barrio. En esa zona surgió no menos de una docena de garitos clandestinos durante el apogeo de la ley seca. En Urbanismo pensaron que a la ciudad le vendría mejor que rejuvenecieran el barrio dejando todo intacto y convirtieran en una atracción turística la zona a orillas del lago. Al Capone iba mucho a uno de esos locales, y los gánsteres siempre tienen mucho tirón.

Clair ladeó la cabeza.

—Pero Talbot tuvo que verlo venir, ¿no? Con tugurios abandonados o sin ellos, Urbanismo ha estado rehabilitando zonas aisladas como esa por toda la ciudad. Digo yo que un promotor inmobiliario espabilado habría aumentado su presupuesto y su plazo para encargarse de esos grupos.

Hosman dio unos toquecitos sobre una de sus hojas de cálculo.

—Y tienes razón; apartó veinte millones en una cuenta de depósito específica para enfrentarse a esa gente. No solo lo vio venir, sino que el día que se presentó la solicitud del mandato judicial, sus abogados estaban esperando en el tribunal con su propia reclamación.

—¿Pensaba denunciar a la Oficina de Urbanismo? —preguntó Nash.

Hosman sonrió.

—Mejor que eso. Denunció al Ayuntamiento. Sus abogados afirmaron que los garitos clandestinos se construyeron sin los permisos necesarios, y que no solo sería ilegal rehabilitarlos, sino que la ciudad tenía la obligación de reformarlos para ponerlos al día o bien demolerlos.

Clair soltó un silbido.

—Guau. ¿Y cómo sentó eso al Ayuntamiento?

—Pues no les hizo mucha gracia, y el condado presentó su contraataque. Al día siguiente le pararon a Talbot la construcción de dos rascacielos que tenía en marcha en el centro de la ciudad. Uno era un edificio de oficinas, el otro residencial. Según parece, salió un soplón que dijo que su constructora estaba utilizando un hormigón de calidad inferior. Cuando analizaron la mezcla, resultó que era cierto. Demasiada arena o algo así. Aún estoy tratando de entender los detalles. El edificio de oficinas tiene cuarenta y tres plantas y un coste estimado de unos seiscientos ochenta y ocho millones de dólares, y la torre residencial tiene sesenta y cuatro plantas con un coste que asciende a los mil millones.

—¿Y qué significa eso, entonces? ¿Tiene que demolerlos y empezar de cero? —preguntó Nash.

Clair estaba estudiando una fotografía del edificio de oficinas que Hosman había sacado de la impresora.

—¿Crees que el Ayuntamiento sabía lo del hormigón malo desde el principio y que solo sacó la infracción a la luz como una represalia?

Hosman levantó las dos manos.

—No sé responder a ninguna de las dos cosas.

—Hemos visto casas en Moorings, así que tienen que haber llegado a algún tipo de solución, ¿no? —señaló Nash—. Me refiero a que los edificios antiguos han desaparecido, y los han reemplazado con viviendas unifamiliares de lujo, así que alguien se ha echado atrás.

Hosman estaba señalando otra hoja de cálculo.

—Pues ese es el misterio ahora mismo. He visto que el pasado mes de mayo

salieron cerca de cuatro millones de las cuentas de Talbot, y no he tenido ningún éxito siguiendo la pista del receptor. Poco después, sin embargo, se volvieron a poner en marcha las obras en Moorings, y el Ayuntamiento le permitió continuar con los rascacielos después de aprobar el añadido de un refuerzo muy costoso.

—¿Sobornaron a algún funcionario municipal?

—Eso creo. Todas las demandas fueron retiradas.

Nash frunció el ceño.

—No soy analista financiero, pero nada de esto me suena a esquema Ponzi. Me suena más a un ricachón que utiliza sus riquezas para hacerse más rico.

—No es exactamente para hacerse más rico —respondió Hosman, que rebuscaba entre diversos montones de papeles. Cuando encontró la hoja que quería, se la entregó a Nash.

El detective le echó un vistazo rápido y se la devolvió.

—No soy analista financiero, ¿recuerdas?

Hosman puso los ojos en blanco.

—Ahora mismo Talbot tiene en marcha dieciséis proyectos a gran escala: de todo, desde urbanizaciones residenciales hasta centros comerciales, edificios de apartamentos y de oficinas de lujo. A todos ellos les faltan meses aún para estar terminados, y son una sangría de dinero: en particular, las torres con el problema estructural. Sus inversores empezaron a retirarse en cuanto se enteraron del problema. Talbot reembolsó más de trescientos millones el mes pasado. Le vencen otros ciento ochenta millones en las próximas dos semanas, y, hasta donde yo sé, no los tiene. Parece que ha estado utilizando el dinero procedente de los nuevos inversores para pagar a los antiguos mientras trataba de conseguir créditos para cubrir las obras.

—O sea, un esquema Ponzi —dijo Nash.

—No, eso no es un esquema Ponzi —respondió Hosman.

—¿Y qué es entonces un...?

Clair le puso la mano en la boca a Nash.

—Para que esto fuera un esquema Ponzi, tendría que recaudar fondos para un proyecto fantasma y utilizar lo recaudado para pagar a los inversores de otros proyectos.

—Eso nos lleva de vuelta a Moorings. —Hosman sacó un ejemplar del folleto que hallaron en el cadáver de Gunther Herbert, el director financiero de Talbot—. Este sitio es una farsa.

—Pero ahí sí está construyendo —señaló Nash.

—Visteis las casas de la primera fase, seis en total, ninguna de las cuales se ha vendido aún. El verdadero problema está en la segunda fase. Ha estado vendiendo parcelas, futuras casas, incluso participaciones de un exclusivo club de campo y de golf cuya fecha estimada de finalización es el otoño del año que viene. He llamado a Terry Henshaw, de Delitos Económicos del FBI, y me ha dicho que ya llevan unos meses siguiendo los pasos de Talbot. Ha estado desviando los fondos procedentes de

la segunda fase a través de una serie de subcuentas en el extranjero para repatriarlos bajo el paraguas de la Corporación Talbot con el fin de pagar a los inversores de otros proyectos.

Clair estaba haciendo un gesto negativo con el dedo.

—Eso sigue sin ser un esquema Ponzi. Será poco ético, pero si su grupo de empresas es propietario de todos esos proyectos, y son legales, lo más seguro es que el tío se haya cubierto el trasero con la letra pequeña en el papeleo.

Hosman giró la silla lentamente en un semicírculo, con una sonrisa bailándole en los labios.

—Estarías en lo cierto, pero he encontrado algo más.

—¿Qué?

—Los terrenos donde piensan construir la segunda fase no le pertenecen. Está vendiendo una urbanización construida en terrenos de otra persona.

—Si no son suyos, ¿de quién son entonces?

A Hosman se le puso una sonrisa de oreja a oreja, y su mirada fue a toda velocidad de un detective al otro.

—Atentos...

A Nash se le puso la cara roja.

—Suéltalo ya, calculín.

—Emory Connors. —Hosman dio una palmada sobre la mesa—. Su madre se lo dejó en herencia. Esa cría tiene un patrimonio que vale un pastizal. Dado que la dueña del terreno es ella, y no Talbot, tenemos algo peor que un esquema Ponzi. Hay más, mirad esto. —Señaló un párrafo resaltado en un documento legal.

Nash lo leyó y soltó un silbido.

—¿Crees que el capitán nos dejará llevarlo ahora a comisaría?

## Diario

Los peldaños crujieron cuando bajé con la ensaladera grande de madre en una mano y un vaso de agua en la otra. Madre me había observado con atención mientras me dedicaba a la tarea de reunir aquellos objetos; en un momento dado incluso articuló con los labios «No le dejes hacerlo». Por supuesto, no le hice ningún caso, porque yo no «dejaba» a padre hacer nada, y no pensaba estropearle el buen estado de ánimo transmitiéndole un mensaje de madre como aquel. Me había pedido que le llevase la ensaladera, y yo sabía que la señora Carter no había bebido nada durante horas. Me imaginé que estaría sedienta, así que bajé también un poco de agua. Si madre tenía algún reparo respecto a cualquiera de las cosas que estaban a punto de suceder, era perfectamente capaz de dar a conocer su postura. Padre ya estaba en el piso de abajo, arrodillado junto al catre. Al aproximarme más, me di cuenta de que le estaba atando los pies al armazón a la señora Carter con un trozo de cuerda de tres ramales de nailon. Ya le había sujetado la mano que tenía libre. La señora Carter daba unos tirones de las ataduras que de nada le servían. Padre sabía hacer unos nudos bien fuertes.

Tenía un trapo metido en la boca y sujeto por una mordaza hecha con un trozo de la camisa del señor Carter. En la tela habían quedado unas manchitas de color carmesí.

Padre tiró del último nudo y le dio unas palmaditas en la pierna a la señora Carter.

—Listo, Calixto. —Se volvió hacia mí, y en los ojos tenía el brillo de la mirada de un niño en Navidad—. ¿Llevas encima la navaja?

Aún la tenía madre. La había buscado aquí y allá, por toda la casa,

pero no había encontrado ni rastro de ella. Le dije que no con la cabeza.

Padre frunció el ceño.

—Deberías llevarla siempre.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó la suya y me la entregó.

—¿Tiene pensao matarla?

—Deberías pronunciar bien: «pensado», no «pensao». Un chico listo no utiliza el lenguaje de esa manera.

—Lo siento, padre.

—El único momento en que deberías hablar de esa forma es cuando quieras que los que te rodean piensen que eres menos inteligente de lo que eres. A veces es mejor no parecer que eres el más listo. Hay personas que se sienten intimidadas por quienes tienen un intelecto superior. Si te haces el tonto para situarte a su nivel, te aceptarán. Hace que sea más fácil pasar desapercibido en la muchedumbre. Ahora bien, tampoco es necesario recurrir a las ficciones cuando estás a solas con tu viejo y con nuestra encantadora vecina. Si no puedes ser tú mismo con los amigos y la familia, pues ya me contarás, ¿no?

No pude sino estar de acuerdo.

—¿Tiene pensado matarla, padre?

Padre me cogió la navaja de la mano y sostuvo la hoja a la luz.

—Esa es una excelente pregunta, campeón, pero no me corresponde a mí responderla. ¿Sabes? Es la señora Carter quien tiene todas las cartas de ese juego de azar en especial, y se las está guardando muy bien. Personalmente, yo preferiría no matarla. Preferiría que nos la quedáramos una temporada. Tengo entendido que a la señora Carter le va la marcha, y aún estoy por experimentar su virtud por mí mismo. — Le volvió a dar unos golpecitos en la pierna—. ¿Verdad que sí, Lisa? ¿No eres todo un rapto de placer?

La señora Carter tenía los ojos clavados en la hoja de la navaja. Resplandecía bajo los sesenta vatios que colgaban del techo.

Padre tenía la bolsa de papel en el suelo, a su lado, resbalando ligeramente sobre el cemento. Me volvió a dar la navaja.

—Ya eres mayor. ¿Qué te parece si haces tú los honores?

La señora Carter se retorció, pataleando y con los ojos muy abiertos. Gritó algo bajo la mordaza, pero fue imposible entenderlo. No tenía muy claro por qué padre la había amordazado. ¿No residía parte de la diversión en oír sus reacciones?

Padre tiró de la blusa blanca de la señora Carter para sacársela de los

pantalones vaqueros.

—Quiero que le cortes esto para quitárselo. Es una lástima destrozar una prenda que está impecable, pero por desgracia no hay otra forma de hacerlo con ella así, atada al catre. Qué lástima que no se haya puesto una camisa abotonada.

La señora Carter agitaba la cabeza con verdadera furia, pero no tenía ni voz ni voto en cuanto a padre se refería. Le ofrecí mi sonrisa más tranquilizadora, deslicé la hoja a través de la tela de la blusa y di un pequeño tirón. El borde afilado cortó el algodón sin apenas esfuerzo, y seguí tirando. Rocé con los nudillos la suave piel de su vientre, y sentí que me sonrojaba. No era capaz de mirar a padre ni a la señora Carter por miedo a revelar la cascada de emociones que se me venía encima. Estoy seguro de que estaba caliente al tacto..., la temperatura me subía por momentos. Cuando le rocé el sujetador con el dorso de la mano, creí que iba a reventar. Obligué a la navaja a seguir adelante y corté hasta que la hoja apareció por el cuello de la blusa, que se dividió en dos. La señora Carter ya estaba llorando.

—Corta las mangas y los hombros también. Quitá de en medio esta cosa molesta —me indicó padre.

Hice lo que me dijo, y la blusa no tardó en acabar tirada a mi lado en un montón de jirones. La señora Carter se puso más inquieta, con una respiración trabajosa a través de la mordaza. El pecho subía y bajaba con un apremio creciente. ¿Se desmayaría?

—¿No deberíamos quitarle esa mordaza?

Padre observó a la señora Carter por unos segundos antes de hacer un gesto negativo con la cabeza.

—Una persona que grita de miedo es una cosa, pero ¿una que grita de dolor? Eso es un animal completamente distinto. Y esto va a doler. Estoy absolutamente seguro de eso.

Cogió otro trozo de cuerda y le rodeó el torso por debajo de los pechos; después lo pasó por debajo del catre e hizo un nudo fuerte. Lo repitió otras cuatro veces hasta que se quedó sin cuerda.

Aquello no sirvió en absoluto para calmar a la señora Carter. Pataleaba contra las ligaduras y se sacudía en el catre con renovadas fuerzas. Padre le puso la mano, tan grande, sobre las rodillas y le obligó a bajarlas antes de atárselas también al catre con otro trozo de cuerda. Cuando terminó, la señora Carter no se podía mover.

—Será mejor que nos pongamos con ello. ¿Me puedes dar esa bolsa y

la ensaladera?

Asentí y alargué el brazo hacia la bolsa. Pesaba. Lo que fuera que hubiese dentro alcanzaba un peso de un cuarto de kilo, no menos. Sentí que se deslizaba en el interior. Se había meado, también. El fondo de la bolsa estaba empapado de orina y apestaba a amoniaco calentito.

Padre me cogió la bolsa de la mano y se la puso a la señora Carter sobre el estómago. Ella respiró hondo y trató de incorporarse cuando la bolsa empapada le tocó la piel, pero la cuerda la sujetó con firmeza. Estiró el cuello lo suficiente para ver la bolsa, pero no pudo mantener una postura tan incómoda por mucho tiempo, antes de volver a caer.

Padre plegó la parte alta de la bolsa y dejó que entrara algo de aire, y enseguida la cubrió con la ensaladera de forma que quedó atrapada entre esta y el estómago de la señora Carter.

Sacó un rollo de cinta adhesiva, cortó varias tiras y le pegó la ensaladera al torso. Era de plástico transparente, de forma que podíamos ver perfectamente lo que sucedía dentro.

Dio unos toquecitos en lo alto de la ensaladera.

—Este pequeñín es la típica rata de campo. Es un macho, y lo he cogido ahí mismo, aquí fuera, sin mayores problemas después de haberle dado un trocito de queso condimentado con cloroformo. Ya se le está empezando a pasar el efecto, y cuando se despierte va a estar muy enfadado y peleándose con un dolor de cabeza de los que hacen historia. A las ratas no les gustan los espacios cerrados, así que estoy bastante seguro de que va a querer salir de la ensaladera. Quizá se ponga a arañar el plástico, pero la superficie es demasiado lisa para que consiga un agarre sustancial. Una vez abandone esa vía, yo creo que se centrará en lo que tiene debajo, y ahí es donde comienza la auténtica diversión. Al contrario que en el plástico, esas garras afiladas y puntiagudas no tendrán el menor problema para abrirte ese torso tan tierno que tienes, y si mete el hocico en el asunto y empieza a morder... —Padre sonrió de oreja a oreja—. Bueno, digamos que unos dientes como esos están hechos para devorar sustancias mucho más difíciles.

La señora Carter estaba retorciéndose de nuevo, y respirar se había convertido en una batalla para ella. Trataba de coger aire, pero no podía inhalar el suficiente por la nariz. Le caían los lagrimones por las mejillas. Tenía los ojos rojos e hinchados.

Me acerqué más. La rata estaba acurrucada en la bolsa, apenas se movía, aunque estaba claro que se le estaba pasando el efecto de la

sustancia química. Cuando asomó la cabeza fuera de la bolsa, pegué tal respingo que casi se me caen los pantalones.

Padre se echó a reír.

—No te preocupes, campeón. No va a ir a por ti. Si sale de ahí, tendrá la barriga tan llena que volver a comer será lo último que se le pase por la cabecita.

—La señora Carter se va a desmayar.

Estoy seguro de que padre ya había considerado esa posibilidad, pero su expresión me decía lo contrario. Al principio pareció desconcertado y después frustrado.

—Tal vez estés en lo cierto, campeón. Supongo que esto podría ser un tanto abrumador. Pero ya casi hemos terminado. —Le pasó la mano por el pelo a la señora Carter—. Podrás aguantar unos minutillos más, ¿verdad que sí, Lisa? Eres lo bastante dura como para lograrlo, ¿no?

La mujer sacudió la cabeza, y fui incapaz de distinguir si había dicho que sí o si era un «no» de lo más vigoroso.

La rata trepó, salió de la bolsa y se cayó por el lateral antes de volver a colocarse sobre las patitas rosadas. No tenía equilibrio, estaba claramente grogui, pero iba poco a poco hallando el camino de regreso al mundo de los vivos. Al principio olisqueó la bolsa, después la ensaladera, después el ombligo de la señora Carter, donde hizo desaparecer el pequeño hocico antes de volver a asomarlo y olisquear el aire.

—Ahí va nuestro amiguito. —La rata trataba de escabullirse por el borde de la ensaladera—. Creo que mi hijo podría tener razón. Esa mordaza dificulta la respiración, así que te la voy a quitar para darte la oportunidad de recuperar el aliento. Quiero también hacerte una pregunta muy simple, una pregunta que puede poner fin a todo esto si eres sincera conmigo. ¿Te parecería bien?

Esta vez, la señora Carter asintió sin la menor duda.

Padre se lo pensó, se inclinó para acercarse a ella y le pegó los labios al oído.

—¿Se acostaba tu marido con mi mujer?

Sus palabras fueron apenas un susurro, prácticamente inaudibles desde donde yo me encontraba.

La señora Carter abrió mucho los ojos, sin apartar de él la mirada. Padre llevó la mano a la mordaza y le retiró el trapo de la boca. Ella escupió el trozo de tela masticado y cogió una bocanada de aire, como si hubiera estado sumergida durante horas.

—¡Quítame esa cosa de encima! —gritó ella.

Volvió a sacudirse, pero no consiguió nada. El torso no se le movió más de un par de centímetros antes de que las ataduras volvieran a tirar de ella hacia atrás. Estiró el cuello, pero no pudo levantar la cabeza lo suficiente para ver lo que estaba pasando.

Yo, sin embargo, sí que veía. Lo veía todo.

La rata estaba volviendo en sí con rapidez, se sacudía el sopor y recobraba la firmeza en las extremidades. Si las ratas podían sufrir ataques de ansiedad, seguro que a aquella maravilla peluda le esperaba uno en un futuro inmediato. Daba vueltas al borde de la ensaladera con el hociquillo nervioso metido en el espacio donde el plástico se encontraba con la piel de la señora Carter, se detenía cada cierto número de pasos para inspeccionar el plástico y luego reanudaba la búsqueda por el perímetro. La rata daba otra vuelta, y otra más, y cada vez que pasaba se ponía más frenética.

—Oh, vaya, yo creo que tiene claustrofobia. ¿Qué te parece a ti, campeón?

Asentí.

—¡Seguro que sí, padre! ¡Mire cómo va! ¡Se está enfadando!

—Ninguna de las criaturas del Señor disfruta con el cautiverio. Da igual que sea un gusano, un roedor o el más fuerte de los hombres. Tú encierra a una criatura viva en una jaula, y querrá salir de ella aunque le pongas los más deliciosos placeres y un lugar confortable para descansar. Este granujilla va a perforar a nuestra querida vecina con tal de alcanzar la libertad. ¿Te lo imaginas? Un agujero ahí en medio. Estoy convencido de que ni siquiera la matará, al menos durante un rato. Una vez vi a un hombre vivir tres días con una herida de escopeta que le atravesaba las tripas. Si la luz incidía de la forma apropiada, te juro que podías ver perfectamente a través. Por supuesto, este agujero será mucho más grande, así que tampoco espero que viva durante días, pero seguro que de veinte a treinta minutos no se los quita nadie. —Se estremeció—. ¿Te imaginas el dolor que debe de producir algo así? Un agujero del tamaño de un puño. —Levantó el puño y lo sostuvo sobre la señora Carter.

Ella tiró de las ataduras y pataleó lo poco que le permitía la cuerda, aunque con ello solo lograba poner más nerviosa a la rata.

—¡Por favor, quítamela! ¡Por favor! ¡Te diré lo que quieras!

Padre volvió a inclinarse hacia ella.

—La pregunta que te he hecho es bastante simple, aunque quizá con

tanta excitación se te haya olvidado o no me hayas oído bien, así que te la voy a repetir: ¿se estaba acostando tu marido con mi mujer?

La señora Carter sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—¡No! ¡No, no, no!

Padre me guiñó un ojo.

—¿Tú qué crees, campeón? ¿Está siendo sincera con nosotros o nos está contando una mentirijilla?

—¡Ah! —gritó la señora Carter con los ojos desorbitados y la cara enrojecida.

Miré a la rata. Le había dado un leve mordisquito a la señora Carter en un pliegue del ombligo. No bastó para hacerle sangre, pero sí para que se le pusiera rojo y se hinchase, desde luego. La rata tenía la cabeza levantada y contraía el hocico; parecía estar catando su hallazgo como uno degustaría un buen vino.

Padre dio una palmada, y la criatura se volvió hacia él y se olvidó de su comida por unos instantes.

—Al muy granuja le está entrando hambre. Y le está apeteciendo la carne. ¡Eso es buena señal, desde luego! Seguro que sabes dulce..., con el punto justo de ternura y de sabor.

—¡Estás como una puta cabra! —le soltó la señora Carter. Volvía a boquear en busca de aire. Quitarle la mordaza había sido una buena decisión. Si padre se la hubiera dejado puesta, a estas alturas ya se habría desmayado—. Por favor, quítamela de encima —dijo con lágrimas que le caían por la cara—. Ya he respondido la puta pregunta; ahora quítamela.

—Esa boca, querida, esa boca.

—Haré lo que quieras. Te diré lo que quieras, pero por favor...

La rata le mordió justo un momento antes de que ella soltase el más horrible de los aullidos. Esta vez, el roedor no vaciló. Al contrario que con el primer mordisco, que no había sido más que una exploración, este vino provocado por el hambre pura y dura. Padre tenía razón: el bichito le había cogido el gusto a la carne. Le arrancó un trocito de medio centímetro del abdomen. Yo miraba asombrado mientras la zona se puso primero rosada, después roja y a continuación se llenó de sangre.

—Oooh —canturreó padre—. Esto sí que es harina de otro costal.

La señora Carter se agarró a los costados del catre, con los dedos blancos de los tirones que daba del armazón. Tomó aire de golpe. Yo ya conocía la expresión «ojos desorbitados», pero hasta entonces no había visto lo que de verdad significaba. Y es que tenía los ojos realmente

desorbitados, como si de verdad se le fuesen a salir de las cuencas.

Padre reparó entonces en el agua.

—Campeón, mira esto.

Inclinó el vaso y derramó unas gotitas minúsculas de agua sobre la ensaladera. Cayeron por el lateral y se encharcaron en la zona donde el plástico tocaba la piel. No había pasado ni un segundo cuando la rata percibió el líquido: saltó desde el lado contrario de la pequeña jaula y metió el hocico bajo el borde de la ensaladera. Sin embargo, no podía alcanzar el agua: padre había pegado —y bien pegado— con cinta aquella cúpula improvisada. Eso pareció frustrar a la rata, que se puso a escarbar con sus minúsculas garras produciendo cortes en el vientre a la señora Carter sin inmutarse ante los gritos que esta daba. Y mira que gritó. Y yo que creía que el mordisco era malo, pero...

Padre me alborotó el pelo.

—¡Pero qué divertido! —Se volvió hacia la señora Carter—. Mira, Lisa, yo sé que ha estado yendo a tu casa, durante horas seguidas a veces, y cuando vuelve a casa apesta a sexo. Viene a casa con el hedor de la porquería del sexo, y me sonrío como si no pasara nada, como si no estuviera haciendo nada malo. Bueno, pues los dos sabemos que eso no es cierto, ¿verdad que lo sabemos? Yo creo que tú y yo sabemos lo que está pasando aquí. Cuando ella lo mató, no estaba intentando protegerte a ti, estaba intentando protegerse a sí misma. ¿Estoy en lo cierto?

No creo que la señora Carter le oyese. Cogía aire en bocanadas largas, y con cada una hacía unos ruidos húmedos, de sorbetones, al mezclarse el aire con las lágrimas y los mocos que le bloqueaban la garganta. Tenía la mirada fija en el techo; ya no nos veía ni a mí ni a padre, en absoluto.

—Creo que está en estado de *shock* —dije.

La rata había dejado de escarbar, pero ya había hecho un pequeño desastre. Además de los dos mordiscos, había numerosas, aunque no profundas, heridas. La zona alrededor del agua estaba cubierta de arañazos, como si alguien hubiese cogido una cuchilla muy afilada y hubiese hecho unos cortes finos.

Padre arrancó la cinta adhesiva, apartó la ensaladera de un mamporro y la lanzó por los aires con la rata, al otro extremo del sótano.

—Maldito roedor..., demasiado lejos... —masculló, agarró el vaso de agua y le vertió el contenido en la cara a la señora Carter.

Esta dejó de jadear, nos fulminó a los dos con la mirada y se puso a

chillar.

Padre le dio una bofetada, con la mano abierta, que le dejó una marca roja en la cara. La señora Carter se calló, con el cuerpo sacudido por violentos espasmos.

—Ah, venga ya, mujer, que tampoco ha sido para tanto. —Le dio unos toquecitos en la herida con la bolsa de papel—. ¿Lo ves? Un simple arañazo. Nada del otro mundo. —Volvió a inclinarse hacia ella, acercando los labios a su oído—. Si quisiera hacerte daño, me refiero a hacerte daño de verdad, podría hacer cosas mucho peores. Una vez utilicé la navaja con los dedos de la mano de un hombre, y los despellejé hasta el hueso. Primero corté hacia abajo por el centro, y después comencé a cortar pequeñas tiras. Tardé casi una hora en terminar con el primero. En apenas unos minutos ya estaba casi en estado de *shock*, así que le puse una inyección de adrenalina. Eso no solo lo despertó de golpe, sino que amplificó el dolor. —Estiró el brazo y le acarició el dorso de la mano a la señora Carter. Ella pegó un tirón para apartarla, tensó las esposas—. ¿Sabías que tenemos veintisiete huesos en la mano? Unos grandes, otros pequeños, pero todos se rompen. No estoy seguro de si el hombre podía sentir mucho llegados a ese punto, ya que le había arrancado la mayor parte de la piel, el tejido y los tendones, pero te aseguro que gritó. Seguro que si te lo hiciera a ti, si te desollase los dedos de uno en uno, me dirías la verdad rápidamente, ¿no te parece? —Le recorrió el dorso de la mano y le rodeó la muñeca antes de agarrarla con fuerza—. Seguro que si cortase lo justo, si empezase aquí, rodease la rama dorsal justo por aquí, en el nervio cubital, te podría quitar la piel como si fuera un guante húmedo. Tendría que tener cuidado de no pincharte la vena, pero me veo capaz de hacerlo. —Se volvió hacia mí—. ¿Qué te parece a ti, campeón? ¿Deberíamos probar?

La imagen me surgió en la cabeza.

Padre presionó con la palma de la mano la herida del abdomen de la señora Carter, y esta vez no gritó. Tan en blanco se le pusieron los ojos que le desaparecieron las pupilas, y la cabeza se le cayó a un lado.

—¿Está muerta?

Padre la tocó en un lado del cuello.

—No, se ha desmayado. Supongo que tenía que pasar. —Se levantó y se dirigió a la escalera—. Puedes desatarla, pero déjale puestas las esposas. Después, sube y échate un sueñecito. Ha sido una noche muy larga. Yo tengo que mantener una charla con tu madre.

—¿Qué pasa con la rata? —le pregunté cuando se marchaba.

Sin embargo, ya se había ido, y yo me quedé a solas con nuestra invitada.

48

Emory

Día 2 – 8:06

*¿Cielo? De verdad, tienes que levantarte. Tanto dormir no puede ser sano, ni lo más mínimo.*

Emory soltó unos manotazos distraídos al aire a su alrededor, a la densa niebla que había descendido sobre su pensamiento. Cuando parpadeó y abrió los ojos, no vio nada. Tan solo era capaz de distinguir que los tenía abiertos por lo secos que estaban: sentía el aire frío tan reseco en las pupilas que tuvo que volver a cerrarlos. Intentó darse la vuelta, pero no pudo.

*¡Alguien la estaba sujetando! Alguien le presionaba en la espalda y la empujaba contra el suelo de cemento. ¡Señor, no permitas que me saque los ojos! ¡No le dejes quitarme la lengua!* Se preparó, a la espera del dolor de la cuchilla al clavarse en la córnea y sacarle los ojos, o una mano que la agarrase por la garganta y ejerciese la suficiente presión para obligarla a abrir la boca y...

*Relájate, cielo. No es más que la camilla. ¿Es que no te acuerdas? Ese monstruo de metal se te cayó encima cuando intentabas pegarle un lametón a un charquito de agua como si fueras un perro callejero.*

Todo regresó en un rápido fogonazo, que vino seguido de un dolor tan grande en la sien que pensó que volvería a perder el conocimiento. Emory se tocó la frente; notó los dedos pegajosos de sangre que se le estaba secando.

*¿Conseguiste probar el agua, al menos, antes de que todo el infierno entero se te viniera encima, querida? No sé tú, pero yo estoy seca.*

A juzgar por el estado en que tenía la garganta, no lo había conseguido.

Al principio no le dolía la muñeca. No sintió nada hasta que cambió de postura y trató de salir de debajo de la camilla, pero cuando llegó el dolor, lo hizo de golpe. Fue como si le estuvieran separando la mano del resto del brazo a la altura de la muñeca, como si unos dientes furiosos le estuvieran atravesando la piel y el hueso. Intentó

gritar, pero lo único que salió de su garganta seca fue un leve gruñido.

Entre la muñeca y el golpe en la cabeza, una oscura semiinconsciencia amenazó con volver a apoderarse de ella. Aun así, luchó contra ella. Emory se dijo que mientras sintiese dolor estaba viva, y que mientras estuviera viva se recuperaría, a pesar de todo lo que pudiera depararle aquella situación.

*Ah, tú misma, hija. Las chicas son guerreras y todo eso. Nada quedará mejor en las cadenas de ámbito nacional que una chica sin una oreja y con un muñón por mano contándole al mundo que es una superviviente. Matt Lauer se lo tragaría enterito. «¿Cómo conseguiste mantener el control cuando se te cayó la mano y empezó a manar toda la sangre? Supongo que te sentirías bien al verte libre, pero, diantres, seguro que te dolió una barbaridad, ¿no?».*

¿Estaba sangrando?

Emory estiró la mano buena y palpó el músculo hinchado y la piel en la zona de las esposas. Había sangre, pero no mucha. Las esposas le habían despellejado casi todo el contorno de la muñeca, pero no era eso lo que más le preocupaba. Ese pánico en particular se lo reservaba para el hueso de la muñeca que le abultaba al tacto en un ángulo un tanto raro. No le había perforado la piel, pero no porque no lo hubiese intentado. Cuando Emory trató de mover la muñeca, el hueso le hizo tal daño que se quedó sin fuerza, respirando hondo entre los dientes.

Sin duda tenía la muñeca rota. Por una vez se alegró de no poder ver nada.

Algo le decía que debía ponerse de pie y, antes de que otro «algo» la convenciese de lo contrario, hizo justo eso. Tiró de la camilla con la muñeca maltrecha, la agarró con cuidado y la levantó hasta que quedó equilibrada y firme sobre las cuatro ruedas. A continuación se incorporó y esperó en absoluto silencio, apoyando su tembloroso cuerpo en la camilla, a que llegase el dolor que había de llegar.

Y el dolor la invadió en una oleada. No solo en la muñeca, sino en las piernas y en los brazos también. No estaba segura de cuánto tiempo había estado inconsciente, pero estaba claro que se trataba más de una cuestión de horas que de unos minutos. Cada centímetro del cuerpo le quemaba del entumecimiento, después con el cosquilleo y finalmente con los latidos del dolor que se asentaron, decididos a quedarse un buen rato.

Esta vez no gritó. Estaba demasiado aturdida para darse cuenta de que se lo había hecho encima, la primera vez desde que entró allí. La sensación de calor le goteó por la pierna y se le encharcó en los dedos de los pies.

Allí estaba Emory de pie cuando la voz de Rod Stewart comenzó a gritar desde arriba el estribillo de «Maggie May».

Y siguió allí de pie, preguntándose cuánto tiempo más pasaría antes de que muriese.

## Diario

Le apliqué un trapo húmedo y frío en las heridas a la señora Carter. No parecían tan serias como me había esperado. Nada que no se pudiera apañar con un poco de pomada antibiótica Neosporin y una tirita. Por desgracia, no tenía ninguna de las dos cosas, así que el trapo húmedo tendría que valer.

Pensé que se despertaría, pero después de veinte minutos seguía profundamente dormida. Estaba convencido de que eso era todo lo que tenía: sueño. El *shock* no es más que un mecanismo de defensa del cuerpo: cuando la cosa se pone horripilante, apaga el interruptor para compensarlo. Combinemos eso con las enormes cantidades de adrenalina que ha liberado la médula justo antes, provocando una sobrecarga en el metabolismo, y tenemos la receta perfecta para un bloqueo de los buenos.

Descansaría, y después se despertaría.

Encontré una manta sobre la lavadora, tapé con ella el cuerpo menudo de la mujer y me subí al piso de arriba.

Padre estaba inconsciente en el sofá, con una botella de *bourbon* vacía y tirada en el suelo a su lado. Pasé por delante sigilosamente para evitar el más leve crujido de las tablillas del parqué, me metí en mi cuarto y cerré la puerta.

Me quedé allí de pie, con la frente apoyada en la puerta y los ojos cerrados. En mi vida me había sentido tan cansado.

—¿Le has contado lo de la foto?

Me di la vuelta y vi a madre de pie en el rincón, con los rasgos de la cara ocultos por la penumbra; su cuerpo era una mera silueta en la

oscuridad.

—¿Le has contado lo de la foto? —volvió a preguntar con una voz grave y arenosa.

—No —respondí, y mi voz sonó mucho más apocada de lo que pretendía—. Todavía no —añadí en un intento de sonar más fuerte de lo que me sentía.

Se me acercó, y me di cuenta de que tenía un cuchillo, uno de los grandes del cuchillero de madera maciza de la cocina. A mí no me dejaban jugar con ellos.

—¿Qué le ha contado ella a tu padre? —La luz de la luna brilló en la hoja, que resplandecía conforme ella giraba el cuchillo en la mano—. ¿Lo sabe tu padre?

Lo negué con la cabeza.

—Cree que usted se estaba acostando con el señor Carter.

No estoy seguro de dónde aprendí a usar el término acostarse en ese sentido, y, aunque estaba seguro de haberlo utilizado de manera apropiada, me resultó curioso oírlo en mis labios.

—Padre ha sido... persuasivo, pero ella no se lo ha dicho.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Se lo conté, pero omití el hecho de que todavía había una rata correteando por nuestro sótano. ¿Las ratas pueden subir escaleras?

—Y tú tampoco se lo vas a contar, ¿verdad? Será nuestro pequeño secreto, ¿no?

Ante aquello no dije nada.

Madre levantó el cuchillo y se situó a la luz de la luna. Tenía los ojos rojos e hinchados. ¿Había estado llorando?

—Si no se lo cuentas, te dejaré que le hagas cosas a la señora Carter. Cosas íntimas. Cosas con las que los niños de tu edad solo sueñan. ¿Te gustaría eso?

De nuevo, no dije nada. Tenía los ojos clavados en el cuchillo.

—Sabes lo que me hará tu padre si lo averigua, ¿verdad? Sabes lo que le hará a la señora Carter, ¿no? No querrás ser responsable de eso, ¿verdad que no?

—No puedo mentir, madre. —Aquellas palabras salieron de mis labios mucho antes de que pudiera darme cuenta de que las había pronunciado, antes de que me diese cuenta de mi error.

Madre se lanzó hacia mí con el cuchillo en alto y se detuvo a escasos centímetros de mi cara.

—No se lo vas a contar, o te destriparé como a un puto cerdo mientras duermes. ¿Me entiendes? Te sacaré los ojos con una cucharilla de café y te los meteré por esa boquita hasta que te los tragues enteros, como dos uvas maduras recién cortadas de la vid.

Tenía el cuchillo tan cerca de la punta de la nariz que lo veía doble.

Madre jamás me había puesto la mano encima.

Nunca me había hecho daño.

Pero ahora la creía.

Me creí hasta la última palabra.

Prosiguió entre susurros, y, aun así, sonaba demasiado alto.

—Si le cuentas algo, lo que sea, yo le diré que tú también estabas allí. Muchas veces. Y le contaré que te quedabas ahí, en el rincón, con tu cosita fuera como un mono en el zoo, babeando por tu amada señora Carter. Le contaré que has espiado a tu propia madre por la ventana de su cuarto en los momentos más íntimos. Deberías estar avergonzado de tu comportamiento, niño infame y deplorable.

No tenía ninguna intención de dejarle que me intimidase. Esta vez no.

—¿Quién sacó la foto, madre?

—¿Qué?

—Creo que me ha oído. ¿Quién sacó la foto? ¿Fue el señor Carter? ¿Acaso padre está en lo cierto? ¿Había algo entre ustedes dos antes del día de ayer? ¿Por eso la siguió él con tanta facilidad?

La mano que sostenía el cuchillo temblaba conforme aumentaba su furia. Sabía que la estaba presionando, sabía que debía dejarlo, pero no podía.

—Alguien tuvo que manejar la cámara, y apostarí a que fue el señor Carter. ¿Por eso lo mató usted, madre? No lo atrajo hasta aquí para proteger a la señora Carter. Tan solo quería cubrir su propio rastro. Padre descubrirá la verdad..., será mejor que se prepare para eso. Sabe que no parará hasta que tenga todas las respuestas. Se supone que debía serle fiel, madre: eso es lo que hacen los matrimonios, y no andar por ahí haciendo quién sabe qué con quién sabe quién.

Madre tenía la cara arrebatada.

—No pronuncies el mal, hijo.

—No hagas el mal, madre —repliqué—. Todos hemos quebrantado normas esta noche.

Le dio la vuelta al cuchillo y lo dejó caer. La hoja no me alcanzó el pie

por menos de un par de centímetros y se hundió en el suelo de madera; acto seguido, madre abrió la puerta de mi cuarto y salió airada al pasillo, camino de su habitación. Padre seguía inmóvil en el sofá, ajeno a todo aquello, roncando profundamente.

Desclavé el cuchillo del suelo, cerré la puerta de mi cuarto y encajé bajo el pomo la silla del escritorio para bloquearla. La puerta tenía un pestillo, pero padre ya me había enseñado a abrirlo desde fuera cuando tenía cinco años, y estaba seguro de que aquella cerradura típica de puertas de interior tampoco iba a frenar a madre, ya que habría recibido las mismas clases que yo. Cerré yapestillé también las ventanas. Hacía una noche sofocante, pero no tenía otra opción. Veía a madre en mi imaginación, trepando por allí y llegando hasta mi cama, con una cuchara en una mano y el cuchillo en la otra. «Buenos días, campeón — la oí decir antes de que me metiese de golpe la cuchara en la cuenca del ojo, me hundiese la hoja del cuchillo en el abdomen y la retorciese—. Tenemos lo que más te gusta».

Me sacudí aquel pensamiento, tiré de la sábana y la almohada de la cama y me las llevé al armario allí me acurruqué en el suelo entre zapatillas deportivas, el balón de fútbol y ese tipo de cosas que tienen los jóvenes.

No quería dormir, pero sabía que debía hacerlo. Aquello estaba lejos de haber terminado, y tenía que descansar.

No pude dormir con los ojos abiertos, pero desde luego que lo intenté, y unos oscuros sueños dieron conmigo mientras miraba inexpresivo y sin pestañear la puerta de mi cuarto, esperando a que regresara el monstruo, esperándolo con el cuchillo de carnicero bien agarrado.

Porter

Día 2 – 8:56

—Puedes preguntarme, ¿sabes?

Watson se volvió hacia Porter y, acto seguido, miró de nuevo al frente, hacia la calzada.

—Me imaginaba que si quería hablar, lo haría. No tiene que hacerlo. —Se contuvo durante un momento largo y prosiguió vacilante—: Me han contado cosas sueltas, principalmente Nash. Pensaba decirle cuánto lo siento, pero no ha surgido la oportunidad apropiada. Lo siento.

—¿Sientes no haber llegado a decírmelo o sientes que mi mujer haya muerto?

Watson palideció.

—Yo solo...

Porter dejó caer los hombros de golpe, mientras hacía un gesto negativo con la cabeza.

—No, espera..., eso ha sonado muy mal. Estoy con los nervios a flor de piel. Me han estado presionando para que vaya a un loquero, y sé que debería ir, sé que lo necesito, pero hasta el último hueso de mi cuerpo se resiste. Es como cuando eras niño y tus padres te decían que hicieras algo, y tú hacías lo contrario porque no querías hacer lo que fuera que te hubiesen pedido, aunque fuese lo correcto. Es la mula terca que llevo dentro.

Watson le hizo un leve gesto de asentimiento. Jugeteaba con la bolsa de pruebas en las manos, y el reloj de bolsillo iba dentro entre traqueteos.

—Nash me contó que le dispararon.

Porter afirmó una vez con la cabeza.

—Siempre tomábamos un café por la mañana antes de irnos a trabajar. Aquella noche nos habíamos quedado sin leche, así que bajó a la tienda a por un cartón para tener algo al día siguiente. Yo me había quedado dormido viendo la tele en el

dormitorio. No la oí marcharse. Lo más probable es que no quisiera despertarme. Me levanté y me encontré una nota en su almohada en la que me decía adónde había ido. Apenas eran las once y media de la noche, y como había estado dormido, no estaba seguro de si se había marchado hacía cinco minutos o dos horas; yo me había tirado tres horas fuera de combate. Es lo que te hace este trabajo: vas corriendo de aquí para allá, y cuando por fin tienes la oportunidad de respirar, te sobreviene el sueño y caes. En fin, me levanté y fui al salón a leer un libro, con la idea de esperarla despierto. Pasaron otros veinte minutos, y empecé a ponerme nervioso. Solemos ir a la tiendecita del barrio, que está a una manzana, cinco minutos de ida y cinco de vuelta, como mucho, quizá otros cinco en la tienda o algo por el estilo. Ya debería haber vuelto. Intenté llamarla al móvil, y me salió el buzón de voz. Diez minutos después decidí bajar a buscarla.

Hizo una pausa con la mirada fija en la calzada.

—Vi las luces. En cuanto doblé la esquina que da a Winston, vi las luces y lo supe. Supe que era mi Heather. Eché a correr. Al llegar a la tienda, el edificio entero estaba acordonado. Había una docena de coches patrulla bloqueando la calle. Pasé por debajo del precinto, me dirigí hacia la puerta y uno de los agentes de uniforme me debió de reconocer, porque recuerdo haber oído mi nombre. Entonces me agarró alguien del brazo, y después otro más, y otro... Me parece un mal sueño, más que algo que de verdad sucedió.

—Se encontraría en estado de *shock*, probablemente.

Porter asintió.

—Probablemente.

—Un atraco.

—Sí, claro. Un chaval. Según Tareq, el cajero del turno de noche, Heather estaba al fondo de la tienda cuando entró el pandillero y le puso a él una pistola en la cara. Hace ya cuatro años que conozco a Tareq. Un buen tío, veintimuchos, con mujer y dos hijos en su país. Bueno, Tareq dijo que el chaval le apuntó con el arma y le pidió que vaciara la caja. A Tareq ya le habían atracado antes, y no se le ocurriría plantar cara, así que empezó a meter en una bolsa el dinero que había en la caja registradora, que calculó que serían unos trescientos dólares más las monedas. Según Tareq, el chaval temblaba mucho, y ya se sabe que ese es el peor tipo de atracador. Los tranquilos se lo toman casi como una transacción de negocios: todo el mundo interpreta su papel y todo el mundo sale de allí. Los nerviosos, sin embargo, esos son otra historia. Tareq dijo que apenas era capaz de sujetar recta la pistola, y que desde luego pensó que se le iba a disparar. Y eso fue lo que hizo, exactamente, solo que no disparó a Tareq, sino a la mujer que vio con el rabillo del ojo, la mujer a la que no había visto cuando entró en la tienda. Y ella le asustó. El chaval se dio la vuelta y apretó el gatillo. La bala alcanzó a Heather por debajo del pectoral derecho y justo le atravesó la arteria subclavia, orificio de entrada y de salida.

Watson bajó la cabeza y se quedó mirándose las manos.

—Se desangraría con rapidez. Nada que hacer.

Porter sorbió con la nariz y dio un giro pronunciado a la izquierda, hacia Roosevelt.

—El que le disparó huyó de allí y no se llevó el dinero. Tareq llamó a emergencias e intentó detener la hemorragia, pero, tal y como has dicho..., nada que hacer.

—Cuánto lo siento.

—¿Sabes qué fue lo que me dejó helado? Aquella noche, cuando iba hacia casa, me acordé de que casi nos habíamos quedado sin leche. Iba a parar a comprarla, pero la tienda parecía llena cuando me acerqué, así que lo dejé y pensé que ya volvería un poco más tarde. ¿Te lo puedes creer? Perdí a... por ser un maldito vago de mierda incapaz de tirarse unos minutos haciendo cola.

—No puede pensar así.

—La verdad es que no sé muy bien qué pensar ahora mismo. No sé qué se supone que he de hacer. No creo que hubiera podido quedarme sentado en ese apartamento un solo día más, con los vecinos mirándome por los pasillos y todo el mundo tratándome con guante de seda. Nada va como debería. Ni siquiera esto. —Hizo un gesto con la mano entre ellos dos—. Me he imaginado que contigo sería más fácil que con Nash o con Clair, pero no hay diferencia. Una parte de mí quiere hablar de esto con alguien que no la conozca... —carraspeó—, que no la conocía. Otra parte de mí no quiere hablar de ello en absoluto, y el resto de mí no tiene la menor idea de lo que debería estar haciendo. Trabajando en Homicidios, son muchas las familias a las que he tenido que comunicar la muerte de un ser querido. Acabé anestesiado, indiferente. Son veintitrés años contándoselo a la gente, dándoles la noticia. Ese tipo de dolor se convirtió en algo sistemático en mí. ¿Me creerías si te dijera que tengo dos o tres discursos aprendidos de memoria? Uno para cada situación. Nash y yo solemos tirar una moneda al aire: al perdedor le toca dar el discurso del muerto. Yo les cuento lo que ha pasado, les explico eso de que su ser querido está ahora en un lugar mejor, que ellos deberían seguir adelante y dejar atrás su particular tragedia, que el tiempo lo cura todo... Ahora todo eso me parece una chorrada como un piano. Cuando perdí... perdí a Heather... Jesús, ni siquiera puedo decirlo en voz alta sin ahogarme. Y ella no quería que me ahogase. Ella quería que me concentrase en todos los buenos recuerdos y me olvidase de estas últimas semanas, que no permitiese que acabaran marcando la relación que tuvimos. Pero no puedo hacer eso. Quiero hacerlo, cada vez que veo algo suyo: el libro que estaba leyendo y que nunca terminará, el cepillo de dientes que no volverá a usar, su ropa sucia, su correo. Jugábamos al Scrabble una vez a la semana, y la última partida sigue ahí, en el tablero; no me veo capaz de retirarla. No dejo de mirar sus fichas y preguntarme cuál habría sido su siguiente palabra. Me despierto en plena noche, alargo el brazo hacia su lado de la cama y solo me encuentro las sábanas frías.

Volvió a reducir de marcha y rodeó un taxi que frenaba para girar a la derecha,

después pegó un volantazo a la izquierda para evitar a un monovolumen que salía de un Burger King.

—Quizá deberíamos poner la sirena —sugirió Watson—. O puedo conducir yo, si quiere.

Porter se secó el ojo con la manga de la camisa.

—No, estoy bien. Voy a estar perfectamente. Supongo que debería haberte avisado antes de que te subieras al coche. Todo esto tendría que estar saliendo en una sesión de terapia, no con un novato del Laboratorio de Criminalística. No firmaste para esto.

—Tiene que hablar con alguien. Así es como nos recuperamos. Seguir reprimiéndolo no es sano. Crecerá en su interior como un cáncer si se lo guarda ahí dentro.

Porter se carcajeó.

—Ahora sueñas como un loquero. Esa podría ser la perorata más larga que te he oído encadenar desde que nos conocemos.

—Es posible que Psicología sea uno de mis títulos universitarios —dijo Watson avergonzado.

—¿Lo dices en serio? Espera, ¿uno de tus títulos?

El chico asintió.

—Ahora mismo estoy trabajando en el tercero.

Porter cruzó volando un semáforo en ámbar y viró de forma brusca para esquivar un Volkswagen Escarabajo que se incorporaba al tráfico.

Watson tenía los nudillos blancos cuando Porter metió tercera en el Charger, giró a mano derecha desde el último carril a la izquierda y casi impactó contra un Buick rojo.

—Creo que debería conducir yo. El capitán quería que lo hiciese.

—Ya casi estamos.

—Ni siquiera estoy seguro de que esto sea lo mejor para usted.

—No ir no era una opción. Si es él, tengo que verlo.

Giraron por la avenida Cincuenta y patinaron hasta detenerse delante de la comisaría. Porter maniobró para meter el Charger en una plaza de minusválidos y dejó su acreditación de policía en el salpicadero. Metió la mano hacia la funda sobaquera, sacó la Beretta y la deslizó debajo del asiento. Se fijó en el reloj, en manos de Watson.

—¿Dónde has dicho que estaba la tienda de tu tío?

—Se llama Antigüedades y Colecciones El Tiempo Perdido, en Belmont Oeste.

—Deja que lo lleve yo —dijo Porter—. No quiero perder de vista una prueba.

Watson le entregó el reloj, y Porter se lo metió en el bolsillo.

—¿Está seguro de que esto es una buena idea? —preguntó Watson.

—Creo que es una idea horrible, pero tengo que ver a ese chaval.



## Diario

Un fuerte golpe me despertó.

El cuello y la espalda me dolían de dormir sentado en el suelo frío de madera. Me obligué a ponerme de pie y traté de sacudirme el dolor de las extremidades a base de estirarme. Aún tenía los dedos aferrados al cuchillo de carnicero. Los tenía tan agarrotados en torno al mango que prácticamente tuve que tirar de ellos con la otra mano.

Dejé el cuchillo en la mesilla de noche. Aún llevaba la ropa que me había puesto el día antes. El sol había salido, y no tenía ni idea de la hora que era.

Otro golpe, más fuerte que el anterior.

Venía de la puerta principal.

Saqué la silla de debajo del picaporte y la quité de en medio; abrí la puerta una rendija.

Padre, y la botella vacía de *bourbon*, habían desaparecido. En el otro extremo del pasillo, la puerta del dormitorio de mis padres estaba abierta, la cama hecha. Si alguien había dormido allí, ya se había marchado. La casa parecía extrañamente silenciosa.

—¿Madre? ¿Padre?

Mi voz sonó más fuerte de lo que pretendía en contraste con el absoluto silencio.

¿Padre estaba trabajando? Había perdido el hilo de los días. Tenía la sensación de que era lunes, pero no estaba seguro.

Llamaron de nuevo.

Fui hasta la puerta y retiré la cortinilla de la ventana lateral. En el porche había un hombre corpulento de unos setenta años que lucía un

impermeable *beige* y un traje arrugado. Me miró y levantó una placa en la mano izquierda para que pudiese distinguir con claridad el metal deslumbrante.

Solté la cortina, respiré hondo y abrí la puerta.

—Buenos días, hijo. ¿Están tus padres en casa?

Le dije que no con la cabeza.

—Padre está trabajando, y madre se ha marchado a la tienda a comprar cosas para la cena.

—¿Te importa si espero a que vuelva tu madre?

Teniendo en cuenta que no sabía adónde había ido ninguno de los dos, no parecía muy inteligente decirle que sí. Madre podría estar en el sótano haciendo quién sabe qué a (¿o con?) la señora Carter. ¿Cómo iba a reaccionar si subía y se encontraba a un desconocido en la casa? ¿Un desconocido con una placa?

—No sé cuánto va a tardar —le dije.

Suspiró y se secó la frente con la manga del abrigo. Me pareció extraño que además del traje llevase un abrigo, cuando resultaba obvio que estaba pasando calor. ¿Sería quizá para ocultar el arma? Me imaginé un Magnum 44 metido debajo de aquel brazo carnosos, en una funda sobaquera, listo para sacarlo y disparar al menor suspiro, como el que llevaba Harry el Sucio en las películas antiguas. ¿No tenían todos los polis el anhelo secreto de ser Harry el Sucio?

Ese poli en particular no se parecía lo más mínimo a Harry el Sucio. Tenía un severo sobrepeso, y el pelo le había abandonado hacía tiempo sin dejar más que una cabeza grande cubierta de arrugas y manchas de la edad. Es probable que tuviera los ojos azules cuando era más joven, pero ahora parecían del color del Cristasol diluido. Tenía unas cuantas barbillas: la piel se le arrugaba como a un shar pei, o como a una manzana que se te olvida al sol.

—A lo mejor yo puedo ayudarlo en algo —me ofrecí sabiendo a la perfección que me iba a rechazar.

Los adultos rara vez aceptaban la ayuda de los niños. Muchos adultos ni siquiera reparaban en ellos. Nos perdíamos en el telón de fondo de la vida diaria, muy al estilo de las mascotas y las personas mayores. Padre me contó una vez que hay en la vida un momento dulce, que va desde los quince hasta los sesenta y cinco años, en el que eres plenamente visible para el resto del mundo: en cuanto te hacías un poco más mayor te desvanecías del panorama, perdías intensidad hasta pasar

desapercibido. ¿Y los pequeños? Pues empezaban siendo invisibles e iban tomando forma de manera paulatina, solidificándose hasta la adolescencia, hacia los quince años, cuando nos incorporábamos al resto del mundo en el espectro visible. ¡Plas! Ahí estabas un día, y se te imputaba una responsabilidad, la gente ya te veía. Yo sabía que ese día se aproximaba para mí, pero aún no lo había alcanzado, ni mucho menos.

—Pues a lo mejor sí puedes —dijo el hombre, para mi gran desilusión. Se llevó la manga a una sien y se restregó un hilillo de sudor que le descendía lentamente por la oreja. Señaló la casa de los Carter con un gesto del mentón—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tus vecinos?

Me volví hacia la casa con el mayor desinterés que fui capaz de reunir.

—Hace un par de días. Me dijeron que se iban de viaje, y le prometí a la señora Carter que le regaría las plantas.

Esa era una buena historia. Una historia posible. Tenía un fallo, sin embargo. En cuanto salieron aquellas palabras de mis labios, no pude evitar preguntarme: ¿la señora Carter tiene alguna planta? Aunque no lo estuviese viendo, padre me había enseñado a captar una imagen de mi entorno en la imaginación, y no recordaba ninguna planta, ni una sola.

—¿Acaso eres un botánico en ciernes?

—¿Un qué?

—Un botánico. Una persona que estudia las plantas —respondió.

Le goteaba más sudor por la sien, y traté de no quedarme mirándolo fijamente. Intenté no mirar siquiera.

—No, yo no estudio las plantas, solo las riego. No tiene mucha ciencia eso.

—No, supongo que no.

Su mirada revoloteó más allá de mí, hacia la pequeña sala de estar.

¿Estaba madre allí? ¿Acaso estaba en el sótano y había subido?

—¿Serías tan amable de darme un vaso de agua?

El sudor le caía de la mandíbula, le rodaba por todas aquellas barbillas y le aterrizaba en la camisa. Sentí el repentino impulso de alargar la mano y limpiarle aquel hilo de mugre salada en la sien antes de que volviese a gotear, pero no lo hice.

—Vale, pero debe quedarse ahí fuera.

—Muy prudente por tu parte. Tus padres te han enseñado bien.

Dejé al hombre de pie ante la puerta y me dirigí a la cocina a por un

vaso de agua. Antes de llegar al fregadero me di cuenta de que había dejado la puerta abierta. Tendría que haberla cerrado y haber echado el pestillo. Aquel hombre podría entrar directamente si quisiera. Después de tal intrusión, sin duda bajaría al sótano, donde la señora Carter esperaba ansiosa para hablarle de todo cuanto había pasado en los últimos días.

¿Y si se ponía a gritar?

Que no grite, por favor, ahora no. El hombre la oiría desde la puerta, seguro.

No quería tener que hacerle daño, pero se lo haría. Y si tuviera que hacérselo, sabía que podía.

Combatí el impulso de darme la vuelta y mirar a mi espalda. Si lo hacía, estaba seguro de que aquel hombre me vería la preocupación en los ojos. Padre me enseñó a ocultar ese tipo de cosas, pero no estaba muy seguro de poder hacerlo, no lo bastante bien para engañar a un agente de policía, ni siquiera a este, con esos ojos redondos y brillantes y la barriga rechoncha.

Agarré un vaso del escurridor, lo llené de agua fría del grifo, volví hacia la puerta principal e hice cuanto pude por ocultar el alivio que sentí al encontrármelo aún de pie en el porche, escribiendo en una libretita.

—Aquí tiene, señor —le dije al ofrecerle el vaso.

—Qué educado —respondió al cogerlo. Se lo llevó a la frente y presionó, lo hizo rodar sobre la piel arrugada. Después lo bajó a los labios, dio el más leve de los sorbos y chasqueó los labios—. Ah, justo lo que necesitaba —dijo, y me devolvió el vaso.

¿De verdad necesitaba beber agua, o es que había aprovechado la oportunidad para mirar mejor dentro de nuestra casa?

—¿Te dijeron adónde iban?

Fruncí el ceño.

—Ya se lo he dicho, padre está en el trabajo, y madre se fue a la tienda.

—No, tus vecinos. Has dicho que se han ido de vacaciones. ¿Te dijeron adónde?

—He dicho que se han ido de viaje. No sé si se fueron de vacaciones. Supongo que estarán de vacaciones.

Asintió ligeramente.

—Tienes razón. Supongo que no debería sacar conclusiones precipitadas de esa manera.

Eso es. Yo leía un montón de cómics de Dick Tracy, y sabía que un buen investigador nunca saca conclusiones precipitadas. Sigue las pruebas. Las pruebas le conducen a los hechos, y los hechos le conducen a la verdad.

—¿Sabes? Hemos recibido una llamada del trabajo del señor Carter. No ha ido a trabajar ni ha llamado, y tampoco coge el teléfono... Están preocupados por él, así que les he dicho que pasaría por aquí a echar un vistazo, a asegurarme de que todo el mundo estaba bien. Pero no parece que haya nadie en casa. Me he asomado por alguna de las ventanas y no he visto nada digno de hacer que salten las alarmas, nada fuera de lo corriente, la verdad.

—Se han ido de viaje.

Asintió.

—Sí, se fueron de viaje, ya me lo has dicho. —Se quitó el abrigo y se lo puso en el brazo. Tenía unas grandes manchas de sudor en las axilas, pero ningún arma—. Verás, lo que me extraña es que te pidieran que les regaras las plantas, pero no que les recogieses el correo ni el periódico. No he podido evitar fijarme en que tienen el buzón a reventar, y hay dos periódicos en el suelo. Cuando la gente se marcha, eso suele ser lo primero que hacen: buscar a alguien que les recoja el correo y el periódico. Para un ladrón, no hay mejor indicador de una casa vacía que la correspondencia acumulada.

—Su coche no está —solté de golpe, sin saber muy bien por qué—. Se marcharon en su coche.

El hombre se volvió para echar un vistazo al camino de entrada de los Carter.

—Así que eso hicieron.

Aquello no iba bien. No iba nada bien. Me metí la mano en el bolsillo de los vaqueros en busca del conocido tacto de la empuñadura de mi navaja, pero no estaba ahí. Si la tuviera, podría rajarle el cuello a aquel hombre. Le cortaría todas aquellas barbillas y lo dejaría perdiendo sangre como si saliera por una espita. Yo era muy rápido. Sabía que lo era. Pero ¿sería lo bastante rápido? Pues claro que podría matar a aquel inútil con sobrepeso antes de que pudiera reaccionar, ¿verdad? Padre querría que lo matase. Madre también. Sí que querrían. Sabía que sí, pero no tenía la navaja.

Se inclinó hacia mí.

—¿Tienes una llave?

—¿De dónde?

—De casa de los Carter. Tendrás que entrar, ¿no? A regar las plantas. Sentí un vuelco en el estómago.

—Sí, señor.

—¿Y podrías dejarme entrar? Solo un segundo, a echar un vistazo.

Imaginé que sí podría. ¿No era eso lo que padre quería? ¿No era esa la razón de que hubiéramos preparado la casa? Solo había un problema: le había dicho que tenía una llave, y no la tenía. Estaba poniendo el carro delante del burro, como diría padre. Hablar sin pensar es una manera segurísima de cavarte tú solito un hoyo hasta la cintura.

—La gente está preocupada por ellos. ¿Y si ha pasado algo?

—Se fueron de viaje.

Asintió.

—Como ya me has dicho.

—Usted es un poli. ¿Por qué no tira la puerta abajo y entra? —le pregunté.

El hombre ladeó la cabeza.

—¿He dicho yo que fuera un poli?

¿No lo había dicho? Ahora que lo pensaba, me parecía que no.

—Parece un poli.

Alzó la mano y se frotó la barbilla.

—Así que lo parezco.

—Y ha dicho que alguien ha llamado porque el señor Carter no ha ido a trabajar. ¿A quién iban a llamar, sino a la policía?

—Parece que eres un botánico en ciernes y un detective también.

—¿Por qué no tira la puerta abajo, entonces?

Se encogió de hombros.

—Nosotros, los polis, hemos de tener una causa probable. No podemos entrar sin esa causa probable. Es decir, a menos que tú me dejes entrar, por supuesto. Si me dejas entrar por voluntad propia, todos quedamos cubiertos, y nadie se mete en líos. Echo un vistacillo rápido y me largo.

—¿Así, por las buenas?

—Así, por las buenas. —Me guiñó un ojo.

Había dejado de sudar, aunque tenía la cara arrebatada.

Lo pensé un segundo. Era una oferta sensata. Una oferta prudente.

Si era policía, ¿por qué no llevaba un arma?

—¿Puede volver a enseñarme la placa?

Ahora que lo pensaba detenidamente, el objeto que había sacado parecía una placa, con la forma y el color apropiados, pero ¿cómo podía saber yo que era de verdad? Nunca había visto una placa de policía real, tan solo las que usaban en la televisión. Suelen ir dentro de una cartera magnífica, junto con un carné identificativo. La de ese hombre no iba dentro de una cartera. Esa placa podía ser de verdad, o podía ser una de esas placas de juguete que uno puede comprar en el mercadillo.

El hombre ladeó la cabeza, con un gesto torcido en la comisura de los labios. Se llevó la mano al bolsillo de atrás, vaciló y dejó caer la mano en el costado.

—¿Sabes? Creo que voy a volver un poco más tarde, cuando tus padres estén en casa, y voy a tener una pequeña charla con ellos. Vamos a ver si averiguamos adónde se han ido los Carter... de viaje.

Algo cambió en su expresión. Se le endureció el semblante, la mirada se le oscureció un poco. Luché contra el impulso de retroceder.

—Tal vez sea lo mejor.

Me hizo un rápido saludo con la barbilla y se dirigió a su coche. Un viejo Plymouth Duster. Verde esmeralda. «Ese no es el coche de un poli», me dije. Pero sí un clásico, desde luego, de lo mejorcito de Detroit.

Al cruzar el césped de los Carter, se detuvo y me dijo volviendo la cabeza por encima del hombro:

—Será mejor que recojas esos periódicos y mires el buzón. No querrás que algún elemento indeseable se tropiece con esta casa y se dé cuenta de que no hay nadie. Peor aún, podrían darse cuenta de que estás solo en casa, justo en la puerta de al lado. Hay gente muy mala por ahí, amiguito.

Cerré la puerta y la apestillé bien.

Clair

Día 2 – 9:23

Desde detrás del espejo unidireccional, Clair observaba cómo Talbot se movía nervioso en una de las sillas de aluminio de la sala de interrogatorios. Intentó acercarla a la mesa, pero la silla estaba atornillada al suelo. Clair se había preguntado muchas veces si el diseñador lo habría hecho aposta, lo de colocar las sillas un poco más apartadas de lo que resultaría cómodo, para aumentar la inquietud de estar encerrado en aquella sala tan pequeña. Louis Fischman, el abogado al que Porter y Nash habían conocido el día antes en Wheaton, estaba sentado junto a él. La ropa de golf había desaparecido y había sido sustituida por un traje de color gris oscuro impoluto y probablemente más caro que su Honda Civic en su mejor época. Talbot lucía una camisa blanca de vestir y unos chinos de color caqui además del Rolex más reluciente que ella había visto jamás.

—Porter debería estar aquí —dijo Nash a su lado y sin quitarle los ojos de encima a Talbot.

—Ya te digo.

Fischman se inclinó, le susurró algo a su cliente y dirigió una mirada vigilante al espejo.

—¿Crees que sabe por qué está aquí? —preguntó Nash.

Clair se encogió de hombros.

—¿Por toda la mierda de la que debe de ser culpable un hombre como ese? Me la juego a que ahora mismo está repasando la lista mentalmente. Su abogado está salivando con las futuras facturas legales. Es probable que ya haya elegido una nueva casa de verano en el lago Ginebra.

Ante una mesa apretujada en aquella salita de observación, un técnico les hizo a los dos un gesto afirmativo con la cabeza.

—Estamos grabando. Listos, cuando queráis.

Nash asintió y se volvió hacia Clair.

—¿Cómo quieres que hagamos esto?

—Igual que siempre: poli buena y poli penoso —le respondió señalándose ella en primera instancia con el pulgar y después a él.

Antes de que Nash pudiese responder, Clair cogió una caja archivadora grande y se la llevó al salir por la puerta que daba a la sala de interrogatorios.

Talbot y su abogado alzaron la mirada hacia ella.

—Caballeros, les agradezco que hayan venido habiéndoles avisado con tan poco tiempo. —Clair dejó la caja sobre la mesa antes de sentarse frente a ellos. Nash se sentó a su lado.

—¿Han encontrado a Emory? —soltó Talbot de sopetón.

—Todavía no, pero tenemos a mucha gente buscándola.

Fischman se fijó en la caja grande.

—Entonces, ¿qué hace aquí el señor Talbot?

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Gunther Herbert?

Talbot ladeó la cabeza.

—¿A mi director financiero? No sé, hace unos días. No he pasado por la oficina. ¿Por qué?

Nash dejó caer un sobre de color sepia sobre la mesa y lo abrió. Unas fotos satinadas los miraban fijamente.

—Nosotros sí lo hemos visto hace poco, y no tiene buen aspecto.

—Dios mío. —Talbot apartó la cara hacia un lado para evitar mirarlas.

Fischman fulminó a Nash con la mirada.

—Pero ¿qué demonios les pasa a ustedes? ¿Es ese Gunther realmente, o se trata de alguna broma macabra?

—Ah, sí que es Gunther.

—¿Qué le ha pasado? —Talbot se volvió de nuevo hacia ellos, con la vista al frente, sin querer mirar hacia las imágenes.

Clair se encogió de hombros.

—Aún estamos esperando a que el forense precise la causa de la muerte, pero tengo bastante claro que no se suicidó. ¿Conoce usted el edificio de Mulifax, a orillas del lago, señor Talbot?

Fischman levantó la mano y silenció a su cliente.

—¿Por qué?

Nash se inclinó hacia él.

—Porque su director financiero estaba dando de comer a las ratas en el sótano.

Talbot parecía pálido.

—¿Eso es lo que... lo que le ha hecho eso?

Fischman le lanzó una mirada y se volvió hacia Nash.

—La empresa del señor Talbot compró ese edificio al Ayuntamiento. Si lo visitó, y no estoy diciendo que lo hiciese, fue simplemente para calcular su valor.

—¿Es eso cierto, señor Talbot? —preguntó Clair.

—Ya le he dicho yo que sí —le ladró Fischman.

—Preferiría oírsele decir a su cliente.

Talbot se volvió hacia Fischman. El abogado lo valoró y asintió.

—Estuve allí con Gunther hace unos meses. Como ha dicho Louis, estábamos pensando en comprarlo con otros edificios de esa misma manzana. El Ayuntamiento había decidido demolerlo. Teníamos que determinar si se podía salvar la estructura y convertirlo en apartamentos tipo *loft*, o si era mejor dejar que el Ayuntamiento lo tirase abajo y comprar el terreno —explicó.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que pudiera volver allí solo?

—¿Esto lo ha hecho el Cuarto Mono?

—No ha respondido a mi pregunta, señor Talbot.

—Si lo hizo, yo no se lo pedí —dijo Talbot—. Si volvió fue por su propia cuenta.

—¿Ha sido el Cuarto Mono? —Fischman repitió la pregunta de su cliente.

Clair se encogió de hombros.

—Tal vez sí, tal vez no.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que su cliente puede tener sus propios motivos para querer quitar de en medio a su director financiero. Y a su hija también, ya que estamos —dijo Nash.

Talbot se quedó boquiabierto.

—¡Eso es absurdo! ¿Por qué iba yo a...?

Clair le interrumpió.

—¿Por qué ha tenido a Emory oculta todo este tiempo, señor Talbot?

Fischman levantó la mano.

—No respondas a eso, Arthur.

Clair reparó en que había abandonado aquel «Arty» más informal del día anterior que Porter les había mencionado.

—Yo no la he «tenido» oculta —respondió Talbot mirando furioso a su abogado—. A Emory le costó mucho seguir adelante cuando murió su madre. Me imaginé que sería mejor que no estuviera vinculada a mí. Yo estoy constantemente en los medios. Los periodistas sacarían su foto en la primera plana de todas las publicaciones sensacionalistas: «Hija de multimillonario nacida fuera del matrimonio» y todo eso. La perseguirían por toda la ciudad, la acosarían a la primera de cambio. ¿Por qué someterla a semejante circo? Ya es bastante malo que Carnegie tenga que soportarlo. Quería darle a Emory la oportunidad de llevar una vida normal. Recibir una buena educación, formar una familia, hacer algo por sí misma sin la presión de mi sombra. —Miró a Clair directamente a los ojos—. Sin embargo, si ella quisiera hacerlo público, yo la apoyaría sin dudarle. A tomar viento las consecuencias para mí. ¿Tiene usted hijos, detective?

—No, no tengo.

—Entonces no puedo esperar que lo comprenda. Cuando tienes hijos, la vida deja

de consistir en ti para consistir por completo en ellos. Haces cualquier cosa por ellos. Hablé una vez sobre esto con la señora Burrow, y ella me hizo una simple pregunta: «Si Emory estuviera en medio de la calle y un coche estuviese a punto de atropellarla, ¿sacrificaría usted su vida por salvarla a ella?». Sin dudar, supe que la respuesta era un «sí». Cuando me hizo la misma pregunta sobre mi mujer, me vi vacilando. Aquello fue muy elocuente para mí. Nunca podrás querer a nadie tanto como a tus propios hijos, incluido tú mismo. Y harás cualquier cosa, lo que sea, con tal de protegerlos.

—En su opinión, ¿por qué iba a querer llevársela alguien? —preguntó Clair.

Fischman entornó los ojos.

—¿No querrá decir usted que por qué iba a querer llevársela el Cuarto Mono?

—Claro, digámoslo así. —Clair se encogió de hombros—. ¿Por qué se llevaría a su hija ilegítima el Cuarto Mono?

Talbot se puso rojo, pero contestó sin alterarse.

—Usted es la detective. Dígamelo usted.

Clair apoyó la mano en la caja blanca.

—Si algo hemos aprendido del Cuarto Mono con el paso de los años es que no hace nada sin un propósito o con un claro final en mente. Lo eligió a usted porque considera que ha hecho algo malo, algo merecedor de un castigo. En lugar de hacerle daño a usted directamente, va y secuestra a su hija. Lo que encuentro extraño es que fuera a por una hija de la que nadie ha oído hablar nunca, una persona al margen del imperio Talbot, en lugar de ir a por la heredera de la familia. A su otra hija, Carnegie, digamos que le va la vida social; es una niña rica y malcriada que...

—Cuidado con lo que dice, detective —dijo Fischman.

—Una niña rica y malcriada que deambula por la ciudad en busca de diversión, gastando el dinero de papá. Secuéstrala a ella y entonces sí que te garantizas el sensacionalismo de los medios. Atraes tanta atención sobre el caso que no puedes comprar un periódico ni en Filipinas sin encontrarte con un artículo o dos. Eso es lo que suele buscar el asesino, ¿verdad? Si examina usted cualquiera de los demás casos, verá que busca siempre el mayor impacto, cebar con sangre la maquinaria mediática. Aquí, sin embargo, altera su *modus operandi* y se lleva a la hija desconocida, a la que usted tiene encerrada en una torre de marfil, oculta del mundo. ¿A qué cree usted que se debe?

Talbot miró a su abogado, y después de nuevo a Clair.

—Quizá piense que cuando la prensa se entere de lo de Emory, de quién es, la historia se hará mucho más grande que si se hubiera llevado a Carnegie.

Clair ladeó la cabeza y pensó en aquello.

—Desde luego, eso sería lo primero que se me ocurriría a mí, pero creo que él es más listo que eso. Creo que tiene un motivo muy concreto para haber elegido a Emory en lugar de a Carnegie, un motivo que quizá explique por qué lo eligió a usted, para empezar. —Alzó la mano y dio unos golpecitos sobre la tapa de la caja—.

¿Por qué no me cuenta lo que está pasando en Moorings, señor Talbot?

Talbot se removió incómodo en la silla. Cruzó una mirada con Fischman y clavó los ojos en la caja.

—¿En Moorings? —preguntó con la voz quebrada.

—No digas una palabra, Arthur. Ni una sola palabra —dijo Fischman—. Detective, estamos aquí para ayudarlos a encontrar a Emory. El señor Talbot ha venido de buen grado. Si esto se va a convertir en una especie de caza de brujas, entonces pondré fin ahora mismo a esta entrevista.

Una sonrisa traviesa se asomó a los labios de Clair.

—Ah, yo creo que esto tiene mucho que ver con Emory, mucho más de lo que su cliente le ha contado inicialmente, señor Fischman. Mírelo. ¿Ve cómo le da vueltas a la cabeza? —Se puso de pie, rodeó la mesa, se situó detrás de ellos y miró al espejo. Se inclinó para susurrar al oído de Fischman—. Está intentando averiguar cómo le va a convencer de que aún tiene fondos para pagar a su bufete cuando vea usted sus últimos extractos bancarios.

Nash se acercó a la mesa, y sus ojos se posaron en la caja. Tanto Fischman como Talbot volvieron la cabeza hacia él.

—Su amiguito Arty no se puede pagar ni una chocolatina Snickers. ¿No es cierto, Arty?

—Ha estado moviendo activos como un trilero entre sus diferentes proyectos —dijo Clair—. Tiene las cuentas exprimidas, le vencen los créditos y los inversores empiezan a llamar a su puerta. Es probable que ahora mismo tenga la maleta en el coche, lista para largarse de la ciudad. Y después está el problemita de la segunda fase de Moorings. —Ladeó la cabeza hacia Fischman—. ¿No será usted uno de los inversores en ese proyecto?

Fischman frunció el ceño.

—¿Y qué relevancia tiene eso?

—Como inversor, ¿no le molestaría enterarse de que el señor Talbot no es en realidad el propietario de los terrenos en los que está tratando de edificar? —le preguntó Clair.

—¿Qué?

—Yo solo quiero que encuentren a mi hija —murmuró Talbot.

—Seguro que sí, Arty —dijo Nash.

—¿De qué están hablando, Arthur?

—Carnegie no tiene ninguna propiedad inmobiliaria, ¿verdad, señor Talbot? No como Emory, en cualquier caso —apuntó Clair—. ¿Por qué no le cuenta aquí a su amigo los motivos exactos por los que el Cuarto Mono escogió a Emory en vez de a Carnegie?

Fischman tenía los ojos clavados en él.

—¿Arthur?

Talbot le hizo un gesto con la mano.

—La madre de Emory era la dueña originaria de los terrenos de la urbanización a orillas del lago, desde Belshire hasta Montgomery. Cuando murió, se lo dejó a Emory. —Se volvió hacia Clair—. Pero eso no es más que una formalidad. Emory accedió a vendérmelos. Ella respalda al cien por cien este proyecto.

Fischman se puso rojo.

—Es menor, Talbot. No te puede vender nada durante..., no sé, ¿otros tres años? Se supone que la urbanización estará terminada dentro de quince meses.

Talbot estaba haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso lo podemos arreglar. He estado trabajando con su fideicomiso. El papeleo está redactado desde hace meses. Como su tutor legal, puedo firmar por ella en cualquier momento.

Nash se sacó del bolsillo el documento legal que le había copiado Hosman, se lo entregó a Talbot y le señaló el párrafo resaltado.

—Su director financiero está muerto. Esta de aquí es su firma como testigo de la transferencia del derecho de retención. El único hombre de su organización que podía dejar al descubierto el problema va y desaparece del escenario. ¿No le parece un tanto oportuno? Como padre de Emory, si ella muriese, usted se haría con el control total de sus activos. El fideicomiso se volvería irrelevante. Usted se haría con los terrenos y seguiría adelante con Moorings sin perder un minuto. Estoy empezando a preguntarme si el Cuarto Mono tiene algo que ver con esto. Para mí, es como si todo lo que ha sucedido le beneficiase a usted.

—Eso es un móvil, señor Talbot —le señaló Clair—. Y usted tiene claramente los medios.

Talbot lo estaba negando con la cabeza.

—No, no, lo han interpretado todo mal. No es así.

—Pues yo creo que es exactamente así.

—No, me refiero a que el fideicomiso no funciona de ese modo. —Talbot respiró hondo y trató de calmarse—. Si Emory muriese, los terrenos volverían a manos del Ayuntamiento.

Clair arrugó el entrecejo.

—¿Qué?

Talbot puso los ojos en blanco.

—Fue cosa de su madre. Cuando redactó el fideicomiso, dejó este punto muy claro. Si le pasaba algo a Emory, si moría antes de cumplir los dieciocho años, todas las fincas volverían a manos del Ayuntamiento, y el resto de los activos se distribuirán entre diversas organizaciones de caridad. La única manera que tengo de conseguir esos terrenos es con el consentimiento de Emory. —Sonrió—. Ya lo ve, detective, si a alguien le interesa que mi hija regrese sana y salva es a mí.

Clair volvió con el abogado.

—¿Es eso cierto, señor Fischman?

El letrado levantó las dos manos y se encogió de hombros.

—Mi despacho no gestiona el fideicomiso. No puedo saberlo.

—Tendremos que ver una copia —le dijo Clair a Talbot, que asintió.

—Le pediré a mi secretaria que se lo remita por *email*. —Mirando a ambos detectives, añadió—: Y si no hay nada más, tengo que regresar a mi oficina. A menos, claro está, que me vayan a acusar de algo. Entonces, imagino que tendré que pagar la fianza.

—Está sin blanca, Talbot —dijo Nash—. ¿Cómo piensa hacer eso?

Talbot se limitó a fulminarlo con la mirada, sin decir una sola palabra.

Clair gruñó, se dio la vuelta, se metió en la salita contigua y dejó a Nash con Talbot y Fischman. El ingeniero de sonido levantó la mirada hacia ella.

—Ha ido como la seda.

—Vete a la mierda —exclamó ella. Miró por la encimera, cogió una fotografía y regresó con paso airado a la sala de interrogatorios. Dejó caer la foto en la mesa, delante de Talbot—. ¿Los reconoce?

—¿Debería? —Frunció el ceño—. Parecen unos John Lobb de cuero negro.

—¿Le pertenecen?

—No lo sé. Tengo muchos zapatos. Si quieren un par, les puedo recomendar una tienda magnífica en el centro.

—Qué gracioso —dijo Nash—. El Cuarto Mono llevaba puestos estos zapatos ayer por la mañana, cuando se tiró delante del autobús. Hemos encontrado en ellos sus huellas, señor Talbot. ¿Cómo explica eso?

Fischman volvió a levantar la mano, se inclinó hacia Talbot y le susurró al oído.

—No puedo —dijo Talbot—. Quizá me los robara alguien de alguna de mis residencias. Tengo docenas de pares de John Lobb. Son muy cómodos.

Una sonrisita de condescendencia le iluminó la cara. Clair tenía ganas de pegarle.

—¿Qué número de pie calza?

Talbot miró a su abogado, que asintió, y volvió a mirar a Clair.

—Un cuarenta y cinco.

—La misma talla que estos.

Talbot cogió la foto y la tiró a un lado.

—Están perdiendo el tiempo persiguiéndome por esto, detectives. Lo crea o no, quiero a mi hija y jamás haría nada que la pusiese en peligro. Si prefieren pensar en mí como un desalmado y un malnacido, quédense tranquilos con el hecho de que la necesito viva para poder concluir con éxito el proyecto de Moorings. Sea como fuere, mientras estén ustedes aquí conmigo, no están ahí fuera tratando de encontrarla, y eso es inaceptable.

Fischman le puso la mano en el hombro a Talbot.

—Ya es suficiente, Arty.

Otra vez «Arty».

—Creo que ya han perdido bastante tiempo con mi cliente, detective Norstrum —indicó Fischman.

—Es Norton.

—Sí, bueno, disculpe —respondió—. ¿Van a presentar cargos? Si no, nos marchamos ya.

Clair soltó un suspiro de frustración e hizo un gesto a Nash para que la siguiese a la salita contigua. El detective cerró la puerta después de entrar tras ella.

—Ni una puta palabra por tu parte —le espetó al ingeniero, que levantó las manos y contuvo una sonrisa.

—No ha sido una derrota total —dijo Nash—. Al menos nos va a pasar la dirección de una buena zapatería.

Clair le dio un puñetazo en el pecho.

—¡Dios, mamá osa! —se carcajeó—. Que yo soy uno de los buenos, ¿se te ha olvidado?

—Joder, qué pérdida de tiempo —dijo Clair—. El tío está metido..., tiene que estarlo.

Nash lo estaba negando con la cabeza.

—Te estás ofuscando mucho con esto. Tienes que dar un paso atrás. Yo creo que el CM está jugando con nosotros. Talbot es *su* objetivo, y eso no significa que tenga que ser también el nuestro. Si lo que ha dicho sobre el fideicomiso resulta ser cierto, yo creo que se libra. ¿Crees que ese tío mató a su director financiero? ¿Así como así? Yo no. Las cajitas eran las mismas que el CM ha utilizado desde el principio. ¿Cómo iba a saber alguien como Talbot qué tipo de caja tenía que utilizar? Si hubiera querido matar a su director financiero para tapar algo, habría contratado a alguien para que lo liquidase, que pareciese un accidente, que se ahogara o que se matara con el coche, o un ataque al corazón, incluso. Vamos, que me la juego a que Hosman vincula al director financiero con los delitos económicos, y esa es razón suficiente para que el CM fuera a por él. Lo hemos visto matar por menos que eso.

Clair sabía que Nash estaba en lo cierto, pero desde luego no tenía la menor intención de reconocerlo, ni en coña.

—Aun así, pillaremos a Talbot por los delitos financieros, pero no por esto. Tenemos que estar atentos, centrados en encontrar a Emory.

—No estamos ahora más cerca de lo que estábamos hace doce horas. Esa chica va a morir deshidratada antes de que la encontremos —reflexionó Clair en voz baja—. Se nos está acabando el tiempo.

Nash hizo un gesto con la barbilla hacia la caja blanca de la mesa de la sala de interrogatorios.

—¿Y eso?

Clair se encogió de hombros.

—Está vacía. Me imaginé que le pondría nervioso.

Nash puso los ojos en blanco.

—Que los federales le empapelen por los delitos financieros. Nosotros deberíamos volver abajo y repasar el tablón.

El móvil de Clair zumbó, y la detective miró la pantalla.

—Es Belkin. —Pulsó el botón para responder y puso el altavoz.

—¿Detective? Estoy en el Centro Médico de la Universidad de Chicago. Una enfermera de aquí ha identificado al CM en una de las fotos de la reconstrucción facial.

—¿Y está segura? —preguntó Clair.

—Segurísima. Ha dicho que ese hombre siempre lleva el sombrero, y ha mencionado que no aparta los ojos de un viejo reloj de bolsillo para controlar la duración de su tratamiento. Es nuestro hombre. Se llama Jacob Kittner. Tengo una dirección. Se la estoy enviando ahora mismo en un mensaje de texto.

—Envíasela a Espinosa, del equipo de intervención, y dile que nos vemos allí. Estamos de camino. —Colgó el teléfono y sonrió a Nash—. Te besaría ahora mismo si no fueras tan feo, hijo de puta.

## Diario

—Las patatas, por favor —le pedí a nadie en particular.

Madre había regresado a casa hacía unas dos horas, y se había puesto con la cena de inmediato. Padre entró y se sentó a la mesa sin decirle un simple hola. Me acarició la cabeza con un «¿Qué tal va mi hombrecito?», pero pude notar que era forzado.

Había tensión en el ambiente, se podía cortar con un cuchillo.

Al ver que las patatas no llegaban a mi plato, alargué el brazo hasta la otra punta de la mesa, cogí la fuente y me serví una generosa ración. Ni madre ni padre me dijeron nada por saltarme las verduras aquella noche: dejé el brécol para los adultos y me serví una loncha extra de carne.

El tintineo inconstante de los tenedores contra la loza parecía tan fuerte que estaba seguro de que nuestros vecinos lo habrían oído de no estar el uno muerto y la otra encadenada en el sótano.

Cogí la leche, la bebí con rapidez y me pasé el dorso de la mano por la barbilla.

—Hoy ha venido un hombre. Estaba buscando a los Carter. Al principio he pensado que podría ser un poli, pero ahora no estoy tan seguro.

Padre levantó los ojos de su comida y miró a madre. Cuando se cruzaron sus miradas, él se volvió hacia mí. Estaba comiendo brécol, y se le había quedado un trozo entre las dos paletas.

—No deberías llamarlo «poli». Deberías referirte a él como «agente de policía». Llamarlo poli es una falta de respeto.

—Sí, padre.

—¿Te ha dicho él que era agente de policía?

Había meditado largo y tendido sobre aquello un rato antes.

—Llevaba una placa, pero no, señor, no lo era. Aunque actuaba como si lo fuera. Al principio, en realidad, luego no tanto.

—¿A qué te refieres?

Reproduje la conversación lo mejor que fui capaz de recordar.

—¿Un Plymouth Duster? —preguntó madre cuando hube terminado—. ¿Estás seguro?

—Sí, señora. El padre de mi amigo Bo Ridley tiene uno exactamente igual, salvo que el suyo es amarillo. Reconocería ese coche en cualquier parte.

Padre se volvió hacia ella.

—¿Te dice algo eso? ¿Lo conoces?

Madre vaciló durante el más breve de los instantes, y después negó con la cabeza.

—No.

Se levantó y empezó a recoger los platos.

Padre y yo nos miramos el uno al otro. Él también lo había visto.

Madre no estaba diciendo la verdad.

Porter

Día 2 – 9:23

Porter y Watson siguieron al agente de uniforme por los pasillos de la comisaría de la calle Cincuenta y uno hasta que se detuvo ante una puerta en la segunda planta.

—El oficial al mando de la investigación se llama Ronald Baumhardt. Los espera dentro. —El agente se miró un instante los zapatos y miró a Porter—. Por si sirve de algo, lamento lo sucedido.

Porter le hizo un leve gesto de asentimiento y entró en la salita.

Baumhardt era un hombre bajo y fornido que rondaba los cuarenta y cinco, con algunas canas y perilla. Estaba sentado en el borde de una mesa, revisando una carpeta. Porter le ofreció la mano.

—Detective, gracias por permitirme venir hoy.

Baumhardt le estrechó la mano.

—No me puedo ni imaginar por lo que está pasando..., es lo menos que podemos hacer. —Miró a Watson—. Usted es...

—Paul Watson, del Laboratorio de Criminalística del centro. Estoy ayudando al detective Porter en otro caso.

—¿El Cuarto Mono? —Baumhardt soltó un silbido—. Menuda mierda esa. Llevan persiguiéndolo, ¿cuánto?, ¿cinco o seis años? Y va y se tira delante de un autobús municipal. Le ha ahorrado un montón de dinero al contribuyente. Espero que el conductor diera marcha atrás y volviese a pasar por encima del cabrón de mierda.

—Salió despedido, pero bien muerto —dijo Watson—. El conductor no habría podido hacer mucho más.

—Sí, claro —respondió Baumhardt mirándolo con una expresión rara.

Porter hizo un gesto con la barbilla hacia la carpeta que tenía en la mano.

—Y bien, ¿cómo está el tema?

Baumhardt les hizo un gesto para que se acercaran y abrió la carpeta sobre la

mesa.

—Se llama Harnell Campbell. Entra anoche en un 7-Eleven a una manzana de aquí, a las diez y cuarto, y le pone un treinta y ocho en la cara al cajero, le exige el contenido de la caja registradora y el de la caja fuerte. La misma mierda de siempre, solo que su elección del lugar es lamentable. La mitad de esta comisaría pasa por esa tienda antes y después de su turno. Está prácticamente en la esquina en diagonal con nuestro parque de vehículos. Un agente fuera de servicio se encuentra al fondo, en la cámara de las cervezas frías, saca una Coors Light del paquete que está a punto de comprar, la agita a base de bien y la lanza a la otra punta de la tienda, contra la puerta. Nuestro aspirante a atracador se da la vuelta hacia el barullo y se queda mirando cómo revienta la lata el tiempo justo para que el agente se le acerque por detrás y le ponga al tío la pipa en la nuca. Es la primera detención con una lata de cerveza de la que he oído hablar en mi vida.

—No sé yo si a la Coors Light se le puede llamar cerveza, la verdad.

—Cierto, mi mujer la llama «cerveza de fogueo» —dijo Baumhardt—, pero está claro que tiene su utilidad como arma táctica. En fin, hemos analizado un proyectil de ese treinta y ocho, el protocolo habitual, y obtuvimos una coincidencia con...

—La bala que mató a mi mujer —agregó Porter.

Baumhardt asintió.

—Fui a la academia con Dalton, su capitán, así que le he llamado enseguida y le he contado lo que estaba pasando.

—Agradezco la oportunidad de estar presente. Muchas gracias.

Sonó un teléfono en la pared. Baumhardt lo descolgó y se lo llevó al oído.

—Baumhardt. Perfecto, traedlo para acá.

La puerta de la sala de observación se abrió un instante después, y entró Tareq acompañado. Al ver a Porter se le tensó la expresión y le ofreció la mano.

—Cuánto lo siento, Sammy. Si hubiera pensado que el chaval iba a disparar, habría..., no sé, habría hecho algo distinto. Pero es que nunca disparan. Suelen entrar y salir. Dios mío, yo..., cuánto lo siento...

Al parecer, allí había sentimiento de culpa para dar y tomar.

Porter le estrechó la mano y le apretó el hombro.

—Yo no te culpo, Tareq. Me contaron lo que hiciste, que intentaste ayudarla. Gracias por estar ahí con ella. Me consuela el hecho de que la última cara que vio fue la de un amigo. No murió sola.

Tareq asintió y se pasó la manga por los ojos.

Baumhardt se acercó, se presentó y le explicó lo que iba a pasar unos instantes después.

—Vamos a traer a seis tíos, se van a colocar ahí en fila, y cada uno va a sostener un número. —Bajó la vista al papeleo que había en la mesa—. Según su declaración, el tío que le atracó le dijo «La pasta en una bolsa, ya». Le voy a pedir a cada uno de ellos que dé un paso al frente y repita esa frase. Quiero que estudie a cada uno de

ellos con mucha atención. Tenga en cuenta que el que le atracó podría no estar aquí siquiera, así que no se sienta obliado a elegir a uno. Quiero que esté seguro al cien por cien de que es el hombre correcto. Si tiene alguna duda, si no le parece que sea ninguno de ellos, no pasa nada, solo dígamelo. ¿Entendido?

Tareq asintió.

—No pueden vernos, así que tampoco tiene que preocuparse por eso. No se preocupe por nada que no sea dar con nuestro hombre —le indicó Baumhardt.

—Muy bien —dijo Tareq.

Baumhardt presionó el botón del intercomunicador de la pared.

—Adelante, hacedlos pasar.

Porter permaneció en el fondo de la sala. Tenía las manos frías y pegajosas. Se las restregó en los pantalones. Sentía los latidos del corazón en un lado del cuello, oía el pulso detrás de las orejas. Junto a él, Watson miraba fijamente la sala blanca de la rueda de reconocimiento cuando se abrió de golpe una puerta y dos agentes de uniforme hicieron entrar a seis hombres.

—El número cuatro —indicó Tareq—. Es él, estoy seguro.

Baumhardt miró a Porter y después otra vez a Tareq.

—¿Quiere que digan la frase? Tiene que estar seguro para que esto se tenga en pie.

Tareq asintió.

—Jamás olvidaré la cara de ese chaval. Es él.

Porter dio un paso al frente para ver mejor.

Un poco por debajo del metro ochenta y tres según las marcas de estatura en la pared, era un chaval de raza blanca de apenas veinte años, con la cabeza afeitada y múltiples *piercings* alineados en ambas orejas. Tenía el brazo derecho cubierto por una manga de tatuajes que iban desde un dragón en el hombro hasta un piolín en el antebrazo. En el izquierdo, extrañamente, no tenía ninguno. Les devolvía la mirada con la mandíbula encajada y los ojos fijos.

Baumhardt estaba rebuscando de nuevo en la carpeta.

—No mencionó nada sobre los tatuajes en su declaración.

—Llevaba una cazadora: no le pude ver los brazos —respondió Tareq—, pero sí tenía un tatuaje en la oreja derecha. Eso lo recuerdo. Sé que se lo dije al agente de la investigación.

—Dijo que temblaba tanto que apenas era capaz de sujetar derecha la pistola. No parece muy nervioso ahora —señaló Baumhardt—. Ahora mismo parece absolutamente sobrio.

—Es él. Comprueben la oreja.

Baumhardt volvió a presionar el botón del intercomunicador.

—Número cuatro: dé un paso al frente y gire a su izquierda, por favor.

Porter juraría haber visto al chaval sonreír antes de hacer lo que le estaban diciendo, como si de algún modo estuviera disfrutando con aquello. Al girarse, Porter

localizó las letras oscuras en el lóbulo interno.

—Ahí, lo veo.

—¿Dónde? Yo solo veo una tonelada de chatarra colgando —dijo Baumhardt.

—No, en el interior, bajo los *piercings*, con tinta negra.

Baumhardt se aproximó al cristal y entornó los ojos.

—Joder, ¿puede ver eso? Yo apenas lo distingo. —Cogió de la mesa una ficha policial—. Según esto, pone «Filtro».

Tareq se volvió hacia ellos.

—¡Eso es! Ya les he dicho que era él.

Baumhardt soltó un suspiro.

Porter le puso una mano en el hombro a Tareq.

—Gracias.

Tareq se volvió hacia él con una mirada intensa.

—Ojalá hubiera podido hacer algo más.

—No puedes culparte.

*No más de lo que me culpo yo.*

Baumhardt hizo una señal a uno de los agentes de uniforme.

—Lleve al número cuatro a una sala de interrogatorios. Vamos a tener una larga charla. —Se volvió hacia Tareq—. Le dejaremos irse de aquí lo antes posible. Solo necesitamos que nos rellene el papeleo.

Porter le dio un golpecito a Watson.

—Vámonos con ese reloj a ver a tu tío.

Watson frunció el ceño.

—¿No quiere presenciar el interrogatorio?

Porter negó con la cabeza.

—Ya estoy que me hierva la sangre. No puedo seguir aquí. Pensaba que tenía que ver esto, pero no. Es mejor que me vaya.

Baumhardt, que estaba de pie a menos de un metro, comenzó a recoger sus papeles.

—¿Quiere que le llame, que le cuente lo que ha pasado?

—Me gustaría.

—El chaval se está haciendo el duro, pero se vendrá abajo. Y aunque no lo haga, tenemos la prueba de balística y el testimonio de Tareq. He visto a un jurado condenar con mucho menos.

Porter le estrechó la mano.

—Gracias otra vez.

Watson le miraba con el entrecejo fruncido.

—¿Qué?

—Que está un poco pálido, nada más.

—Estaré bien. Solo necesito que me dé el aire —respondió Porter—. Vámonos.

Empujó la puerta, la abrió, salió al ajeteo del pasillo y se dio de bruces con un

detective corpulento que llevaba cuatro cafés de Starbucks en un soporte. El líquido caliente reventó entre los dos y cayó al suelo en un diluvio. Watson se apartó de un salto.

—¡Pero qué cojones...! —gruñó el detective—. ¿Es que no mira por dónde va?

—Lo siento mucho, yo...

—Me importa una mierda. ¿Es que quiere mandar a alguien a la unidad de quemados o qué? —Se frotaba frenético la mancha de la camisa con una servilleta.

Porter no había salido mucho mejor parado. Le goteaba el café por la manga y por la chaqueta, y tenía una buena mancha en una pernera del pantalón. Era como si el zapato se hubiera llevado la mitad de la catarata y el calcetín lo estuviese absorbiendo. Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una tarjeta de visita mojada.

—Estoy en Homicidios, en el centro. Envíeme la factura de la lavandería y me haré cargo de ella.

—Ya le digo si se va a hacer cargo —dijo el hombre al tiempo que le arrebatava la tarjeta—. Suerte tiene de que no le obligue a ir al cajero ahora mismo y lo mande al Starbucks a por café.

Se marchó airado por el pasillo mascullando algo sobre la calidad del café de la cafetería.

—Vámonos —le dijo Porter a Watson—. Mi casa está de camino a la tienda de tu tío. Pararemos allí y me cambiaré.

55

Clair

Día 2 – 10:59

—Deberíamos llamar a Porter —dijo Nash.

Habían llegado al edificio de apartamentos de Kittner, una estructura de tres plantas de ladrillo, anodina y achaparrada, con quince viviendas, y se habían encontrado a Espinosa y a su equipo ya en posición, preparándose para entrar. Se pusieron los chalecos y siguieron al equipo táctico por la entrada principal y dos tramos de escaleras. El apartamento de Kittner era la última puerta a la derecha.

Clair comprobó el cargador de su Glock y se colocó junto a él contra la pared del pasillo.

—No creo que debamos molestarle ahora mismo.

—Querría saber lo que está pasando —solicitó Nash.

—Tenemos que darle un poquito de espacio.

—Preparados para entrar en cinco segundos —ladró la voz de Espinosa en el auricular de Clair.

—Llegó la hora —anunció ella.

Nash miró por el pasillo y vio a Brogan y a Thomas golpear con el ariete en la puerta de Kittner. Esta salió volando con un quejido de astillas y se estampó contra la pared del otro lado.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Espinosa antes de entrar disparado por la abertura.

—Vamos —le dijo Clair a Nash antes de echar a correr por el pasillo con el arma por delante, apuntando al suelo. Cuando llegó a la puerta, las voces le crepitaban en el oído.

—Brogan, despejado.

—Thomas, despejado.

—Tibideaux, dormitorio despejado.

—Espinosa, todo despejado. Más o menos.

Nash entró en el apartamento con Clair pisándole los talones.

—Me cago en la leche.

Si había algún tipo de mobiliario en el salón, era imposible saberlo. El espacio estaba invadido de periódicos amontonados desde el suelo hasta el techo, docenas de pilas. Algunos estaban amarillentos y medio borrados por el tiempo; otros eran nuevos y estaban impecables. Entre los periódicos había también varias pilas de libros, tanto en tapa dura como en cartoné.

—Están organizados por género. Los de este montón son los del Oeste, esta pila es de novelas románticas, esta de ciencia ficción. Estos parecen de terror. ¿Cómo demonios es posible que alguien viva así?

—Es como en ese programa de la tele, *Obsesivos compulsivos* —dijo Clair—. La gente empieza a coleccionar cositas aquí y allá, y van aumentando con el tiempo. Me imagino que tu colección de porno tendrá un aspecto similar. —Ladeó la cabeza—. ¿Oyes un gato?

—Yo huelo un gato —respondió Brogan.

—Viene de ahí atrás —señaló Tibideaux—. No le han limpiado el cajón de arena en unos días.

—¿Y cómo es que encuentra siquiera el cajón de arena? —preguntó Nash.

Espinosa salió del cuarto de baño.

—El desorden parece reducirse al salón. El resto del apartamento está en general limpio.

Tibideaux salió del dormitorio con un gato azul ruso bastante grande en brazos. El gato maulló y lamió el plástico negro del chaleco de Kevlar.

—El pobrecillo debe de estar muerto de hambre.

Nash retrocedió.

—Aparta esa cosa de mí: soy alérgico.

Clair estaba husmeando en una pila de periódicos. Sostuvo en alto un ejemplar del *Tribune*.

—Este es de hace seis años.

—A juzgar por estos montones, aquí podríamos tener una década entera —respondió Espinosa—. ¿Qué estamos buscando?

—Cualquier cosa que nos pueda decir dónde encontrar a Emory —le indicó Nash. Sonó el móvil de Clair.

—Es Kloz. —Puso el altavoz.

—A ver, esto es extraño —dijo Kloz sin saludar siquiera.

—¿Qué es extraño?

—He sacado los extractos bancarios de Kittner... Porter, antes de que te me subas a la chepa, conseguí una orden.

—Porter no está aquí ahora mismo.

—¿Dónde está?

Clair puso los ojos en blanco.

—Ocupado. ¿Qué has encontrado?

—He encontrado una transferencia por valor de doscientos cincuenta mil dólares a su cuenta corriente hace cinco días. Pero eso no es lo más raro: le entró otro cuarto de millón ayer, pasado el mediodía, después de que muriese —dijo Kloz.

—¿Me puedes decir el origen de los fondos?

—Una cuenta numerada en las islas Caimán. Estoy intentando conseguir un nombre, pero no es que estén muy dispuestos a colaborar por ahí. Tengo un colega en el FBI que a lo mejor les puede meter un poco de miedo en el cuerpo. Le llamaré en cuanto colguemos.

Nash le dio un toque a Clair.

—¿Crees que el dinero es de Talbot?

—¿Con qué fin?

—No lo sé, ¿algún tipo de soborno, quizá?

Clair volvió con la conversación telefónica.

—Kloz, ¿tiene Talbot alguna cuenta en las islas?

—Tiene cuentas en todas partes. El dinero llegó del RCB Royal, y he encontrado transferencias tanto emitidas como recibidas por las empresas de Talbot con esa sucursal en particular, pero los números de cuenta no coinciden. Pero eso no significa que debamos descartarlo. —Guardó silencio un segundo; de su lado de la conversación tan solo llegaba el sonido de un teclado—. Ajá.

—¿Qué?

—He encontrado otra transferencia. Entraron cincuenta mil en la cuenta de Kittner justo un mes antes que los doscientos cincuenta mil de hace cinco días. Si esto es algún tipo de soborno, empezó al menos hace un mes.

—¿Y qué nos puedes contar de Kittner? —preguntó Clair.

—Cincuenta y seis años. Trabajó en UPS hasta hace un mes y se cogió una baja. He pedido su ficha laboral, pero supongo que estará relacionada con el diagnóstico del cáncer.

—¿Tenía teléfono móvil? ¿Puedes reconstruir sus pasos?

—*Nop*. No he encontrado ninguno registrado a su nombre, y UPS tampoco le proporcionó uno. De tener móvil, sería de prepago. Hay teléfono fijo en su apartamento. Estoy repasando ahora el registro de llamadas.

—¿Y sus parientes? ¿Alguien?

Más tecleo.

—Una hermana pequeña, pero murió en un accidente de coche hace cinco años. Amelia Kittner. El apellido de casada es Mathers.

Nash levantó la cabeza de golpe.

—¿Mathers?

—Sí, ¿por qué?

—Emory tiene un novio que se llama Tyler Mathers. Va al instituto Whatney

Vale.

—Espera un segundo, que estoy tratando de recuperar su archivo —dijo Kloz.

A Clair se le pusieron los ojos como platos.

—¿Emory está saliendo con el sobrino del CM?

Kloz volvió a la conversación.

—Bingo. Es él. Dieciséis años. Vive con su padre en el centro.

—¿Detectives?

Clair y Nash se dieron la vuelta para encontrarse con Espinosa, que sostenía en alto un teléfono móvil desde la puerta del dormitorio.

—Es de Emory.

—¿Kloz? Te llamo enseguida —dijo Clair, y colgó el teléfono—. Déjeme verlo.

Espinosa le entregó el teléfono; Clair lo cogió con las manos enguantadas y toqueteó la pantalla. No pasó nada.

—¿Cómo lo sabe?

—El tipo le quitó la batería. He comprobado el número de serie, y ha salido la Corporación Talbot como titular, con Emory como el usuario asignado. El teléfono se apagó anteanoche a las dieciocho cuarenta y tres —les explicó Espinosa.

Clair metió el móvil en una bolsa de pruebas y se volvió hacia Nash.

—Tenemos que ir a por el sobrino. Él podría saber dónde está Emory.

## Diario

La mañana siguiente hizo un maravilloso día de verano, así que decidí darme un paseo en lugar de quedarme encerrado entre las cuatro paredes de casa. No estuve mucho tiempo fuera, una hora a lo sumo, lo justo para echarle un vistazo a mi gato, tirar al lago unas cuantas piedras, confirmar que el entierro acuático del señor Carter era de naturaleza permanente y regresar.

El Plymouth verde había vuelto.

Se hallaba aparcado en la calle delante de la casa de los Carter, vacío. Me acerqué. El motor seguía caliente como para crujir, y el humo del tubo de escape aún se olía en el aire. No había ni rastro del hombre de la víspera.

Con cuidado de mantenerme oculto tras la espesura de los arbustos y árboles del bosque, me aproximé más. Las llaves, colgando del contacto, lanzaban destellos a la luz del sol.

Era un hombre confiado.

Si las llaves estaban en el contacto, era lógico pensar que el coche estaba abierto.

Asomé la cabeza por encima un instante y miré hacia la casa de los Carter.

La puerta principal estaba cerrada, pero había algo que no encajaba. La casa no parecía vacía.

El hombre tenía que estar allí dentro; ¿dónde si no?

La puerta del lado del conductor daba a la casa de los Carter, y la del acompañante a la calzada.

Con una respiración profunda y osadía, salí disparado de mi

escondite y me detuve con un derrape ante la puerta del acompañante. Veía claramente la casa de los Carter: eso significaba que quien saliera de ella también me podría ver a mí. Pero no tenía mucho donde elegir; tendría que moverme con rapidez.

Agarré la manilla y tiré de la puerta hacia mí con mucho cuidado. Protestó con un chillido estridente. Al principio pensé que con aquel jaleo el hombre ya me habría oído, así que dejé la puerta abierta y me volví a agazapar sin perder de vista la casa por debajo del automóvil. Al ver que había pasado un minuto y el hombre no salía, me puse de nuevo en pie y me asomé al interior del coche.

El Duster tenía un asiento corrido de cuero negro con una larga palanca de cambios que salía del suelo, coronada con una bola negra de billar con el número ocho, tal vez el pomo más chulo que había visto en toda mi vida, y fue allí, en aquel instante, cuando juré que ese sería el primer vehículo que me comprase. Esa transacción estaba lejos aún, pero es necesaria una planificación adecuada para todo, desde la compra de un coche hasta la ejecución de un allanamiento.

No tenía tiempo para planificar como es debido aquel allanamiento en particular, y al alargar la mano hacia la guantera, recé en silencio a todos los dioses del cielo para que no estuviese cerrada con llave. Si lo estaba, no conseguiría abrirla sin mis ganzúas: las tenía en el primer cajón de la mesilla de noche, debajo del último número de *Spider-Man*.

La guantera se abrió con un sonido seco.

Tenía la esperanza de encontrar algún documento de registro del coche u otro papel que me ayudase a identificar a aquel hombre tan extraño, pero un simple vistazo dejó claro que no iba a tener tanta suerte. En la guantera no había ningún papel. Lo que sí había era una pistola bastante grande. Yo no sé de pistolas, y mentiría si dijera que era capaz de identificar cualquier pistola a primera vista en circunstancias normales. Ahora bien, esta sí la reconocí, porque unos meses antes me vi un maratón de Harry el Sucio, y aquella era claramente la misma pistola del personaje de Clint Eastwood en dicha saga de películas.

Un Magnum 44, el mejor revólver del mundo, capaz de volarte los sesos de un tiro, en especial si eras un vago sin demasiada fortuna.

Yo no era un vago desafortunado. Era un vago muy listo. Cogí el revólver, saqué el tambor y lo incliné hacia atrás para que me cayesen las balas en la mano. Me las guardé en el bolsillo, volví a meter el tambor y devolví el Magnum a la guantera tal y como me lo había encontrado.

Cuando el señor Desconocido quisiera sacar su revólver (algo que sabía que sucedería en un futuro no muy lejano), me deleitaría sabiendo que aquella arma sería tan efectiva como una pistola de agua. De haber tenido mis herramientas, le habría quitado el percutor y dejado las balas, pero para hacerlo habría tenido que ir hasta mi casa y volver a plena vista desde la casa de los Carter. Tal riesgo ni siquiera me lo había planteado. Si se presentaba la oportunidad, ya lo reconsideraría.

Con el revólver deacargado y guardado de nuevo donde lo encontré, cerré la guantera y miré debajo del asiento. No encontré nada salvo un envoltorio viejo de sándwich que aún apestaba a mostaza. El asiento de atrás también estaba vacío.

El hombre que podría ser un policía pero probablemente no lo era seguía siendo un misterio, un misterio que estaba decidido a resolver.

Quería mirar en el maletero, pero mi buen juicio me decía que ya estaba tentando a la suerte, así que me bajé con cuidado del coche, cerré la puerta del acompañante con delicadeza y me dirigí a la seguridad del bosque.

Me acerqué a la casa de los Carter con cuidado de permanecer entre los robles de mayor tamaño. Cuando me vi en paralelo con el porche delantero de la casa, crucé corriendo la hierba y me arrodillé bajo la ventana del salón.

Cerré los ojos y escuché.

Padre me contó una vez que nuestros sentidos trabajan de manera conjunta en el transcurso normal del día, y que si anulabas uno o varios de los sentidos y te concentrabas en los restantes, estos se afinaban mucho. Había podido comprobar que era cierto, que solo con cerrar los ojos era como si los oídos recibiesen un pequeño impulso que de otro modo quedaba sin explotar.

Oí al señor Desconocido revolver cosas en el interior. Estaba bastante seguro de que se hallaba en el salón, justo encima de mí.

Sonó un fuerte golpe.

Pareció que procedía del salón, pero no recordaba nada en esa habitación que pudiese hacer semejante ruido, y yo tenía una excelente memoria. Con frecuencia, padre me hacía entrar en una estancia desconocida y, de inmediato, cerrar los ojos y recitar todo cuanto era capaz de recordar y dónde se encontraba exactamente. Para practicar, íbamos de visita a las casas que estaban en venta, en las jornadas de puertas abiertas, e íbamos de habitación en habitación. Cuando

terminábamos con una casa, pasábamos a la siguiente, y si nos daba tiempo, buscábamos otra después de esa. Una vez entramos en seis casas en un solo día. Mi capacidad para recordar el contenido de una habitación era prácticamente fotográfica, me dijo padre lleno de orgullo. La suya, sin embargo, era mejor aún: durante la cena, después del maratón de las seis casas, me pidió que recordase lo que había en algunas habitaciones concretas de la segunda casa. No estaba preparado para aquel segundo examen, y, aun cuando me vinieron a la memoria algunas cosas, no pude recordarlas todas. Pero padre sí. Parecía...

—Qué, ¿has venido a regar las plantas?

La voz me sorprendió, y casi se me sale el corazón por la boca al darme la vuelta y toparme con su dueño. El señor Desconocido estaba de pie justo detrás de mí, con los ojos entrecerrados y la expresión tan fruncida que cualquiera diría que le había dado un buen tute a aquellas arrugas a lo largo de su vida. Le daba vueltas a un martillo entre los dedos regordetes.

—Los Carter están de vacaciones, y he creído ver a alguien dentro de la casa —solté enseguida.

Aquello parecía una buena razón para encontrarme allí. A veces las respuestas más simples son las mejores, porque si mientes y la conversación se alarga, esas mentiras se te pueden acabar enrollando en la garganta hasta asfixiarte.

—Sería mi socio, el señor Smith —respondió el señor Desconocido—. Igual que a mi patrón y a mí, al señor Smith le preocupa que tu vecino no se haya presentado a trabajar hace días. Creo haber mencionado que el señor Carter no solicitó los días libres antes de marcharse de vacaciones. Es muy preocupante.

No era capaz de recordar si había dicho aquello cuando hablamos el otro día, pero asentí de todas formas.

—No deberían entrar en su casa. Quizá tendría que llamar a la policía.

—Me parece una excelente idea —dijo el señor Desconocido—. ¿Prefieres llamar desde aquí dentro o desde tu casa?

Ratas.

La mano que tenía libre el señor Desconocido me rozó el hombro. Me agaché, me volví y aparecí a su lado.

Soltó una carcajada y dio unos toquecitos en la ventana; después encogió el dedo en un gesto que decía «ven aquí».

—Tranquilo, chaval. Solo le estoy pidiendo al señor Smith que salga.

Un rumor procedente de mi casa invadió el aire, y vi cómo el Porsche de padre se detenía en nuestra entrada. Él bajó del asiento del conductor, y madre del lado del acompañante. Hablaban entre sí en susurros, mirándonos fijamente al señor Desconocido y a mí. Se acercaron, padre con una sonrisa deslumbrante, y madre cogida de su brazo. Lucía un vestido verde de flores que le envolvía las piernas a cada paso, juguetón. Parecían sacados de una revista.

Padre ofreció la mano y lo que sin duda fue un saludo firme.

—¿Cómo está, señor? ¿Amigo de los Carter?

El señor Desconocido le devolvió la sonrisa.

—En realidad trabajo para su patrón. No ha ido por la oficina desde el martes, y ya se empieza a notar la preocupación en las charlas de los pasillos. Así que he pensado en coger el coche y venir a ver qué ocurría.

La puerta mosquitera de la parte de delante de la casa de los Carter dio un portazo, y todos nos dimos la vuelta. Un hombre enjuto con el pelo largo y rubio y unas gafas gruesas bajó los escalones del porche. En lugar de aproximarse, se apoyó contra la barandilla y sacó un paquete de Marlboro. Me quedé mirando cómo prendía una cerilla con un golpe del pulgar de la mano derecha sobre la punta y se encendía un cigarrillo que había aparecido en sus labios sin que le hubiera visto sacarlo del paquete.

—Ese es mi compañero de la oficina, el señor Smith.

El señor Smith saludó con un sombrero imaginario y continuó vigilándonos desde lejos. Sus ojos se detuvieron en madre un poco más de lo debido, y supe que eso pondría furioso a padre, aunque no lo demostró. En cambio, dijo en tono cordial:

—Encantado de conocerle. —Y volvió su atención nuevamente hacia el señor Desconocido—. No me he quedado con su nombre.

El señor Desconocido sonrió.

—No, no creo que lo haya hecho. Soy el señor Jones.

—¿Y es usted policía, señor Jones?

El señor Desconocido ladeó la cabeza.

—¿Por qué dice eso?

La mirada de padre no se apartó de la del señor Desconocido.

—Mi hijo me ha contado que ayer le enseñó usted una placa.

El señor Desconocido apartó los ojos de padre y me miró a mí.

—No sé por qué diría tal cosa. Debe de haberse confundido. —Me hizo un breve guiño y me alborotó el pelo antes de regresar con mi padre

—. ¿Le dijeron los Carter adónde iban?

—No tenemos tanta relación.

—¿Le dijeron cuándo volverían?

—Como le he dicho...

—No tienen tanta relación.

—Eso es.

Desde el porche, el señor Smith dejó caer al suelo lo que le quedaba del cigarrillo y aplastó la colilla con una bota negra más propia de los pies de un motero que de los del hombre tan menudo que teníamos delante. No era mucho más alto que yo, pero su voz era mucho más grave de lo que uno se habría esperado, áspera.

—El señor Carter estaba trabajando para nuestro patrón en un asunto bastante delicado, y ya que no pidió las vacaciones en la oficina y que parece estar ilocalizable, tenemos que asumir que ha decidido eludir sus obligaciones. Teniendo esto en cuenta, hemos de recuperar de inmediato todos los papeles relacionados con el trabajo y el material de nuestro patrón. Esperábamos que esos documentos de trabajo estuvieran aquí, en su casa, pero no parece que sea el caso. O si están aquí, no están muy a la vista. ¿Les llegó a hablar alguna vez el señor Carter de su trabajo? ¿No les mencionó, quizá, a qué se dedicaba?

—No tenemos tanta relación —volvió a repetir padre—. Lamento decirles que ni siquiera estoy al tanto de la profesión del señor Carter.

—Es contable —dijo el señor Desconocido.

Vi que sus ojos se desplazaban hacia madre un breve instante, y ella le miró también. Algo se habían comunicado con aquella simple mirada, pero no supe qué.

El señor Smith tenía las manos delante de él. Trazó un cuadrado en el aire.

—Guardaba sus papeles del trabajo en una caja metálica de color *beige* de unos treinta centímetros de ancho por sesenta de largo, ignífuga, con una cerradura en la tapa. Similar a una caja de seguridad de un banco, de las grandes. La he encontrado debajo de su cama, tan vacía como el vaso de un borracho. Me gustaría saber qué hizo con el contenido.

Madre, que hasta el momento había permanecido en silencio, habló con tono firme.

—No creo que a los Carter les haga muy felices enterarse de que se han dedicado a revolver sus cosas sin su consentimiento en busca de esa caja, contuviera lo que contuviese. Creo que lo mejor será que se

marchen, caballeros. Cuando vuelvan los Carter, yo personalmente me encargaré de que el señor Carter se ponga en contacto con su oficina. Me imagino que si no solicitó los días libres de la debida forma fue por despiste, y que todo esto se podrá solucionar con una explicación bien aburrida.

El señor Desconocido sonrió, pero fue una sonrisa forzada, de esas que luces por cortesía cuando te dan un postre amargo.

—Estoy seguro de que tiene usted razón y de que todos estamos exagerando. —Bajó la cabeza en una reverencia burlona—. Ha sido un placer conocerlos a los dos. —Me volvió a alborotar el pelo—. Tienen aquí a un buen chaval. Por favor, dígame al señor Carter que llame por teléfono a la oficina en cuanto regrese.

—Desde luego —respondió padre.

Dicho aquello, ambos hombres se dirigieron al Plymouth paseando tranquilamente, sin mirar atrás ninguno de los dos. Padre, madre y yo no nos movimos de allí hasta que desapareció el coche de nuestra vista y no dejó más que una nube de polvo con forma de cola de gallo.

57

Emory

Día 2 – 11:57

Emory había encogido las rodillas contra el pecho y se había rodeado el cuerpo con el brazo libre para intentar entrar en calor. Tiritaba descontrolada, sentía en el cráneo el castañeteo de los dientes. Un momento antes se había palpado la muñeca rota con la mano buena, y tuvo que apartarla. Se le había hinchado tanto que era como si la piel envolviese los bordes de las esposas, y el metal se le clavaba. Notaba el pulso contra el metal afilado, tibio y húmedo. Temía perder la mano si no encontraba pronto una salida, pero no sabía qué hacer.

No había ninguna salida.

Ni puerta.

Ni techo.

Nada a su alrededor salvo hormigón.

La música atronaba, una canción que no conocía.

Además, juntar dos pensamientos coherentes se le hacía difícil. Sabía que eso era consecuencia de la falta de comida y agua, pero de poco le servía decirse aquello. La cabeza le palpitaba con sus propias punzadas de dolor, y era como si tuviese el cerebro entumecido, perdido tras una cortina de niebla.

Una vez se emborrachó.

Con Colleen McDoogle.

Encontraron una botella de *bourbon* Wild Turkey en el armario de debajo de la cocina en casa de Colleen y decidieron probarlo. Al fin y al cabo, si no practicaban, ¿cómo sabrían cuánto podían beber en una fiesta con la seguridad de no ir a emborracharse? Al final fue muy poco, y a la madre de Colleen no le hizo feliz precisamente encontrárselas al llegar a casa una hora antes de lo esperado. Emory no conseguía recordar cuánto habían bebido, pero al día siguiente tenía un tipo especial de dolor de cabeza que parecía partir de detrás de los ojos e intensificarse conforme

avanzaba hacia atrás.

Ese era el dolor de cabeza que tenía ahora.

*Me acuerdo de cuando pasó. Eras incapaz de caminar en línea recta, aunque tu vida dependiera de ello. Pero lo intentasteis las dos, Colleen y tú, con la esperanza de que su madre no lo notara.*

—Eso fue el año pasado, mamá. Tú estabas muerta.

*Eso no significa que no lo estuviera viendo, cielo. ¡Menudo castigo te habría caído conmigo! Te habría quitado el ordenador, el móvil y la televisión. Habría hecho lo mismo que hizo mi madre cuando me pilló a mí bebiendo por primera vez con mi hermano. Te acuerdas de tu tío Roger, ¿verdad? Nos cazó a Roger y a mí con una botella de vodka de tres cuartos y nos obligó a terminárnosla entera entre los dos. Estuve malísima durante días, pero no volví a tocar el alcohol durante cerca de tres años. ¿Cómo le va a Roger?*

—¿Quién es Roger? No recuerdo a ningún tío Roger.

*Pero ¿cómo te has podido olvidar del tío Roger? Vivió con nosotras durante casi un año después de que tú nacieses.*

Entonces se acordó de Roger. Con un leve sobrepeso, cabello oscuro alborotado en un vano intento de ocultar la calva que poco a poco iba ganando terreno en la coronilla. Arregló el fregadero una vez que la señora Burrow atascó el triturador con restos de pasta. También la ayudó a conseguir una tarjeta de acceso nueva para el ascensor cuando la suya murió por dejársela debajo del móvil dentro del bolso. Espera...

—Yo no tengo ningún tío Roger. Ese es el encargado de mantenimiento del edificio.

*¿He dicho Roger? Ay, querida, me refería a tu tío Robert.*

—Que yo no tengo ningún tío. Si alguna vez he conocido a alguien de tu familia, no me acuerdo de ellos —dijo Emory en voz baja. Lo podría haber gritado si hubiera querido, y nadie la habría oído con el estruendo de Cream cantando *Born Under a Bad Sign*.

*¿No te acuerdas de tu tío Steve? Cuánto le disgustaría eso. Cuando eras un bebé te mecía con mucho cariño hasta que te quedabas dormida. Solía cantarte esa canción... ¿Cómo era? ¿Te acuerdas? Algo sobre el día en que la música murió...*

—*Drove my Chevy to the levee but the levee was dry...* —ronqueó Emory con los labios secos y agrietados. Se pasó la lengua por las fisuras—, *this'll be the day that I die...*<sup>[3]</sup>

*¡Eso es! Al tío Ryan le encantaba esa canción.*

—No tengo ningún tío. Y tampoco tengo madre. No existes. Deja ya de hablar conmigo, por favor.

*¿Crees que hoy es el día?*

—¿Qué?

*Ya sabes, el día en que vas a morir.*

Emory se puso las yemas de los dedos de la mano buena en la sien y los hundió en la piel blanda.

*Yo creo que lo mejor es que asimiles la brevedad de tu futuro. En serio, querida, suponiendo que el Asesino ese de los Monos no te mate pronto, no has probado sólido ni líquido en semanas. ¿Cuánto tiempo más crees que vas a poder aguantar?*

—No han sido semanas. Solo han pasado dos días, tres como mucho.

*Mira, cielo, yo creo que ha sido por lo menos una semana.*

Emory negó con la cabeza y se encogió al sacudirse el oído dañado con aquel movimiento.

—Creo que la música está puesta con un temporizador. Si lo está, diría que se pone una vez al día. Así que hoy sería el segundo día.

*Aunque esa maravillosa teoría tuya resultara ser cierta, y no creo que lo sea, ¿cuánto crees que puedes aguantar sin comida ni agua?*

—Gandhi hizo huelga de hambre durante veintiún días —dijo Emory.

*Veintiún días sin comida, pero sí bebió agua.*

—Ah, ¿sí?

*Estoy segura. Y no me sorprendería que alguien le pasara alguna chuchería o dos mientras tanto. Ya sabes cómo son los famosos.*

—Gandhi no era uno de esos famosos, era...

¿Por qué estaba hablando con ella? Si no era real, solo su imaginación. Estaba perdiendo la cabeza. Se le iba a ir la pinza antes de que la falta de agua se la llevase por delante. El cerebro se le estaba deshidratando lentamente, como una esponja al sol, y también los órganos. Sentía que tenía ganas de orinar, pero al intentarlo no le salía nada. Casi podía imaginarse sus riñones, y el hígado, consumiéndose en su interior. ¿Cuánto faltaba para que empezasen a fallar? Aunque Emory no se movía, el corazón se le aceleraba, le palpitaba con fuerza en el pecho. Al principio pensó que no era más que su imaginación, pero cuando se tomó el pulso unas horas atrás, contó cerca de noventa pulsaciones por minuto. Muy alto. Cuando iba a correr, rara vez pasaba de ochenta.

Emory se llevó el dedo al cuello y se volvió a tomar el pulso, contó las pulsaciones durante quince segundos: veintiséis. Y veintiséis por cuatro son... Mierda, era incapaz de concentrarse. Veintiséis por...

*Eso ronda las doscientas, cielo. Qué rápido.*

—Ciento cuatro —dijo Emory haciendo caso omiso de la voz. Sus pulsaciones en reposo por lo general rondaban las cincuenta y cinco. Ahora mismo no estaba haciendo nada, pero el corazón le iba a toda velocidad. Emory no sabía qué significaba eso con exactitud, pero sí que no era bueno.

*Cuando vuelva el Cuarto Mono, a lo mejor le puedes pedir que te mate rapidito. Eso sería muchísimo mejor que la historia esa de los ojos y la lengua, ¿no te parece?*

Emory se pasó la lengua por el interior de la boca. Había perdido la mayor parte del sentido del gusto, pero notó un sabor que le recordó el serrín. A una cucharada de

serrín.

Tenía ganas de llorar, pero no le quedaban lágrimas. Le ardían los ojos secos en contacto con la oscuridad.

En algún lugar por encima de ella, Jimi Hendrix cogió su guitarra y comenzó a gemir.

## Diario

La rata estaba muerta.

Al perseguir a padre y a madre escaleras abajo hacia el sótano, eso fue lo primero en lo que reparé. El cuerpecillo negro del animal parecía un trapo de cocina empapado con ojos. La cabeza miraba hacia el lomo, y estaba despatarrada, una pata hacia acá, otra hacia allá. El maltrecho roedor yacía en un pequeño charco de sangre junto al catre en el que ahora estaba sentada la señora Carter, con la mano libre roja, teñida de muerte.

Alzó la mirada y nos sonrió cuando bajamos. El temor que unas horas antes se había apoderado de sus ojos ya se había desvanecido, y una mirada fija y fría, gélida, había ocupado su lugar.

—Nos va a matar a todos, lo sabéis.

Su voz también era distinta, tranquila, serena. Segura.

—¿Quién? —preguntó padre, aunque yo estaba seguro de que sabía perfectamente quién. La pregunta que me ocupaba la cabeza era cómo sabía la señora Carter sobre quién o sobre qué veníamos a hablar con ella, pero que lo sabía resultaba evidente. Sabía a la perfección por qué estábamos allí abajo.

—¿Se ha ido? Porque si se ha ido, yo no confiaría en que sea por mucho tiempo. —La señora Carter se limpió la mano ensangrentada con el fondo del catre y dejó una franja roja por el camino—. En serio, no deberíais haber matado a mi marido.

Padre echó la mano hacia atrás, y pensé que le iba a pegar. No me lo podía imaginar haciendo tal cosa; siempre me había dicho que jamás pegase a una mujer, aunque ella me pegara a mí, aunque ella te pegase

con algo contundente: no había ninguna excusa para pegar a una mujer. Nunca.

Llevó la mano hacia atrás, agarró una toalla de lo alto de la lavadora y se la lanzó a la señora Carter.

Ella le dio las gracias con una sonrisa y se limpió la sangre de la mano lo mejor que pudo.

—Si me soltáis, puedo tratar de explicarle lo que ha sucedido, pero dudo que me vaya a creer. Y, aunque me crea, dudo que le importe.

—Quiere los papeles del trabajo de tu marido. Ha dicho que trabajaba para el mismo jefe que él —dijo padre.

La señora Carter ladeó la cabeza.

—Bueno, pues no ha mentado.

—¿Sabes tú dónde están?

La señora Carter volvió a sonreír, pero no dijo nada. Acto seguido tiró de las esposas.

Madre, que había guardado silencio durante aquella conversación, cargó contra ella. Padre la agarró para evitar que la atacara. Madre se retorció e intentó alcanzarla con las uñas.

—¡Mira lo que has traído a mi casa! —le gritó.

La señora Carter le puso cara de pocos amigos.

—Fuiste tú quien me trajo a tu casa. Yo no pedí esto. Yo no te dije que mataras a mi marido, puta loca.

Eso puso a madre hecha una furia, y por un segundo creí que padre no sería capaz de contenerla, pero de algún modo lo hizo. Le pasó el brazo por el cuello y le hizo una llave de las que te dejan inconsciente; no la hizo tan fuerte como para que se desmayase, pero sí lo suficiente para que supiese que podría hacerlo si quisiera, y eso fue cuanto hizo falta, porque madre acabó cediendo y se quedó quieta. Padre, sin embargo, no aflojó su sujeción, y yo sabía perfectamente por qué: cuando me enseñó a utilizar esa llave, me dijo que la víctima a veces se hacía la dormida o fingía cooperar, y te atacaba en el instante en que aflojabas el brazo. Esto no solo me lo dijo para que supiera ejecutar esta llave como es debido, sino para que lo aplicara en caso de que me la hicieran a mí. Me había enseñado, incluso, a fingir un desmayo. Padre era extremadamente listo.

—Si te suelto, tienes que prometerme que te comportarás —le indicó padre en voz baja a madre, al oído.

Cuando ella asintió, él abrió lentamente los brazos. Permaneció listo

para volver a agarrarla si hacía algún otro movimiento, pero no lo hizo. Madre se apoyó en la lavadora y fulminó con la mirada a la otra mujer.

Padre volvió a mirar a la señora Carter.

—¿Para quién trabaja tu marido?

—Querrás decir para quién «trabajaba» mi marido.

Padre hizo un gesto en el aire con la mano para restarle importancia.

—Semántica.

La señora Carter guardó silencio y, por primera vez desde que habíamos bajado allí, vi aquel temor previo asomarse a su mirada. Trató de mantenerlo a raya, mostrarse dura, pero ahí estaba, inconfundible. Padre también lo vio. Cuando la señora Carter habló por fin, su voz era más suave, más frágil.

—Tenemos que marcharnos, todos.

Padre se arrodilló junto al catre y puso las manos sobre las de la señora Carter.

—¿Para quién «trabajaba»?

La señora Carter miró a madre un instante, después a mí, y después otra vez a padre.

—Criminales. Una docena de ellos, tal vez más. Incluso para algunos miembros de la familia Genovese. Los ayudó a ocultar su dinero.

Padre no perdió un instante.

—¿Qué les ha quitado?

La señora Carter cogió aire con fuerza, cerró los ojos y lo volvió a soltar.

—Todo. Hasta el último centavo.

## 59

Porter

Día 2 – 12:18

—Estás en tu casa —le dijo Porter a Watson mientras dejaba las llaves en una mesita cerca de la puerta principal—. Tienes permiso para husmear en el frigorífico. No sé muy bien lo que tengo ahí.

El recorrido desde la Cincuenta y uno hasta su apartamento lo habían hecho prácticamente en silencio. Watson había estado jugueteando en su asiento, y Porter hizo cuanto pudo para olvidar la cara del chaval que había disparado y matado a su mujer.

No funcionaba.

Hasta el último átomo de su cuerpo quería dar la vuelta y regresar, meterle al chaval la Beretta bajo la barbilla y apretar el gatillo hasta que la última bala hubiera salido de la recámara, y después emprenderla a golpes con lo que le quedara de la cabeza.

No estaba orgulloso de aquellos sentimientos. No los deseaba. No era un hombre violento, y Heather le habría echado un rapapolvo si supiera que albergaba un solo gramo de odio hacia aquel joven. Ella le diría que estuviese por encima de aquello, que no cediese a la ira. Le diría que la ira y el odio no la traerían a ella de vuelta, y que con tales pensamientos no conseguiría más que ennegrecerse el alma.

Y tendría razón, por supuesto. Heather siempre parecía tener razón, pero ser consciente de ello no cambiaba nada.

—¿Se encuentra bien? —Watson le miraba fijamente.

Porter asintió.

—Lo estaré. Solo necesito recobrar el aliento, recomponerme. —Vaciló, y a continuación añadió—: Gracias por bajar hasta allí conmigo.

—Lo que haga falta. ¿Es ella?

Hizo un gesto hacia una foto de la mesa.

Heather, tomada un año antes, más o menos.

Porter alargó el brazo y la cogió.

—Sí. Qué orgulloso de ella estaba aquel día. Siempre quiso ser escritora, garabateaba constantemente en un cuaderno. Envié uno de sus relatos cortos al Shirley Jackson Awards y ganó. Saqué esa foto justo después de la ceremonia de entrega de premios.

Porter agradeció que Watson no le pidiera más información.

—Vuelvo enseguida. Hazte algo de comer. —Volvió a hacerle un gesto con la barbilla hacia la cocina y le vio marcharse hacia allá.

Al entrar en el dormitorio le vibró el teléfono en el bolsillo, y se planteó dejar que la llamada fuese al buzón de voz, pero cambió de opinión. Un vistazo rápido a la pantalla le dijo que era Kloz. Pulsó el botón para descolgar y se llevó el móvil al oído.

—¿Sam?

—¿Sí?

—Tenemos un problema muy serio.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de la huella que sacaste ayer de la vagoneta del túnel?

—Claro.

—Hay una coincidencia.

Porter se acercó al armario, se quitó la chaqueta y empezó con los botones de la camisa. El café estaba frío y pegajoso, y le llegaba hasta la mitad del brazo. Lo más probable era que tuviese que tirarla.

—Sam, la huella es de Watson. Solo que no es Watson. El nombre de la ficha de la base de datos de crímenes violentos del FBI es Anson Bishop. Acabo de hablar con el Laboratorio de Criminalística: a primera vista, su expediente parece estar en orden, pero cuando he empezado a escarbar me he encontrado con algunos agujeros. La ficha del ViCAP es falsa. No hay ningún Paul Watson. Es un alias de ese tal Anson Bishop. Sigo intentando juntar todas las piezas, pero ese chico tocó la vagoneta en algún momento antes de que tú bajases ahí con el equipo táctico. Eso significa que está implicado de alguna manera. Esto no es bueno, Sam, nada bueno. Sea quien sea ese tío, no pertenece a las fuerzas de la ley. ¿Dónde me dijiste que os lo encontrasteis Nash y tú?

—Ajá.

—Mierda. Está ahí contigo, ¿verdad?

—*Sip*.

—¿Dónde estás? ¿Estáis solos?

Porter asomó la cabeza por la puerta del dormitorio y miró pasillo abajo, hacia la cocina.

—Sam, ¿estás ahí?

—¿Watson? —voceó Porter—. ¿Me queda alguna cerveza en el frigorífico?

—¿En tu apartamento? ¿Estás en casa?

—Sí, señor, es cierto.

Podía oír a Watson en la cocina o en el salón, pero no le respondía.

Porter se quitó los zapatos y salió del dormitorio sin hacer ruido, recorrió con la mirada el salón vacío y se dirigió hacia la puerta abierta de la cocina.

—¿Watson? —Porter levantó la mano muy despacio y soltó la cinta de cuero de la cartuchera. Los dedos se aferraron a la empuñadura de la Beretta cuando sacó el arma—. Ya sé que es temprano, pero la verdad es que me vendría fenomenal tomar algo que me tranquilice un poco.

Oía ligeramente a Klozowski, que le ladraba órdenes desde el otro lado de la línea.

—Mantenlo ahí, Sam. Ya tengo patrullas en camino.

—Claro, Kloz. Vente para acá. Watson y yo nos vamos a la relojería de su tío cuando salgamos de aquí; te puedes venir con nosotros.

—El coche más cercano está a cuatro minutos. ¿Dónde tienes al chico? ¿Lo ves? ¿Puede oírnos?

—Watson, como te estés comiendo todas las sobras de *pizza*, no me va a hacer ninguna gracia.

Apuntando con el arma, Porter entró de golpe por la puerta de la pequeña habitación.

Vacía.

El cuchillo grande se hundió en su muslo un momento antes de que viera a Anson Bishop con el rabillo del ojo.

—No se mueva —le susurró Bishop al oído desde detrás—. Tiene el cuchillo justo en la arteria ilíaca común, la más grande del sistema circulatorio pulmonar. Intente sacárselo y se desangrará en cuestión de segundos. Voy a ayudarle a echarse en el suelo. Suelte el arma.

—¿Quién eres...? —consiguió decir Porter, palabras que se deslizaron entre el rechinar de sus dientes.

—Suelte el arma. El teléfono también.

Porter hizo lo que le decía, y se quedó quieto mientras Bishop apartaba la pistola de una patada y después machacaba el móvil con la suela del zapato.

—¿Watson?

—Shhh, no hable —ordenó Bishop—. Ahora, despacito. Las rodillas primero; después tiéndase boca abajo..., eso es. Cuidado con el cuchillo.

Porter dejó que el joven lo ayudase. Podía sentir el peso del cuchillo en la pierna, pero Bishop sostuvo la hoja inmóvil con la mano libre hasta que él se encontró tumbado boca abajo sobre el suelo de parqué de su casa.

—Me imagino que su amigo ha enviado ayuda, así que no tendrá que esperar mucho. Si se fija, no hay demasiada sangre, y así seguirá mientras deje el cuchillo en la herida. Espere a que lleguen los profesionales; ellos sabrán cómo sacarlo. Después,

un par de puntos y estará como nuevo. Lamento haber tenido que hacerle daño, sinceramente. Esperaba que dispusiéramos de más tiempo juntos; con lo bien que me lo estaba pasando. Como sucede con todo lo bueno, antes o después se tiene que acabar, y nos acercamos muy deprisa al final de la partida.

—¿Dónde está Emory?

Bishop sonrió.

—Por favor, dele recuerdos a Nash y a Clair. Si le sirve de algo, siento mucho lo de su esposa.

Porter giró la cabeza lo suficiente para verlo doblar la esquina y desaparecer por el pasillo. A lo lejos, las sirenas aullaban.

## Diario

—Bueno, al menos ese era el plan. Robárselo todo y huir, aunque no sé si lo consiguió. Simon hablaba y hablaba, pero a la hora de hacer dejaba un poco que desear.

—Han encontrado una caja metálica de color *beige* debajo de tu cama. ¿Era ahí donde lo guardaba? —inquirió padre.

La señora Carter se encogió de hombros.

—Yo qué sé.

Madre volvió a cargar contra ella, y esta vez fue más rápida que padre. Alargó las manos hasta el pelo de la otra mujer, lo agarró y tiró con fuerza. La señora Carter gritó, se puso a darle manotazos en los brazos a madre con la mano que tenía libre y enseguida le dejó unos arañazos rojos en el antebrazo.

—¡Ya basta! —gritó padre, que se interpuso entre ellas.

Madre la soltó y resopló al tiempo que daba un paso atrás.

—Esta mujer va a conseguir que nos maten a todos.

—¿Qué fue lo que les quitó exactamente? —pregunté. Era una pregunta del todo válida, y esperaba que rompiese la tensión.

La señora Carter se tocó el cuero cabelludo con delicadeza e hizo una mueca de dolor. Miró a madre con los ojos entornados.

—Ya estamos todos prácticamente muertos.

Padre la obligó a sentarse en el catre con un empujón.

—Responde a mi hijo.

Ella le puso una sonrisa burlona.

—Qué duro eres, dándole empujones a una mujer esposada en tu sótano. —Tenía sangre reseca en las uñas y se puso a quitársela—. Simon

conocía los negocios de esos hombres mejor que ellos mismos. Si piensan que ha salido huyendo, tienen que estar preocupados. —Lanzó una mirada acusadora a mis padres—. Parece que habéis hecho un gran trabajo entre los dos haciendo que parezca que se ha largado, así que estoy segura de que esa gente está a punto de reventar. Y os la habéis echado encima.

—¿Qué fue lo que les robó? —preguntó padre de nuevo con un enfado en la voz cada vez mayor. No se lo iba a preguntar una tercera vez, no con amabilidad, por lo menos.

La señora Carter se dejó las uñas y respiró hondo.

—Hace un mes me dijo que los dos dueños de la empresa habían comenzado a comportarse de un modo extraño, reservado..., vamos, más de lo normal. Le dejaron al margen de un par de reuniones a las que él consideraba que debía haber asistido. Empezaron a trabajar en horarios raros. En algunas ocasiones pensó que alguien había registrado sus cosas. Le daba la sensación de que la gente susurraba a sus espaldas, que se preparaban para dejarlo fuera, o algo peor. Empezó a llevarse archivos a casa y a hacer fotocopias. Yo le dije que estaba loco, que si le cogían, cualquiera sabía lo que iba a pasar, pero lo hizo de todas formas; docenas de papeles. Me comentó que era un seguro de vida, que si intentaban hacerle algo o apartarlo del negocio, él lo haría todo público.

Padre se pasó la mano por el pelo.

—Eso tiene pinta de ser una jugada muy peligrosa.

La señora Carter asintió.

—La semana pasada, cuando lo apartaron de su cuenta más importante, dijo que iba a utilizar la información que había recopilado para desviar dinero hacia un banco en un paraíso fiscal, para que pudiéramos huir, desaparecer sin más.

—¿Y no sabes si llegó a hacerlo?

Negó con la cabeza.

—Si lo hizo, no me lo contó. Nos peleamos tanto la semana pasada, que ni siquiera sé si me lo habría contado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y me sentí incómodo observándola. Miré al suelo y le di puntapiés al polvo.

—¿Qué hizo con todos los documentos que fotocopió? —preguntó padre.

La señora Carter se encogió de hombros.

—No lo sé. No me lo contó. Y ahora ya no está.

Padre se volvió hacia madre.

—La gente como esta prefiere matarte antes que arriesgarse a que sus trapos sucios salgan a la luz. Quizá deberíamos marcharnos.

—Quizá deberíamos matarlos nosotros a ellos antes —respondió madre sin levantar la voz.

—Conozco a ese hombre. Esto no es más que el principio —afirmó la señora Carter—. Volverá, es probable que pronto, y es probable que con otros. Huir es la única opción.

# 61

Clair

Día 2 – 13:23

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Steven Mathers tenía la cara arrebatada cuando irrumpió en el despacho del director Kolby.

Kolby levantó las dos manos.

—Cálmate, Steven. Te he llamado en cuanto han llegado.

La mirada de Steven Mathers cayó sobre su hijo, sentado en el rincón opuesto del despacho con la cabeza baja y sujeta entre las manos.

—¿Qué quieren de mi hijo?

Clair hizo un gesto hacia una silla vacía delante del escritorio grande de roble.

—¿Por qué no se sienta, señor Mathers?

Aquello solo pareció enfurecerlo más.

—Lo que voy a hacer es sacar a mi hijo de aquí, encerrarlo en nuestro apartamento y enviar a tres abogados al despacho de su jefe para que tengan una charla. Eso es lo que voy a hacer.

Clair respiró hondo, cogió aire y lo soltó.

—Su hijo podría estar implicado en el secuestro y posible asesinato de Emory Connors-Talbot.

Mathers frunció el ceño.

—¿Talbot? ¿El de la inmobiliaria?

Nash asintió.

—Su hijo está saliendo con la hija de Talbot.

—Salir con ella dista mucho de secuestrarla, detective.

—Por favor, señor Mathers, tome asiento —le volvió a pedir Clair.

Mathers aceptó esta vez, y dejó caer el maletín a su lado.

—¿Qué nos puede contar de Jacob Kittner? —le preguntó ella.

—¿Del hermano de mi mujer?

Clair asintió.

—No he hablado con él desde la muerte de Amelia, mi mujer, hace algo más de cinco años.

—¿Y su hijo? ¿Cuándo fue la última vez que habló con el señor Kittner?

—Tampoco ha tenido ningún contacto con él. No hablamos con la familia de mi mujer —afirmó Mathers.

Los tres miraron a Tyler, en el rincón; aún tenía la cara hundida entre las manos.

—¿Verdad que sí, Tyler? —dijo Mathers.

Cuando Tyler levantó la cara, tenía los ojos rojos e hinchados.

—Todo es culpa mía. No creí que nadie fuera a sufrir ningún daño.

Mathers se levantó y se acercó a su hijo.

—¿De qué estás hablando?

—El tío Jake me contó que Emory no sufriría daño alguno.

Clair y Nash se miraron y volvieron a centrarse en Tyler.

—¿El tío Jake? ¿Desde cuándo tienes tú relación de ninguna clase con ese individuo?

Tyler suspiró.

—Mamá y yo lo veíamos constantemente. No te lo decíamos porque no tenías pinta de llevarte bien con él, y mamá no quería discutir. Cuando el tío me contó que se estaba muriendo, empecé a ayudarlo con las cosas de la casa, bobadas después de clase, nada más.

—¿Se estaba muriendo?

Clair levantó la vista hacia el director, que observaba desde detrás de su mesa.

—Señor Kolby, ¿podría usted disculparnos unos minutos, por favor?

Kolby frunció el entrecejo, preparado para protestar, pero se lo pensó mejor.

—Estaré justo al otro lado de la puerta si necesitan algo.

Una vez fuera el director, Clair volvió a centrar su atención en Mathers.

—Su cuñado tenía un cáncer de estómago avanzado. Lo más probable es que hubiera muerto en cuestión de semanas.

Mathers estaba haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Espere un momento, ¿qué quiere decir con ese «hubiera»? ¿Qué ha ocurrido?

Nash se pasó la mano por el pelo.

—Ayer por la mañana, unos minutos después de las seis, un autobús de la empresa municipal de transportes atropelló y mató a Jacob Kittner cuando se dirigía a un buzón de correos en la esquina de la Cincuenta y cinco con Woodlawn. Creemos que iba a enviar por correo una cajita blanca. Esa caja contenía una oreja humana..., la oreja de Emory. Su cuñado era el Cuarto Mono.

Mathers se quedó pálido y se movió incómodo en la silla.

—¿Jake? Imposible.

Nash asintió.

—Secuestró a Emory, y la chica sigue por ahí, en alguna parte, sin comida, ni agua, ni nadie que se ocupe de ella... No le queda mucho tiempo. Su hijo podría ser la única persona que queda viva y sabe dónde encontrarla.

Mathers tenía ahora un aspecto peor que el de su hijo, con la cara pálida y la respiración poco profunda.

—Tyler, ¿es cierto eso?

Tyler cogió aire.

—El tío no es el Cuarto Mono. No es lo que ustedes creen.

Clair cruzó la habitación y se arrodilló a su lado.

—Entiendo lo que sentías por él, pero hizo unas cosas terribles. De todas formas, ahora mismo nos tenemos que centrar en Emory, y si tú sabes adónde se la llevó, tienes que decírnoslo.

—Él no es el Cuarto Mono —repitió Tyler.

Mathers se levantó y fue hacia su hijo.

—¿Qué estás intentando decir?

—Que el tío Jake solo estaba tratando de ayudarnos a nosotros.

—Ayudaros a vosotros, ¿cómo? —le preguntó Clair.

Tyler levantó la mirada hacia su padre y volvió a bajarla al suelo.

—Mi padre ha tenido problemas de dinero. Le afectó una reducción de plantilla en la oficina, y desde entonces lo ha pasado muy mal para cubrir los gastos, así que tiró de mi fondo para la universidad.

—¿Y cómo sabes tú que...?

Clair levantó la mano. Tyler prosiguió.

—Con mis notas, tengo una buena oportunidad de entrar en una de las ocho mejores universidades del país, pero no me va tan bien como para conseguir una beca por rendimiento. Papá todavía gana mucho como para optar a una ayuda por ingresos, así que tendremos que pagarlo a tocateja. Los créditos de estudios no lo cubren todo. El tío Jake me dijo que la única forma de conseguirlo era que le dejase ayudarme. Cuando descubrió que tenía un cáncer, intentó hacerse un seguro de vida, pero se lo denegaron en cuanto supieron de su diagnóstico. Entonces me contó que había otra forma.

»Hace un mes o así, un hombre se acercó a él y le dijo que podría ganar un montón de dinero si le ayudaba con algo. Le contó que no era nada ilegal..., bueno, no demasiado ilegal. Le explicó que sabía que estaba enfermo y que no le quedaba mucho tiempo. Era una forma no solo de ayudarme a mí, sino también a mucha más gente. Sin embargo, dijo que el tío Jake no lo podía hacer solo y que yo tendría que ayudarlo.

Mathers se estaba volviendo a poner rojo.

—¿Qué te obligó a hacer ese malnacido?

—Señor Mathers, por favor —repuso Clair.

Tyler suspiró.

—No me obligó a hacer nada, papá. Nada que yo no quisiera hacer, al menos. Dijo que tenía que intimar con Emory Connors, quizá incluso salir con ella un par de veces. Está buena, así que pensé, ¿por qué no? Salimos un par de veces, y entonces la llevé al baile de bienvenida... —Los ojos se le iban hacia los de Clair—. Al principio solo quería ver si era capaz de conseguir que saliese conmigo, pero cuando empecé a conocerla, me gustó de verdad. Nos divertíamos muchísimo. Podía hablar con ella, ¿sabe? Y es tan inteligente. Hasta me ayudó con algunas de mis clases. Las cosas iban bien. Fue entonces cuando el tío Jake me pidió que cogiese los zapatos.

—¿Los zapatos del señor Talbot? —le preguntó Clair.

—Sí. El jueves pasado estábamos juntos, viendo una película, y el señor Talbot se pasó por allí unos veinte minutos. Tenía la ropa cubierta de polvo, pero no contó por qué. Dijo que tenía que darse una ducha rápida y cambiarse, y después se marchó. Dejó la ropa sucia en el cuarto de invitados para la asistenta. Unos veinte minutos después de que él se marchase, recibí una llamada del tío Jake. Me dijo que tenía que llevarle los zapatos del señor Talbot. No me contó por qué, solo que aquel hombre le había dicho que los cogiese. No tengo ni idea de cómo sabía siquiera que el señor Talbot había venido, y no digamos ya que había dejado allí la ropa. Me dejó bastante alucinado. Pensé que tendría cámaras en la casa. Cuando Em se levantó para ir al cuarto de baño, me guardé los zapatos en la mochila. Los llevé a casa del tío Jake al día siguiente. No me contó para qué los quería aquel hombre, solo que le había hecho una transferencia de una cantidad suficiente de dinero para cubrir mi matrícula más que de sobra. ¡Por un par de zapatos! No me lo podía creer. Pensamos que el hombre volvería a retirar el dinero, pero no lo hizo. Al día siguiente, el tío Jake recibió un libro de cálculo, se lo enviaba aquel hombre. Me explicó que tenía que dejarlo en el apartamento de Em. Me pareció raro, pero pensé, ¿por qué no? Si un tío raro quiere pagar cientos de miles de dólares por unos zapatos y por...

—¿Cuánto? —soltó Mathers de sopetón.

Tyler se volvió hacia su padre.

—El tío Jake dijo que al principio le dio cincuenta mil, cuando aceptó ayudarlo, después otros doscientos cincuenta mil cuando recibió los zapatos...

Mathers se volvió hacia los detectives.

—No creo que debamos decir nada más hasta que llegue mi abogado.

Clair puso los ojos en blanco.

—Tyler, ¿dónde está Emory?

—No lo sé.

—Detective, ¿es que no me ha oído? —espetó Mathers.

—¿Qué aspecto tenía el hombre?

Tyler se encogió de hombros.

—Nunca lo vi. No creo que el tío Jake lo viera tampoco. Solo hablaba con él por teléfono.

—¡Tenemos nuestros derechos, detective!

—Denos un minuto, por favor. —Clair agarró a Nash del hombro y lo sacó de aquel despacho atestado, al pasillo—. ¿Tú te tragas todo esto?

—Yo ya no sé qué creer. En este caso nada tiene sentido.

Vibró el móvil de Clair. Miró la pantalla y leyó el mensaje de texto:

¡LLÁMAME! – KLOZ

## Diario

Dejamos a la señora Carter en el sótano.

Nos había dicho que volverían, y lo hicieron. Menos de una hora más tarde, oímos el rumor del Duster que bajaba por la calle. El señor Desconocido pisó el acelerador tres o cuatro veces antes de dejar el motor en reposo; quería que supiéramos que estaban ahí fuera.

Nos reunimos los tres en la ventana y nos quedamos mirando el coche verde durante cerca de cinco minutos antes de que padre soltase un brusco resoplido y empujase la puerta de la cocina para salir y dirigirse a la calle.

Permanecí en el umbral con la puerta abierta y madre a mi espalda, mientras padre cruzaba nuestro césped con paso lento y directo hacia el Plymouth aparcado en la calle entre la entrada de nuestra casa y la de la casa de los Carter. Se encontraba a unos tres metros del coche cuando el señor Desconocido engranó la marcha y salió disparado levantando a su paso polvo y gravilla.

Padre se quedó allí de pie un rato largo, mirando el lugar donde había estado el coche, antes de regresar a la casa. Cerró la puerta al entrar y echó el pestillo. Rara vez cerrábamos la puerta de madera durante los meses de verano. Sin aire acondicionado, el calor se volvía sofocante dentro de nuestra pequeña casa, y crear una corriente con las puertas y las ventanas abiertas era una de las pocas maneras que teníamos de combatirlo.

Nos vio a madre y a mí observándolo.

—Esto va a acabar mal.

—No saben que la tenemos aquí —respondió madre.

—Lo saben —afirmó él—. No sé cómo lo han averiguado, pero lo saben.

—Entonces, ¿por qué no se la entregamos y les dejamos que hagan lo que quieran?

Padre pensó en aquello un momento e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Creo que sabe perfectamente dónde están escondidos los papeles del trabajo de su marido.

Madre atravesó la habitación hasta la cafetera y pulsó el interruptor de encendido. Del armario sacó una bolsa marrón de café PT's Roasting Company, añadió dos cacitos al filtro y presionó el botón para hacerlo. Un minuto después, el aroma a felicidad bien tostada inundaba la habitación, y aunque padre decía que yo era demasiado pequeño para tomar café (decía que la cafeína me atrofiaría el crecimiento e incrementaría mis posibilidades de padecer insomnio de adulto), agradecí aquel olor. Me resultaba tranquilizador, como si generase una calma que se asentaba en la habitación. Madre cogió dos tazas, las llenó y las llevó a la mesa de la cocina, donde ambos se sentaron.

—Quizá deberíamos llevárnosla de paseo hasta el lago y ahogarla, hacer que parezca un accidente —sugirió madre.

—Eso podría provocar un follón aún mayor. El señor Carter está dando de comer a los peces en el fondo de ese lago. No creo que debamos arriesgarnos a atraer la atención de nadie sobre esa masa de agua en particular —respondió padre.

—¿En su propia bañera entonces?

Padre bebió un sorbo de café y volvió a dejar la taza en la mesa, dándole vueltas entre las manos.

—Esos hombres ya han registrado su casa, y saben que no está allí. Si tenemos en cuenta que los Carter se marcharon con prisas, no resulta verosímil que ella regresara a darse un baño.

Se me ocurrió una idea. De dónde salió, no estoy seguro, pero era una idea que merecía la pena, así que la expuse.

—Podrían estrangularla y meter el cuerpo en el maletero del coche de los Carter. Si preparan las cosas bien, parecerá que el señor Carter la mató y huyó a alguna parte.

Tanto padre como madre se volvieron hacia mí con una mirada de perplejidad. Me había metido en un lío. No tendría que haber dicho nada. Quizá debería irme a mi cuarto y...

—¡Excelente idea, campeón! —se maravilló padre—. Dejamos el coche en la estación de tren; ese puede ser el escenario perfecto para la huida de un marido.

Madre estaba de acuerdo y asentía.

—Pero antes deberíamos averiguar dónde están los papeles.

Padre tenía los ojos clavados en su café.

—¿Un seguro de vida?

Madre asintió.

—Un seguro de vida. Si esos hombres no se creen esta pequeña farsa, tampoco sería malo contar con algo valioso con lo que negociar. ¿Y si les robó también el dinero? Esos fondos podrían venir bien.

—No somos ladrones —respondió padre.

—Si tenemos que trasladarnos, vamos a necesitar ese dinero. ¿Quién sabe cómo se desarrollará el resto de esta debacle? Es culpa de ellos que estemos implicados. Nos lo deben.

Teniendo en cuenta que madre había matado al señor Carter y que ahora teníamos a la señora Carter esposada en el sótano, no conseguía ver cómo podía ser aquello «culpa de ellos», pero padre debía de tener en cierta medida la misma opinión, porque no le puso mayores objeciones.

Madre se terminó su café, se levantó y dejó la taza vacía en el fregadero.

—¿Lo hacemos esta noche o mañana?

—Es mejor ir durante el día. La estación de tren se queda muy tranquila durante la noche, y creo que es más probable que nos vean —dijo padre.

Y madre le preguntó:

—¿Cómo piensas conseguir que nos cuente dónde están esos papeles del trabajo?

Padre se terminó su café y dejó su taza junto a la de madre.

—Esa es la cuestión. Es dura de pelar. ¿Te apetecería probar un ratito? A madre se le puso en la cara la mayor de las sonrisas.

—¡Ah, desde luego que sí!

Clair

Día 2 – 15:56

Clair aplastó una lata vacía de Pepsi y la tiró a la papelera que había junto Nash.

—¿Cuánto ha pasado?

—¿Desde que entró, o desde la última vez que me lo has preguntado? —respondió Kloz.

Clair hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ninguna de las dos..., no, las dos... Yo qué sé. ¿Por qué están tardando tanto?

—Doce minutos desde la última vez que me lo preguntaste. Tres horas y media desde que llegó al hospital. Tres horas y doce minutos desde que se lo llevaron al quirófano.

—Esto es culpa mía —dijo Nash a nadie en particular—. Di por sentado que el chaval era de criminalística. Estaba fotografiando la escena; tenía todas las credenciales en regla. Había otra docena de técnicos danzando por allí, y nadie lo señaló como un impostor de ninguna clase.

—No era un impostor —repuso Kloz—. Sobre el papel, por lo menos, lo tenía todo en orden. Lo he comprobado con su supervisor. En el registro de recursos humanos figura como trasladado desde Tucson hace dos meses. Nadie verificó el traslado por teléfono, se fiaron de la documentación electrónica.

—Que era falsa, ¿no?

Kloz asintió.

—Uno de los mejores hackeos que he visto. Según su teniente, Watson..., quiero decir, Bishop... ha trabajado en una docena de casos o más desde que llegó. La mitad de su unidad jura que es una especie de supercriminalista. Ha resuelto dos asesinatos con un simple vistazo de las salpicaduras de sangre. Joder, de haber seguido, lo más probable es que estuviera al mando del departamento en un par de años.

Clair parecía confundida.

—Pero has dicho que sus huellas han dado como resultado un nombre distinto. ¿Cómo es que tú lo has cazado y el Laboratorio de Criminalística y recursos humanos no?

—Sus huellas han aparecido en dos personas distintas. Una de ellas respaldaba la identidad de Paul Watson, pero ha salido una ficha de menores correspondiente a Anson Bishop. Yo pienso que hackeó el registro y creó la ficha del adulto para pasar las comprobaciones de antecedentes. En esas comprobaciones no tienen acceso a los ficheros de menores.

—Pero tú sí.

Kloz puso los ojos en blanco.

—A ver, oficialmente no. El fichero de menores estaba sellado. Solo tienes que saber dónde mirar. Olvídate de cómo lo he conseguido. La cuestión es que no puedes ver el nombre de una ficha de menores hasta que la abres, así que probablemente pensaron que esa ficha correspondía a Paul Watson. El código que figuraba era de un hurto en una tienda, nada lo bastante serio para impedirle la entrada en el Laboratorio de Criminalística, de modo que quienquiera que revisara su ficha en un principio pasó por alto aquellos cargos y siguió adelante. Y eso suponiendo que pudieran ver el registro, que ya es mucho suponer. Dudo sinceramente que nadie escarbase tan hondo, sobre todo si vino con los papeles del traslado.

—¿Qué sabemos de Anson Bishop? —preguntó Clair.

Kloz soltó un bufido.

—No sabemos una mierda. Llamé a Porter en cuanto averigüé esto. —Respiró hondo—. Qué mierda, ¿creéis que esto es culpa mía? Quiero decir que, si no le hubiese llamado, aún estarían por ahí siguiendo pistas. Bishop no habría tenido ninguna razón para hacerle daño. Joder, he sido yo.

La habitación se quedó en silencio.

Kloz echó un vistazo a sus caras.

—Venga ya, tíos, se supone que tenéis que decir que no es culpa mía, que algo así habría pasado de todas formas.

Nash le pegó un puñetazo en el hombro.

Kloz dio un respingo y se frotó la zona con la mano.

—¿Qué cojones haces?

—Si Porter se muere, te tragas los putos dientes —gruñó Nash.

—Deja ya de hacer el neandertal —espetó Clair. Se volvió hacia Kloz y añadió—: Por supuesto que no es culpa tuya. Intentaste avisarle. Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo.

Un médico con gafas de montura metálica fina y el cabello oscuro entró en la sala desde el pasillo que había a la espalda del grupo, dedicó una peculiar mirada a los dos hombres y se volvió hacia Clair.

—¿Detective Norton?

Clair se levantó.

—¿Sí?

—Su amigo ha salido del quirófano sin mayores contratiempos. Es un hombre muy afortunado. Tenía el cuchillo a menos de tres milímetros de una de las principales arterias. Con la más leve desviación de la trayectoria, se habría desangrado en menos de un minuto. Tal y como está, sin embargo, la herida es bastante superficial: poco más que el tejido dañado. Seguramente lo dejaremos aquí esta noche, pero no veo razón para que se quede más tiempo.

Clair rodeó al hombre con los brazos y casi le tira al suelo el portapapeles que llevaba en la mano.

—¿Podemos verlo? —preguntó Nash.

El médico, incómodo, se apartó de Clair y asintió.

—Se acaba de despertar, y ha estado preguntando por ustedes. En condiciones normales, nunca permitiría visitas tan pronto después de una intervención quirúrgica, pero ha dejado muy claro que se encuentran en plena investigación y que vendría él hasta ustedes si no los hacía pasar a todos. No puedo tenerlo dándose paseos por el hospital, así que haré una excepción. Por favor, intenten ser breves. Tiene que descansar. —Les hizo un gesto hacia el pasillo—. Vengan conmigo.

La habitación 307 era compartida, y la cama más próxima a la puerta estaba vacía. Clair sintió que le daba un vuelco el corazón al doblar la esquina y ver a Porter, en la segunda cama, conectado a un monitor del ritmo cardíaco y con una vía intravenosa en la muñeca. Giró la cabeza hacia ellos cuando entraron en la habitación, con una mirada distante y vidriosa en los ojos.

—Diez minutos —dijo el médico antes de dar media vuelta y regresar hacia el mostrador de enfermería.

Clair se acercó a la cama y le cogió la mano a Porter.

—¿Cómo te encuentras, Sam?

—Como si alguien me hubiese apuñalado en la pierna con mi propio cuchillo de cocina —respondió. Su voz sonaba ronca, congestionada.

—Vamos a cogerle —señaló Nash.

Kloz se aproximó vacilante, con la cabeza baja.

—Lo siento, Sam.

—No es culpa tuya —aclaró Porter—. Tendría que haber visto los indicios. Había algo raro en él.

—No había nada raro en él —dijo Nash—. Nos ha engañado a todos.

—¿Qué sabemos de él?

Kloz le habló de las huellas y del fichero de menores.

—Aparte de eso, no tenemos nada. Hemos sacado su foto de la identificación y se la hemos pasado a los medios. La están emitiendo a cada oportunidad que se les presenta. El capitán ha dado ya tres ruedas de prensa, y tiene otra programada para las noticias de las seis.

Vibró el móvil de Clair, y esta miró la pantalla.

—Tyler Mathers está en la Central Judicial. Lo van a retener todo el tiempo que puedan, pero lo más probable es que esté en la calle en unas horas. Insiste en que no sabe nada más que lo que ya nos ha contado. Le han mostrado la foto de Bishop, pero no lo ha reconocido.

—¿Tyler Mathers? —Porter frunció el ceño—. ¿Cómo encaja en todo esto?

Clair le contó lo que habían averiguado: que Kittner recibió dinero por quitarse la vida y que Tyler se había llevado los zapatos de Talbot y había colocado pistas.

—Watson es el CM —murmuró Nash en voz baja—. O Bishop, o quien sea. Ese cabroncete lo ha estado orquestando todo delante de nuestras narices.

Porter trató de asimilarlo todo, su cabeza luchaba contra el goteo de los analgésicos.

—Ya sé que queréis quedaros aquí, pero os necesito de vuelta en la comisaría investigando a ese tío. —Cambió el peso del cuerpo hacia la derecha—. Aún tiene a Emory, y ahora que su tapadera ha saltado por los aires, me imagino que acelerará sus planes. A Emory se le acaba el tiempo. A nosotros se nos acaba el tiempo. ¿Indicó alguna dirección en su papeleo con recursos humanos?

Kloz asintió.

—Sí, pero corresponde al domicilio de Kittner.

Porter se retorció en la cama e hizo una mueca de dolor al instante.

—Con cuidado, Sam. No querrás que empeore esa herida —balbuceó Nash, preocupado.

—Ese malnacido sabía exactamente cómo apuñalarme. Ha bastado con siete puntos para volver a cerrar la herida. Eso sí, cómo duele la hija de puta.

—Si hubiera querido matarte, lo habría hecho. Solo quería ralentizarte —expuso Kloz.

Porter volvió a cambiar el apoyo del cuerpo.

—Tenía que haberme llevado a uno de vosotros. Lo he pasado mal con todo esto, y no tengo muy claro aún con qué temas de conversación me siento cómodo. Supongo que llevarme al chaval a la Cincuenta y uno era la salida fácil.

Clair le cogió la mano.

—Somos una familia, Sam. Puedes hablar con cualquiera de nosotros o con ninguno. Basta que sepas que estaremos todos aquí cuando estés listo.

—Lo han cogido —dijo Porter—, al tío que le disparó. Lo pillaron en otro atraco, y el cajero de nuestra tienda lo ha identificado. Se acabó.

Clair le apretó la mano.

—Ya nos imaginábamos que te habías bajado para allá por algo así. Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo. ¿Vale?

Porter aceptó.

—Volvamos a centrarnos y a repasar lo que sabemos.

—¿Seguro que estás listo para hacerlo? —preguntó Nash.

—Sigo un pelín grogui por la anestesia, y me están metiendo unos analgésicos

maravillosos. Supongo que eso me atonta hasta vuestro nivel, y vosotros no tenéis mayores problemas.

—Lo bastante listos para no dejarnos apuñalar.

Porter le hizo un gesto de desdén con la mano.

—Clair, ¿podrías repasar el tablón de pruebas desde aquí?

La detective asintió y sostuvo el móvil en alto.

—Aquí lo tengo todo. —Pulsó el móvil un instante y abrió la aplicación de notas—. Muy bien, nuestro hombre del depósito no es el Cuarto Mono. En cambio, tenemos al escurridizo Anson Bishop. —Se volvió hacia Kloz—. Quiero que vuelvas a la comisaría y lo indagues todo sobre él, absolutamente todo lo que puedas, en especial sus movimientos por la ciudad. Podríamos tener suerte y dar con Emory gracias a los datos del GPS de su móvil. Conseguiré una orden.

—Es probable que haya usado un desechable —señaló Kloz.

—Quizá sí, o quizá no. No esperaba que averiguásemos quién era, todavía no, por lo menos. Tal vez deberías escarbar también en la identidad de Paul Watson. Ahí podría haber algo.

—Tenemos que comprobar el registro de entrada —dijo Porter.

Clair frunció el ceño.

—¿Qué registro de entrada?

—Tuvimos que registrarnos al entrar en la Cincuenta y uno. Eso significa que dio un teléfono de contacto y una dirección.

Nash sacó su móvil y comenzó a marcar.

—Ya estoy en ello.

Clair prosiguió:

—Sabemos que los zapatos que llevaba Kittner fueron cosa de Bishop. Quería que muriese con ellos puestos para que siguiéramos el rastro hasta Talbot. Eso significa que todos los demás objetos que llevaba encima son posibles pistas.

—Unas monedas, el resguardo de una tintorería, un sombrero de ala ancha, un reloj de bolsillo... ¿Qué significa todo eso?

—Resuélvelo —masculló Porter.

—¿Qué?

Porter hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es más que una expresión que utiliza varias veces en el diario. ¿Te importa dármelo? Lo tenía en el bolsillo de los pantalones cuando me ingresaron.

Clair miró por la habitación y localizó los objetos personales de Porter en una bolsa de plástico sellada sobre un estante del armario a la derecha del cuarto de baño. Sacó el diario y se lo entregó.

—Ya que me tengo que quedar aquí, me lo terminaré. No me falta mucho.

Nash colgó el teléfono y regresó junto a la cama de Porter.

—Indicó una dirección en LaSalle..., no la de Kittner, sino un sitio nuevo: Apartamentos Berwyn.

—Vale, eso tiene que significar algo. Que Espinosa se reúna allí con Clair y contigo —ordenó Porter.

—¿Cuál crees que es su objetivo final? —preguntó Nash—. Tenemos mucha información sobre Talbot, pero ni una puñetera cosa que baste para acusarlo de algo serio. Me imagino que eso significa que Bishop no ha terminado aún. Nos sigue faltando algo.

—Talbot necesita a Emory viva para terminar su proyecto urbanístico a orillas del lago —dijo Clair.

—¿Cómo es eso? —preguntó Porter.

Clair le habló sobre su entrevista con Talbot.

—Eso no significa que Bishop la necesite viva —contrarrestó Nash—. Si acaso, la mataría con tal de tumbar el proyecto.

Porter reflexionó sobre aquello durante un minuto.

—Estoy de acuerdo con Nash. El CM siempre mata al ser querido de la persona que ha delinquido. No creo que Emory le importe un pimiento mientras él pueda acabar con Talbot. Yo diría que se marchó de mi casa y se fue directo a donde sea que la tenga retenida. Quiere rematar esto. Para él, creo yo, todo acaba con ella.

#### **TABLÓN DE PRUEBAS** **CM = PAUL WATSON = ANSON BISHOP**

##### **Víctimas**

1. Calli Tremell, 20 años, 15 de marzo de 2009
2. Elle Borton, 23 años, 2 de abril de 2010
3. Missy Lumax, 18 años, 24 de junio de 2011
4. Susan Devoro, 26 años, 3 de mayo de 2012
5. Barbara McInley, 17 años, 18 de abril de 2013 (única rubia)
6. Allison Crammer, 19 años, 9 de noviembre de 2013
7. Jodi Blumington, 22 años, 13 de mayo de 2014

Emory Connors, 15 años, 3 de noviembre de 2014  
Salió a correr a las 18:03 de ayer

**TYLER MATHERS**

Novio de Emory – sobrino de -

**JACOB KITTNER** – hombre atropellado por el bus

**ARTHUR TALBOT**

¿Negocios?

Cadáver hallado en el edificio de Ediciones Mulifax (propiedad de Talbot) identificado como Gunther Herbert, director financiero de la Corporación Talbot

Algo turbio en la urbanización de Moorings (propiedad de Talbot)

Emory: propietaria del terreno en urbanización Moorings

**N. BURROW**

¿Criada? ¿Niñera? Un poco de ambas Institutriz

##### **OBJETOS HALLADOS EN EL CM – KITTNER**

Zapatos caros: John Lobb/1.500 \$ el par; son del 45: el sujeto desconocido calza un 43 – tienen las huellas de Talbot

Traje barato

Fedora

75 centavos en distintas monedas (dos de 25, dos de 10 y una de 5)

Reloj de bolsillo

Recibo de la tintorería (resguardo 54873); Kloz – filtrar los establecimientos

Cáncer de estómago terminal – medicación: octreótido, trastuzumab, oxicodona, lorazepam

Tatuaje, cara interna muñeca derecha, reciente – ¿Un ocho? ¿Infinito?

Libro de cálculo – dejado por el CM – conduce a:

### **NAVE DE EDICIONES MULIFAX**

Huella parcial hallada en una vagoneta en la boca del túnel. Utilizada probablemente para trasladar el cuerpo. Huella = Watson/Bishop/CM

Deja oreja, ojos y lengua en cajas (de Gunther Herbert) – folleto en el cadáver y cajitas conducen a:

### **URBANIZACIÓN MOORINGS LAKESIDE**

Búsqueda exhaustiva – no hallamos nada

Grabación en vídeo – parece que el CM se suicida, no hay una imagen clara del rostro

#### **Asignación de tareas**

- Nash y Clair van a ir a la dirección en LaSalle (apartamento de CM/Bishop)
- Kloz: investigar a Watson/Bishop/CM
- Porter: terminar el diario

## 64

### Emory

#### Día 2 – 16:18

El universo de Emory se quedó en silencio, un silencio tan ensordecedor que le tiraba de detrás de los ojos con un calor incandescente, le atravesaba el oído bueno a toda velocidad y le entraba en el cerebro para volver a salir por el otro lado con la violencia del aceite hirviendo. Se presionaba con la mano libre un lado de la cabeza y maldecía la que tenía encadenada.

¿Por qué no se acababa aquella pesadilla?

—Mátame ya, por favor —susurró Emory con una voz que no era la suya, una voz débil y seca que le lijaba el fondo de la garganta. Era la voz de una chica a la que no deseaba conocer.

Ya no había música, había sido sustituida por un fuerte pitido que ya sabía que solo existía en su mente pero que parecía rebotar asimismo en las paredes. Alimentaba la migraña que había surgido a partir de un dolor de cabeza que a su vez procedía de su singular deseo de morir antes que aguantar otra hora de aquel infierno.

La música había desaparecido otra vez, pero volvería. La música siempre volvía.

La última canción que había sonado era *Whole Lotta Love*, de Led Zeppelin. Conocía aquella canción, pero no sabía de qué. Le sorprendió el hecho de que el nombre del grupo le hubiese venido con tanta facilidad a la cabeza cuando era incapaz de acordarse de en qué día de la semana estaba. Eran los que cantaban *Stairway to Heaven*, y esa era la canción que había estado esperando. Ya la había oído cuatro veces desde que entró en aquel lugar, y estaba empezando a pensar en aquella cancioncilla como su marcador oficial del paso de otro día, pero no había sonado hoy. ¿O sí? ¿Cuándo sonó por última vez? No se acordaba. No era capaz de recordar nada.

*Querida, estás deshidratada. Y creo que también se te ha infectado la mano. Estás hecha un desastre. En estas condiciones, nadie te va a pedir que le acompañes*

*al baile de fin de curso, eso seguro.*

Era posible que tuviese infectada la mano. Las punzadas de dolor en la muñeca eran casi equiparables a las de la cabeza.

Se negaba a volver a tocarse la muñeca.

No lo iba a hacer.

No, señor.

La última vez que se la había tocado, ni siquiera le había parecido que fuese suya. Era como un guante relleno. La tenía hinchadísima —del doble de su tamaño normal—, y la carne de alrededor de las esposas estaba húmeda y blanda. Extrañamente, esa parte no le dolía tanto como la propia muñeca, y no podía evitar preguntarse por qué. ¿Las esposas le habrían cercenado los nervios?

Además, los huesos formaban un ángulo extraño. Los dedos señalaban hacia atrás, hacia donde no debían señalar, en un gesto que solo harían los personajes de los dibujos animados. No era bueno; no era nada bueno, en absoluto.

Debería tomarse otra vez el pulso, pero ese tipo de cosas ya no le parecían importantes.

*Seguro que serías capaz de comerte una rata.*

—No me voy a comer una rata —respondió Emory frotándose la sien—. Antes prefiero morirme.

*¿En serio, querida? Porque yo preferiría comerme una rata. Lo haría sin pensármelo dos veces, en caso de estar en tu situación. Le podrías partir el cuellecito y usar el borde afilado de la camilla para rajarla y abrirla. Si lo haces rápido, la carne aún estará caliente. Sería como comerse las sobras del cubo de pollo frito. Eso ya lo has hecho, yo te he visto.*

—No me voy a comer una rata —volvió a decir Emory, esta vez en un tono más alto, más desafiante.

*Está tan oscuro que podrías hacer como si te estuvieras comiendo cualquier cosa. ¿Qué tal unas costillas? Te encantan las costillas.*

Rugió el estómago de Emory.

*Tampoco es que se vayan a enterar tus amigas, y aunque se enteren, ¿crees que te culparían? Seguro que te felicitarían por tu valentía y por ser una chica con recursos.*

Aunque Emory no era capaz de ver ninguna rata, estaba segura de que había más de una en su celda. Le habían pasado de vez en cuando por los pies y por las piernas cuando estaba tirada en el suelo. Incluso ahora, allí sentada en lo alto de la camilla, tenía la sensación de que algo la estaba observando. Se le había erizado el vello de la nuca. ¿Las ratas pueden ver en la oscuridad? ¿Había pensado ya en aquello? Ya no se acordaba.

*Claro que primero tendrías que atrapar una. Venga, yo creo que deberías intentarlo, ¿no? Sería nuestro secretillo. Te lo prometo, no se lo contaré a nadie. Un tentempié te haría mucho bien, recuperarías las fuerzas, serías capaz de*

*concentrarte. Quizá podrías volver a cavilar sobre este pequeño dilema y se te ocurriese una manera de salir. Me han dicho que la rata es un alimento buenísimo para el cerebro, muy bueno para la memoria.*

Emory cerró los ojos y respiró hondo, y acto seguido comenzó una cuenta atrás desde diez en un intento de acallar aquella voz. Cuando llegó al uno, todo estaba en silencio.

*Seguro que los ojos saben a caramelo.*

—¡Cállate! —gritó—. ¡Que no me voy a comer una rata!

*Tú misma, cielo, aunque tengo la completa seguridad de que ellas no vacilarán a la hora de comerte a ti, cuando por fin te mueras de hambre. Ahora mismo se estarán rifando a quién le toca darte el primer mordisquito.*

Un sonoro clic.

La visión de Emory se volvió de un blanco cegador. Cerró los ojos con fuerza y, al ver que con eso no bastaba, presionó la cara contra la pierna y se cubrió con el brazo, pero no sirvió de nada. Percibía un color rosa a través de todo aquello, veía los vasos sanguíneos de sus párpados. Todo a su alrededor se inundaba de luz, y era tan intensa que quemaba.

Oyó a alguien chillar, un horrible grito que resonó por todo su cuerpo, y hasta que tomó una bocanada de aire no se percató de que aquel chillido procedía de ella misma. Se lo tragó y se quedó en silencio salvo por el fuerte palpitar de su corazón y el resollar de su aliento.

Emory se obligó a abrir los ojos, y a través de las lágrimas pudo distinguir que la luz intensa venía de arriba. Arqueó la espalda y elevó el rostro para verla.

Una sombra se movía en lo alto, a una altura imposible, y con la sombra llegó una voz, una voz que descendió con un eco sobre ella, reverberó en las paredes y sonó como si estuviese apenas a un metro de distancia.

—Hola, Emory. Lamento haber tardado tanto en venir a verte. Soy un chico muy ocupado.

## Diario

No recuerdo haberme dormido, pero me debí de quedar traspuesto en algún momento, porque me había tumbado boca arriba, y ahora estaba de costado con un charquito de saliva en la almohada, junto a mí. Aún llevaba puesta la ropa de la víspera con la excepción de las zapatillas de deporte, porque uno nunca debe tumbarse en la cama con los zapatos puestos, se quede o no sobre la colcha. Padre nos había dicho a madre y a mí que sería mejor que nos quedásemos vestidos para poder actuar con rapidez en caso de que el señor Desconocido regresara durante la noche.

Según el reloj de mi mesilla, eran casi las ocho.

Me levanté, me estiré y me dirigí a la puerta de mi cuarto.

La noche anterior había vuelto a colocar la silla debajo del picaporte. Estaba bastante seguro de que madre ya no querría hacerme daño, pero me imaginé que sería mejor pecar de cauteloso.

La silla crujió cuando la aparté, abrí la puerta y salí al pasillo.

Otra vez me encontré a padre dormido en el sofá. Quizá estuviera inconsciente. En el suelo, a su lado, había una botella vacía de ron especiado Captain Morgan, y roncaba bien fuerte.

La puerta del dormitorio de mis padres estaba cerrada. Lo más probable era que madre también estuviese profundamente dormida. Los dos se habían quedado despiertos hasta altas horas de la noche, discutiendo sobre nuestra situación. Quise quedarme con ellos, pero padre insistió en que descansara un poco. Creo que también quería hablar con madre a solas.

Aunque soy consciente de que escuchar a hurtadillas no es la conducta apropiada de un joven caballero en ciernes, lo hice de todas

formas. Por desgracia, previeron mis actos, porque mantuvieron la voz baja y amortiguada, totalmente indescifrable desde mi posición. Imaginé que no habría acabado bien si madre había dormido sola en el dormitorio y padre había terminado en el sofá por segunda noche consecutiva. A menos, claro está, que hubiera decidido hacer guardia. De haberse asignado él la tarea, lo estaba haciendo fatal.

Si madre seguía en su cuarto, eso significaba que aún tenía que hablar con la señora Carter. Eso también estaba bien, pues quería tomar parte en aquella conversación, siempre y cuando me lo permitiesen.

Padre no tardaría en despertarse, probablemente, y sabía que de inmediato tendría un tremendo dolor de cabeza seguido por un apetito de semejantes proporciones, así que me dirigí a la cocina a preparar el desayuno. Veinte minutos después tenía en nuestra humilde mesa un plato de tostadas con un restregón de mantequilla, rodajas de naranja y una sartén de huevos revueltos con queso americano.

Como una niña al son del flautista de Hamelín, madre salió de su dormitorio con un bostezo y tomó asiento.

—¿Has hecho café?

En efecto, lo había hecho, así que le puse una taza delante y se la llené hasta el borde. Añadí dos terrones de azúcar y un poco de leche.

—Gracias.

Desde el sofá, padre soltó un gruñido y se despertó. Bajó los pies al suelo y se frotó los ojos, rojos y cargados de cansancio.

—¿Qué hora es? —Tenía la voz ronca, arenosa.

—Ocho cero siete —contesté—. ¿Le apetece un desayuno, padre?

Asintió, se levantó y se estiró delante de la ventana grande del salón.

—Dios mío.

Padre tenía la mirada fija en el exterior, pálido y boquiabierto.

—Ven a ver esto.

Madre y yo nos acercamos y nos unimos a él. Sentí como si tuviese el corazón agarrado en un puño y me apretasen.

El Dodge Aries de los Carter estaba de vuelta en la entrada de su casa. Tenía las dos puertas abiertas, y la ropa que con tanto cuidado había metido en el equipaje se encontraba desperdigada por el jardín y el camino. Y no solo por el jardín y el camino de los Carter, sino también por el nuestro. Vi una camisa colgando del almez del rincón de nuestra parcela. El rosal premiado de madre adornado con zapatillas de deporte y chanclas, y...

Cielo santo. El Porsche de padre. Habían bajado la capota negra, y la puerta del acompañante estaba entornada. Padre jamás se dejaría la capota quitada por la noche a menos que el coche estuviera en el garaje, y dejarse la puerta abierta era algo impensable, bajo ningún concepto.

Padre nos apartó y salió corriendo. Intenté impedirselo, temeroso de que quien hubiera hecho aquello (el señor Desconocido y su amigo, probablemente, pero no sería yo quien sacase conclusiones precipitadas) estuviese aún ahí fuera, pero no tuve la fuerza suficiente para retenerlo.

Al acercarme al coche me di cuenta de que no habían bajado la capota, sino que ya no estaba en su sitio. Alguien la había cortado con una cuchilla y había tirado los restos detrás del asiento del conductor.

Los daños no acababan ahí.

Las cuatro ruedas estaban pinchadas. Inspeccioné la que tenía más cerca y no me costó descubrir el lugar por donde la navaja había penetrado en el caucho. Había dos pinchazos justo en el flanco, lo cual eliminaba cualquier posibilidad de arreglar el neumático. Habría que sustituirlo. Di por sentado que los demás estarían en condiciones similares.

Ambos faros estaban machacados. El parachoques y el camino estaban cubiertos de trozos de cristal. Los pilotos traseros también habían sido destrozados. Alguien se había liado a patadas con ellos, o les había dado con un bate. Era difícil distinguirlo.

¿Cómo habían hecho todo aquello sin hacer ruido? Tendríamos que haber oído algo así, desde luego, ¿o no?

Habían garabateado unas palabras en la pintura, palabras gruesas, desagradables. ¿Y los asientos? La navaja que con tanta prisa había dado cuenta de la capota y de los neumáticos había llegado hasta el lujoso cuero negro, lo había rajado en finas franjas y había liberado un aluvión de relleno por el interior del coche.

Más o menos al mismo tiempo que padre, me percaté de que el capó delantero estaba ligeramente entornado, y ambos lo agarramos y lo levantamos. Habían soltado los cables que llegaban hasta la batería y después los habían invertido para asegurarse de que se estropeaban prácticamente todos los componentes eléctricos del coche. Aún se olía el azufre en el aire. Los daños de tal maniobra habrían sido instantáneos, pero el culpable se había tomado tiempo para apretar los cables en su posición invertida para causar el mayor destrozo posible. Sometida a tal esfuerzo, la batería había reventado, el ácido sulfúrico había reaccionado,

se había salido por los orificios superiores de ventilación y había goteado por la rueda de repuesto y la caja de herramientas que padre guardaba en el maletero, bajo el capó de delante.

El capó trasero también estaba abierto. Faltaba el tapón del depósito del aceite del motor, igual que el del depósito del refrigerante. Ambas superficies estaban cubiertas con no menos de medio kilo de azúcar. No cabía duda de que lo habían echado en ambos depósitos.

Encontramos más azúcar en el borde del depósito del combustible.

Padre no podía sino quedarse mirando.

Tenía los ojos clavados en su amado Porsche, y le temblaban las manos en los costados.

El coche de madre no había quedado mucho mejor. Su Ford Tempo tenía las cuatro ruedas pinchadas y el capó abierto.

Eché un vistazo en busca del Plymouth verde, pero no había ni rastro de él.

Madre miraba hacia la casa de los Carter. La puerta principal estaba abierta.

Porter

Día 2 – 16:40

El teléfono de la mesilla que había junto a la cama de hospital de Porter cobró vida, y sonó tan alto que dio un respingo. Se le quejó la pierna del dolor. Hizo una mueca, se llevó la mano a los puntos que tenía tan recientes en el muslo y a continuación estiró el brazo para descolgarlo.

—¿Diga?

—¿Cómo se encuentra, Sam? —le preguntó el hombre que antes era Paul Watson y ahora era Anson Bishop. Había en su voz una extraña confianza que antes no tenía. Porter supo que era él de verdad, que el personaje de Watson no había sido más que una fachada.

—Me encuentro como si alguien hubiera intentado matarme —respondió Porter, y la mano se volvió a ir de manera inconsciente hacia la herida de la pierna.

—No he intentado matarle, Sam. Si lo hubiera hecho, estaría usted muerto. ¿Por qué iba yo a querer matar a mi jugador preferido de la partida?

La mirada de Porter buscó su móvil por la bandeja del hospital y la mesilla de noche, y entonces recordó que Bishop le había pegado un pisotón y lo había hecho pedazos en su apartamento. Si pudiese llamar a la comisaría, iniciarían un rastreo.

—Estoy en uno de prepagos, Sam, uno de esos desechables baratos que puedes comprar en la tienda de la esquina. Lo activé hace más de un mes con una tarjeta regalo que pagué en metálico. Imagino que sería capaz de rastrear la llamada si lo intentase, pero ¿para qué? Dentro de unos minutos, el móvil bajará flotando por el río Chicago con el resto de la basura, y yo estaré a kilómetros de aquí.

—¿Dónde está Emory?

—Dónde está Emory.

—¿Está viva?

Sin respuesta.

Porter se obligó a incorporarse en la cama sin hacer caso del dolor.

—No es necesario que le hagas daño. Basta con que nos cuentes lo que tienes sobre Talbot, y nosotros lo encerraremos. Te doy mi palabra.

Bishop reprimió una carcajada.

—Estoy seguro de que lo haría, Sam. De verdad que lo creo. Pero ambos sabemos que no es así como se juega a esto, ¿verdad?

—No tiene que morir nadie más.

—Desde luego que tiene que morir alguien más. ¿Si no, cómo aprenderían?

—Si la matas, estarás haciendo el mal, Bishop. Eso hace que tú no seas mejor que todos ellos —dijo Porter.

—Talbot es escoria, una infección verdosa y supurante en este mundo, algo que hay que extirpar y tirar antes de que destruya el tejido circundante.

—¿Y por qué hacerle daño a Emory, entonces? ¿Por qué no matarlo solo a él?

Bishop suspiró.

—Hay que sacrificar a los peones para que caiga el rey.

—Esto no es un juego.

—Todo es un juego, Sam. Todos somos jugadores sobre el tablero. ¿Es que no ha aprendido nada con mi diario? Creí que el psicólogo barato que hay en usted ya habría juntado todas las piezas a estas alturas. Hace mucho tiempo que aprendí que para castigar mejor a un padre por sus pecados, hay que hacerle sufrir el dolor de su hijo. Alguien como Talbot ya se esperaba tener que pagar por sus delitos en algún momento: se ha preparado mentalmente. Está aguardando a que llegue el día. Si lo mete en una celda, no aprenderá, no evolucionará, no se reformará. Cumplirá su condena, saldrá y hará algo peor. Ahora bien, ¿y si se lleva usted a la hija de ese hombre a modo de castigo por cuanto ha hecho? Bueno, eso es harina de otro costal. Maldecirá sus actos durante todos y cada uno de los instantes de vigilia del resto de sus días. Ni una sola hora pasará en la que no sea consciente de que su hija murió por los pecados de su padre.

—Emory es inocente —dijo Porter.

—Es muy valiente. Ya le he contado que su sacrificio traerá un cambio a mejor. Le he explicado que ha sido su padre quien ha hecho que todo esto recayese sobre ellos dos, y creo que lo entiende.

Hablaba de ella en presente. ¿Seguiría viva?

—Y le insto a usted a tratar de entenderlo también. Es importante para mí que lo entienda. Junte todo lo que le he dado. Resuélvalo. Tiene la respuesta en la palma de la mano, o, más bien, la tuvo.

—Dijiste que todo cuanto necesitaba lo encontraría en el diario.

Bishop soltó un suspiro.

—¿Fue eso lo que dije?

Porter pasó el pulgar por las páginas del librito.

—Ya casi he terminado.

—En efecto, Sam. Casi ha terminado. —Respiró hondo y soltó el aire despacio—. Imagino que sus amigos estarán ya en mi apartamento. Quizá eso arroje algo de luz, ¿no?

—Bishop, ¿dónde está Emory?

—Es elemental, justo como me habría dicho usted ayer mismo. Qué lástima que tuviéramos que interrumpir la farsa. Qué bien me lo estaba pasando jugando a los detectives con usted y sus amigos. También echo de menos a mis colegas del Laboratorio de Criminalística.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué te hiciste pasar por un técnico de criminalística? ¿Por qué convenciste a Kittner de que se suicidara? ¿Qué sentido tenía?

Bishop se volvió a reír.

—Eso digo yo, por qué. —Hizo una breve pausa—. Supongo que sentía curiosidad por usted, Sam. Me ha estado persiguiendo durante más de cinco años ya, en este jueguito nuestro del gato y el ratón. Deseaba comprenderle mejor. Padre me dijo una vez: «Más vale malo conocido». Tenía que conocerle. Tampoco le voy a mentir: el desafío también me intrigaba. Es bueno ponerse retos, ¿no le parece?

—Lo que me parece es que estás como una puta cabra —respondió Porter.

—Calma, calma, que tampoco es necesario el lenguaje malsonante. Haga caso de las lecciones de mi padre. Pronunciar el mal solo conduce a males mayores, y ya hay mucho mal en el mundo.

—Suéltala, Bishop. Lárgate. Acaba con esto.

Bishop carraspeó.

—Tengo unas cuantas cajas para usted, Sam. Cajas nuevas. Pero me temo que no me va a dar tiempo de enviárselas por correo. No le importará que se las deje a usted sin más, ¿verdad? En algún sitio donde las pueda encontrar.

—¿Dónde está la chica? —le volvió a preguntar Porter.

—Quizá se las haya dejado ya. Tal vez debería hablar con Clair y Nash.

—Si le haces daño, te mataré —gruñó Porter.

—Tictac, Sam. Tictac.

*Clic.*

Se cortó la línea.

Porter se quedó sujetando el auricular un instante, escuchando el sonido de su propia respiración por el minúsculo altavoz. Devolvió el auricular a su sitio.

Tictac.

Bishop estaba jugando de nuevo.

Porter se levantó de la cama, moviéndose despacio con la mano sobre la herida. Los puntos le tiraban de la piel, pero aguantaban en su sitio. Cruzó la habitación hasta el armario y retiró la bolsa de plástico que contenía sus zapatos. Ni rastro de su ropa. Le habían cortado los pantalones; lo más seguro es que estuvieran en un contenedor con su camisa.

*Mierda.*

Abrió los cajones hasta que dio con un conjunto de quirófano y se lo puso: un poco justo, pero tendría que apañarse. Llevó la mano a los zapatos y se detuvo al reparar en el trozo de plástico que asomaba de dentro: la bolsita de pruebas que contenía el reloj de bolsillo.

Relucía bajo la luz de los fluorescentes.

Le dio un vuelco el corazón y se le hizo un nudo en la garganta.

*¿Podría ser tan simple?*

## Diario

La hierba aún estaba húmeda con el rocío de la mañana y tenía un tacto esponjoso bajo la suela de los zapatos. Me dirigí hacia la casa de los Carter sin pensármelo demasiado, y, aunque no podía oírlos, sabía que mis padres venían apenas unos pasos detrás de mí. Me esperaba que uno de los dos me dijera que me detuviese, que aguardase o que me situara detrás de ellos, pero tal indicación nunca se produjo. Supuse que padre se encontraría en estado de *shock*, y no podía sino imaginarme lo que se le estaría pasando a madre por la cabeza.

Al pasar junto al coche de los Carter me di cuenta de que no estaba ni mucho menos en las mismas condiciones que el Porsche de padre. Sí, lo habían inutilizado por completo, pero los daños no eran algo tan personal. No habían rajado los asientos ni machacado los faros o el parabrisas. Habían limitado el destrozo a los elementos que impedirían el funcionamiento del vehículo, y ahí se habían detenido. Con el Porsche de padre, no solo habían atacado el coche, le habían atacado a él. Le enviaban un mensaje.

La bolsa de aseo que con tanto cuidado había preparado yo estaba abierta de cuajo, y el contenido desperdigado por el porche de la entrada de los Carter: medicamentos, cepillos de dientes, desodorante..., alguien había aplastado de un pisotón el tubo de pasta de dientes y la había esparcido por la tarima. Las hormigas estaban entusiasmadas, y ya se entregaban al laborioso proceso de llevársela hacia alguna colonia oculta en algún lugar debajo de las tablillas del porche. Sentí ganas de pisotearlas, pero me lo pensé mejor.

—Intenten no pisar la pasta de dientes. No queremos dejar huellas de

zapatos —dije en voz muy baja.

Padre gruñó a mi espalda. Estoy seguro de que agradecía mi advertencia, pero tampoco podía culparle por no ofrecerme sus elogios.

Tanto la puerta mosquitera como la interior estaban abiertas. Se veía hasta la cocina.

Me volví hacia la calle para confirmar que el Plymouth verde no había regresado y, acto seguido, entré.

El charco de *bourbon* estaba seco y plagado de hormigas muertas y borrachas. La senda iba disminuyendo hasta una fila india y desaparecía bajo el fregadero de la cocina. Alguien había barrido los cristales y los había dejado en un montoncito en el rincón opuesto.

Había seis fotografías desplegadas en orden sobre la mesa de la cocina, unas fotos que no había visto nunca, pero que no obstante me resultaban familiares. Fotografías de madre y la señora Carter desnudas en la cama.

68

Clair

Día 2 – 16:47

Clair pisó a fondo el acelerador al bajar con su Honda Civic a toda prisa por la calle Van Buren Oeste, con el azul y rojo de la sirena rebotando en el hormigón blanqueado de los muros del túnel.

—¿Qué posibilidades hay de que la tenga encerrada en su apartamento? —preguntó Nash con los dedos aferrados con tal fuerza al asa de la puerta que se le estaban poniendo blancos.

Clair soltó un bufido.

—¿No te gusta cómo conduzco?

Nash se ruborizó, soltó el asa y flexionó los dedos.

—Vas a ciento treinta por el distrito financiero de Chicago al comienzo de la hora punta de la tarde. Me sorprende que no te hayas subido ya a la acera y te hayas llevado por delante a unos cuantos peatones.

Clair giró bruscamente y le cortó el paso a un hombre de mediana edad en un BMW negro. El conductor tocó el claxon y estampó el dedo corazón contra el parabrisas.

—¡Los vehículos de emergencia tienen preferencia de paso, gilipollas! —le gritó Clair al espejo retrovisor mientras sacaba ella también el dedo por la ventanilla.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Nash.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? Pues creo que Watson, Bishop o como se llame está jugando con nosotros. Vamos a tirar la puerta abajo, y la puta casa entera nos va a volar en las narices, eso es lo que pienso —vociferó Clair—. ¿Y sabes qué más? Que si hay alguna posibilidad de que la chica esté ahí dentro, creo que merece la pena arriesgarse. Esto ha sido un juego para él desde el principio. Hemos sido como unos ratoncitos correteando por su laberinto. Estamos yendo a ese apartamento porque él quiere que vayamos, lisa y llanamente. ¿Por qué si no iba a haber dejado

esa dirección por escrito? Digo yo que...

—¡Mierda! —gritó Nash.

Clair dio un volantazo, se subió al bordillo y esquivó el camión de la basura por poco más de un metro. Al pegar un tirón del volante hacia la izquierda, el coche rebotó de regreso a la calzada y evitó un puesto de perritos calientes por una distancia tan reducida que Nash podría haber sacado la mano por la ventanilla y haber pillado la cena.

—Digo yo que mientras el chico continúe moviendo nuestros hilos, Emory seguirá viva en alguna parte.

—¿Vas a hacer como si esto no hubiera pasado?

Clair asintió.

—*Sip*.

Nash puso los ojos en blanco.

—Apaga la sirena y las luces, nos estamos acercando. El edificio de Bishop debería estar justo ahí delante.

—Ahí está Espinosa. —Clair señaló la furgoneta azul marino de la Fontanería Tomlinson unas dos manzanas por delante de ellos. Aparcó en línea tres coches detrás y llamó a Espinosa con el manos libres.

La voz de Espinosa crujió al responder.

—Es el edificio de dos plantas que tiene el Toyota Camry de color rojo aparcado en la puerta.

Clair y Nash levantaron la vista al mismo tiempo.

—Lo tengo.

—Mis hombres están en posición. El apartamento de Bishop está en la primera planta, la segunda puerta desde la derecha que da a la calle. Llevamos observando unos veinte minutos ya. Las persianas están bajadas. No recibimos ninguna lectura de calor en el interior, pero es difícil obtenerlas a través de esa pared de ladrillo. Vamos a entrar, despejar la zona y les damos el okey para que nos sigan. ¿Recibido?

—Recibido —respondió Clair—. Listos cuando quieran.

Espinosa comenzó a soltar órdenes. Tres hombres salieron de la furgoneta a la carrera. Espinosa y otro se dirigieron hacia la puerta principal, y el tercero dio la vuelta por el lateral del edificio camino de la parte de atrás. Al llegar ante la puerta, el primer hombre gritó «¡Policía!» y la abrió con un ariete pequeño mientras Espinosa le cubría. Ambos entraron agachados y desaparecieron entre las sombras.

Volvieron a oír la voz de Espinosa en el teléfono.

—Todo despejado, detectives.

Clair y Nash se bajaron del Civic y corrieron calle abajo con el arma desenfundada.

Cuando llegaron ante la puerta principal, Espinosa salía del apartamento.

—Sabía que veníamos. Nos quiere aquí.

—¿Por qué? ¿Qué hay dentro?

Espinosa hizo un gesto con la barbilla por encima del hombro.

—Echen un vistazo ustedes mismos.

Clair frunció el ceño y cruzó la entrada de la vivienda.

No era muy grande, quizá de unos setenta y cinco metros cuadrados o algo por el estilo. La puerta daba a un salón con una pequeña cocina a un lado, un cuarto de baño a la derecha y otra puerta al fondo. No había muebles, y la cocina parecía sin estrenar. Las paredes estaban desnudas.

En el centro de la habitación había una caja blanca de documentos atada con un cordel negro.

## Diario

Barrí las fotos de la mesa, las cogí y me las metí en el bolsillo en el preciso instante en que padre y madre entraban en la cocina, a mi espalda.

—Qué olor tan atroz hay aquí —exclamó madre arrugando la nariz.

Padre señaló el frigorífico.

—Alguien se ha dejado la puerta abierta. Ya se estará estropeando todo, seguramente.

Seguía con la mano metida en las profundidades del bolsillo. Me daba miedo bajar la mirada; casi me esperaba ver cómo caían las fotos muy despacio al suelo, pero seguían bien guardadas y a salvo en mis pantalones.

Padre soltó un silbido.

—Menuda la que han liado aquí.

Y lo habían hecho. Todos los armarios y los cajones de la cocina estaban abiertos, y su contenido tirado por el suelo y por la encimera. En el salón, el sofá estaba destrozado. Habían rajado y destripado los cojines, y el relleno vagaba por la habitación como si fueran plantas de las que ruedan por el desierto pero de color blanco. Habían rayado la pantalla de la televisión con una X grande. Habían sacado de las estanterías los libros de la colección de la señora Carter y los habían hecho trizas, había páginas tiradas por doquier. No quedaba intacto ni un solo objeto.

—Esto no pinta nada bien —dijo madre—. Deberíamos irnos.

Padre echó un rápido vistazo por el pasillo, hacia el dormitorio principal, y regresó a la cocina.

—Fuera lo que fuese que buscaban, si estaba aquí lo tienen que haber

encontrado. Han repasado todas las habitaciones, cualquier posible escondite.

—Quiero irme de aquí. —Madre se movía inquieta.

Oí el coche justo antes que padre, pero aun así él llegó antes que yo a la puerta mosquitera. Fui hasta él y vi que el Plymouth Duster verde dejaba la calle para girar por la entrada, hacia la casa. El sol matinal se reflejaba en el parabrisas, y me impedía ver el interior.

—¡Volved a casa, ya! —nos ordenó padre.

Salimos los tres disparados por la puerta principal y cruzamos el césped corriendo como locos, con madre a la cabeza y padre detrás de mí. Casi me esperaba que él se detuviese y se cobrase algún tipo de venganza por su Porsche, pero no lo hizo. Padre era muy listo, y no de los que se dejan dominar por la ira.

Subí a saltos los escalones de nuestra casa mientras el Plymouth se detenía con un derrape en algún lugar a nuestra espalda. Oí el chirriar de la puerta de un coche al abrirse, seguido de inmediato por el característico sonido metálico del cerrojo de un rifle. Retumbó la voz del señor Desconocido:

—¡Qué hay, vecinos! ¿Acaso nos echaban de menos?

## Porter

Día 2 – 16:57

Al salir por la puerta principal del hospital, Porter vio en la acera a una joven que se bajaba de un taxi. Con dos dedos metidos entre los labios, soltó un silbido lo bastante fuerte como para sobresaltar al señor mayor que tenía a su derecha. Forzó una sonrisa, le saludó con un gesto de la barbilla y renqueó hasta el taxi.

Cuando se dejó caer en el asiento de atrás, el taxista contuvo una risita.

—¿Se está fugando o qué?

Porter cerró la puerta e hizo un gesto de dolor cuando el movimiento le tiró de los puntos.

—¿Qué?

—Que lleva ropa de hospital, y no tiene muy buen aspecto para ser del personal sanitario.

—No, nada de eso. Uno de mis compañeros de trabajo me ha apuñalado en la pierna con un cuchillo de cocina y después me ha dado por muerto en mi propia casa. Como no encontraba mi ropa, he cogido esto.

—Muy gracioso —sonrió el hombre—. ¿Adónde vamos?

—A un sitio que se llama Antigüedades y Colecciones El Tiempo Perdido, en la calle Belmont —le contestó Porter.

—¿Y el número?

Porter se dio cuenta de que no tenía la dirección exacta. Se llevó la mano al móvil y volvió a recordar que Bishop lo había machacado.

—No lo sé. Me han dicho que está en Belmont.

El taxista puso los ojos en blanco, cogió su móvil y tecleó en la pantalla.

—316 de Belmont Oeste. Parece que está justo enfrente de los apartamentos Belmont Edge.

—Suena bien. —Porter miró por la ventanilla, al tráfico cada vez más denso de la

hora punta—. Si le dijera que soy policía, ¿cree usted que serviría para que llegásemos más rápido?

El taxista incorporó el coche al tráfico con suavidad y le miró por el retrovisor.

—Déjeme ver su placa.

Porter fue a llevarse la mano al bolsillo de atrás y se acordó de que llevaba un pantalón de hospital.

—La tengo en...

—¿En los pantalones con el cuchillo clavado?

—Eso.

—Veré qué puedo hacer.

Porter sacó el diario y continuó por donde lo había dejado.

## Diario

Creo que sentí la bala antes de oír la detonación del arma. El proyectil me pasó silbando junto a la cabeza, impactó con un ruido seco en el marco de la puerta, a unos quince centímetros a mi derecha, y lanzó por los aires unas pequeñas astillas de madera. Una de ellas me dio en la mejilla y me hizo un corte. Antes de poder alzar la mano para evaluar los daños, padre se tiró contra mi espalda y me empujó hacia delante. Perdí el equilibrio, salí despedido por los suelos y me deslicé hasta el lateral del sofá. Me di la vuelta para encontrarme a madre allí agachada. Su mirada demencial iba de mí a la puerta y volvía de nuevo. A mi espalda, padre le dio una patada a la puerta y la cerró de golpe.

Padre estaba en el suelo. Vi que levantaba la mano y echaba el cerrojo antes de volver a hundirse.

—¡Te han dado! —chilló madre.

Le dije que no con la cabeza.

—No, madre, solo ha sido una astilla, nada importante. Estoy bien.

Tardé un momento en darme cuenta de que no me hablaba a mí. Seguí la dirección de su mirada hacia mi padre. Este tenía la mano izquierda presionando el hombro derecho. Entre los dedos le asomaba una mancha roja cada vez más grande.

Madre se levantó y fue hacia él.

—Sigue agachada —dijo padre.

Se arrodilló junto a él.

—Déjame ver.

—Me ha rozado. No creo que sea nada serio.

Madre le desabrochó la camisa y examinó la herida.

—Tráeme el botiquín y una toalla húmeda, y mantén la cabeza baja —me ordenó.

Fui arrastrando los pies hasta la cocina y cogí la cajita roja de debajo del fregadero. Teníamos botiquines idénticos en cada habitación, y también en el cuarto de baño. Madre solía usar conmigo este en particular, cuando me despellejaba una rodilla o me arreaba un golpe en un codo, lo que sucedía con bastante frecuencia, y me pregunté si no estaría medio vacío. Pensé en ir a buscar uno de los otros, pero decidí que era mejor llevarle este a madre y volver a por más en caso de que fuera necesario. Encontré una toalla limpia en un cajón junto al fregadero y la metí debajo del grifo para empaparla bien; acto seguido volví corriendo al salón.

El sudor le brillaba a padre en la frente. No recordaba la última vez que le había visto sudar.

Madre cogió el botiquín, abrió el cierre con una mano y sacó el bote del alcohol. Limpió el exceso de sangre con la toalla y vertió el alcohol sobre el tejido desgarrado. Padre cogió aire con un fuerte siseo.

La bala no le había perforado, sino que le había hecho un rasguño y había dejado un surco rojo a su paso. Me incliné hacia él para verlo mejor, y madre me apartó de un manotazo.

—Me quitas la luz.

—Lo siento, madre.

Volvió a darle unos toquecitos al arañazo y cogió un rollo de gasa con la mano libre. Un minuto después tenía ya cubierta la herida. El vendaje se puso de color rosa, pero ya sangraba menos. Padre se pondría bien.

Miró a madre y le sonrió.

—Gracias.

Madre asintió, volvió a dejar el alcohol y la gasa en el botiquín y lo deslizó para quitarlo de en medio.

—¿Y ahora qué?

—Ahora acabemos con esto.

72

Clair

Día 2 – 17:09

Clair se acercó un poco más.

—¿La han abierto?

Espinosa lo negó con la cabeza.

—Quería reservarles el honor. Si creen que pudiera ser algo peligroso, puedo hacer venir a los artificieros.

Nash se arrodilló delante de la caja blanca, se puso un par de guantes de látex y toqueteó el cordel negro atado sobre la tapa.

—Este no es el estilo de nuestro hombre. Suele dejar partes del cuerpo dentro de sus cajitas, pero nunca algo tan grande.

—Ábrela, Nash —dijo Clair.

—A lo mejor deberíamos echarlo a suertes. A mí me tocó abrir la última.

—No, insisto. Que he visto *Seven*, y si la cabeza de Gwyneth está ahí dentro, voy a tardar meses en dejar de ver esa imagen. Esta es toda tuya. Sé un hombre.

Nash elevó la mirada al techo y se dio la vuelta hacia la caja.

—Para que conste, es una caja de archivo normal y corriente, de las que puedes comprar en cualquier tienda de suministros de oficina. —Se arrodilló más cerca—. No huelo nada, y no hay rastro de humedad ni de filtraciones..., no tiene nada escrito.

Tiró del cordel y deshizo el nudo; cayó hacia los lados. Cuando fue a coger la tapa, tanto Clair como Espinosa dieron un paso atrás.

—A lo mejor deberíamos esperar a que llegaran los de criminalística —sugirió Nash.

—Ábrela. Podría decirnos dónde está Emory.

Nash asintió a regañadientes, retiró la tapa, se asomó y echó un vistazo.

—Vaya.



## Diario

Di un respingo cuando alguien aporreó la puerta principal.

—¿Le he dado a alguien? —preguntó el señor Desconocido desde el otro lado de la puerta—. Mira que lo siento, pero me he dejado llevar un pelín. Es que hace mucho que no salgo de caza, y estaba como loco por pegar unos tiros desde que salimos de la ciudad.

—Mantente lejos de las ventanas —ordenó padre en voz baja.

Asentí y me acerqué a la esquina del sofá, pero no estaba asustado. Bueno, un poco tal vez, pero tampoco iba a permitir que mis padres se dieran cuenta. Quería mi navaja.

Sonó otro fuerte impacto cuando el señor Desconocido volvió a golpear la puerta. No pude distinguir si había utilizado el puño o la culata del rifle, pero me sobresaltó igual.

Y dijo su voz amortiguada:

—Probé a pedírselo con amabilidad, sí señor, pero voy a dejar de ser tan amable. Necesito los documentos que robó su querido vecino. Sé que los tienen ustedes, así que vamos a dejarnos de fingir que no es así. No sé muy bien qué es lo que está pasando ahí, y sinceramente, tampoco es que me importe mucho. Ustedes nos dan esos papeles y nos señalan el camino hacia el agujero donde se hayan escondido los Carter, y nosotros nos largamos, sin más preguntas. El trato no está tan mal, ¿no? Creo que estoy siendo justo y razonable con esta situación.

—Cree que todavía están vivos los dos —dijo madre en voz baja. Se había apartado de padre e intentaba asomarse a la ventana lateral.

—Claro, que si resulta que ese agujero está ahí dentro y los están escondiendo, bueno, esa ya es otra historia completamente distinta. No

querrán ustedes dar cobijo a unos criminales, ¿verdad que no? Porque eso es lo que es ese hombre, ya saben. Si alguien roba algo de su lugar de trabajo, aunque solo sea información, eso lo sitúa dentro del grupo de los delincuentes según mis baremos, justo después de los violadores y los asesinos. Su mujer no es mucho mejor que digamos. Tiene toda una caja de secretitos guardada en el armario.

La voz sonaba fuerte y firme. Me dio la sensación de que estaba de pie allí mismo, en el porche, justo al otro lado de la puerta. Si tuviéramos un arma, podríamos haberle dado de lleno a través de la madera. Probablemente habría bastado con una bala en el centro. Quizá el hombre pensaba que teníamos un arma de fuego, una grande, porque de lo contrario ya habría tirado la puerta. Sé que yo lo haría. Padre, sin embargo, no creía en las armas de fuego, y jamás permitiría que una entrara en la casa. «Con las armas de fuego hay accidentes —decía siempre—. Con un cuchillo, por el contrario..., no se apuñala a alguien por accidente. Un cuchillo no se dispara de manera accidental». Me pregunté si estaría revisando su postura. No me veía capaz de interpretar su expresión. Apenas se había movido, pero no era la herida de bala lo que le mantenía inmóvil —solo era un rasguño—, estaba concentrado. Me imaginé que estaría ideando un plan. Padre nunca era presa del pánico, ni reaccionaba de forma exagerada. Siempre parecía saber qué hacer y cuándo hacerlo.

Madre llegó a rastras hasta la ventana de detrás del sofá, la que daba a nuestro jardincillo lateral, y asomó la cabeza para ver por encima del alféizar. Apareció una cara, madre pegó un salto y soltó un chillido. El hombre del pelo rubio y largo y las gafas gruesas se encontraba al otro lado del cristal con una sonrisa en los labios finos y rojos. Gesticuló con los labios la palabra hola y apretó la palma de la mano contra el cristal de la ventana. Vi cómo se condensaba la humedad a su alrededor, y cuando la retiró, quedó la huella perfecta de la palma. Mostró entonces el cañón de un rifle y dio unos golpecitos con él contra el cristal. Su sonrisa se hizo aún más grande cuando se agachó y desapareció. Madre y yo nos miramos el uno al otro y después miramos a padre en busca de algún tipo de orientación.

Otro porrazo en la puerta principal.

—¿Siguen ahí?

Padre se llevó un dedo a los labios.

El señor Desconocido prosiguió:

—Todo ese lío del coche de esta gente me ha parecido un pelín desconcertante. Supongo que dejarlo así en la estación de tren era perfectamente lógico: hace que parezca que se largaron de viaje. Pero ¿por qué dejarse las maletas en el coche? ¿Quién se va de viaje y se olvida de coger las maletas? Cuando encontramos el coche y vi las maletas, tuve claro que alguien lo había simulado todo. Al principio pensé que los Carter estaban intentando crear un rastro falso, hacer que los perros perdieran su pista para irse por aquí mientras los demás nos íbamos por allí, pero cuando lo pensé con detenimiento, descarté la idea. Simon no es tan brillante. Es un genio de los números, sin duda, pero como la mayoría de los que aprenden a base de estudiar, no tiene sentido común, le falta el ingenio de la calle. Si pretendiese huir, habría huido. Eso significa que si de verdad hubiera sido él quien dejó el coche abandonado en la estación, las maletas habrían subido con él al tren. Una vez descubierta la pequeña treta, no tardé mucho en deducir que estaban ustedes implicados. Tienen las dos únicas casas que hay en este trozo de calle de mala muerte. ¿Adónde, si no, iban a ir? Su chaval casi se caga en los calzones cuando me pasé por aquí el otro día. Es espabilado, se lo reconozco, pero necesita algo más de práctica en el temario del embuste. Nada que no puedan arreglar unos pocos años más de experiencia en la vida.

Padre señaló a madre, después hacia la cocina, y después hizo un gesto como si apuñalase en el aire. Madre lo entendió y pasó a rastras por delante de mí en busca de unos cuchillos.

—En fin, que ya estoy hablando de más. Da igual cómo haya acabado aquí, en su porche, lo que importa es que yo estoy aquí y ustedes ahí, y que las cosas que necesito están en algún lugar entre medias. Imagino que no están dispuestos a jugarse la vida por unos papelotes, y quizá ni siquiera a dar cobijo a esos delincuentes de sus vecinos. A ver, ¿por qué morir por ellos? ¿Por qué dejar que su hijo muera por culpa de los problemas de otro? Eso es lo que va a pasar si no salen pronto.

Madre regresó con dos cuchillos grandes sacados del cuchillero de madera de la cocina. Le entregó uno a padre y conservó el otro para sí.

El señor Desconocido carraspeó.

—Como ya he dicho, ya se lo he pedido con amabilidad. Ahora se lo voy a pedir de un modo no tan amable. Mientras ustedes y yo hemos estado aquí departiendo, mi amigo el señor Smith ha estado dando vueltas a esta casa tan preciosa que tienen, y lo ha hecho con un par de

latas de gasolina. ¡Huele que apesta! La ha esparcido bien alto por las paredes, en el hueco de debajo del suelo de madera, e incluso por un par de árboles para que podamos prender todo esto y hacer que luzca con verdadero fulgor.

Algo cayó sobre el tejado y rodó durante unos segundos antes de detenerse.

—¡Vaya! ¡Ojalá pudieran ver esto! Ha tirado una lata entera en el tejado. Joder, está cayendo por los caños de los canalones. Lo ha empapado todo de arriba abajo con gasolina de noventa y tres octanos. — El señor Desconocido estaba riéndose por lo bajo, con una voz cada vez más emocionada—. Ahora viene cuando se lo pido de un modo no tan amable. Tienen cinco minutos para salir de ahí con los Carter, o empezaremos a echar cerillas y montaremos una buena hoguera. Por supuesto, eso significa que perderemos nuestros documentos y a sus vecinos, pero estoy dispuesto a aceptarlo. Dormiré como un niño sabiendo que todo esto acaba aquí mismo. Si intentan huir, van a caer como pichones en un campo de tiro. Cinco minutos, señores. Ni un segundo más.

## Porter

## Día 2 – 17:12

El taxi se detuvo con un chirrido en Belmont Oeste, al este de Lake Shore Drive, enfrente de los apartamentos Belmont Edge. El taxista señaló con el pulgar hacia el edificio que tenían a la derecha.

—Ahí lo tiene. Yo creo que hemos batido el récord.

Porter se deslizó por el asiento y se asomó por la ventanilla. El edificio era bastante típico de aquella zona: ladrillo, construido probablemente a comienzos del siglo XX, con un escaparate en la planta baja y lo que parecía una vivienda en la segunda. Muchos de los propietarios de los comercios de aquella zona de la ciudad vivían en el mismo edificio de su comercio. Y si no lo hacían, los apartamentos se alquilaban por una pequeña fortuna. Estaban a tiro de piedra del lago Michigan, y las vistas de la orilla siempre suponían un extra. Las distancias a pie tampoco eran para morir.

Porter alargó la mano al asa de la puerta y comenzó a bajarse.

—¡Oiga! —gritó el taxista—. ¡Me debe veintiséis dólares con veintidós centavos!

—No tengo dinero —respondió Porter—. Pero la Metropolitana de Chicago le da las gracias por su ayuda.

—¡Las narices me va a dar las gracias! —El taxista se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió su puerta.

Porter levantó una mano.

—Tranquilo, era una broma. Llamaré a mi compañero desde dentro y conseguiré algo en metálico. Deme un minuto.

El taxista estaba a punto de protestar cuando le cambió de golpe la cara y dijo:

—Le está sangrando la pierna.

Porter se miró el muslo, donde se había formado una mancha oscura de unos cinco centímetros de circunferencia.

—Mierda, creo que se me ha saltado un punto.

—¿De verdad le han apuñalado?

Porter se llevó la mano al muslo y lo presionó con delicadeza con la yema del dedo. Se le humedeció de sangre.

—Debería llevarlo de vuelta al hospital.

Le dijo que no con la cabeza.

—No me va a pasar nada.

El hombre asintió a regañadientes y se apoyó en el costado de su coche.

Porter se dio de nuevo la vuelta hacia el escaparate.

Antigüedades y Colecciones El Tiempo Perdido tenía pinta de estar a oscuras. Renqueó hasta la puerta principal y probó a abrirla... Cerrada. Se llevó las manos a ambos lados de la cara y se pegó al cristal.

—Está cerrado —le indicó el taxista a su espalda—. Tienen el horario puesto al lado de la puerta. Cierran a las cinco. Se nos han escapado por unos quince minutos.

Porter dio un paso atrás y vio el cartelito rojo donde indicaban el horario de apertura. Tenía razón. Volvió al escaparate y miró el interior. Las paredes estaban cubiertas de relojes. Había de todo, desde relojes pequeños digitales hasta relojes de pie. Los péndulos iban y venían incansables, algunos en un movimiento sincronizado, otros de forma independiente del grupo. Resultaba hipnótico. No quería ni imaginarse cómo sonaría ahí dentro a las horas en punto.

Porter dio un golpe con el puño en la puerta, retrocedió un paso y echó un vistazo al apartamento de la planta de arriba. ¿Viviría allí el propietario, tal vez?

—No pretendo decirle cómo hacer su trabajo, pero si tiene algo urgente que hacer ahí dentro, y me imagino que lo tiene, ya que está dispuesto a quedarse ahí en la acera dando golpes mientras se desangra, ¿no le parece que podría preguntar en la tienda de al lado? A lo mejor saben cómo localizar al encargado o al dueño.

Porter se dio la vuelta y siguió la dirección de la mirada del taxista. Una mujer salía de la tienda de al lado con tres bolsas de tintorería y casi se tropieza con el bordillo al rodear el parquímetro para llegar hasta el maletero de su coche.

Porter sintió que le daba un vuelco el corazón. Se aproximó al parquímetro que había delante del taxi y leyó el baremo de precios.

Setenta y cinco centavos la hora.

—¿Puede prestarme su móvil?

—Está de broma, ¿no?

La cara de Porter debió de decirle que no, porque el hombre se encogió de hombros, rodeó el coche hasta la puerta del conductor y sacó su móvil de un soporte en el salpicadero. Porter marcó un número.

—Klozowski —dijo la voz al otro lado.

—Kloz, soy Porter.

—¿Es que te han dado un número nuevo?

—Es una larga historia. ¿Estás cerca del tablón de pruebas?

—Claro, ¿por qué?

Porter respiró hondo.

—¿Qué importe en monedas encontramos en el bolsillo de la víctima del atropello?

—¿Te refieres a Kittner, también conocido como el que ya no es el CM? Setenta y cinco centavos. ¿Por?

Tenía los ojos clavados en la tintorería de al lado.

—¿Cuál era el número del recibo de la tintorería?

—¿Qué estás haciendo? ¿No deberías estar descansando?

—Kloz, necesito el número de ese recibo.

Entró por la puerta y se fue directo al mostrador.

Un hombre con sobrepeso, cabello oscuro, gafas y dos bolsas grandes de lavandería le miró con mala cara. El chico de detrás del mostrador no tuvo tantos escrúpulos.

—Eh, colega, póngase a la cola. —Entonces vio la mancha de sangre en los pantalones de Porter—. Mierda, ¿necesita un médico?

Porter se llevó la mano al bolsillo de atrás para sacar la placa y recordó por segunda vez que no la tenía.

—Soy de la Metropolitana de Chicago. Necesito que me mire el número de un recibo. —De nuevo habló al teléfono—. Kloz, ¿el número del recibo?

—Sí, claro, es el 54873.

Le repitió el número al dependiente, que le miró con suspicacia y lo tecleó en su ordenador.

—Deme un segundo.

El dependiente desapareció por una puerta camino de la trastienda.

A su espalda, Porter oyó que el hombre con sobrepeso dejaba caer al suelo las dos bolsas de ropa y soltaba un suspiro.

—Disculpe.

El hombre soltó un gruñido, pero no dijo nada.

El chico regresó con tres perchas envueltas en la misma bolsa. Las colgó en un gancho clavado al lateral del mostrador.

Porter retiró el plástico y dejó al descubierto un par de pantalones cortos de deporte de señora, una camiseta blanca de tirantes, calcetines y ropa interior, todo lavado y planchado. En otra bolsa anudada a las perchas había unas Nike de color blanco y rosa.

El chico señaló las zapatillas.

—Le dije al tío cuando las dejó que no limpiamos calzado, pero insistió en que lo conserváramos todo junto.

—¿Porter? Dime algo —dijo Kloz—. ¿Qué está pasando?

—Tengo la ropa de Emory.

## Diario

—Ve a buscar a Lisa y tráetela para arriba —le indicó padre a madre.

Ella asintió y desapareció en la cocina. Oí el chirrido de la puerta del sótano y el sonido de sus pasos conforme bajaba.

Padre se volvió hacia mí.

—Campeón, ve a la cocina y saca el puchero de la sopa de tu madre. ¿Sabes a cuál me refiero? ¿Ese grande que tiene la tapa de cristal?

Asentí.

—Echa en el puchero un par de centímetros de aceite y ponlo a calentar, a toda potencia. ¿Crees que podrás hacerlo?

Volví a asentir.

—Muy bien, ahora date prisa.

Corrí a la cocina, saqué el puchero de la sopa de uno de los armarios de abajo y lo coloqué sobre el fogón. Encontré el aceite en un armario junto a la cocina, casi cuatro litros. Desenrosqué el tapón, vertí cerca de un litro en el puchero y giré el mando del fogón hasta el máximo. No pasó nada. Un segundo después olí a gas.

—Menuda pamplina —dije a nadie en particular, y saqué la caja de cerillas del cajón de al lado de la cocina.

Era como si la llamita piloto se apagara siempre; seguro que madre gastaba una caja entera de cerillas a la semana. Me froté una contra los vaqueros, la vi encenderse y llevé la llama bajo el puchero. El gas prendió con un puf, y unas llamas azuladas acariciaron el fondo del metal. Me metí la caja de cerillas en el bolsillo, regresé al salón y le hice a padre un gesto con el pulgar hacia arriba.

Él asintió.

Otro golpe en la puerta.

—Qué silencio tan horrible hay ahí dentro. ¿Va todo bien? Quedan cuatro minutos por mi reloj.

—¡Simon Carter está muerto! —gritó padre en respuesta.

Por un instante, no hubo más que silencio al otro lado de la puerta.

—¿Qué pasó?

—Los desgraciados a veces sufren desgracias.

—Ya lo creo —respondió el señor Desconocido—. Tampoco es que le tuviera mucho aprecio. ¿Y su parienta?

Madre y la señora Carter aparecieron en el salón. Madre le había echado una toalla por los hombros a la mujer para tratar de taparle el pecho descubierto. Llevaba las manos esposadas por delante. No pude evitar sonrojarme al verla. Aun después de haberse pasado días en el sótano, rodeada de su propia porquería, seguía pareciendo guapa. La punta del cuchillo de madre le presionaba sobre la piel desnuda un par de centímetros por debajo de la caja torácica.

Padre la miró y volvió a centrar su atención en el hombre que teníamos en el porche.

—Ha sido nuestra invitada durante los últimos días, aunque me temo que ha abusado de nuestra hospitalidad. No tengo el menor inconveniente en enviársela ahí fuera, siempre y cuando la suba a ese coche tan bonito que tiene y regrese a la ciudad. Mi familia y yo no tenemos nada que ver con esto y solo queremos que nos dejen en paz. Márchese de manera pacífica, y no veo razón para que ninguno de nosotros mencione esto a nadie, nunca. Usted obtiene lo que quiere, nosotros conseguimos lo que queremos, todos salimos ganando.

—¿No me diga?

La señora Carter hacía un insistente gesto negativo con la cabeza.

—Entrégame a esos hombres y nos matarán a todos, incluido tu hijo. No son del tipo de gente que deja cabos sueltos. No se puede confiar en ellos.

—¡Tres minutos! —gritó el señor Desconocido.

—Ella no sabe nada sobre los documentos que han desaparecido. Fuera lo que fuese lo que estaba tramando su marido, no compartió con ella los detalles —le explicó padre.

—¿Y se supone que me lo tengo que creer?

—Es la verdad —dijo la señora Carter bien alto.

—¿Estás ahí dentro, Lisa? —le preguntó el señor Desconocido—. ¿Le

has prometido parte del dinero a esta buena gente si cuidan de ti? ¿Es eso? ¿Por qué no sales para que podamos arreglar las cosas charlando? Me estoy quedando afónico de tanto gritar a través de la puerta.

Padre se volvió hacia la puerta.

—Como ya le he dicho, no tengo inconveniente en entregársela. Me da igual lo que le hagan mientras nos dejen a nosotros al margen. Nos da igual su problema.

—Ah, en eso no estoy de acuerdo.

—¡Dile a tu jefe que Simon está muerto! —le volvió a gritar la señora Carter—. Cualquiera secreto que pudiera tener ha desaparecido con él.

—Me temo que no estaría cumpliendo con mi trabajo si aceptara tu palabra al respecto.

Un cristal se hizo añicos a nuestra espalda, y nos volvimos todos hacia la cocina. Una mano asomó por el ventanuco estrecho junto a la puerta de atrás y toqueteó a ciegas el cerrojo. Padre salió disparado hacia allá. Levantó el cuchillo y, en un movimiento descendente rápido y fluido, pasó la hoja por los dedos intrusos y abrió de un tajo dos o tres de ellos. La sangre apareció en la herida un momento antes de que el hombre que había al otro lado gritase de dolor. La mano desapareció. De regreso a la puerta principal, Padre retiró del fogón el puchero con aceite hirviendo.

El señor Desconocido se estaba riendo.

—¡Pues sí que ha pillado al señor Smith! Ya le he dicho que no iba a conseguir entrar así, tan rápido, en ningún momento, pero no me ha escuchado, quería hacer las cosas a su manera. ¿No es eso lo que hacen los jóvenes de ahora? Es que ya no hacen caso a sus mayores, no como cuando usted y yo éramos jóvenes, ¿verdad, socio? Ya no tienen ese respeto que nos enseñaron a nosotros, eso que nos inculcaban desde el minuto uno. Bueno, quizá su chico sí..., tenía pinta de andarse con cuidado. Seguro que se convierte en uno de los pilares de nuestra sociedad si se le da la oportunidad. Por supuesto, llegados a este punto, está en sus manos que eso sea así o no, la verdad.

—¡Voy a matar a ese cabrón de mierda! —gritó el señor Smith desde algún lugar más allá del señor Desconocido.

Me arrastré hasta la ventana que daba al jardín delantero y vi al hombre del pelo largo y rubio con gafas de pie al borde del porche, con un charco de sangre en los pies. Se arrancó una tira de tela de la parte baja de la camiseta y se envolvió en ella la mano herida. Se puso roja de

inmediato.

El señor Desconocido me vio y me guiñó un ojo.

—Con tanto alboroto, he perdido por completo la noción del tiempo —dijo bien alto—. Calcularé que les quedan unos treinta segundos. ¿Les parece bien?

Me agaché y me aparté corriendo de la ventana.

—Solo son dos, padre. Si unos salimos por atrás y el resto sale por delante, no podrán detenernos a todos.

—¿Y adónde vamos? Han destrozado los dos coches.

—Nos llevamos el suyo.

Padre ya me estaba diciendo que no con la cabeza.

—Esto tiene que acabar aquí, o estaremos huyendo toda la vida.

—Tienen armas.

—Nosotros somos más listos que ellos. Tenemos que pensarlo bien, resolverlo.

Madre había estado extrañamente callada, tranquila.

—Matamos a Lisa y les tiramos su cuerpo.

Al escucharlo, la señora Carter se revolvió, pero madre le puso el cuchillo a la mujer en el ojo. Se quedó quieta y mirando la punta metálica.

—Mi marido traspasó cerca de catorce millones de dólares a varias cuentas en paraísos fiscales. Tengo todos los números y las contraseñas. La mitad de ese dinero es vuestra si me sacáis de aquí con vida.

Padre se apartó de la puerta y se acercó a ella.

—¿Y los documentos? Eso es lo que de verdad quieren.

La señora Carter soltó un profundo suspiro.

—En cajas de seguridad en el centro de Middleton. Cuatro. Hay suficiente información para acceder a otros cien millones fácilmente.

—¿Dónde están las llaves?

La señora Carter no dijo nada.

Padre la agarró por el pelo, la arrancó de los brazos de madre y tiró de ella hasta llevarla sobre el puchero de aceite hirviendo. Le empujó la cabeza hacia abajo. La señora Carter se resistió arqueando la espalda y tratando de darle patadas a padre, pero era demasiado fuerte. Le sujetó la cara a unos centímetros del líquido humeante.

—Te lo voy a preguntar una vez más, después vas para dentro. ¿Dónde están las llaves?

La señora Carter hizo un gesto negativo con la cabeza y trató de

retroceder, pero padre la sujetó con fuerza, inmune a sus patadas. Las manos esposadas por delante le servían de bien poco.

—No... —consiguió decir ella.

Padre se encogió de hombros y la empujó más aún.

El aceite chisporroteaba y saltaba, y unas gotitas le cayeron sobre la piel a la mujer y le dejaron unas minúsculas manchas rojas. Chilló y empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. Unas gotas de aceite le crepitaban en el pelo.

—¡Debajo del gato! ¡Basta, por Dios! ¡Están debajo del gato!

—¿Qué?

Padre aflojó el brazo y dejó unos centímetros entre la cara de la señora Carter y el puchero.

Yo, sin embargo, sí sabía a qué se refería. Lo sabía perfectamente.

—¿Junto al lago? ¿Mi gato?

La señora Carter se apresuró a decir que sí con la cabeza.

—¿Sabes tú de qué sitio habla?

—Sí, padre.

Padre se volvió hacia la señora Carter con los ojos entrecerrados.

—Vas a hacer exactamente lo que yo te diga. ¿Lo has entendido?

Se oyó otro fuerte golpe en la puerta.

—¡Se acabó el tiempo, señores!

76

Clair

Día 2 – 17:12

—¿Qué es? —preguntó Clair.

—Un montón de documentos y una nota —respondió Nash mientras metía la mano en la caja. Sacó la hoja de papel de carta que descansaba sobre miles de documentos, todos ellos formando unos fajos perfectos sujetos con gomas elásticas.

Clair se inclinó para acercarse.

—¿Qué dice?

Nash lo leyó en voz alta.

*¡Ay, amigos míos!*

*¡Qué bueno saber que por fin han llegado hasta aquí! Esperaba estar ahí con ustedes cuando llegara este momento, pero, bueno, no ha podido ser. Me consuela el hecho de que todo este material haya caído en sus capacitadas manos, pues tengo la seguridad de que se lo trasladarán a sus compadres de Delitos Económicos para que ellos lo puedan añadir a la montaña de pruebas contra el señor Talbot y compañía. Si bien estoy convencido de que esta caja contiene información más que de sobra para una condena contundente, me temo que no he podido esperar a la parte judicial del programa y he dictado una sentencia que creo será más que adecuada para los delitos que tenemos entre manos. Muy al estilo de su sempiterno socio Gunther Herbert, el señor Talbot se encontrará hoy cara*

*a cara con la justicia, y responderá de sus actos en el plazo más inmediato. Quizá le permita darle un último beso a su hija antes del adiós definitivo, quién sabe. Quizá no. Tal vez sea mejor dejar que ambos vean cómo el otro se desangra.*

*Sinceramente,*

*Anson Bishop*

Nash entornó los párpados.

—¿Todavía tenemos un coche siguiendo a Talbot?

Clair ya tenía el móvil en la mano.

—Estoy en ello.

Nash volvió con la caja y sacó uno de los fardos de documentos. El paquete era de unos cinco centímetros de grosor y contenía unos trescientos papeles. La página de arriba del todo era de color blanco con rayas verdes, y cada línea estaba llena con una letra minúscula y perfecta.

—Esto parece una especie de libro de contabilidad. Viejo, también. Esta página tiene fecha de hace casi veinte años. ¿Quién demonios sigue llevando la contabilidad en papel?

Clair le hizo un gesto con la mano para que se callase y comenzó a pasearse por la habitación con el teléfono en la oreja.

Nash se encogió de hombros y regresó con el documento. En la primera línea decía «163.WF14 2,5k. JM».

—¿Será una especie de código?

Metió la mano en la caja y comenzó a sacar los demás libros de contabilidad, doce en total. Cada uno de ellos contenía anotaciones similares. Nash, cuidadoso, los amontonó a un lado. En el fondo de la caja había un sobre de color sepia.

—Esto ya está mejor —se dijo antes de sacarlo.

Clair colgó el teléfono y se volvió a acercarse a él.

—Me sale el buzón de voz del coche patrulla. En Control tampoco son capaces de localizarlos. Tenemos que ir a casa de Talbot.

Nash señaló la caja.

—¿Y qué pasa con todo esto?

—Encárgate de que alguien se lo lleve todo a Kloz —le indicó Clair.

Nash asintió y abrió el sobre. Estaba lleno de polaroids. Metió la mano y sacó una... una foto de una chica desnuda que no tendría más de trece o catorce años.

## Diario

Yo abrí la puerta: no lo hizo padre, ni madre, y tampoco la señora Carter, desde luego, sino yo. La abrí para encontrarme al señor Desconocido de pie en nuestros escalones vistiendo la misma chaqueta que llevaba en aquella primera visita hacía apenas unos días. Le chorreaba el sudor por la frente, y se lo limpiaba con un pañuelo blanco que llevaba en la mano izquierda. En la derecha, los dedos regordetes agarraban la empuñadura del Magnum 44 que me había encontrado el día antes en la guantera. El cañón me apuntaba a la cabeza.

—Qué tal, amigo. Espero que todo te haya ido bien.

Detrás de él, el señor Smith se acunaba la mano herida, envuelta en el trozo de tela que ya estaba empapado; un charquito de sangre se le estaba formando en la punta del zapato y en el suelo a su alrededor; entre el brazo y el costado sujetaba un rifle sin mucha firmeza. Tenía manchas en la cara, hervía de ira.

—Voy a destripar a tu puto padre por esto. —Levantó la mano ensangrentada por si acaso yo no sabía a qué se refería con «esto», la agitó y lanzó gotitas de sangre por los tablones blancos de nuestro impoluto porche. A madre no le iba a hacer ninguna gracia.

—Calma, calma —dijo el señor Desconocido—. No es necesaria tanta hostilidad. No podemos culpar a esta buena gente simplemente por defender su hogar.

—Y los cojones que no puedo.

El señor Desconocido se volvió a secar el sudor; tenía empapado el cuello de la camisa.

Podía oler la gasolina, los vapores que emanaba el porche en una fina

niebla. Unos churretes goteaban por el revestimiento exterior de la casa. En el camino de entrada había cuatro latas de gasolina.

—¿Por qué lleva puesta una chaqueta si tiene tanto calor?

Era una pregunta sencilla, algo que a mí me daba la sensación de que requería una respuesta al margen de las presentes circunstancias. Hay veces en que me cuesta avanzar si tengo asuntos abiertos que me inquietan.

Los labios del señor Desconocido se alargaron hasta formar una sonrisa.

—Eso digo yo, por qué. Qué jovencito tan interesante eres, ¿eh? Tan inquisitivo. ¿Y si te dijera que es mi chaqueta preferida, que la tengo hace más años de los que tú llevas danzando por aquí? ¿Y si te dijera también que es mi chaqueta de la suerte y que me ha dado la sensación de que hoy iba a ser de esos días en los que te va a hacer falta la suerte, y que por eso la he sacado del armario, me la he puesto, y que le zurzan al calor? ¿Qué me dirías tú a eso?

—Le diría que es una chaqueta muy fea, y que seguramente apesta de tanto que está sudando.

La sonrisa del señor Desconocido permaneció tal cual, pero se le oscureció la mirada.

—Estoy pasando por una especie de *déjà vu* con esta charlita nuestra, hijo, de modo que te haré la misma pregunta que te hice la primera vez que te vi. Así podremos cerrar el círculo. ¿Están tus padres en casa?

Sabía perfectamente que estaban, así que consideré estúpida la pregunta. Asentí de todas formas y empujé un poquito la puerta para que se abriese.

La señora Carter se encontraba unos pasos detrás de mí. Padre estaba detrás de ella, rodeándola con un brazo por la cintura y con el otro por los hombros. Le sujetaba uno de los cuchillos de la cocina contra el cuello, con la punta afilada presionándole en la yugular. La señora Carter tenía la cabeza un poco ladeada para apartarla del cuchillo, con los ojos clavados en el hombre ante la puerta.

—Lisa —asintió el señor Desconocido—. Mis condolencias por tu marido.

Ella no dijo nada. Tenía los puños esposados y retorcidos sobre el sostén.

El señor Desconocido miró más allá, hacia madre, inclinada hacia el lateral del sofá con las manos en los costados.

—Encantado de volver a verla, señora.

Madre soltó una risita, pero no contestó nada.

El señor Desconocido se guardó de nuevo el pañuelo en el bolsillo y apuntó a padre con el Magnum 44.

—Suelte el cuchillo.

Padre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿qué? —le preguntó el señor Desconocido.

—Los documentos están en una caja de seguridad. Mi hijo sabe dónde ha escondido las llaves la señora Carter, así que va a ir a por ellas mientras el resto esperamos aquí. Yo voy a mantener el cuchillo donde está, y si usted o su amigo intentan algo que me parezca remotamente amenazador, le corto el cuello. Será rápido. Lo tengo justo en la arteria. Dispáreme y se la abro según me voy al suelo. Hágale daño a mi mujer o a mi hijo y dela por muerta. Y si lo hago, no quedará nadie vivo que le pueda decir en qué banco está la caja de seguridad.

El señor Smith abrió la boca para ir a protestar, pero el señor Desconocido lo silenció con una mano en alto.

—¿Y cómo sabemos nosotros que el chaval no va a salir corriendo a llamar a la policía?

Padre se encogió de hombros.

—Porque nosotros hemos matado a Simon; a todos nos va algo en ello. Irá a por las llaves y estará de vuelta en menos de media hora.

La mirada del señor Desconocido se posó en la señora Carter.

—Esta gente está como una puta cabra —le dijo la señora Carter—. A él lo han matado, y a mí me han tenido atada en el sótano durante casi una semana.

Tenía el cuchillo muy apretado contra el cuello, el leve movimiento que hizo al hablar bastó para que corriera una gota de sangre por la hoja.

El señor Desconocido se volvió de nuevo hacia padre.

—De manera que su hijo se larga corriendo a alguna parte mientras todos los demás nos quedamos aquí apuntándonos con las armas los unos a los otros hasta que regrese con las llaves de la caja de seguridad. Llegado ese momento, usted me entrega a Lisa y yo me voy y le dejo a usted y a su familia vivir tan tranquilos durante el resto de sus vidas. Nadie más tiene que morir, ¿no? ¿Y qué nos impide matarlos a todos en cuanto tengamos el nombre del banco?

Padre se encogió ligeramente de hombros.

—Digo yo que en algún momento tendremos que confiar los unos en los otros.

El señor Desconocido se lo pensó por un segundo y, acto seguido, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no me gusta ese plan.

Apuntó a padre con el 44 a la altura de la cabeza.

—¡No está cargada! —chillé—. ¡Le quité las balas!

Padre empujó a la señora Carter hacia el hombre, con las manos...

El Magnum se disparó con un rugido ensordecedor.

## Porter

Día 2 – 17:22

—¿Qué quieres decir con que tienes la ropa de Emory? —preguntó Kloz.

Porter retiró las perchas del gancho y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—¡Oiga! ¡Que tiene que pagarlo! —le gritó el chico desde detrás del mostrador—. ¡Vuelva aquí!

—¿Porter? ¿Estás ahí?

—Estoy en una tintorería en Belmont. El resguardo era de aquí y...

—Un momento. ¿No estás en el hospital? —preguntó Kloz—. Porter, por favor, dime que no te has largado del hospital.

El dependiente de la tintorería salió por la puerta con un cúter en la mano.

—Tiene que volver a entrar y pagarme eso, o vamos a tener un problema muy serio, amigo mío.

Porter se quedó mirando mientras el taxista rodeaba el coche y se acercaba al chico por la espalda. Le arrebató la cuchilla de la mano y le dio una colleja.

—Ese tío es policía, pedazo de idiota. ¿Tantas ganas tienes de acabar hoy en la cárcel?

El chico se frotó la nuca.

—¿Es policía? ¿Y por qué va en pijama?

Porter señaló con la barbilla hacia la tintorería.

—Vuelve dentro, ya.

El chaval giró en redondo y entró por la puerta.

—¿Porter?

Se volvió a llevar el teléfono a la oreja y le habló a Kloz sobre la llamada de Bishop y su corazonada de seguir el reloj. La cabeza le daba vueltas.

—El parquímetro cuesta setenta y cinco centavos la hora, y hay una tintorería en la puerta de al lado. Desde el principio nos estaba diciendo cómo llegar hasta aquí,

solo que no lo vimos.

—De acuerdo, pero ¿dónde es «aquí»? ¿Dónde está Emory?

Porter se sacó el reloj del bolsillo, lo sostuvo en alto y lo hizo girar entre los dedos. Presionó el botón de la parte superior, y la tapa se abrió de golpe en un movimiento limitado por la bolsa de plástico. Las manecillas estaban paradas, congeladas en el tiempo.

Las 3:14.

Se dio la vuelta hacia el taxista.

—¿Cuál era la dirección de este sitio?

—El 316 de Belmont Oeste.

Porter se giró a la izquierda. Unas vallas de obra aislaban el edificio de al lado, un rascacielos de cincuenta o sesenta plantas, por lo menos.

—Kloz, ¿quién es el propietario del 314 de Belmont Oeste?

—No cuelgues. —Porter le oyó repiquetear en el teclado—. Es un edificio de oficinas que compró el año pasado la sociedad de responsabilidad limitada Intrinsic Value, que pertenece a la Sociedad CommonCore, una filial que es al cien por cien propiedad de A. T. The Market Corp., una de las empresas de Talbot. Ahora mismo están sometiendo a ese edificio a una reforma integral, y está programado que lo terminen en primavera.

—Mándame para acá ahora mismo al equipo táctico.

## Diario

Vi a padre saltar por el aire con los brazos extendidos hacia la garganta del señor Desconocido. Con la boca abierta y la cara roja, padre ardía de furia.

Cuando el revólver se disparó, cuando el cañón del arma retrocedió y la bala salió volando, todo se ralentizó a mi alrededor. Pude ver el proyectil, cómo dejaba atrás la punta del arma. Vi la bala surcar el aire centímetro a centímetro. La vi penetrar en la frente de padre por encima del ojo izquierdo y dejar un punto rojo minúsculo. Vi la cara de impresión que se le puso, y acto seguido vi cómo la nuca le reventaba en una nube de neblina roja.

Padre cayó al suelo desplomado e inmóvil.

—¿Padre?

No reconocí mi propia voz; sonaba débil y frágil, distante, como si alguien gritase debajo del agua.

—Si yo..., yo le quité las balas.

El señor Desconocido sacó el tambor y lo volvió a meter.

—Un buen soldado siempre comprueba su arma antes de la batalla, chaval. —Apuntó con el arma a la señora Carter, que ahora estaba tirada en el suelo, a sus pies—. Levanta.

La señora Carter se puso en pie muy despacio.

Madre se quedó inmóvil, boquiabierta mientras respiraba hondo.

Yo tenía los ojos clavados en el cuerpo sin vida de padre. Sabía que estaba muerto, pero no me veía capaz de admitir aquel hecho. Esperaba que se levantase para acabar con el hombre que había amenazado su vida, este hombre que había invadido nuestro hogar.

Un grito me surgió de la garganta.

Fue un grito tan agudo y estridente que sentí la vibración muy dentro de mi ser. Se me fueron los dedos al bolsillo y agarraron la navaja, esa empuñadura tan reconfortante con los remaches metálicos templados al tacto, calientes incluso. Sujeté la navaja con una fuerza atroz, la saqué y desplegué la hoja con un solo movimiento fluido. Y estaba sobre él. Intentó levantar el arma, pero fui demasiado rápido. Alcé la navaja y hundí la hoja en la piel blanda de la papada, la empujé a través de la carne y el hueso hasta que le perforó la boca y atravesó la lengua. Cuando por fin se detuvo al incrustarse contra el cielo de la boca, tiré de la navaja para sacarla y le rajé el cuello, rasgué músculo, tendones y arterias. La sangre me salpicó en la cara, en el pelo y en los ojos. Me dio igual. Volví a rajarle. Cuando su cuerpo comenzó a desmoronarse en el suelo, lo dejé caer y le hundí la navaja en el pecho, una y otra vez. Lo apuñalé decenas, quizá cientos de veces. Lo apuñalé hasta que...

Abrí de golpe los ojos y de nuevo me encontré mirando fijamente el cuerpo sin vida de padre. No me había movido, ni un milímetro. Llevé la mano al bolsillo en busca de la navaja, pero no estaba allí. Madre me la había quitado. Los dedos no hallaron nada salvo la cajita de cerillas y las fotografías que me había llevado de la casa de los Carter.

—Saca la mano del bolsillo muy despacio, chaval —oí decir al señor Desconocido.

Sentí el cañón de su Magnum 44 apretado contra mi sien. Aún estaba caliente.

Dejé la caja de cerillas y las fotos, y saqué la mano.

El cañón me apretó más fuerte en la cabeza.

Resonó el disparo, y cerré los ojos con fuerza. Se me tensó el cuerpo a la espera de que la bala me atravesara el cráneo como había hecho con el de padre, me arrebatase la vida y me lanzase a una oscuridad en la que me volvería a unir a él.

No llegó la oscuridad.

El señor Desconocido se desplomó a mi lado; le salía humo de un agujero enorme en la parte de atrás de la cabeza.

80

Clair

Día 2 – 17:26

Los agentes de policía estaban muertos. Habían disparado a los dos: al conductor, un tiro a quemarropa justo por debajo de la sien izquierda; a su compañero, tres balazos en el pecho. Hasta donde Clair sabía, el CM nunca había disparado a nadie antes. Una Beretta 92FS de nueve milímetros descansaba sobre el salpicadero. El arma de repuesto de Porter.

*El final de la partida*, pensó ella.

Nash le dio unos toques en el hombro a Clair, que se apartó del coche. Con el arma desenfundada, él le señaló la puerta principal de la casa de los Talbot.

Estaba abierta, una rendija de apenas unos centímetros.

Anocheecía, y las sombras se alargaban por la explanada del jardín delantero. No había ninguna luz encendida en el interior, aunque ya estaba lo bastante oscuro como para que fuera necesario; tampoco salía sonido ninguno. Lo único que había era aquella puerta, abierta lo justo.

—Puede seguir ahí dentro —dijo Clair mientras desenfundaba su Glock.

—Porter y yo estuvimos aquí ayer. Talbot tiene mujer y una hija, y tiene que haber una criada ahí, tal vez más.

Clair llamó a Control. Cuando colgó, estaba haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Los coches patrulla están de camino, pero se han quedado atrapados en el tráfico de la hora punta. Están como mínimo a diez o quince minutos de aquí. El equipo de Espinosa sigue en el apartamento.

Nash arrancó hacia la puerta.

—Cúbreme las espaldas.

Clair asintió muy seria. No podían esperar. Si Bishop seguía dentro, cualquiera sabía lo que le estaba haciendo a aquella familia. Las muertes de aquellos agentes

caían de lleno sobre las cabezas de los miembros del operativo. Talbot no le importaba lo más mínimo, pero no iba a dejar que le pasara nada ni a él ni a su familia si podía evitarlo. Y tampoco lo iba a permitir Nash.

Llegaron ante la puerta.

Nash se apoyó en el marco y se inclinó para echar un vistazo en el interior. Un momento después, meneó la cabeza.

—Persianas bajadas —gesticuló con los labios.

Clair asintió y se llevó un dedo a los labios.

Nash abrió la puerta con cuidado e hizo una mueca de dolor cuando las bisagras dejaron escapar un chirrido grave.

Se encendieron las farolas, y Clair agradeció la luz hasta que vio su sombra extenderse por el suelo con la de Nash a su lado. Él también debió de fijarse en ello, porque atravesó la entrada agachado y dobló enseguida la esquina para ocultarse en la penumbra del vestíbulo. Clair lo siguió de cerca, escrutando la oscuridad en busca de alguna señal de vida.

Un quejido amortiguado surgió del pasillo, más adelante.

Nash se desplazó rápido, con el arma bien agarrada y firme apuntando hacia abajo y hacia delante. Recordaba perfectamente la distribución de la casa, así que no le costó ningún esfuerzo rodear una mesita en el pasillo. Clair la hubiera tirado con toda seguridad; era como si la luz del exterior se detuviese en el umbral de la puerta y no quisiera entrar.

Pasada la mesilla, llegaron a una zona grande y diáfana que parecía ser una biblioteca o una especie de sala de estar. Los restos de una lumbre crepitaban y chisporroteaban en una chimenea de piedra. Había una mesa auxiliar tirada, hecha astillas y rodeada de cristales rotos: los restos de una licorera, o tal vez de un jarrón. Habían volcado el sofá y lo habían dejado de lado. Una mujer estaba tirada en el centro de la alfombra.

Nash estudió la habitación y se arrodilló a su lado. La criada, supuso Clair por el uniforme. Los vigiló a los dos con el rabillo del ojo mientras apuntaba con el arma al pasillo.

La mujer tenía las manos y los pies atados con un cable de teléfono, y la habían amordazado. Clair pudo ver cómo sus ojos se movían rápidamente en la tenue luz, muy abiertos, mirándolos a ambos. Nash le hizo un gesto para que guardara silencio y le retiró la mordaza de la boca. La mujer tosió y se le humedecieron los ojos.

—¿Sigue aquí? —le preguntó Nash en un susurro.

## Diario

—Tendría que haberme cargado a este cabrón hace veinte minutos — dijo el señor Smith. Estaba en el umbral de la puerta con el rifle en la mano buena.

—¿Y por qué no lo has hecho? —le preguntó madre.

—No sabía qué hacer con tu marido. No era así como tenía que ir esto.

—A veces hay que improvisar —le dijo madre—. Déjame que vea esa mano.

El señor Smith se dirigió hacia ella, y vi cómo la señora Carter le propinaba una bofetada a madre en la cara, con las manos aún esposadas, y casi la tumba.

—¿A qué viene eso? —le soltó madre. Sangraba por la comisura de los labios.

—Hace días que podrías haber acabado con esto. ¿Sabes lo que me hizo con la rata? ¡Me podía haber matado!

El señor Smith bajó el brazo y se llevó al señor Desconocido a rastras al interior de la casa, hacia el sótano.

—Dejad de pelearos, que no tenemos tiempo. Briggs ha pedido refuerzos cuando veníamos para acá.

El cuerpo sin vida de padre seguía desplomado en el suelo.

No me había movido.

No era capaz de moverme.

La señora Carter se acercó despacio y me pasó la mano por el pelo.

—¿Estás bien?

Asentí. Tenía la cabeza aturdida, como si los pensamientos tuvieran

que atravesar una pasta de melaza. Saqué las fotografías del bolsillo y se las entregué a la señora Carter.

—Esto es suyo.

Miró las fotos, las fue pasando con mucho detenimiento y se sonrojó.

—¿Dónde las has encontrado?

—En la mesa de su cocina esta mañana. Alguien las dejó allí.

El señor Smith soltó una risita.

—Ha sido Briggs, ese puto enfermo. Las encontró encima del frigorífico, metidas en un libro de cocina, y las dejó ahí fuera.

El cadáver de padre.

Oí un quejido y me percaté de que salía de mí. Un oscuro sollozo desde lo más profundo de mi garganta.

—Te dije que el crío estaba hecho polvo. No está bien, nunca lo ha estado —dijo madre.

Su mirada era fría y oscura. No era esa la madre que yo necesitaba en ese momento; esta era la otra madre, una que no veía los cadáveres en el suelo, como si fuesen transparentes, como si no estuviesen allí siquiera.

La señora Carter la miró con el ceño fruncido.

—No deberías decir esas cosas.

Madre se acercó y me levantó la cara con la mano en la barbilla.

—¿Cuándo fue la última vez que te tomaste la medicación?

—No... no lo sé.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé —me imitó con un canturreo en la voz—. Quiero que vayas corriendo al lago y cojas las llaves del sitio donde la señora Carter las escondió. ¿Crees que podrás hacer eso?

Asentí.

—Sí, mamá.

—No me llames así. Sabes que odio que me llames así.

—Perdóneme, madre.

—Vete ya, entonces. Hay que darse prisa. Tenemos que marcharnos antes de que aparezcan los amigos de ese tipo. —Señaló con la barbilla el cuerpo del señor Desconocido.

Me abrí paso a empujones entre el señor Smith y la señora Carter. Al mirar atrás, madre estaba manipulando la cerradura de las esposas de la señora Carter. Hicieron un ruido metálico en el suelo, y la mujer se frotó las muñecas. Intercambiaron un cuchicheo entre ambas sin dejar de mirarme. El señor Smith estaba moviendo el cuerpo de padre.

Sin decir nada, eché a correr hacia el pequeño sendero que conducía

al bosque.

Porter

Día 2 – 17:27

Porter tomó el cúter de manos del taxista y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Cómo se llama?

—Marcus. Marcus Ingram.

—Marcus, ¿tiene usted un arma?

La voz de Kloz alcanzó el suficiente volumen como para que la oyesen a pesar de no tener activado el altavoz del teléfono.

—Sam, tú no vas a entrar ahí. Espera a los refuerzos. Te acaban de apuñalar, ¿lo recuerdas? No deberías andar por ahí paseándote, y punto. Clair tiene autorización para pegarte un tiro si lo intentas.

—Marcus, ¿tiene un arma? —le volvió a preguntar Porter.

El taxista le dijo que no con la cabeza.

—No me gustan las armas, pero sí tengo esto. —Metió la mano debajo del asiento del conductor y sacó un bate de béisbol pequeño con el letrero «Chicago Cubs» impreso en letras de colores—. Lo compré en 2008, cuando jugaron con los Dodgers por el título de la división. Perdieron, pero este chiquitín me ha ayudado a tumbar a unos cuantos atracadores y caraduras. No es uno de esos bates baratos que venden de recuerdo; está hecho de fresno blanco americano. Esto no se raja.

—¿Porter? He hablado con Control. Tienen coches en camino. No te muevas de donde estás.

Porter cogió el bate y calibró el peso en la mano. Pesaba un poco.

—¿Qué me dice de una linterna?

Marcus asintió.

—*Sip*. —Metió la mano en el coche y sacó una linterna de led pequeña—. Es canija, pero alumbraba. —Se la entregó a Porter.

—¿Kloz? Te voy a mantener al teléfono tanto como pueda, pero me voy a guardar

el móvil en el bolsillo para poder usar las dos manos. Intenta mantenerte en silencio. Si está ahí dentro, no quiero que me oiga llegar.

Pero Bishop sabía que iría; Porter estaba seguro de ello. El hombre que antes era Watson había dejado un clarísimo rastro de miguitas de pan, y no solo sabía que Porter iba para allá, sino que lo estaría esperando.

—Quiere que vaya solo, Kloz. Si esa chica sigue viva y está ahí dentro, nuestra única oportunidad de llegar hasta ella es que lo haga yo solo, tal y como él quiere — dijo Porter.

Kloz suspiró.

—Te matará. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Podría haberme matado ya. Él quiere que yo llegue vivo hasta el final de esto.

—Para poder matarte —contestó Kloz—. Este es su último acto, y quiere que tú representes tu papel. Esa es la única razón de que te haya mantenido con vida. Una vez que caiga ese telón, tu papel se habrá acabado, y él habrá terminado contigo. Aguanta ahí fuera hasta que lleguen los refuerzos. Estarán allí en menos de diez minutos. Si entras ahí solo, estarás cometiendo un suicidio.

Porter no necesitaba pensárselo ni un instante. Sin Heather en su vida, no tenía nada por lo que le mereciese la pena vivir.

—Diles que busquen a Marcus. Él se va a quedar aquí fuera y va a esperar al equipo táctico. Les podrá indicar por dónde he entrado.

Acto seguido, antes de que le diera tiempo a Kloz a responder, Porter se metió el móvil en el bolsillo y cruzó la acera hacia el 314 de Belmont Oeste con la linterna en una mano y el pequeño bate de béisbol en la otra.

## Diario

Al acercarme, el lago tenía un aspecto extrañamente tranquilo, con el agua inmóvil salvo por las leves ondas causadas por un pato que flotaba perezoso en la superficie, hacia el centro. Hice corriendo todo el camino, y casi me derrumbo al llegar al borde del agua, con la respiración jadeante y trabajosa. Esperaba que correr me aclarase la mente, que me ayudase a olvidar lo que acababa de ver, lo que acababa de pasar, pero en cuanto cerraba los ojos, veía cómo la bala atravesaba a padre. Veía a madre observando; observando y sin actuar, allí de pie y tan inmóvil como yo mientras mataban a padre. Me doblé por la cintura, con las manos en las rodillas, hasta que recuperé las fuerzas, y acto seguido me puse a mirar por la orilla en busca del gato.

Nada quedaba salvo piel y huesos; ya habían limpiado la poca carne que había visto en mi última visita. Ni una sola hormiga correteaba por el cuerpo. Se estarían dedicando a otras cosas más grandes y mejores, supuse. Siempre había algo muriéndose en el bosque, con la misma seguridad con la que surgía la vida.

Le di un toquecito al gato con la puntera, y esperé ver algún escarabajo u otro animal rezagado salir corriendo, pero no salió nada.

Madre me había dicho que me diera prisa.

Caí de rodillas, aparté el gato y empecé a escarbar la tierra bajo el frágil esqueleto. Percibí un olor ligero, una mezcla de cebollas y espinacas podridas, e intenté no pensar en la grasa deshecha y en la porquería que probablemente se habría filtrado en la tierra mientras el gato se descomponía. Aparté de mi mente esta idea, porque me daba la sensación de que iba a vomitar, y teniendo en cuenta que el cuerpo del

señor Carter descansaba en el fondo del lago que tenía a mi lado no podía dejar un charco de vómito en la orilla para que las autoridades lo encontrasen si alguna vez se topaban con el lugar de su eterno descanso.

A unos quince centímetros de profundidad, rocé una bolsa de plástico con los dedos, de esas que tienen un autocierre arriba, tiré de ella y sacudí la tierra adherida.

Dentro estaba mi navaja.

Ninguna llave de cajas de seguridad.

Mi navaja de campo con la hoja plegable, nada más.

Se me empezó a formar un nudo en el estómago, como si un doloroso puño me agarrase los intestinos.

Cogí la bolsa y regresé a casa. Oí las voces justo antes de salir del bosque para entrar en nuestro jardín.

Voces masculinas.

Había dos furgonetas blancas en nuestra entrada; en las puertas, escrito en llamativas letras rojas, se leía «Corporación Talbot».

El Plymouth Duster había desaparecido.

Madre y la señora Carter se habían marchado con el señor Smith. De eso estaba seguro.

Estaba solo.

## Porter

Día 2 – 17:31

El 314 de Belmont Oeste tenía la fachada de cristal y la mayoría de las ventanas estaban selladas con tableros de contrachapado, pero la puerta grande de torniquete de cristal no. Porter le dio un empujón a modo de prueba, esperando encontrársela cerrada, pero la puerta giratoria se movió y giró sobre su eje. Tras dirigir una última mirada atrás, hacia Marcus, puso el pie dentro y siguió el giro. Los sonidos y los olores de la ciudad se evaporaron rápidamente, reemplazados por el silencio más absoluto y el pulverulento olor del serrín del pladur. Salió de la puerta giratoria y se encontró en el vestíbulo del edificio.

Lo primero que pensó Porter fue que aquel sitio no estaría terminado en primavera ni de coña. Los muros eran de hormigón visto con marcos de aluminio de sesenta por uno veinte, desperdigados al azar. Se imaginó que todo aquello sería recubierto y formaría paredes y estancias, pero en ese momento lo único que había en aquel espacio era un caos intencionado. El suelo estaba plagado de decenas de huellas que iban en todas direcciones. La luz de las farolas de la calle entraba por los grandes ventanales a su espalda e iluminaba la sala, pero la visibilidad menguaba rápidamente a medida que sol se apagaba.

Porter se arrodilló y estudió las huellas. Encendió la linterna e hizo que el haz de luz barriera el suelo con la lenta constancia de un faro que recorriese una bahía. Todas las huellas parecían de botas de trabajo, todas menos un par. Se puso en pie, se acercó y se inclinó para verlas mejor. Zapatos de vestir de caballero. A su lado se dibujaba un sendero en el polvo, como si hubieran arrastrado algo.

Siguió el rastro hasta la esquina occidental, al fondo de la estancia que se convertiría en el vestíbulo, y se encontró de pie ante una batería de ascensores, seis en total, que ocupaban la pared del final. Pulsó el botón para llamar un ascensor, pero no sucedió nada. No esperaba que funcionaran. La electricidad tenía pinta de estar

cortada. Las puertas de acero estaban cerradas y selladas con un precinto de seguridad alrededor de una nota que decía «Peligro – sin cabinas».

El rastro en el polvo continuaba más allá de los ascensores y seguía por un pasillo a la izquierda. Al doblar la esquina, se encontró con una puerta: las escaleras de emergencia, se imaginó. En rojo vivo, garabateado sobre la pintura verde descolorida, ponía: NO VEAS EL MAL. En el suelo, a sus pies, había dos globos oculares humanos. Le miraban con una inquietante calma.

85

Clair

Día 2 – 17:31

—Miranda, ¿sigue ese hombre en la casa? —le volvió a preguntar Nash, con más firmeza.

La criada tenía costras de lágrimas secas en los ojos. Gimoteó ligeramente, negó con la cabeza, se encogió de hombros y enseguida asintió.

—No lo sé —respondió la mujer—. No le he visto marcharse.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que lo ha visto?

Parecía confundida con aquella pregunta. Se le abrieron un poco más los ojos.

—No... no lo sé.

—¿La ha drogado?

La mujer se quedó mirándolo fijamente, como si lo estuviera considerando.

—No sé, creo que sí. No recuerdo que me atase. Tengo todo un poco borroso.

—¿Hay alguien más en la casa? —le preguntó Nash.

La criada respiró hondo y miró hacia la escalera.

—La señora Patricia y el señor Talbot están en su dormitorio. —Los ojos se le abrieron más aún—. El hombre ha subido. Recuerdo que ha ido hacia las escaleras.

Nash siguió la mirada de la mujer hacia las escaleras, apenas visibles en aquella luz menguante.

—¿Y Carnegie?

—No estoy segura de si está en casa. No la he visto desde esta mañana. Podría estar en su cuarto.

Clair se arrodilló junto a la mujer, con los ojos y el arma apuntando aún hacia el pasillo.

—Miranda, ¿verdad?

La mujer asintió.

—Voy a desatarla. Cuando lo haga, quiero que salga fuera. Verá mi coche, un

Honda verde. Está abierto. Súbase y espere a que llegue la policía. Quédese agachada y manténgase escondida hasta que lleguen —dijo Clair—. ¿Cree que podrá hacerlo?

Miranda asintió.

Clair se encargó con rapidez del cable que le sujetaba las piernas a la mujer mientras Nash le desataba las manos. Cuando la criada trató de ponerse en pie, se tambaleó y casi se cayó. Nash la sujetó y la ayudó a mantener el equilibrio.

—Es posible que su cuerpo tarde un rato en expulsar completamente lo que sea que ese hombre le haya dado, así que intente moverse despacio.

—Creo que voy a vomitar —dijo Miranda con un tono ceniciento en el rostro. Se agarró a la mesa y se sujetó.

—Tómeselo con calma —le dijo Clair—. La ayuda estará aquí enseguida.

Se quedaron mirando cómo la mujer seguía la pared hasta que llegó a la puerta principal y salió a la noche, cada vez más oscura. Una vez que hubo desaparecido de su vista, los dos se dieron la vuelta hacia la escalera con las armas preparadas.

## Porter

## Día 2 – 17:32

Porter pasó el dedo por la pintura. Todavía estaba húmeda.

Los ojos eran azules.

Quería llamar a Emory a gritos, pero sabía que eso solo serviría para delatar su posición. También sabía que debería meter los ojos en una bolsa, pero no tenía ninguna. Se arrodilló. Bishop los había sacado enteros, con nervio óptico y todo. No era fácil hacerlo. Un ojo sí se sacaba con cierta facilidad, pero hacía falta una mano experta y las herramientas apropiadas para llegar detrás y retirarlos de las cuencas sin dañarlos. Tenían pinta de ser recientes. La sangre apenas había empezado a coagularse y secarse.

Porter se metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil.

—¿Kloz? Estoy dentro. He encontrado los ojos de Emory delante de la escalera de emergencia de la planta baja. ¿Has llamado también a una ambulancia?

No oyó nada y miró el teléfono: «Sin servicio».

—Mierda.

Se volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

Apretó la mano en el mango del bate al pasar por encima de los ojos, presionó con suavidad el botón de desbloqueo de las puertas, las abrió y accedió a la escalera. La luz de la linterna barrió el polvo y los restos suspendidos en el aire como si de una niebla seca se tratase, y tuvo que contener las ganas de estornudar. Era imposible seguir el rastro por allí. Eran tantas las huellas que convergían en el primer escalón que Porter no podía distinguir cuántas personas lo habían pisado, pero podrían ser decenas.

Alumbró directamente hacia arriba.

¿Cuántos pisos había dicho Kloz que tenía aquel edificio? ¿Había llegado a decirlo? Desde fuera parecía tener por lo menos cincuenta plantas. Porter no tenía

claro que fuese capaz de subirlas ni en su mejor día, así que no digamos con una herida reciente de arma blanca en el muslo. Se bajó un poco los pantalones verdes de hospital y se miró la herida. Ya no le sangraba. Sin embargo, aún sentía punzadas de dolor en la pierna. La puñetera casi le dolía más ahora que cuando le habían clavado el cuchillo. Por lo que podía ver, la zona que rodeaba el vendaje y el esparadrapo se le estaba poniendo morada y negra.

Sacó el cúter del bolsillo y lo utilizó para cortar un trozo de tela de la camisa. Con ella recubrió el vendaje para asegurarlo en el sitio. Cortó otro trozo y lo ató con fuerza justo por encima de la herida, no tan eficaz como un torniquete, pero lo suficiente para ralentizar el flujo de la sangre. Con un poco de suerte, aquello bastaría para mantenerlo en pie, al menos durante un rato.

Porter comenzó a subir escalones.

87

Clair

Día 2 – 17:33

Nash tomó la delantera y cruzó el pasillo moviéndose con fluidez. Clair lo siguió muy de cerca. La puesta de sol no solo había sumido la casa en la oscuridad, sino que un frío otoñal se había filtrado en el aire. Se le erizó el vello de la nuca y el de los brazos, y se dijo que aquello era también efecto del frío, pero los latidos del corazón que sentía en el pecho le contaban una historia completamente distinta.

El primer escalón crujió con el peso de Nash; Clair le oyó soltar un juramento en voz baja y le apretó el hombro con la mano libre. Oyó crujir las tablillas también bajo su propio peso y pensó en quitarse los zapatos, pero se imaginó que probablemente serviría de poco en una casa como aquella. Las estructuras con tantos años solían tener suelos de madera que crujían al pisar.

Subieron despacio para intentar minimizar el ruido, palpando con los pies los escalones conforme ascendían. Cuando los dedos de Clair dieron con algo húmedo sobre la barandilla, se detuvo y se llevó a la nariz las yemas de los dedos. Era inconfundible el aroma a cobre de la sangre. Lo había olido más veces de las que recordaba, pero eso no hacía que resultara más fácil.

Nash se detuvo también y se volvió para mirarla con el rostro envuelto en la penumbra.

Clair le mostró los dedos en alto.

—Sangre —susurró, y la palabra se le escapó en un solo suspiro.

Nash se miró la mano. Clair vio cómo se limpiaba la sangre en los pantalones antes de continuar subiendo la escalera.

Le sudaban las palmas, y la Glock le pesaba cada vez más.

En lo alto de los escalones encontraron un rellano con un pasillo que se prolongaba en ambas direcciones. Tenían un cuarto de baño justo enfrente. Nash entró agachado y con el arma por delante para confirmar que estaba vacío.

Clair permaneció con la espalda pegada a la pared del pasillo y apuntando hacia el interior hasta que Nash regresó al rellano.

El pasillo estaba iluminado con una pequeña hilera de luces led incrustada en el rodapié, de modo que pudieron ver tres puertas cerradas a la izquierda y una puerta doble al fondo del pasillo de la derecha. Las paredes estaban forradas de fotografías familiares de diversas formas y tamaños. Clair dio por sentado que la puerta doble daba al dormitorio principal, mientras que las otras eran de los cuartos de invitados y la habitación de Carnegie.

—¿Por dónde? —preguntó en un susurro.

—Al principal —le respondió Nash, que ya avanzaba por el pasillo.

Porter

Día 2 – 17:33

Porter se detuvo justo antes de alcanzar el rellano de la tercera planta. El pequeño espacio de sesenta centímetros por metro veinte estaba cubierto de polvo y de envoltorios desechados de comida rápida. Las paredes estaban pintadas de color verde lima.

Oyó una voz.

Bate en mano, subió los últimos escalones barriendo de un lado a otro con la luz de la linterna, en una oscuridad cada vez más impenetrable.

—¿Es que se ha cansado ya, Sam?

A la voz le siguió un crujido rápido y estático; después, silencio.

—¿Dónde estás, Bishop? —dijo Porter, y su voz le sonó más alto de lo que esperaba al rebotar el eco de sus palabras por el hormigón.

—Ya sé que no está en forma, pero vamos, hombre, que he visto a ancianitas con su andador subir un tramo de escaleras más rápido que usted.

—Que te jodan.

—Quizá le venga bien el ejercicio, quemar un poco de esa panza. —Crujido.

Porter localizó la radio al llegar al rellano: una Motorola negra pequeña con una antena de goma que estaba de pie, apoyada en la contrahuella del primer escalón del siguiente tramo de escaleras.

Cuando Bishop volvió a hablar, un pequeño led rojo se encendió al ritmo de su voz.

—¿Qué le parece una cancioncilla para pasar el rato? ¿Le apetece, Sam?

Porter cogió la radio. La voz de Bishop canturreaba entre crujidos.

—«Ganso, ganso, ganso, ¿hacia dónde iré sin descanso? Arriba y abajo, y por todas las habitaciones, donde vi a un viejo que no quería rezar sus oraciones. Lo agarré de la pierna izquierda ¡y lo tiré por los escalones!». ¿Se ha preguntado alguna

vez por el origen de esa cancioncilla para niños, Sam? A ver, es un poco siniestra para los críos, pero cantársela, se la cantamos. Cómo disfrutaba mi madre cantándomela siempre que subíamos o bajábamos un tramo de escaleras.

Porter presionó el botón de la radio y se llevó el micrófono a los labios.

—Voy a por ti, chalado de mierda.

—¡Sam! —respondió la voz de Bishop—. Por fin lo ha conseguido. Estaba empezando a preocuparme por usted.

—¿Dónde estás, Bishop?

—Muy cerca, Sam. Quería esperarle. Sabía que lo resolvería. Usted es el más listo de esa panda suya de tarados. Ha hecho falta un poquito de ayuda, pero lo ha conseguido. Estoy muy orgulloso de usted.

—He encontrado los ojos. ¿Emory sigue viva?

Bishop suspiró.

—Lamento mucho no haber tenido tiempo para envolverseles. Temía que una rata los encontrase antes de que usted llegara y se largase con un succulento bocado entre los dientes. Tampoco podía hacer demasiado al respecto, pero me alegro de que llegara usted antes.

Porter se percató de que los tenía que haber tapado con algo. No había pensado en las ratas.

—¿Dónde estás?

Bishop contuvo la risa.

—Ah, me temo que todavía le queda un trecho. El ascenso no puede ser fácil con esa herida. Lo lamento sinceramente. Espero no haberle hecho demasiado daño, pero tuve que improvisar. Usted y sus amigos me han puesto en un verdadero aprieto. —Cortó la comunicación por un segundo y prosiguió—: Será mejor que aumente el ritmo, Sam. No nos queda mucho tiempo. Con herida o sin ella, aún tiene mucha escalera por delante.

Porter empezó a subir de nuevo. Se le había agarrotado la pierna por quedarse quieto, aun por un momento tan breve. Obligó a los músculos a responder y apretó los dientes cuando llegó el dolor. A cada paso sentía como si volviese a tener el cuchillo en el muslo, atravesando músculo y tejido adiposo.

—Déjame hablar con ella. Eso me lo debes. Déjame comprobar que sigue viva.

Recibió por respuesta un ruido estático, y a continuación resonó la voz de Bishop en el minúsculo altavoz.

—Me temo que Emory no se puede poner ahora mismo.

Porter dobló el recodo de la cuarta planta y continuó subiendo; le ardían los pulmones.

—Y bien, ¿lo ha terminado? —preguntó Bishop.

—¿Terminar el qué?

—Ya sabe qué.

—¿Esa especie de diario tuyo?

—No se burle de mí, Sam. Jamás se burle usted de mí. Burlarse es una maldad, una maldad por la que no siento mucho aprecio.

Sam se secó la frente con el hombro de su camisola de hospital.

—Pues tu madre se burló de ti al final. ¿Cómo te sentó eso?

—Así que lo ha terminado.

—Sí, lo he terminado.

—Mi madre era una mala bruja que se merecía lo que fuera que le sucediese — dijo Bishop.

—Suenas como si tu madre fuese una fiera en la cama. Tenía a todo el mundo comiendo de la palma de su mano. Las más macizas siempre están locas.

—Ya veo lo que intenta hacer, y no le va a funcionar, así que póngale fin a las pullas ahora mismo —le soltó Bishop en respuesta.

—¿No volvieron, entonces? ¿Te dejaron ahí?

Sonaron varios *clics* en la radio, como si Bishop estuviera pulsando el botón de hablar una y otra vez, en una rápida sucesión, como si fuese un tic nervioso.

—¿Se acuerda de las cerillas? Quemé la casa hasta los cimientos, con la gente de Talbot dentro, achicharrándose. Se me ocurrió aprovechar aquella gasolina que el señor Desconocido y Smith habían echado por todas partes. Los bomberos llamaron a protección de menores, y me llevaron a un sitio que llaman «centro de rehabilitación». Me pasé dos semanas allí antes de que me asignaran mi primera familia de acogida. Nadie tenía la menor idea de que yo había iniciado el fuego. Si madre volvió a por mí alguna vez, yo no me enteré.

—Suenas como si se hubiese largado hacia el atardecer con esa tal señora Carter y no quisiera tener que cargar con el mocoso de su hijo en esa fantasía suya en plan Thelma y Louise. Jamás tuvieron ninguna intención de llevarte.

—Estaba mejor sin ellas.

—¿Con los servicios sociales? Sí, supongo que tienes razón. Si de verdad sucedió la mitad de lo que escribiste, creciste en una casa bien jodida.

—Esa boca, Sam, esa boca.

—Cierto, no pronuncies el mal. Lo siento. Lo último que querría es violar una de las normas de tu bendito padre.

Quinta planta.

—Tu madre quería que tu padre muriese ese día, lo había planeado. Lo suyo con él había terminado. ¿Quién se estaba tirando al rubio? ¿Tu madre o la señora Carter? ¿Las dos? Demonios, seguro que ese tío se las cepillaba a las dos mientras tú te toqueteabas la picha en el rincón.

—Esa boca, Sam.

—Que te den por culo, Bishop. «Demonios» no es una palabrota.

Bishop respiró hondo.

—Maldecir en cualquiera de sus fórmulas es señal de una mentalidad débil, y yo sé que usted es cualquier cosa menos una persona de mentalidad débil. Seguro que ya

tiene ideado un plan para arreglar las cosas con el tipo que disparó a su mujer. ¿Cómo se llamaba? ¿Campbell? Salió usted de allí tan tranquilo y tan magnánimo, pero yo vi la ira arder detrás de su mirada, el odio.

—No todos buscamos venganza.

Bishop contuvo la risa.

—Si le encerrase con él y le asegurase a usted que hiciera lo que hiciese no tendría repercusiones, ¿no le haría daño al chico? ¿No le metería una bala entre ceja y ceja? ¿No sacaría un cuchillo y lo rajaría del cuello a la ingle para verlo desangrarse? No se engañe usted, Sam. Todos lo llevamos dentro.

—Pero nosotros no lo llevamos a la práctica.

—Algunos sí lo hacemos, y el mundo es un lugar mejor gracias a eso.

Porter dejó escapar una risita.

—A lo mejor tu madre no habría salido corriendo sin ti si no fueras un crío llorón tan gilipollas. Quizá los tres te hubieran incluido en su maravilloso plan. Podrías haber disfrutado de una vida con tu nuevo papi y tus dos mamis, y lo que cojones fuese que tenían escondido en las cajas de seguridad.

Bishop soltó una risa suave.

—Seguro que sus amigos de la Cincuenta y uno tienen planeado dejar abierta la celda de Campbell esta noche y dejarle entrar a usted por la puerta de atrás para que pueda mantener una bonita charla en privado con él. Y si lo encuentran colgado de las vigas por la mañana, ¿de verdad le iba a importar a alguien? Nadie derrama una sola lágrima por alguien como ese tío. Usted se lo merece, ¿verdad? Por lo que le hizo, ¿no?

—¿Cuál era su auténtico nombre? El del rubio.

Bishop no respondió de primeras, pero su voz sonó poco después con un crujido en el altavoz.

—Franklin Kirby.

—Tu madre y la señora Carter planeaban huir con Franklin Kirby desde el principio.

—Sí.

—Tu padre no formaba parte de ese plan.

Bishop no dijo nada.

—¿Cómo es que tu madre y la señora Carter conocían siquiera a Kirby?

Porter se dedicaba ahora a darle conversación. Ni Kirby ni los Carter ni los padres de Bishop le importaban una mierda, pero sabía que mientras mantuviese a Bishop charlando, no le estaría haciendo más daño a Emory. Y tenía que evitar que le hiciese daño a Emory.

Bishop volvió a hacer *clic* en el micrófono: cinco veces, una docena de veces.

—Kirby trabajaba con Simon Carter en el departamento de operaciones de la empresa de contabilidad. Creo que era el responsable de las salidas de dinero. Lo más probable es que planeasen entre los dos dividirse los fondos y conservar la

documentación como garantía de que nadie iría a por ellos.

—Nadie iba a perseguir unos pocos millones de dólares y arriesgarse a que se filtrara una información que podría tumbar todo su negocio.

—Correcto.

—Pero, de alguna manera, Kirby le traicionó con la ayuda de tu madre —dijo Porter—. Y a su socio también. Lo mató así, por las buenas.

—Simon Carter maltrataba a su mujer. Ella vio una posible salida y la aprovechó. Yo creo que madre accedió a ayudarla a ella, y el otro hombre fue un daño colateral.

Porter sintió un hilillo templado en la pierna y bajó la mirada; otra vez le estaban sangrando los puntos. Se presionó el muslo con la mano y continuó subiendo.

—Viste el nombre de Talbot en las furgonetas y lo relacionaste, ¿no?

La radio se quedó en silencio.

—¿Bishop?

—Padre me enseñó a afrontar todas las situaciones con un plan meditado a fondo. A los dieciséis ya tenía varias identidades falsas. Es fácil hacerte con ellas cuando entras en el sistema de los servicios sociales. Empecé a conocer a una buena cantidad de futuros criminales desde el preciso instante en que puse el pie en mi primera residencia de menores. Eso sí, me mantuve limpio; evité las peleas y las drogas. Me concentré en una sola cosa y acabé consiguiéndola: trabajar para Talbot. Fui paciente. Comencé como becario y fui ascendiendo. Siempre se me dieron bien los ordenadores, un don, supongo. No me costó entrar en el departamento de informática. Seguí el rastro de los pasos de Simon Carter. Él lo había puesto fácil: ¿todos los documentos que robó? Hizo copias de seguridad en los propios servidores de la compañía y las dejó allí, delante de sus narices, bajo el nombre de clientes fantasma. En un plazo de dos años, tenía todo lo que él había reunido y más. El señor Carter había recopilado información sobre decenas de criminales de toda la ciudad que se remontaba cerca de veinte años. No solo tenía registros detallados de sus delitos, sino que además tenía registros contables de prácticamente cada dólar que cambiaba de manos. Esa era mala gente, Sam. Había de todo, desde el juego hasta la explotación sexual; todos ellos relacionados, todos ellos trabajando juntos en esa red clandestina de malicia que respiraba como un ser vivo. Me pasé los días trabajando para Talbot y las noches juntando todas las piezas.

—¿Vivías por tu cuenta a los dieciséis?

—Vivía en el West Side, en un piso de alquiler que estaba vacío. Compartía el apartamento con otros cinco chicos a los que había conocido en el sistema de acogida de menores. Cualquier cosa era mejor que las residencias de los servicios sociales. No me interrumpa, Sam, es de mala educación.

—Perdón.

Bishop prosiguió:

—Todos esos criminales vinculados como en una tela de araña, todos y cada uno, y resulta que había un hombre en el centro, un hombre que tenía mano en todo ello.

—Talbot.

—Tal vez fuera el socio de Kirby quien apretó el gatillo contra mi padre, pero detrás de aquel revólver se encontraba toda esta gente —dijo Bishop con solemnidad—. Y Talbot más que ningún otro.

—¿A cuántos has matado? —preguntó Porter casi sin resuello al doblar el recodo de la novena planta.

—Ya no soy tan puro, Sam, pero hice lo que había que hacer.

—Mataste a personas inocentes.

—Nadie es inocente.

—Déjame hablar con Emory —le volvió a pedir Porter.

Décima planta.

—Oiga, ¿quiere oír algo divertido?

—Claro.

Un grito surgió tanto de arriba como del minúsculo altavoz que Porter tenía en la mano, un grito de dolor tan espeluznante y desgarrador que lo sintió en su propia piel.

—Será mejor que se dé prisa, Sam. Vamos, vamos.

Clair

Día 2 – 17:34

La puerta estaba cerrada con pestillo.

Nash volvió a girar el picaporte como si esperase obtener un resultado distinto y se dio la vuelta, frustrado.

Clair presionó la oreja contra la puerta.

Nada.

Nash le hizo un gesto para que retrocediese y se inclinó mostrándole tres dedos.

Clair lo entendió.

Se arrodilló y apuntó con el arma hacia la puerta con los codos apoyados.

Nash bajó un dedo, luego otro. Al tercero, impactó con todo el peso de su cuerpo contra la puerta y casi cae al interior de la habitación al ceder el marco con un desafiante crujido.

Aún agachada, Clair hizo un barrido por la habitación con el arma lista.

En el centro del dormitorio había una cama grande con dosel, colocada bajo un techo con molduras muy elaboradas. A la izquierda vio una pequeña zona de estar con estantes llenos de libros, un escritorio y un sofá grande que separaba aquel espacio del resto de la habitación. Una chimenea crepitaba en el rincón de la zona de estar. En la otra punta del dormitorio principal, otro pasillo doblaba una esquina.

Nash se movió con precaución, y Clair lo siguió.

Había una mujer tumbada en el suelo junto al sofá, atada y amordazada igual que la doncella en el piso de abajo.

Nash se fue directo al vestidor, en el extremo derecho, y apartó la ropa a base de manotazos para asegurarse de que estaba vacío. Clair continuó y dobló la esquina. Se encontró en el interior de un cuarto de baño de mármol blanco. Aquel espacio tan recargado no ofrecía escondite ninguno. A la izquierda había un armario de ropa blanca lleno de toallas gruesas y suficientes botes de champú, acondicionador y

suministros de higiene para abastecer a un hotel pequeño. Allí no había nadie escondido.

Volvió al dormitorio y se encontró a Nash mirando debajo de la cama.

Clair se arrodilló junto a la mujer y le quitó la mordaza.

—¿Sigue aquí?

—No..., me parece que no —dijo ella con voz temblorosa—. ¡Dios mío, creo que se ha llevado a Arty!

Se revolvió entonces, frenética, tratando de obligar a su cuerpo a incorporarse y sentarse. Nash la ayudó, la desató y la acompañó hasta una silla con un relleno exagerado, junto a la cama.

—¿Y su hija? —le preguntó Nash.

—Carnegie no llegará a casa hasta las... —Estiró el cuello hacia atrás, hacia la chimenea del extremo opuesto, donde un pequeño reloj daba la hora desde la repisa—. ¿Qué hora es? Está oscuro. No lo veo bien.

—Deben de ser las cinco y media.

—¿Más de las cinco?

Una sirena aullaba a lo lejos.

Clair se acercó al ventanal junto a la cama y abrió la cortina. No pudo ver nada.

—Señora, ¿cuánto tiempo hace que se ha ido?

Nash ya le había desatado las manos, y la mujer se frotó las sienes.

—Arty ha llegado a casa un poco después de las dos para cambiarse para una reunión. Ese hombre ha llegado justo después. Diez minutos más tarde, como mucho.

—¿Qué ha pasado?

—No sé exactamente..., todo ha sucedido muy rápido. Yo estaba ahí, en el sofá, leyendo, y alguien ha llamado a la puerta del dormitorio. Me he imaginado que sería Miranda. Arty ha dicho que iba él. Un segundo después he oído un golpe muy fuerte, y al ponerme de pie para ver qué estaba pasando, ha entrado ese hombre corriendo. Se ha lanzado sobre mí y me ha empujado hacia el sofá. Creo que me he dado un golpe en la cabeza, porque me he desmayado durante un momento. Cuando he recuperado la consciencia, tenía las manos ligadas, y el hombre me estaba atando los pies. He chillado, y él se ha quedado sonriéndome, sin más. En realidad, se ha disculpado por importunarme y me ha dicho que tan solo tenía que intercambiar una o dos palabras con mi marido. Luego me ha atado la mordaza en la boca. He visto a Arty allí tirado. —Hizo un gesto hacia el pasillo—. Se movía, pero muy despacio. Creo que estaba intentando levantarse. El hombre ha vuelto con él y le ha clavado una jeringuilla en el cuello, algún tipo de narcótico, porque Arty se ha desmayado después de eso. Entonces ha vuelto conmigo, se ha disculpado de nuevo y me ha pinchado con una aguja en el brazo. Me he vuelto a desmayar, y cuando me he despertado, ya se había extinguido prácticamente todo el fuego, así que he debido de estar dormida un buen rato. Después han llegado ustedes.

Clair buscó una foto de Bishop en su móvil y se la mostró.

—¿Es él?

La mujer asintió.

—¿Le va a hacer daño a Arty?

Nash localizó el interruptor de la luz y lo pulsó. Ojalá no lo hubiera hecho.

En la pared del dormitorio estaba garabateado con sangre: «No hagas el mal».

## Porter

## Día 2 – 17:40

Cuando Porter llegó a la undécima planta, percibió en la garganta el sabor de la descomposición. En la puerta, garabateado con sangre fresca y goteando por la pintura verde descolorida, se leía: «No pronuncies el mal». Tirada a sus pies, en el suelo, había una lengua humana junto con un par de pinzas.

Esta era su planta.

Se metió la radio en el bolsillo, apagó la linterna y agarró con más fuerza el bate de béisbol antes de empujar la pesada puerta metálica para abrirla. Entró agachado y con rapidez, haciendo caso omiso de las punzadas que le daba la pierna.

Un pasillo iluminado con velas.

Eran unas pequeñas velas blancas de dos centímetros y medio de ancho y cinco de alto, alineadas a lo largo de la pared de la izquierda. Seguían por el pasillo unos nueve metros antes de desaparecer a la vuelta de una esquina.

Porter sacó el móvil del bolsillo y pulsó el botón de inicio; seguía sin cobertura. Se guardó el teléfono y giró el bate entre las manos.

Guns N' Roses comenzó a aullar por el aire a media canción...

*Welcome to the jungle*  
*We take it day by day*<sup>[4]</sup>

Casi se le cayó el bate al tratar de taparse los oídos. Se apretó con las palmas de las manos ambos lados de la cabeza y sujetó el bate con la yema de los dedos. Nunca había oído una música tan alta. Era como estar en primera fila en un concierto. No veía ningún altavoz, pero la música procedía claramente de arriba y más adelante; arriba, más adelante y a la vuelta de la esquina.

Comenzó a recorrer el pasillo.

No le parecía que fuera posible, pero la música sonaba cada vez más alto. Porter hubiera jurado que las llamas de las velas bailaban al son de aquellos bajos.

Cuando llegó al final del pasillo y estaba a punto de girar aquella esquina, no le quedó más remedio que destaparse los oídos y agarrar el bate con ambas manos. Eso fue justo lo que hizo, dobló la esquina a toda prisa con el pequeño bate por delante y arrastrando la pierna ensangrentada por detrás. Se vio de repente en una especie de vestíbulo, lleno de restos tirados del negocio que antaño ocupaba aquel espacio.

En el centro de la sala había un viejo escritorio con un radiocasete maltrecho. Porter no había visto uno así desde hacía veinte años. La carcasa de plástico negro estaba cubierta de polvo y de pintura, le faltaba una de las dos portezuelas de las cintas magnetofónicas, y el cristal que debía proteger la radio convertía en ilegibles los números de las emisoras bajo una telaraña de grietas. Unas luces led parpadeaban y danzaban por la pantallita al son de la música, en un mar de rojo, verde, amarillo y azul. Un cable salía de la parte de arriba, serpenteaba por el escritorio y terminaba en cuatro altavoces grandes colocados unos encima de otros junto a uno de los tres huecos abiertos de los ascensores. Un cartel pegado con cinta delante del radiocasete decía: «Como cambies el dial del 97.9, te tiramos desde la azotea. Firmado: tus amigos del local 49». Debajo de eso, alguien había garabateado: «Clásicos del Rock forever».

Todos aquellos aparatos estaban enchufados a un generador rojo Briggs & Stratton que resoplaba a la derecha de Porter. Alargó una mano hacia abajo y pulsó el interruptor para apagarlo. El generador petardeó, se paró y cesó la música.

—¿Es que no le gustan los Guns? —crujió la voz de Bishop en la radio minúscula que llevaba guardada en el bolsillo.

Porter sacó de un tirón la radio del bolsillo y apretó con ganas el botón para hablar.

—¿Dónde coño estás?

—Se me olvidó contarle en quién se convirtió la señora Carter en su nueva vida.

—¿Qué?

—Lisa Carter murió el mismo día que falleció mi padre, pero ella renació con una nueva identidad. ¿Quiere que le diga cuál es su nuevo nombre? Podría sonarle, creo yo.

Porter no solo oía la voz de Bishop entre los crujidos de la radio, sino también procedente de algún otro sitio, su auténtica voz, en algún lugar cercano, como un eco. Sin embargo, no era capaz de localizar con precisión el origen, todavía le pitaban los oídos.

Había cuatro puertas abiertas en la zona de los ascensores, dos a cada lado. Las velas que rodeaban el escritorio no le permitían ver nada en la oscuridad más allá de la mesa. Podía sentir sobre él la mirada de Bishop.

—¿No quiere saber en quién se convirtió la señora Carter después de aquel día?

Porter avanzó hacia la primera puerta abierta con el bate en alto, listo para soltar

el golpe.

—No lo haga.

Porter se quedó petrificado.

Las sombras se movieron al otro lado de la sala cuando Anson Bishop surgió de la penumbra empujando a Arthur Talbot sentado en una silla de oficina con ruedas. El hombre estaba sujeto con cinta adhesiva al armazón de la silla, atado de pies, manos y torso. Un vendaje tosco le tapaba los ojos. Le caía la sangre por la boca.

Anson Bishop estaba de pie detrás de él, presionando con un cuchillo en su cuello.

—Hola, Sam.

Porter se acercó con precaución, estudiando aquel espacio que, por lo demás, estaba vacío.

—¿Dónde está la chica?

—¿Tiene un arma, Sam? Porque si la tiene, voy a pedirle que la deje ahí, en el pasillo.

—Solo esto. —Sostuvo en alto el bate.

—Eso se lo puede quedar si le hace feliz. Pero no se mueva de ahí. No es necesario que se acerque más.

Talbot soltó un quejido acuoso desde la silla, y la cabeza se fue hacia un lado.

Porter oyó sirenas a lo lejos.

—Déjame que lo lleve a un hospital. No es necesario que muera.

—Todos morimos, Sam. A algunos se les da mejor que a otros, ¿no es cierto, Arty? —Presionó el cuchillo contra el cuello de Talbot y surgió un hilillo de sangre. Talbot no reaccionó, debía de estar en estado de *shock*. Bishop volvió a levantar la cabeza y frunció el ceño—. Debería usted ir a que le miren eso. Quizá no haya sido buena idea lo de todas esas escaleras.

Porter se miró y se percató de que tenía empapado de sangre toda la pernera del pantalón; los puntos se le debían de haber saltado ya por completo. Se apretó la herida con la mano, y la sangre se le filtró entre los dedos. Estaba empezando a marearse. El bate se le resbaló de la mano izquierda y cayó al suelo.

—Estoy bien.

—Es usted un buen detective, Sam. Eso debería saberlo. Yo ya sabía que lo resolvería. ¿Y eso de anteponer a los demás a usted mismo? Es admirable. Y tampoco es que se vea mucho últimamente, ya no.

Porter respiró hondo y se obligó a mantenerse en pie y erguido, sin hacer caso del baile de motas que veía. Las sirenas se aproximaban.

—Estarán aquí enseguida. Todavía tienes tiempo de hacer las cosas bien. Solo dime dónde está Emory y suelta a Talbot. Vete sin más. No te puedo perseguir, así no.

Bishop empujó suavemente la silla con ruedas hacia el primer hueco de ascensor abierto, con una sonrisa en los labios.

—¿Que lo suelte?

—¡No! ¡No lo hagas! —Porter arrancó hacia él.

Entonces, Bishop levantó la mano del cuchillo y lo apuntó hacia él.

—¡Alto! No se acerque más.

Porter se quedó quieto.

La sangre de Talbot goteaba de la punta del cuchillo y le caía en el brazo. La silla no estaba a más de metro y medio de una caída de once plantas más los sótanos. Porter trató de hacer el cálculo, pero tenía el pensamiento un tanto nublado. ¿Treinta metros? ¿Treinta y cinco? No estaba seguro. Daba igual, en realidad; era distancia más que suficiente.

—Entiendo lo de Emory, pero ¿por qué quiere proteger a este cerdo? No tardará en ver los documentos, Sam; estoy seguro de que Clair y los chicos los habrán encontrado ya. Este hombre ha tenido las manos metidas en todos y cada uno de los asuntos turbios que ha habido en esta ciudad en los últimos treinta años. Todos los asesinatos y la corrupción que usted se desvive por evitar, él se desvive por crearlos. ¿Cuánta gente ha muerto por su culpa? ¿Cuánta más morirá para que él se pueda seguir llenando los bolsillos?

En el exterior sonaba el zumbido de la hélice de un helicóptero que aterrizaba en la azotea. Bishop también lo oyó; su mirada se disparó fugazmente hacia el techo y regresó con Porter.

—Parece que han llegado sus amigos.

—Vienen por arriba, y lo más probable es que el equipo táctico ya esté en las escaleras. Se te pasó el tiempo, Bishop. Se acabó. —A Porter se le nubló la vista un segundo, y sintió que le temblaban las piernas. Se obligó a mantenerse firme—. Apártate de Talbot y ponte de rodillas.

Bishop giró la silla lentamente y le dio una vuelta completa.

—Este mundo será un lugar mejor sin él, ¿no cree? Eso es lo que padre hubiera querido.

—El socio de Kirby, ¿qué relación tenía con todo aquello? —dijo Porter tratando de distraerlo lo mejor que pudo—. El hombre que disparó a tu padre.

—¿Qué?

—Kirby planeó largarse con tu madre y con la tal señora Carter, pero ¿y el otro hombre, ese al que llamabas «señor Desconocido»?

A Porter le estaba costando un gran esfuerzo permanecer en pie. Le pesaba todo el cuerpo. Quería echarse a dormir, pero tenía que mantener a Bishop charlando el tiempo suficiente para que llegasen los refuerzos. El tiempo suficiente...

—Se llamaba Felton Briggs. Trabajaba para este, nuestro amigo —dijo Bishop mientras le daba a Talbot otra vuelta—. Creo que era alguien especializado en seguridad. Le he preguntado a Arty sobre él, pero no ha querido responderme, no dejaba de farfullar sobre sus ojos. «¡No veo nada! ¡No veo nada!». Bla, bla, bla. Al final he tenido que hacerle callar. Tendría que haberlo visto.

—¿Estaba implicado?

—Hasta el momento en que apretó el gatillo contra padre, es probable que Briggs fuese la única persona inocente que había en la casa aquel día. Solo hacía su trabajo. No tenía ni idea de que Kirby estaba metido en aquello, y desde luego no sabía que pensaba matarlo.

El cuerpo de Talbot se sacudió en la silla, la cabeza se le fue hacia atrás de golpe. Se le estiraron los dedos de un modo extraño cuando comenzó a sufrir convulsiones en todos los músculos del cuerpo.

—Está entrando en estado de *shock*. Tienes que dejarme que lo lleve a un hospital.

Bishop sonrió.

—Sam, sus amigos estarán aquí enseguida, pero estoy empezando a preocuparme por usted. ¿Se encuentra bien? Está terriblemente pálido.

No, Porter no se encontraba bien. Veía a dos Bishop de pie en el rincón en lugar de uno, y se le habían entumecido los brazos. Hubiera querido agacharse, coger el bate de béisbol y cruzar la sala para golpear a aquel tío hasta dejarlo totalmente inconsciente, machacarle la cabeza y dejársela hecha una masa ensangrentada, pero ahora mismo tenía que concentrarse en seguir en pie, en no desmayarse.

—Dime, ¿cuál era el nuevo nombre de la señora Carter?

A Bishop se le iluminó la cara.

—¡Ah, sí! Con tanto alboroto casi se me olvida. Gracias por recordármelo, Sam.

Talbot se había quedado quieto. Porter no podía distinguir si seguía respirando o no.

Bishop prosiguió:

—Madre se cambió el nombre por el de Emily Gerard. Tardé varios años en averiguarlo. Por desgracia, creo que esa identidad nació muerta, o quizá aprendiese a vivir fuera del alcance de los radares. Traté de seguirle la pista, pero su nombre no surgió nunca. Ni registros crediticios, ni compras de inmuebles, nada. No creo que llegara a utilizarla nunca. La señora Carter, sin embargo, sí que utilizó su nueva identidad. Ni siquiera intentó ocultarse. Creo que es un nombre que a usted también le sonará, lo habrá oído mencionar estos últimos días. La señora Carter se cambió el nombre por el de Catrina Connors.

Porter tenía la cabeza nublada. Las ideas estaban allí, pero iban tan lentas como una tortuga. Le sonaba mucho el nombre, lo conocía, pero era incapaz de ubicarlo. Entonces...

—¿La madre de Emory?

Una sonrisa se extendió por el rostro de Bishop, que se puso a darle vueltas a Talbot como si fuera una peonza.

—En la sala de operaciones me pidió que recopilara información sobre ella, y tenía unas ganas locas de contarle lo que ya sabía, pero no habría sido en absoluto divertido.

—Pero ¿cómo fue eso?

—Simon Carter había desviado catorce millones de dólares a varias cuentas en paraísos fiscales, y sé que madre y ella vivieron durante un tiempo de ese dinero, pero también adquirieron propiedades inmobiliarias, muchas propiedades, fincas que ella sabía que Talbot iba a querer algún día. Y cuando Talbot se dirigió a ella interesado en unas naves industriales a orillas del lago, ella lo sedujo. Emory fue el resultado, y, en su primer cumpleaños, su madre puso a nombre de la niña todas las propiedades inmobiliarias. Después le contó a Talbot quién era en realidad. También le contó que tenía toda la documentación que su marido le había robado años antes y que se la filtraría a la prensa a menos que Talbot accediese a dejar a Emory todos sus negocios legales en el momento en que él muriese. Poco después, Talbot modificó su testamento.

—¿Cómo conseguiste enterarte de todo eso? Dijiste que no sabías dónde se habían metido tu madre y la señora Carter.

—Gunther Herbert fue muy comunicativo —respondió Bishop—. Disfrutamos de una maravillosa charla hace una semana.

—¿El director financiero de Talbot?

—Sí.

—De manera que si Talbot muere...

—Emory heredará miles de millones, y se vendrá abajo toda la actividad delictiva con la que Talbot ha estado vinculado.

Porter miró a Talbot. De nuevo se estaba moviendo. Se le iba la cabeza de un lado a otro, y de la garganta surgía un quejido profundo y gutural.

—No puedes matarle.

—¿No? —respondió Bishop al tiempo que empujaba la silla.

Talbot se deslizó hacia el hueco abierto del ascensor en el extremo izquierdo, y Porter sacó hasta el último gramo de fuerza que le quedaba en las piernas y se lanzó hacia la silla, que seguía rodando. Aterrizó con un fuerte golpe contra el cemento y resbaló por el suelo con los brazos extendidos hacia delante. Sus dedos rozaron el acero frío y llegó a agarrar una rueda que sobrepasaba el borde. La sostuvo durante unas breves décimas de segundo antes de que la silla diese un tirón y desapareciese en la oscuridad.

Oyó el impacto de Talbot muy abajo, seguido de un grito. El chillido amortiguado de una chica procedente del hueco del ascensor contiguo, el del centro de la sala, apenas a un metro a su derecha.

Emory.

Con el rabillo del ojo y la vista nublada, vio que Bishop se acercaba con calma al hueco del tercer ascensor y se situaba de espaldas al borde de la puerta. Porter le vio hacer un último gesto de despedida y decir «Adiós, Sam. Ha sido divertido» antes de dar un paso atrás, hacia la abertura, y desaparecer en el negro vacío.

Todo se quedó a oscuras cuando Porter por fin se desmayó.



# 91

## Porter

### Día 2 – 17:58

—Sam, ¿puedes oírme? Creo que está volviendo en sí...

Era Clair.

Clair, mamá osa.

*Cinco ositos, cinco, oyeron un fuerte rugido, uno salió corriendo, y entonces quedaron cuatro.*

¿Dónde se había metido Bishop?

—Señora, apártese, por favor.

Una luz brillante.

La más brillante de todas las luces posibles.

—¿Detective?

La luz desapareció con un *clic*, y Porter parpadeó. Sentía un martilleo en la cabeza.

—¿Dónde...?

Clair apartó al técnico sanitario.

—En la calle, justo delante de las puertas del edificio. Te hemos bajado con la cesta del helicóptero. Bajar tantas escaleras cargando con ese culo gordo que tienes no era una opción.

—Bishop ha matado a Talbot.

Clair le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Lo sabemos. Oye, mira lo que tenemos ahí...

Porter siguió la dirección de su dedo.

Nash abrió la puerta de cristal que había junto a la giratoria y la sujetó mientras dos técnicos sanitarios empujaban una camilla con una chica joven. Sobre ella había colgada una bolsa con una vía intravenosa. Tenía la cabeza y la muñeca envueltas en vendajes blancos.

—¿Esa es...?

—Se pondrá bien —dijo Clair—. Bishop la tenía esposada a una camilla en el fondo del hueco de un ascensor. Sufre una deshidratación severa y tiene la muñeca hecha un Cristo por culpa de las esposas, pero no creo que vaya a perder la mano. Aparte de la oreja, no le ha puesto un dedo encima. La dejó ahí abajo sin más. Los obreros han estado entrando y saliendo del edificio todo este tiempo, pero nadie tenía la menor idea de que estuviera allí abajo. Estaban trabajando en las plantas superiores.

Porter se pasó la lengua por los labios. Notaba muy seca la garganta.

—Bishop se ha tirado por el otro hueco del ascensor. ¿Está muerto?

Clair respiró hondo y soltó todo el aire.

—No se ha tirado, ha bajado en rápel. Tenía una cuerda y un arnés preparados en una plataforma de servicio en el hueco del ascensor; lo ha usado para llegar hasta el fondo. Cuando hemos bajado hasta allí, hemos descubierto un agujero en la pared que conduce a otro de esos túneles subterráneos, como el que hallamos en el edificio de Mulifax. Se ha ido, Sam. Tenemos patrullas de agentes comprobando todas y cada una de las entradas y salidas de los túneles de los que se tiene constancia en el Ayuntamiento, pero no creo que vayamos a encontrarlo. Mientras la mitad del operativo estaba ahí dentro tratando de llegar hasta tu planta desde la azotea y desde aquí abajo, él se ha dejado caer justo a nuestras espaldas y ha desaparecido en algún lugar bajo la ciudad.

—¿Señora? —la interrumpió un técnico sanitario—. Tenemos que llevarlo al hospital. Ha perdido mucha sangre.

Clair miró al sanitario con cara de pocos amigos y volvió a sonreír a Porter.

—Lo has hecho muy bien, Sam. Has encontrado a Emory, y tenemos la identidad del CM. Cometerá un error, y daremos con él. Esta noche todo el mundo conocerá su cara. No tendrá un lugar donde esconderse.

Porter apretó la mano de Clair y vio cómo subían a Emory a una ambulancia a su derecha. Cerró entonces los ojos. Solo tenía ganas de dormir.

Porter

Día 3 – 8:24

Cuando volvió a abrir los ojos, Porter se encontró de nuevo en una habitación de hospital. Parecía la misma en la que había estado antes... ¿Qué hora era? Buscó un reloj, o su teléfono, pero no vio ni uno ni otro. La luz del sol entraba a raudales por la ventana y calentaba la manta sobre su cama. ¿De verdad había dormido toda la noche?

—¿Dónde está el maldito botón para llamar a la enfermera? —Buscaba palpando con las manos entre las sábanas, pero solo consiguió enredarse la vía intravenosa alrededor de la cabeza.

—Es que no se te puede dejar solo un minuto —dijo Nash, entrando con un vaso de una máquina de café y un paquete de regaliz Twizzlers—. Ya estoy viendo los titulares: «Detective escapa de asesino en serie para estrangularse él solo en la cama del hospital».

—No escapé. Nunca tuvo intención de matarme. —Porter tenía la voz ronca.

Nash alargó la mano en busca de un vaso de plástico que había en la mesilla de noche y se lo dio.

—Toma, prueba con esto. La enfermera lo ha traído hace cinco minutos.

—¿Qué es?

—Hielo machacado.

Porter cogió el vaso, se lo llevó a los labios, lo inclinó y se derramó agua helada por la barbilla y el pecho.

—Vale, a lo mejor ha sido hace más de cinco minutos. Supongo que se habrá fundido.

Nash metió la mano debajo de la cama y sacó el botón de llamada. Lo presionó una vez.

—Le pediré que traiga más.

Porter levantó la sábana y estudió la pierna recién vendada. Tenía magulladuras y raspones nuevos en los brazos. Le contó a Nash lo sucedido con Talbot.

—Quizá Watson, o Bishop, o como narices se llame nos haya hecho un favor.

Porter arqueó las cejas pero no dijo nada.

—Encontramos una caja con documentación en el apartamento de Bishop, y tenía suficiente información para implicar a veintitrés delincuentes distintos que actuaban en el área de Chicago y alrededores. ¿Y sabes qué es lo que tienen en común todos ellos?

—¿A Talbot?

—A Talbot.

—Me lo dijo Bishop.

Nash soltó un bufido.

—Si me hubieras preguntado por él hace una semana, te habría dicho que ese tío tenía posibilidades de convertirse en nuestro próximo alcalde.

—Podría haberlo sido, de no haber pasado esto.

—Aunque hay algo que me sigue mosqueando. ¿Cómo ha financiado Bishop todo esto? Le envió trescientos mil a Kittner por tirarse delante del autobús. ¿De dónde sacó tal cantidad de dinero? —preguntó Nash.

—Quizá la encontrase debajo del gato.

—¿Qué gato? —Nash frunció el ceño.

—Tienes que leer el diario.

Nash le dio un sorbo al café.

—Creo que me voy a esperar a que hagan la película.

Porter vio los Twizzlers.

—¿Me das uno de esos?

Clair Norton asomó la cabeza por la puerta.

—No me fastidies, ¿te han dado la misma habitación?

—Hola, mamá osa.

Se acercó y lo envolvió en un abrazo.

—Tú, cabrón, estás mal de la olla. Casi me están dando ganas de esposarte a la cama para que no vuelvas a salir corriendo.

Nash levantó la cabeza de golpe.

—Si él no quiere, yo me apunto.

Clair cogió el vaso de hielo ya vacío y se lo tiró.

—Pervertido.

—Sí, un orgulloso y destacado miembro del club.

Clair se volvió hacia Porter.

—¿Estás listo para una visita?

Porter se encogió de hombros.

—Si ya me las apaño con vosotros dos, creo que estoy listo para lo que sea.

Clair le estiró las sábanas y sonrió.

—No te muevas de aquí. Vuelvo enseguida.

Desapareció por la puerta y regresó unos segundos después empujando a una adolescente en una silla de ruedas. Tenía la cabeza y la muñeca vendadas y una palidez mortecina en la piel, pero aun así era inconfundible.

—Hola, Emory —saludó Porter en voz baja.

—Hola.

Porter se volvió hacia los demás.

—¿Podéis dejarnos un minuto?

Clair agarró a Nash de la mano y tiró de él hacia la puerta.

—Vamos a buscar algo de desayuno.

Nash lanzó una sonrisa a Porter y a Emory.

—Creo que le gusto.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, la mirada de Porter regresó a Emory. Teniendo en cuenta por lo que había pasado, su aspecto era bueno. Por las pocas imágenes que había visto de ella, era evidente que Emory había perdido peso. Tenía la cara delgada y unas arrugas que por lo general no aparecen en la piel de una chica como ella hasta diez años después, más o menos. Porter sabía que eso se debía a la deshidratación y que desaparecerían con el tiempo. Sin embargo, sus ojos la delataban. No había en ellos la mirada de una cría de quince años; eran los ojos de alguien mucho mayor, alguien que había visto cosas que jamás debería haber visto.

—Bueno —dijo Porter.

—Bueno.

Porter señaló la mesilla de noche.

—Te ofrecería algo, pero ya no me queda siquiera hielo picado. En comparación con la media de las habitaciones de hospital, esta no está nada bien surtida.

Emory señaló la bolsa de la vía intravenosa que llevaba en la silla de ruedas.

—Ya me he traído yo el aperitivo, pero gracias de todas formas.

Porter se apoyó para incorporarse y sentarse. Era como si le diese vueltas la habitación.

—Vaya.

—¿Analgésicos?

Porter se pasó la lengua por los labios agrietados.

—Creo que me han dado algo bueno en este viaje.

Emory levantó la muñeca.

—Los que me dieron para esto eran buenos, y para la oreja también. Les he pedido que retrasaran mi dosis de esta mañana para poder venir a verle.

Porter miró al suelo.

—Siento mucho no haberte encontrado antes, Emory. Yo...

Pero ella ya le estaba haciendo un gesto negativo con la cabeza, y le puso la mano en el brazo.

—No se haga eso. Usted me encontró. La detective Norton me ha contado todo lo

que ha hecho en estos últimos días, y no sé por dónde empezar a darle las gracias.

Emory siguió la dirección de la mirada del detective hasta su muñeca vendada.

—Me la operaron anoche. Hay algunos nervios dañados, y me rompí el escafoides, ese huesecillo de debajo del pulgar, pero conservaré la movilidad. Perderé algo de sensibilidad, pero podré utilizar todos los dedos como es debido, y el médico dice que me quedará bien. —Movi6 los dedos de forma alternativa para demostrárselo e hizo una mueca cuando sintió que el dolor la invadía.

—¿Y la oreja?

Porter no sabía muy bien por qué lo había preguntado. En condiciones normales, jamás habría hecho una pregunta como esa a no ser que ella le hubiera dado antes la oportunidad. Le echó la culpa a las medicinas.

—Creo que van a hacer que me crezca una nueva.

—¿Qué?

—Esta mañana he visto a un médico que me ha dicho que es capaz de utilizar cartílago de las costillas para hacerme una oreja nueva en el brazo —le explicó Emory—. Va a tardar cerca de tres meses, pero me ha dicho que no se podrá distinguir de la original.

Porter se volvió a echar sobre los almohadones.

—Fijo que esa mierda que me han chutado es de la buena. He creído oírte decir que te iban a hacer crecer una oreja en el brazo.

Emory soltó una risita. Qué bueno era oírlo.

Porter la miró, se fijó en aquellos ojos en los que había unas experiencias que no les correspondían, vio a la chica que había detrás de aquella mirada y supo que se iba a recuperar.

—¿Por qué no hablamos de tu madre? He oído hablar mucho de ella estos últimos días. Podemos comparar nuestras notas.

Emory sonrió.

—Eso estaría bien.

# Epílogo

## Dos días más tarde

—Mierda.

Nash levantó el pie y se quedó mirando la caca de perro adherida a su zapato.

—Tendría que haberte avisado de que tuvieras cuidado con eso —dijo Porter, que buscaba sus llaves—. Es algo así como una costumbre por aquí. Sin la mierda de perro en la entrada, es como si no fuera mi casa.

Había caído la noche, y la ciudad bullía de luces. Había refrescado con la caída del sol, y Porter lo agradeció: el aire fresco le había recordado lo que era estar vivo.

Se encontraban a las puertas de su edificio de apartamentos. Los médicos lo habían retenido en el hospital durante dos días para asegurarse de que los puntos cicatrizaban bien. Por lo visto, Porter había perdido algo de su confianza cuando se largó por su propio pie recién operado y se dedicó a perseguir a un asesino en serie subiendo diez tramos de escaleras. Les preocupaba la infección, pero aquella inquietud se les pasó, y Porter se recuperaba perfectamente.

—No hacía falta que me trajeras a casa. Me podría haber arreglado solo.

Nash le hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Clair me lo estaría recordando toda la vida.

—No confiáis en mí.

—Eso también.

Nash se acercó al bordillo y se quitó la porquería en la esquina de cemento.

Poco después de salir del hospital, Porter había recibido una llamada del detective Baumhardt, de la comisaría de la calle Cincuenta y uno. Harnell Campbell, el hombre que mató a Heather, se las había ingeniado de alguna manera para pagar la fianza.

—¿Y cómo se ha apañado un mierda como ese para juntar medio millón de dólares? —preguntó Nash.

—Si ha recurrido a un fiador judicial, solo necesitaba el diez por ciento —señaló Porter.

—Si se dedica a atracar las tiendecitas de ultramarinos, tampoco tiene esa

cantidad de dinero.

—Tendrá algún colega camello, o alguien que le deba un favor. Da lo mismo. Baumhardt cree que tienen una acusación muy sólida. Ese va a la trena, solo que no será hoy.

Nash se encogió de hombros.

—Siempre que decida comparecer en el juicio.

—No estás siendo de ayuda.

—Perdona.

Entraron en el vestíbulo y Porter abrió el buzón. Estaba a reventar.

—¿Cuánto hacía que no lo mirabas?

—Unos días.

Repasó las cartas, cogió la *Guía TV* de la semana siguiente, volvió a meter a presión el resto y cerró la portezuela. Se dirigió hacia las escaleras, pero Nash lo agarró del hombro y le señaló el ascensor.

—Ni loco; ya te preocuparás por mantener la línea la semana que viene. Nada de ejercicio, y desde luego nada de escaleras: órdenes del médico.

—Voy a tener que mudarme a un bajo. Bishop me ha estropeado lo de las escaleras y los ascensores —dijo Porter.

Nash pulsó el botón del ascensor. Se abrieron las puertas y entraron los dos.

—¿Ha habido suerte con su búsqueda?

A Porter le habían prohibido el acceso a la sala de operaciones y le habían dado la orden de mantenerse alejado de la investigación hasta que el médico le firmase el alta, pero no lo podía evitar. Le devoraba el simple hecho de saber que Bishop andaba por ahí fuera.

—Hemos atendido más de mil posibles pistas en los últimos días, pero nada sólido. Dicen haberlo visto tan cerca como en el Hard Rock que hay junto al lago y tan lejos como en París. El de Francia, no el de Illinois. Los de criminalística han peinado su apartamento, pero no parece que llegase a vivir allí, sino que preparó el sitio para que nosotros lo encontrásemos. Quién sabe dónde vivirá realmente ese tío.

—¿Y la casa de su infancia? Me refiero a la del diario, ¿ha habido suerte localizándola?

—Kloz está buscando por todo el país casas que se hayan quemado cerca de un estanque o de un lago en los últimos veinte años, pero no ha surgido nada aún. Los administradores y los contables están colegiados, así que ha buscado una licencia de actividad financiera a nombre de Simon Carter, pero eso tampoco nos ha dado nada. Ha confeccionado además una lista con todos los Plymouth Duster matriculados en el país, y ha encontrado más de cuatro mil, y no tengo ni idea de qué vamos a hacer con una lista como esa. Es probable que sea un callejón sin salida. Hemos enviado un requerimiento a las diversas empresas de Talbot para que nos entreguen los registros de personal, pero no hemos encontrado a nadie que se llame Carter, Felton Briggs ni Franklin Kirby. Una parte de mí quiere pensar que todo eso del diario eran

gilipollices, otra distracción más. Los federales llegaron ayer, cuatro de ellos con traje oscuro y un ego más oscuro si cabe. Querían instalarse en la sala de operaciones, pero los he metido en el cuarto al otro lado del pasillo.

Porter frunció el ceño.

—¿El cuarto donde huele tan raro?

—Sí. Son federales. A lo mejor son capaces de descubrir de dónde sale.

Se abrieron las puertas del ascensor en la cuarta planta, y recorrieron el pasillo hasta la puerta de Porter.

Este deslizó la llave en la cerradura.

—Yo creo que ese diario es lo único auténtico que nos ha dejado ver de sí mismo. Quería que supiéramos de dónde venía.

—Vale, pero a mí solo me importa adónde va.

Entraron, y Porter encendió la luz. La mirada se le fue al suelo, hacia el lugar donde había caído después de que Bishop lo apuñalase.

—¿Quién lo ha limpiado?

—Clair se pasó ayer por aquí. No queríamos que llegaras a casa y te encontraras eso, y ella sacó el palito más corto, quizá para bien. Yo me habría limitado a poner una alfombra o una maceta encima. Las manchas de sangre le dan personalidad a una casa. Tendrías que ver mi apartamento.

Porter ni se lo imaginaba.

—Agradéceselo de mi parte cuando la veas.

Nash se movía inquieto.

—Bueno, ¿cuánto crees que tardarás en volver?

—Una semana, probablemente, tal vez dos. —Metió la mano en el frigorífico y sacó una cerveza—. ¿Quieres una?

—No puedo. Sigo de servicio. —Se volvió hacia la puerta—. Me paso mañana, ¿vale?

—No hace falta que vengas a controlarme. Estaré perfectamente.

Nash sonrió y asintió.

—Sé que lo estarás. Buenas noches, Sam.

—Buenas noches, Brian.

Porter cerró la puerta después de que saliera y abrió la cerveza. Algo tenía una cerveza bien fría que lograba que todo pareciera mejor.

La foto de Heather lo miraba desde la mesita. Se acercó y le pasó el dedo por la mejilla.

—Te echo de menos, Cariño. —Buscó el móvil nuevo, empezó a marcar el número de su buzón de voz pero lo volvió a guardar—. Que duermas bien, preciosidad.

Se terminó la botella y la dejó en la mesa antes de dirigirse hacia el dormitorio.

Al principio no vio la cajita blanca que había en un lado de la cama, y cuando lo hizo, casi pensó que se lo estaba imaginando, pero allí estaba: una cajita blanca con

un cordel negro alrededor, junto a la nota de Heather. Su mano buscó el arma de manera instintiva, y se dio cuenta de que aún no la tenía.

Porter rodeó la cama, cogió la cajita y trató de aplacar el temblor de la mano. Sabía que debía ponerse guantes, pero no le importó, así de sencillo. Tiró del cordel, lo apartó y lo dejó caer al suelo. Retiró la tapa y miró en el interior.

Una oreja humana descansaba sobre un fondo de algodón. Estaba repleta de *piercings*: seis diamantes y cuatro aretes. La habían cortado con cuidado, con precisión quirúrgica. El algodón estaba manchado con motas marrones de sangre seca.

La palabra *Filtro* estaba tatuada en letras negras a lo largo del borde exterior del lóbulo.

La reconoció de inmediato. Tareq había señalado aquel tatuaje en la Cincuenta y uno.

En el interior de la tapa, pegada con cinta adhesiva, había una nota escrita con la letra garabateada de Anson Bishop:

*Sam:*

*Aquí tiene un regalito de mi parte...*

*Lamento que no le oyese usted gritar.*

*¿Qué le parece si me devuelve el favor?*

*Un «hoy por ti, mañana por mí» entre dos amigos.*

*Ayúdeme a encontrar a mi madre.*

*Ella y yo tenemos que hablar. Ya va siendo hora.*

*B.*

## Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría dejar claro que crecí en un hogar feliz en el sur de Florida; ni siquiera teníamos un sótano. Ninguna de las lamentables decisiones que los progenitores del pequeño CM tomaron como padres están basadas en la vida real, no en la mía, por lo menos. Esta historia nació de un «y si» y de una imaginación que perdió el norte hace ya algún tiempo, nada más.

Mi agradecimiento al maravilloso equipo de Houghton Mifflin Harcourt: a Tim Mudie por haber visto algo en esta historia y ayudarme a sacarlo a la luz, a Michaela Sullivan por una sobrecubierta tan maravillosa, a Katrina Kruse del departamento comercial, a Stephanie Kim de publicidad... Sois tantos que os pido por favor que me perdonéis si me he dejado algún nombre, pero sabéis que contáis con mi gratitud ¡y que me muero de ganas de volver a trabajar con vosotros!

Le doy las gracias en especial a mi agente, Kristin Nelson, por haberle encontrado a este libro un buen hogar y ayudarme a surcar las procelosas aguas de los mares editoriales de hoy en día.

Me gustaría también darles las gracias a mis primeros lectores: Summer Schrader, Jenny Milchman, Erin Kwiatkowski, Darlene Begovich y Mary Hegemann. Sin vuestras sugerencias y opiniones, esta habría sido una historia muy distinta, y la que hemos contado me gusta mucho. Como siempre, gracias a Jennifer Henkes por señalar todos los detalles que se le pueden torcer a uno cuando se queda dormido en clase de lengua.

Por último, a mi persona preferida, mi esposa Dayna. Es posible que nunca llegue a entender por qué me aguantas, pero te agradezco mucho que lo hagas. No me puedo imaginar embarcarme en este viaje con nadie que no fueras tú.



J. D. Barker (Jonathan Dylan Barker), nació el 7 de enero de 1971 en Lombard, Illinois.

Es un escritor que se ha movido siempre dentro del terreno del horror. Con su primera novela, *Forsaken*, consiguió despertar expectación dentro del género y fue nominado a diversos premios, entre ellos el Bram Stoker, uno de los más importantes.

# Notas

[1] En español en el original. (*N. del t.*) <<

[2] «Sigo ba-bailando sola, ba-bailando [...] Ba-bailando hasta que yo diga». (*N. del t.*) <<

[3] «Me fui al dique con mi Chevy, pero el dique estaba seco [...] será este el día de mi muerte». (N. del t.) <<

[4] «Bienvenidos a la selva / Vamos día a día». (N. del t.) <<